



LA
PASIÓN
DE
AMRITA

LA HISTORIA DE UNA MUJER QUE DESAFIÓ A LA INDIA

ALFREDO DE BRAGANZA

LA
PASIÓN
DE
AMRITA

LA HISTORIA DE UNA MUJER QUE DESAFIÓ A LA INDIA

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *La Pasión de Amrita*
© 2020, Alfredo de Braganza

Del diseño de la portada y edición: Alfredodebraganza.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.



Suscríbete a mi lista de correo para obtener una copia GRATIS de *El operativo* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones. Haz clic [AQUÍ](#)

Contenido

Primera Parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Segunda Parte

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

Tercera Parte

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

Epílogo

Nota del autor

Agradecimientos

Braganza cuenta magistralmente la historia de la artista indo-húngara Amrita Sher-Gil, que utilizó su pincel para pintar a la mujer india de los años treinta del siglo XX.

Una novela que retrata una época convulsa y el destino de una artista atrapada entre dos mundos, y que hoy es conocida como la Frida Kahlo de la India.

Javier Moro, premio Planeta por 'El imperio eres tú'.

El arte es largo; la vida, breve

Hipócrates

La vida o es una aventura atrevida o no es nada

Helen Keller

Primera Parte

*Todos los placeres de esta vida no son sino aparejo que se hace para el dolor de ser
pasados*

Plauto, *Amphitruon*

1

Era un hombre de edad avanzada, encorvado y lleno de arrugas, de ojos negros y bigote blanco, nariz formalmente alargada y tez muy pálida. A pesar de sus años, se mantenía en forma. László Guttman era de origen húngaro, aunque había vivido en París durante la mayor parte de su vida. Tuvo una juventud muy intensa, marcada por la repentina muerte de su padre y el arresto de su madre por los nazis debido a su condición de judía; un día se la llevaron y nunca más se supo de ella.

László se unió a la Resistencia y poco después fue deportado al campo de concentración de Buchenwald. Durante sus días como prisionero realizó numerosos esbozos a carboncillo de los horrores que le rodeaban. Los más conocidos fueron las escenas de fusilamientos y torturas. Tras la liberación del campo gracias a la división Rainbow del ejército norteamericano, sus dibujos fueron utilizados como prueba contra los nazis en los juicios que se celebraron después de la contienda.

Al terminar la guerra finalizó sus estudios en Bellas Artes y desde entonces trabajó como profesor en la Escuela de París hasta su jubilación, hacía ya diez años. Vivía en el barrio de Montparnasse, solo. Todos los domingos salía por la mañana temprano, compraba el periódico, cogía el autobús y se bajaba a la altura de las Tullerías, por cuyos jardines paseaba con su sombrero y su bastón.

Aquel día se acercó por curiosidad hasta una plaza en la que se organizaba un mercadillo dominical. En él se podía encontrar de todo, en especial antigüedades y libros, pero también sellos, juguetes de coleccionista e incluso ropa y pequeños electrodomésticos de segunda mano. Ayudado por su bastón, con su pasito ligero y menudo, dejándose llevar a través del gentío, observó los productos expuestos a la venta. De repente se detuvo; algo le llamó profundamente la atención en un puesto de reproducciones de pinturas clásicas y cuadros antiguos. El vendedor discutía con un posible cliente que llevaba de la mano a una niña pequeña y se había encaprichado con la pintura de un joven en un columpio. Era una reproducción barata del famoso cuadro de un pintor de época Rococó. László se quedó a un lado, observando con astucia y sumo cuidado y manteniendo la distancia que le permitía oír y ver lo que ocurría. Se dio cuenta de que el vendedor, un señor regordete de unos cuarenta años que llevaba una ridícula boina con la que pretendía ofrecer la imagen de artista bohemio, no sabía nada de arte ni del origen de la mercancía que vendía. Así, László se decidió.

Después de preguntar el precio de lienzos, esbozos y reproducciones digitales que en realidad no le interesaban, László esperó a que el vendedor se sintiera agotado por las preguntas de un viejo senil para señalar el cuadro que le había llamado la atención y, con la habilidad de un buen comprador, lo adquirió por un precio irrisorio. El vendedor, que quería deshacerse del anciano lo antes posible, le hizo incluso un descuento del cincuenta por ciento por dejar el marco antiguo, ya que lo consideraba más valioso que la pintura en sí. Lo que desconocía era que el retrato representaba al propio László cuando era joven y que la autora del lienzo era Amrita Sher-Gil. Con la tela envuelta en una edición atrasada de *Le Figaro* y enrollada bajo el brazo izquierdo, el anciano se abrió camino entre la multitud pensando en su buena suerte. ¿Milagro? ¿Destino? ¿Karma?

Al día siguiente, en la Embajada de la India en París situada en el edificio número 15 de la calle Alfred Dehodencq, László esperó sentado en una sala abarrotada de gente de todo tipo: sijs con sus coloridos turbantes y barbas negras, musulmanes con sus gorritos blancos y largas camisolas, jóvenes hindúes alardeando de madurez con bigotillos posadolescentes... Todos eran inmigrantes indios con un denominador común: la esperanza de obtener ayuda para poder permanecer más tiempo en Francia.

En la sala se distinguían también empleados de agencias de viaje especializadas en la India cargados con montones de pasaportes de clientes, jóvenes estudiantes vocingleros con ganas de finiquitar el lento proceso burocrático para viajar al país asiático, mochileros con sus guías de viajes *low cost* enfrascados en la lectura de panfletos exóticos que anunciaban lugares bajo el epígrafe *Incredible India* y personas de apariencia *hippie* con pelo largo, descuidado y entrelazado.

En ese momento sonó un fuerte pitido, apareció un número en pantalla y una voz grabada llamó al 148. Era el turno de László, que se dirigió a la ventanilla correspondiente. Le atendió una joven francesa, a quien expuso su deseo de entrevistarse con el agregado cultural o el cónsul y le argumentó el porqué. La impaciente mujer no prestó atención a la estafalaria historia que le relataba el anciano mientras le mostraba la pintura que había comprado el día anterior. Un joven estudiante que hacía cola en la ventanilla vecina, expectante ante la pintoresca aparición del anciano con su rocambolesca explicación, le sacó una foto con su móvil. Esto impacientó más aún a la empleada, que suspiró y lanzó una mirada de súplica a una compañera en busca de ayuda, pero esta le respondió alzando los hombros, como diciendo “haz lo que mejor te parezca”. Así pues, le dijo a László que se volviese a sentar y decidió llamar por teléfono.

Después de esperar casi una hora, le llamaron de nuevo. La empleada le invitó a que se dirigiera a un edificio adyacente, donde después de unos minutos se le permitió entrar en la oficina del agregado cultural. El joven funcionario indio parecía una persona apacible y tranquila. László hizo una breve introducción acerca de su pasado como profesor de arte, le enseñó el retrato y le aseguró que había sido pintado por la propia Amrita Sher-Gil, ya que él mismo era el modelo. Nervioso y acelerado, como si se le acabara el tiempo que le habían destinado, explicó al agregado cultural la importancia de Amrita para la historia del arte y la necesidad de que aquella pintura que le mostraba fuera trasladada a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi, para ampliar la colección de la pintora que allí se conserva.

La serenidad del joven funcionario lo tranquilizó y, convencido del interés que despertaba su relato, siguió trastabillando sobre el estilo y composición de la pintura. Terminó reiterando que, en su opinión, aquel lienzo debía estar junto al resto de obras de la autora. De repente, interrumpiendo la conversación, sonó el timbre de un teléfono fijo que había en una esquina de la mesa. El indio dejó pacientemente que sonara cuatro veces antes de contestar y cuando lo hizo su semblante se destempló: se dirigió a su interlocutor en tamil, parecía alterado y violento, lejos de la apariencia que le había dado a László al principio. Mientras hablaba, un móvil con música fragorosa de una película de Bollywood empezó a sonar a la vez que vibraba sobre el escritorio, acrecentando aún más la impaciencia del funcionario. Cuando colgó el auricular del teléfono fijo, contestó la intermitente llamada del móvil y, con desgana, con la intención de despedir al anciano y su ridícula e inverosímil historia, le dijo a László que dejase la pintura en un rincón, encima de unas revistas apiladas en una estantería. Alejando el teléfono móvil del oído, le pidió que tuviese paciencia y que en el próximo correo diplomático enviaría el lienzo a Nueva Delhi para su estudio. Al ver el desorden y la suciedad que se acumulaban en aquel

rincón, László entendió que el indio no se había creído una sola palabra de su relato. Se levantó con tranquilidad y mientras se dirigía a la puerta, se excusó con voz pausada y baja, diciendo que se llevaba la pintura porque quería mostrársela a uno de sus colegas de la Sorbona. El indio se reclinó en su sofá de cuero de imitación y al mismo tiempo que sujetaba el móvil, le contestó haciendo un gesto de indiferencia con la otra mano. Con un profundo alivio, salió a toda prisa del edificio.

Tras este episodio, se detuvo a tomar un café para infundirse ánimos y energías, y se encaminó a la Embajada de Hungría con acopio de fuerzas. Había menos gente que en la anterior y el turno llegó antes, pero la respuesta fue más tajante, rápida y denigrante. Al enseñarle el retrato, el funcionario húngaro, pensando que el anciano trataba de venderle un cuadro que había pintado él mismo, no pudo evitar la risa. László se sintió tan avergonzado que volvió a enrollar la pintura con nerviosismo y al salir de la sala, oyó a sus espaldas la carcajada del funcionario mientras explicaba a su secretaria que aquel carcamal pretendía hacerle creer que esa pintura infantil podía valer en el mercado casi medio millón de euros.

Se sentó en una parada de autobús cercana rodeado de colegiales alegres y uniformados con mochilas a la espalda. Con los brazos apoyados sobre el bastón y con la cabeza inclinada, sintió desprecio al recordar el trato recibido. Inmerso en un triste silencio, su teléfono móvil empezó a sonar en uno de los anchos bolsillos de su pesado abrigo de color verde oscuro: su sobrina le avisaba de que le visitaría a la mañana siguiente para administrarle su medicación.

De camino a casa, mientras miraba la ciudad desde la ventana del transporte público, pensó en cómo debía sentirse la gente al escuchar su historia, porque si él fuese alguien del siglo XXI y le contaran tan extraordinario relato, pensaría que quien hablaba era un viejo parisiense, burgués y baladrón que había perdido la cabeza. Sumido en sus recuerdos, le invadió de pronto la melancolía.

2

László decidió quedarse el lienzo. En una habitación iluminada por grandes ventanales, habilitada como taller, llena de pequeñas esculturas sin acabar, pinturas, pinceles, herramientas y demás utensilios de bricolaje, le puso un marco decente y lo colgó en el lugar de su apartamento que consideraba más privilegiado: el estudio, repleto de libros y fotografías.

Empujó el sillón de ruedas y se acomodó para admirar el cuadro mientras se sumergía en sus recuerdos. Toda una época pasada comenzó a bullir en su cerebro. Al cabo de un tiempo se levantó pausadamente, se sentó frente al ordenador y comenzó a escribir con dedos temblorosos: “Amrita era una mujer...”. De inmediato se detuvo y contempló el cuadro, recordándose a sí mismo que no era más que un viejo que se había comportado con precipitación. Si hubiese dado la pintura a los húngaros, a los indios o él hubiera acabado enloquecido, el mundo seguiría su curso. Después de una breve pausa, borró lo escrito y continuó: “Amrita era una artista excepcional. La conocí en la Escuela de Bellas Artes...”. Se detuvo de nuevo. Se sintió fatigado por aquel enorme esfuerzo. La tarea de manejar el ordenador se le hacía tediosa. Se dio cuenta de que no quería escribir sus memorias. No deseaba comunicarse con nadie. Perdió el interés.

Con mano trémula se quitó las gafas, se puso en pie y se relajó con sopor en el sofá. Enseguida se adentró en el mundo de los sueños, aquel en el que transcurre un tercio de la vida de los hombres y que algunos pesimistas consideran una premonición de la eternidad.

Conoció a Amrita hacia el año 1930 en la Escuela de Bellas Artes de París, donde él entonces era estudiante. El día que ella entró en clase por primera vez hubo un enorme silencio; su gran presencia emanaba atracción. László tenía trece años, aunque aparentaba ser mayor, y ella quizá dieciséis o diecisiete. Se quedó tremendamente sorprendido por lo bien que pintaba. “*Mon nom est Amrita*”, le dijo dengosamente, como si fuese una emperatriz francesa de algún siglo pasado. Se enamoró de ella al instante. László solo estuvo un año en aquella escuela. Tuvo que cambiarse por motivos económicos, pero durante ese tiempo posó en varias ocasiones para ella. Por aquel entonces, él era pobre y vivía con su madre, que había enviudado siendo muy joven. Dado que aparentaba más edad por su estatura y su físico enjuto, mintió al inscribirse en la escuela y nunca fue descubierto. Pertenecía a un mundo distinto al de Amrita, pero aun así entablaron cierta amistad.

Una vez, Amrita le invitó a su casa, que era conocida por las tertulias de intelectuales que sus padres organizaban. Por su condición social, la madre de Amrita, sin que nadie lo oyese, le dijo refiriéndose a su hija: “No la toques”. Por aquel tono y aquellas palabras, supo que jamás habría nada entre ellos excepto una breve y limitada relación. Amrita solo le apreciaba porque era pobre y diferente a sus otros amigos, con los que frecuentaba los clubes y restaurantes bohemios famosos entre los artistas de la época. Eran ambientes que él no se podía permitir, aunque más de una vez se vistió como un joven artista de la alta sociedad para ir al barrio latino con la intención de encontrarse con Amrita como por casualidad y poder entablar una relación más allá de la mera amistad. En aquella vida nocturna nunca consiguió dar con ella.

Amrita, por su parte, solía aprovechar la atención que le prestaba László para coquetear con él. Antes de irse de vacaciones a Hungría, como hacía todos los veranos, iba a su casa para dejar allí el gramófono y sus discos. Incluso la madre de László había posado para ella en más

de una ocasión. Recordó la tristeza de su madre cuando supo que Amrita había muerto tan joven, a los veintiocho años. Según se rumoreaba, fue su propia madre, Marie Antoinette, quien la envenenó, aunque también había quien decía que había sido su marido húngaro, Víctor Egan, quien le había causado la muerte al obligarla a someterse a un aborto ilegal en la India.

László se acordaba de la hermana pequeña de Amrita. Era muy guapa, aunque menos atractiva que esta, y se llamaba Indira. Y de la madre... ¡La madre tenía un carácter feroz! Antes de cambiarse de escuela, él quiso revelarle sus sentimientos, pero Amrita le interrumpió diciendo que estaba enamorada de un primo suyo de Hungría que estudiaba medicina. Era muy lista y al percatarse del afecto que el chico sentía hacia ella, impidió que se sincerase para no herirle. Fue mejor así. László no se arrepintió de no haber insistido ni tampoco tuvo remordimientos.

Ya despierto, frente al cuadro, rememoró su pasado con enorme y secreta admiración. Había conocido y enamorado a muchas mujeres bellísimas. “Si tuviese la oportunidad de volver a nacer, repetiría mi vida sin cambiarla un ápice”, se dijo. Cómo le gustaría ser historiador para revivir el pasado en el presente, involucrar a los que no estuvieron allí e inducirles a comprender o provocarles curiosidad. Porque cuando se cuenta la verdad de lo ocurrido, no se suele contar la verdad ocurrida. Hay que esperar a que otro narrador quiera o sepa contar esa verdad, pero surge el cronista y tampoco nos dice lo cierto: así es la historia de Amrita Sher-Gil.

3

Nació en Buda, en la parte occidental de la capital de Hungría, el 30 de enero de 1913, en un edificio neoclásico de color gris, vasto y sólido de siete plantas, con azulejos pintados en su parte inferior. Era el número 4 de la calle *Szilágyi Dezsö*, político y jurista fallecido en la década anterior. Desde las ventanas del apartamento, cubiertas en parte por la nieve, se podía contemplar la iglesia al otro lado de la acera. Más allá se divisaban las montañas remotas que parecían de porcelana blanca. Esa mañana, el viento silbaba desde el Danubio y las hojas de los robustos árboles temblaban ligeramente con alegría.

—Es una niña preciosa —gritó el doctor con entusiasmo hacia una figura alta y delgada apostada junto a la ventana. La enfermera llevó al bebé envuelto en un manto a su madre, Marie Antoinette. El hombre, tocado con un turbante blanco y con una barba larga, venerable, se acercó a la parturienta con la serenidad calmada de un sabio socrático.

—Se llamará Amrita —dijo el padre—, el néctar de los dioses.

Amrita significa literalmente ‘inmortalidad’ y proviene de la palabra sánscrita *amrit*, el néctar o ambrosía de los dioses. Para los sijs es el agua bendita que se utiliza en el bautismo; en las doctrinas del yoga, el líquido que fluye desde el chakra del cerebro a través de la garganta en estados profundos de meditación; y en la mitología tibetana se relaciona con la muerte del monstruo Rahu. Así pues, el nombre estaba predestinado a conciliarse con el individuo.

Las campanas dominicales de la vecina iglesia gorjeaban con lentas y solemnes vibraciones, como si de una bendición se tratase. Un nuevo ser había venido al mundo y sus primeros lloros se empezaron a oír. El bebé no mostraba en sus rasgos, todavía abocetados, una gran semejanza con su pelirroja madre; tenía el cabello y los ojos negros, y la tez de un moreno pálido.

Junto a la cama, el padre de la recién nacida contemplaba la escena con un inmenso placer. Era un hombre alto, delgado, con turbante y barba canosa. Se llamaba Umrao Singh Sher-Gil. Nunca perdía la calma ni trataba a nadie con aspereza a pesar de que detestaba la ordinariez de la gente, la ignorancia y la superstición, además de ser muy estricto en sus principios y costumbres. Eran cualidades que respetaban quienes le conocían. Otros, en cambio, lo aceptaban simplemente como un estafalario millonario.

Umrao había nacido en 1870 en Amritsar, una ciudad del norte de la India, en lo que entonces era la provincia del Punjab. Su abuelo había muerto en el campo de batalla a las órdenes del maharajá y su padre había sido nombrado rajá por el Imperio británico en reconocimiento a su valor tras ser herido de gravedad por unos rebeldes durante un motín contra los intereses de la Corona. Los británicos, además, le premiaron con extensos terrenos en la región, donde la familia construyó la mayor fábrica de azúcar de toda la India. No hay duda de que, pese a ser grandes defensores de la comunidad sij, no dejaron de mostrarse leales a los británicos de por vida, hasta el punto de que el patriarca consideraba que las crónicas de la rebelión de los cipayos —el sangriento motín de los soldados indios del ejército británico ocurrido en 1857— debían ser la Biblia en la India, con prioridad frente al texto sagrado hinduista Bhagavad-gītā.

Por decisión paterna, Umrao recibió una educación británica y basada al mismo tiempo en la cultura tradicional india. Estudió sánscrito, persa y urdu, y acabó convirtiéndose en un gran amante y apasionado de la cultura en general. Llegó a definirse como un estudiante de literatura,

de historia y de los textos sagrados hindúes, además de seguidor de la escuela filosófica del yoga. A la muerte de su padre, por ser el mayor de los hermanos y como reza la tradición, recibió en herencia el negocio familiar e innumerables bienes, aunque en su juventud no había puesto un pie en la fábrica de azúcar, dado que su padre había querido que el primogénito recibiese la educación a la que él nunca pudo acceder. Los negocios los administraban empleados debidamente cualificados y familiares, como su hermano menor.

Así, Umrao siguió cómodamente y sin estrés la vida de erudito, estudiando culturas extranjeras de toda índole. No solo se interesó por la carpintería, la astronomía y la caligrafía, sino también por la fonética del sánscrito e incluso profundizó en la filosofía renacentista de los siglos XV y XVI. Cualquier tipo de arte novedoso y singular de la época despertaba su curiosidad, como la fotografía. Amante de la música, conoció a su esposa, Marie Antoinette Gottesman, durante un concierto en Lahore. Se quedó prendado en cuanto la vio tocar el piano. Contrajeron matrimonio y poco después viajaron a Budapest para pasar un tiempo con la familia de ella.

Marie Antoinette procedía de una familia burguesa de origen judío, con antepasados franceses e italianos, que llevaba varios años asentada en Hungría. Era cantante y una brillante pianista. Había estudiado música en Roma, hablaba diferentes idiomas y había viajado por el mundo. La pasión por el arte que ambos compartían fue un aliciente más para que acabasen comprometidos. Poco después nació Amrita y luego su hermana pequeña, Indira. Marie Antoinette, a pesar de su origen judío, decidió bautizar a sus hijas en la fe católica romana, como había hecho su admirado Gustav Mahler. Así, haciendo gala de su excentricidad, su primogénita fue bautizada con el nombre de Amrita Antonia Sher-Gil.

Budapest, llamada la 'perla del Danubio', era a principios del siglo XX una metrópoli moderna y vanguardista, llena de edificios majestuosos, universidades, teatros y museos. Muchos extranjeros se habían establecido en ella seducidos por su vida cultural, social y bohemia. Los teatros programaban funciones de obras innovadoras, los escritores introducían nuevas tendencias en la literatura y los compositores estaban en su mayor apogeo creativo. Los intelectuales de la época frecuentaban la casa de los Sher-Gil, donde a menudo se daban fiestas y organizaban tertulias con los personajes más importantes y variopintos de la cultura y la sociedad de la ciudad. Dadas las diferentes nacionalidades de los artistas, predominaba el francés —la lengua de la diplomacia— como el idioma comunicador.

Era una casa con espléndidos muebles, cuadros, tapices, espejos, plantas y lámparas, en la que reposaban sobre las numerosas estanterías retratos enmarcados en nácar, objetos de arte y muchísimos libros de temas diversos y en distintos idiomas. El enorme salón rojo y dorado, cubierto de alfombras caras y sillas de cuero, junto con la decoración de las habitaciones y las vidrieras de pequeños rectángulos de las ventanas, ofrecía la imagen de una residencia de lujo ultramoderno, fría y glacial a la vista. Ese fue el ambiente en el que nació y creció Amrita, y ya desde niña la dejaban pulular por la casa a sus anchas haciéndose eco de la conversación de los mayores.

4

En la India, la situación sociopolítica cambiaba con mucha rapidez, en especial en la zona del Punjab. El año 1907 fue crucial. Los ingleses aprobaron una ley que incrementaba los impuestos a los campesinos y se sucedieron las revueltas, en las que los líderes de las manifestaciones prorrumpían consignas contra el dominio británico.

Desde Europa, Umrao ignoró imprudentemente la lealtad que su familia había mantenido hacia el Imperio británico y los enormes beneficios económicos con los que habían sido recompensados. Pecó de ingenuidad y tras leer en periódicos nacionalistas y antibritánicos lo que acontecía en la colonia, decidió que su deber era simpatizar con los agitadores y así lo hizo. Aceptó la propuesta de un periodista de Budapest y le concedió una entrevista que se publicó con el titular “Un cacique indio entre nosotros”. A pesar de todas las precauciones que había tomado y la promesa por parte del periodista de ser un entrevistado anónimo, sus respuestas sin tapujos acerca de lo que realmente pensaba sobre el dominio británico provocaron que su nombre fuera expuesto públicamente. Los revolucionarios en el exilio, concentrados en Berlín, al ver que Umrao compartía abiertamente la misma ideología, le invitaron a participar en la causa revolucionaria contra el yugo británico y le tentaron con una paga mensual si utilizaba su influencia en la India para propagar el nacionalismo indio y la cultura alemana en el país asiático.

Marie Antoinette estaba en completo desacuerdo con el camino que había escogido su marido. Sin embargo, Umrao hizo caso omiso de los consejos de su esposa y obnubilado por las adulaciones de diversos intelectuales, aceptó la oferta de los insurrectos y viajó a Alemania, donde escribió un artículo para el *Continental Times* acusando a los británicos, entre otras cosas, de explotación económica y robo sistemático de materias primas y productos básicos de subsistencia, como arroz, trigo y azúcar.

Pronto se dio cuenta de que aquella exaltación era un tremendo error que podía suponer consecuencias nefastas para su familia: la administración británica, al comprobar que se estaba convirtiendo en un agitador, tomó represalias y le confiscó diversas propiedades en la India. Por miedo a ser acusado de sedición y con la amenaza de ver a su familia implicada, Umrao se retractó, negó su participación y se desligó de la organización revolucionaria. Pero ya era tarde: los ingleses habían tomado la decisión de restringirle las transferencias de dinero desde la India. A partir de aquel momento, la familia Sher-Gil tuvo que decir adiós a las bondades del lujo y ajustar su economía.

Umrao se sentía abatido. Había sido una imprudencia dejarse encandilar por ideas románticas y aventureras, y aunque trató por todos los medios de enmendarse y ensalzar los avances que los británicos habían llevado a su país con la Revolución Industrial, el daño estaba hecho y la sentencia dictada: su hermano solo podía enviarle una restringida pensión mensual. Por aquel entonces, un desalmado nacionalista serbio cometió un atentado terrorista y asesinó a un príncipe austríaco; la rueda de la matanza se puso en marcha. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, a mediados de 1914, el dinero que desde la India transfería la familia de Umrao fue menguando cada vez más.

Había comenzado la Gran Guerra. En medio de terribles presagios, Umrao intuyó que iba a

perjudicarles calamitosamente en las transferencias de dinero, ya que los bancos interrumpían el flujo de divisas, los créditos, las cuentas y los depósitos bancarios. Era una catástrofe que agravaba aún más su ritmo de vida, en la que jamás había tenido preocupaciones financieras.

Antes de que se pudiera dar cuenta, casi toda Europa estaba en pie de guerra, pero el ingenuo Umrao todavía decía confiado: “Tal vez se arregle todo pacíficamente en el último instante, como ha sucedido otras veces... Al igual que el hombre ha vencido otros obstáculos durante la historia de la Humanidad, desde la caverna a la tierra labrada, esto también se solucionará en cuestión de tiempo”. Aun así, y por razones económicas, la familia decidió mudarse a las afueras de Budapest, al pueblo de Dunaharaszti.

Allí vivieron una vida campestre e idílica. Mientras Marie Antoinette se divertía ordeñando las vacas, Umrao cortaba madera para la leña de la cocina y las chimeneas de las habitaciones, y llevaba a la casa cubos de agua del pozo. Se convirtió en vegetariano y siguió al pie de la letra las ideas propagadas por León Tolstoi: “Un hombre puede vivir y estar sano sin matar animales para comer; por ello, si come carne, toma parte en quitarle la vida a un animal solo para satisfacer su apetito. Y actuar así es inmoral”. Apasionado por los libros del autor ruso, empezó a vestir como él y se dejó crecer aún más la barba, ya completamente blanca, rasgo que mantuvo el resto de su vida junto con el turbante de indio sij. Con este aspecto se paseaba por el pueblo con sus hijas de la mano, vestido con largas camisas hechas por sastres húngaros que le llegaban hasta las rodillas y que se ajustaba a la cintura con un cinturón, un lazo o un cordón. Transmitía armonía, como si hubiera restablecido la concordia entre los productos de Oriente y Occidente, tanto los psíquicos como los físicos, y ya nada pudiera alterarlo.

Las niñas también disfrutaban en su nuevo entorno jugando con ranas, perros, gallinas, conejos y demás animales domésticos de granja. Era un ambiente de calma, la paz del campo.

Amrita, que ya tenía siete años, sabía leer y escribir húngaro con fluidez. Acudía al colegio del pueblo, donde sorprendió a todos con su habilidad para pintar ilustraciones de bailes tradicionales húngaros. Con inaudita paciencia, copiaba y coloreaba ilustraciones grabadas de cuentos de los hermanos Grimm y de Hans Christian Andersen, a la vez que empezaba a esbozar cuadros con precoz destreza. Dibujaba todo lo que veía a su alrededor. En aquel ambiente de sosiego, los momentos más alegres llegaban con las visitas de sus primos, sobre todo cuando iba Víctor Egan, el hijo de una hermana de su madre y que tanto Indira como Amrita adoraban.

5

La Revolución de Octubre en Rusia convirtió Hungría en un hervidero de agitación antibelicista al estilo bolchevique. Los trabajadores de las fábricas, los campesinos y los soldados estaban hartos de la guerra, y se produjeron huelgas y mítines masivos.

A finales de 1918, tras la extinción del Imperio austrohúngaro, se proclamó la República de Hungría, y a principios de 1919 tuvo lugar la reunión de los Aliados después del armisticio para acordar las condiciones de paz con los países de las Potencias Centrales —Alemania, Turquía, Bulgaria, Austria y Hungría—, lo que se conoció como la Conferencia de Paz de París de la que surgió el Tratado de Versalles, en el que se disponía que Alemania y sus aliados, como responsables de la Primera Guerra Mundial, debían indemnizar a los vencedores.

La revolución comunista que instauró la República Soviética Húngara fue sofocada meses más tarde por las tropas anticomunistas rumanas. Durante este estado de anarquía, el almirante sin flota —en un país sin costas— Miklós Horthy, con elementos esenciales del fascismo, tomó el poder como regente —en un país que no tenía rey— del reino de Hungría hasta casi finales de la Segunda Guerra Mundial.

El nuevo régimen político se caracterizó por su anticomunismo, nacionalismo, antisemitismo, militarismo y propensión a la violencia y al terror como instrumentos políticos. Se aniquiló la vida creativa y se organizaron ejecuciones de disidentes. Sin ninguna duda, Hungría fue uno de los grandes perdedores de la Gran Guerra.

La situación política del país y la penuria que había originado la contienda obligaron a Umrao a hablar con Marie Antoinette sobre la conveniencia de trasladarse a la India hasta que se normalizaran las cosas. Por un lado, estaba la cuestión práctica: la escasez de alimento y de carbón para el invierno eran un problema serio y más si cabía para ellos, acostumbrados a llevar una vida de estilo burgués. Por otro, existía un motivo más importante: la seguridad. La sarta de majaderías contra los judíos que se habían repetido durante décadas salió a la palestra de manos de aquel gobierno antisemita de Miklós Horthy. Hungría no tardó en promulgar leyes de discriminación contra su población judía. Así, durante un paseo alrededor de la casa, donde los árboles silvestres tenían un encanto del que carecían los urbanos de Budapest, se atrevió a exponer el tema.

—Date cuenta de que tu familia es judía. No solo tú corres peligro, sino también Indira y Amrita. Todo el círculo de intelectuales de Hungría nos conoce y sabe que tenemos en casa la estrella de David —dijo pacientemente.

—Pero saben que somos apolíticos, que no somos seguidores de una religión en concreto. Toda mi familia es judía pero tú eres sij, y yo, al igual que nuestras niñas, bautizadas en el catolicismo. ¿Qué problema hay? —contestó Marie Antoinette con incredulidad y desdén, alzando los hombros como si hubiera oído lo más estúpido del mundo.

—Marie Antoinette, te digo que nos tenemos que ir a la India. No es nada nuevo, ya hemos vivido allí de solteros. Allí hay una libertad de la que no podemos gozar aquí. Además, yo soy ciudadano británico. Aquí estamos muy mal económicamente y esto se agravará con el paso de los meses. Cada vez restringen más el dinero que envía mi familia y ya sabes que la comida se está empezando a racionar en la ciudad... En los periódicos se habla de una peste que se está

extendiendo y está causando muchas muertes. —Después de una breve pausa, prosiguió—: Piensa que nuestras niñas gozarán de una libertad y unos estudios que ahora no tienen ocasión de disfrutar en ningún sitio de Europa. Allí, nuestra situación económica es menos onerosa y más complaciente.

Marie Antoinette sabía que su marido tenía razón. Por mucho que prefiriera la intelectual Europa a la tradicional India, las cosas en el viejo continente no estaban bien y se convenció de que era la decisión más acertada.

Así, en 1920 dejaron Hungría. Budapest había quedado envuelto por un color marengo y espectral; era una ciudad deslucida, ocupada por soldados que deambulan por calles solitarias. Antes de viajar a la India visitaron París. Marie Antoinette y Umrao querían enseñar a sus hijas el Louvre. Amrita se quedó cautivada con el cuadro *La Gioconda*, que anteriormente su madre le había enseñado en reproducciones de libros de arte. Y también vieron cómo en las calles de la ciudad desfilaban militares de otros países de Europa al son de aires marciales.

Desde París fueron a Marsella, donde emprendieron rumbo a su nuevo destino. El ambiente de la ciudad no era mucho más halagüeño: las tiendas estaban desabastecidas y los cafés medio vacíos, no había gente por la calle. Decididamente, Europa estaba revuelta. Embarcaron hacia la India en un buque enorme de ocho mil toneladas, el S.S. Malva. Atrás dejaron una Europa convulsa y amenazada todavía por la gripe española de 1919, una de las pandemias más letales de la historia de la Humanidad, que recibió ese nombre porque los medios de comunicación de España —que no tomó parte en la Primera Guerra Mundial— no habían censurado la información sobre el virus mortal.

El octavo cumpleaños de Amrita tuvo lugar en alta mar y lo celebraron con una gran tarta y ocho velas. La pequeña, haciendo gala de la generosidad que la acompañó toda su vida, compartió los dulces con los demás niños del viaje. Eran todos hijos de una población marina de lo más variopinta: misioneros, familias de colonos con destino a Pondicherry y Goa, y numerosos funcionarios coloniales franceses e ingleses imbuidos en su superioridad racial y cultural.

6

En el horizonte se adivinaba Bombay. Los Sher-Gil estaban a punto de llegar a un subcontinente en proceso de cambio, distinto al que la familia había dejado atrás. Durante la Primera Guerra Mundial, millones de soldados y trabajadores indios sirvieron en Europa, en África y en el Medio Oriente, luchando por la causa probritánica. Los maharajás no solo enviaban miles de soldados de entre los habitantes de sus provincias, sino también enormes cantidades de dinero y municiones. Del mismo modo, la administración de la colonia mandaba grandes suministros y alimentos para las tropas, pero después de la contienda esta actitud por parte de los indios se transformó en agravio debido al elevado número de bajas, el aumento en los impuestos, una epidemia de gripe que se extendió por todo el país y las pérdidas en el comercio que afectaron seriamente a la economía de la India. Todo esto agravó la situación de la población y alentó la causa nacionalista india.

En 1919 se promulgó la Ley Rowlatt, por la que se conferían al virrey extraordinarios poderes para reprimir cualquier acto que pudiese ser considerado como sedicioso, silenciar la prensa, detener a activistas políticos sin orden judicial y arrestar a cualquier persona que fuese sospechosa de rebeldía. Ese mismo año tuvo lugar la masacre de Amritsar, en la región del Punjab. El comandante militar británico y general de brigada Reginald Dyer ordenó disparar contra un grupo de unos diez mil indios —entre los que se incluían mujeres, niños y ancianos— que se habían congregado para celebrar una festividad hindú. El militar y sus cincuenta soldados dispararon indiscriminadamente hasta que toda la munición de repuesto fue consumida. Murieron centenares de personas e hirieron a más de un millar.

Este suceso marcó el preludio del movimiento de no cooperación que encabezó Gandhi y acabó con la buena voluntad de la mayoría de los indios hacia los británicos después de la Primera Guerra Mundial, con la excepción de los maharajás, que siendo leales a la metrópoli, aún querían ostentar sus lujosos privilegios y caprichos arcaicos.

En el puerto les recibió un enorme bullicio. Apoyados en las barandillas de cubierta, percibían un intenso olor a mar, a hierro oxidado y humedad. Aquí y allá se veían buques cargando y descargando mercancías. Había numerosos barcos de pasajeros amarrados; unos, dispuestos a salir con sus alargados baupreses desafiantes; otros, recién llegados de ultramar o aguardando a que las grúas terminasen de vaciar sus bodegas. El calor era de plomo. Se oía el fragor de los martillazos procedente de los astilleros, el chirrido de las sierras, el ruido de máquinas y a marineros de distintas nacionalidades que gritaban ininteligibles maldiciones a los tripulantes de las pequeñas embarcaciones, que contestaban de igual forma y con idénticos gritos furiosos. Ya en tierra firme, el olor del mar parecía haber pasado por terrenos ferruginosos. Las calles olían a alimentos descompuestos, a barro y a lodo formados en las aceras. Todo el conjunto despedía un hedor penetrante al que se unía un fuerte olor a incienso y creaba un tufo a podredumbre que iba directamente a la garganta. Por las calles cercanas al puerto, decenas de náufragos famélicos vagaban en busca de comida y trabajo. Marie Antoinette no evitaba sus gestos de asco hacia todo lo que veía, a la par que se tapaba la boca con un pañuelo blanco que la prevenía de sus continuas arcadas. Las hijas, por el contrario, mostraban un carácter jubiloso.

Una vez que consiguieron salir del puerto, Amrita e Indira observaron sorprendidas los llamativos tranvías de dos pisos bajo los señoriales edificios de estilo victoriano. De camino a la estación de tren vieron el hotel Taj Mahal Palace, un edificio que representa un mundo aparte dentro de la ciudad.

Al llegar a la estación ferroviaria de Victoria, construcción caprichosa en piedra arenisca con una minuciosa ornamentación —ejemplo notable de la combinación del estilo neogótico victoriano con la arquitectura india tradicional—, el barullo era enorme y el griterío ensordecedor. Alrededor de sus muros, los mendigos dormían acurrucados y envueltos en trozos de tela. Una vez dentro, Marie Antoinette caminaba deprisa con sus hijas de la mano, manifestando abiertamente su repugnancia, mientras Umrao se abría paso torpemente por delante de ellas siguiendo a los porteadores.

—No te sulfures tanto. Ya verás como salimos adelante —le dijo carraspeando.

Sortearon la multitud tirada en el suelo y anduvieron por el andén hasta llegar al vagón de primera clase en el que viajarían. Atrás habían dejado los vagones de los maharajás, muestra del máximo lujo. Ya en su compartimento, Marie Antoinette cerró de inmediato las persianas con la esperanza de aislarse del bullicio exterior: el hormigueo loco de animales, niños, pobres infelices, mujeres, soldados, famélicos *coolies* que arrastraban cestos, maletas de viaje y fardos sobre sus hombros o en carretas al mismo tiempo que eran hostigados a bastonazos por sus guardianes o policías, y demás elementos de aquel conjunto que consideraba triste, maloliente, pobre y sucio. Umrao pagó con gesto mecánico y altivo a los porteadores que ya habían colocado en su sitio maletas y baúles, y ocupó su asiento.

—¿Cómo es posible que la Corona británica administre tan eficazmente este gigantesco puzle? —se preguntó en voz alta cuando arrancó el tren.

Mientras tanto, Amrita, ajena a las preocupaciones de sus padres, observaba encandilada el espectáculo de la estación. Viajaron en tren de Bombay a Delhi y de allí a la provincia del Punjab, donde Umrao tenía que reunirse con los familiares que administraban las propiedades y el negocio de la fábrica de azúcar.

Tras su labor administrativa, y un mes después de haber llegado al país asiático, se mudaron finalmente a un pueblo situado a los pies del Himalaya, Shimla, que los británicos habían convertido en su capital de verano porque allí escapaban del calor infernal de la llanura. Gracias a sus numerosas diversiones, su atmósfera era siempre frívola y desenfadada. Se instalaron en un bungalow que Umrao había heredado de su padre. Estaba emplazado en un lugar muy codiciado por la gente rica e influyente de la época. Con pisos desiguales, había sido diseñado y construido para albergar nada menos que al virrey británico. Era una construcción enorme sobre una colina verdosa que además tenía un gran jardín alrededor. Aquella pincelada verde resaltaba sobre la suave entonación violeta de las montañas y más abajo, entre los árboles, se podía divisar el sendero que serpenteaba hacia el pueblo y que conducía a la zona residencial de Shimla.

Allí podían hacer uso sin restricciones de la fortuna heredada de Umrao y Marie Antoinette, sin más dilación, se puso a trabajar en la decoración de la casa: vitrinas con vajillas de porcelana que habían traído cuidadosamente desde Hungría, numerosos portarretratos de plata y marfil, alfombras, muebles antiguos, cuadros y demás enseres elegantes y objetos ostentosos propios de una clase alta adinerada.

En ese ambiente de lobreguez señorial, los objetos del pasado se amoldaban con facilidad a las paredes blancas de las habitaciones de aquella casa enorme de arquitectura inglesa, más

propia de la campiña de Warwickshire, Leicestershire o incluso del célebre bosque de Sherwood, en Nottinghamshire, que de las inmemoriales tierras indias, pero... ¿caso no pertenecían a Inglaterra aquellos cimientos?

Los Sher-Gil iniciaron su vida social asistiendo al teatro en el club e invitando a casa a amigos y conocidos. Como había profesores británicos, inscribieron a sus hijas en clases de piano y música clásica europea, pero Amrita pronto se desinteresó; seguía dibujando sus trazos en cualquier papel que estuviera a su alcance. Ya fuera un panfleto publicitario o un periódico, ella lo llenaba de retratos de las personas que tenía alrededor. Se volvió introvertida. Disfrutaba con la lectura y prefería la compañía de los adultos que frecuentaban la casa durante las numerosas e interminables tertulias sobre filosofía, arte, historia e incluso literatura, a jugar con otros niños de su edad. En ocasiones, se sentaba sola en un rincón del salón para ser espectadora privilegiada de aquel ambiente ufano y bohemio.

A medida que pasaba el tiempo, Marie Antoinette se sentía más relajada y complacida. Estaba contenta con la educación de sus hijas, que mostraban grandes avances con el inglés, lo que les confería mayor prestigio social dado que ya dominaban el húngaro y el francés, y mostraba orgullo por Indira, que tomaba clases de danza clásica y participaba en funciones para apoyar actos filantrópicos que celebraba la comunidad británica.

La felicidad de la madre solo se veía empañada por la debilidad de Amrita, que parecía no tener defensas suficientes para afrontar el clima. Tuvieron que operarla primero de estrabismo y poco después de una glándula que se le inflamó en la garganta. Durante estas convalecencias, llenas de largas horas de inmovilidad y soledad, Amrita pasaba el tiempo leyendo. Se convirtió en una lectora compulsiva. Sus atentas lecturas le hacían abrir los ojos ante el espectáculo del mundo y sembraron en ella un fermento de ideal, pasión y nerviosismo. Sin compañeros de juegos, encontró un enorme tesoro en la biblioteca del estudio de su padre. Allí había libros de todo tipo: grabados sobre las hazañas de Hernán Cortés, los viajes de Cristóbal Colón o el descubrimiento del Pacífico por Núñez de Balboa. Descubrió la mitología y se fascinó con Océano, un dios de luengas barbas y cornuda cabeza que vivía en una caverna submarina con Tetis, su mujer, y con sus trescientas hijas, las Oceánicas. Tenían un hermano, el prudente Nereo, de barbas azules y ojos verdes con nada menos que cincuenta hijas, las Nereidas, que llevaban sus órdenes a través de las olas o jugueteaban en torno a las naves, enviando al rostro de los marineros la espuma levantada por sus brazos.

“¡Cómo me gustaría ser una gran conquistadora o una heroína espada en mano, como Juana de Arco!”, pensaba mientras blandía una enorme regla de madera y movía el telescopio apuntando hacia la ventana, como si fuese un cañón de guerra a punto de ser disparado contra una fila de torres rojizas, las fortificaciones de una batalla entre moros y cristianos por el dominio del mar azul, una lucha entre hombres mediterráneos en la que todos habían tenido algo de piratas o de contrabandistas, incluso los fenicios, judíos metidos a navegantes que difundían las primeras obras de la civilización y se cobraban este servicio llenando sus barcos de mujeres raptadas, mercancía rica y de fácil transporte.

No se cansaba nunca de estas orgías imaginativas, estremecimientos y fantasías. Ocho meses sin salir de su encierro dieron para mucho. Primero no podía moverse de la cama, luego de la casa y más tarde se le permitió un breve tiempo al aire libre. Durante aquellos días no dejaba de copiar ilustraciones en cuadernos de dibujo. Aunque eran simples esbozos, mostraba un talento precoz. Así lo observó Umrao, que tras hablarlo con Marie Antoinette, decidió contratar a un profesor particular.

El profesor de pintura se llamaba Christopher Petman. Había dado clases en la Escuela de Arte en Londres, realizaba retratos de mujeres de la alta sociedad de la época e impartía clases particulares a niños de afamadas familias en la India colonial. Enseguida apreció el talento de Amrita, que sin ningún esfuerzo absorbía todas las materias teóricas y prácticas que le enseñaba. Y así se lo transmitió a sus padres: les dijo que Amrita estaba dotada para el arte y que si se moldeaba de forma adecuada podía llegar muy lejos.

El profesor Petman fue clave en la formación artística de Amrita. Era riguroso con ella, pero también procuraba que sus clases fueran amenas para que la niña no perdiera el interés. Ella siempre le miraba con sus grandes ojos muy abiertos, maravillándose por las nuevas técnicas de pintura y con un creciente afán de conocimiento. Amrita esperaba cada día con entusiasmo sus clases particulares. Él, muy paciente y respetuoso, siempre se dirigía a ella como “mi querida princesa”.

—Estás echando a perder la salud de tus hijas, igual que mi padre destrozó la suya al comer carne y precipitando su muerte —gruñía Umrao a su esposa cada vez que veía a Indira y Amrita ante un plato de carne.

Se obsesionó tanto con el cuidado de la salud y con su defensa acérrima del vegetarianismo que con los años se convirtió en fanático, haciendo meticulosas anotaciones en una libreta sobre lo que comía y las calorías de cada alimento. Una vez al mes, pesaba a toda la familia y tomaba sus medidas, que más tarde trasladaba a una tabla gráfica. Mantuvo su personalidad obsesiva de *yogui* indio durante el resto de su vida. Cuando guardaba días de ayuno, se fotografiaba para ver los cambios físicos que experimentaba su cuerpo y registraba en su cuaderno sus reacciones psíquicas y físicas con detalles precisos.

La mayoría de las veces cocinaba él mismo la comida con una olla a vapor que llevaba siempre consigo. Había temporadas en las que se alimentaba solo a base de frutas, como mangos y plátanos, pues eran abundantes, diversas y baratas. Además, en la India colonial eran la bendición de los pobres. Durante su estancia en Shimla estudió orfebrería con los artistas locales e invitaba a su casa a carpinteros, con los que trabajaba la madera en el jardín cubriendo la tierra con un alfombrado de virutas, lo que exasperaba a su esposa Marie Antoinette, que se quejaba de la ruina causada a sus preciadas plantas.

En su despacho, aparte de dos telescopios, su máquina de escribir y varias pinturas de gran valor, tenía catalogados más de cuatro mil libros en varias lenguas. Una de sus mayores ocupaciones era el estudio de una variedad de problemas fundamentales acerca de cuestiones como la belleza, la existencia, el conocimiento, la moral, la verdad, la mente y el lenguaje. Es decir, estaba enfrascado en la búsqueda de una disciplina que diera una visión amplia de la inteligencia, de sus capacidades, de sus limitaciones y del significado de las creaciones humanas, llamada Filosofía desde el griego Pitágoras de Samos.

La vida matrimonial entre Marie Antoinette y Umrao no era del todo feliz. Aunque él ya sabía que su irascible esposa no le era fiel, no quiso hacer nada. Ya fuese por su edad, que rondaba los sesenta años, o por cualquier motivo externo, asumió que era una unión que había acabado en amistad y que, bien por conveniencia para sus hijas, bien en atención a su avanzada edad, tenía que continuar casado, aunque solo fuese de cara a la sociedad.

La vida desenfadada con la que se complacían en la llamada *hill station* pasó factura. Hacía un tiempo que Giulio Cesare Pasquinelli, un joven escultor italiano afincado en Shimla, frecuentaba las reuniones de intelectuales y artistas que se organizaban en casa de los Sher-Gil. Desde el principio, Marie Antoinette, que en su juventud había estudiado en Roma y hablaba perfectamente italiano, congenió con él y poco después se convirtieron en amantes. El idilio acabó cuando Pasquinelli tuvo que volver a Florencia por asuntos familiares, ya que estaba casado y había dejado atrás a su esposa e hijos. Marie Antoinette estaba tan prendada de él que con el pretexto de que Amrita ampliase sus conocimientos de arte y pudiese estudiar el Renacimiento italiano con mayor detenimiento, propuso a Umrao mudarse a Italia por una temporada. De mala gana, el patriarca aceptó pensando en la educación de su hija.

Marie Antoinette marchó tras su joven amante, como Isolda en busca del caballero Tristán.

Así, mientras Umrao se quedaba en la India con Indira, que continuaba con sus estudios de música, Marie Antoinette viajó a Italia y matriculó a Amrita en la Escuela de Arte de Florencia.

Allí, en su tierra, el italiano la cortejaba como el dios Krishna adentrado en el bosque para tocar la flauta y hacer bailar a su amante Rhada. Pero el destino decidió que el romance se acabara pronto. Amrita y su madre —que no sentía remordimiento ni vergüenza por haber acosado al joven florentino hasta la saciedad— volvieron a los pocos meses a la India. Durante aquella estancia, Marie Antoinette conoció al compositor Giacomo Puccini, quien le dedicó una foto firmada y fechada en marzo de 1922, y que conservó desde entonces bien enmarcada sobre el piano de la casa, en Shimla.

La difícil relación entre Umrao y Marie Antoinette, plagada de continuas y sonoras riñas, acabó afectando a Amrita, que empezó a dibujar esbozos y garabatos como muestra de su disconformidad con aquella atmósfera de fingimientos, peleas y discordias. La madre, consciente del impacto emocional que la situación provocaba en su hija, decidió internarla en un colegio de monjas católicas. El internado estaba dentro del convento y Amrita pronto se sintió angustiada, oprimida y sofocada por aquel régimen. Harta de aquella vida, remitió a su padre una acervada crítica de los ritos católicos: describía la cerrazón de sus mentes, prodigaba insultos a las monjas, con las que no tenía buena relación, y se declaraba una atea ferviente. Para sorpresa de Amrita, la carta fue interceptada por la madre superiora y, en consecuencia, fue expulsada del colegio.

De regreso en Shimla, la vida desaforada de sus padres seguía su ritmo acelerado, especialmente la de su madre. Todos los años, antes de Navidad, se celebraban recepciones, carreras de caballos y partidos de polo. La principal preocupación de las *ladies* era estrenar en público los últimos modelos procedentes de París y Londres confeccionados por sastres indios con fastuosos tejidos y brocados procedentes de Madrás y Benarés. Marie Antoinette, acompañada de sus adulatoras amigas, asistía siempre a las fiestas de disfraces que celebraban los maharajás.

Estos reyezuelos no querían ver cómo se volatilizaban sus vetustos privilegios y su arcaica imagen a causa del nacionalismo indio, pero ya por entonces se habían convertido en rémoras del pasado en peligro de extinción debido al imparable auge del Partido del Congreso, que pregona la independencia de la India bajo el liderazgo de Gandhi y un destacado líder y político hindú llamado Jawaharlal Nehru.

Los maharajás se mostraban hastiados ante este tipo de manifestaciones nacionalistas, ya que ellos y sus intereses estaban protegidos por el paraguas británico que les garantizaba sus prebendas y la supervivencia de las fronteras de sus provincias, además de recibir suculentas concesiones por parte de la administración y la metrópoli como resultado de un condescendiente carácter recíproco. Así, cuando la ocasión era propicia, como en las fiestas de la capital en verano de la India inglesa, no escatimaban la oportunidad de mostrar una imagen exterior de parafernalia ostentosa, llena de riqueza y fantasía sin límites.

Mientras tanto, Amrita e Indira participaban en eventos sociales organizados por el club para recaudar fondos benéficos. Este era un pasatiempo de la clase alta adinerada que, con la excusa de reunir dinero para los más necesitados, celebraban fiestas entre ellos, espectáculos y funciones de teatro. Amrita y su hermana se disfrazaban y mostraban a los espectadores bailes húngaros que aún recordaban de su infancia en Budapest. Otras veces, cansadas de estar en casa, salían a correr por el enorme jardín junto con Bina, una vieja perra San Bernardo que las dos hermanas sacaban de su amodorrada vida, ya que tenía la costumbre de estar tirada todo el

día en el suelo obstruyendo el paso en mitad de un pasillo del bungalow. La habían adoptado después de que sus dueños holandeses la abandonaran al dejar la India. Allí, entre los árboles, las niñas reían y jugaban con la perra, que hacía mil zalamerías a su alrededor sin dejar de retozar arduamente debido a su gran tamaño.

8

Amrita se sentía fascinada por el cine desde que era una niña y con solo doce años iba de forma asidua al cinematógrafo del club de Shimla. Tenía un cuaderno en el que apuntaba los títulos de las películas que más le habían gustado e impactado. *El jeque* (1921), con Rodolfo Valentino; *Carmen* (1918), con Pola Negri; *El prisionero de Zenda* (1922), con Ramón Navarro y Barbara La Marr; *Cyrano de Bergerac* (1925), con Pierre du Magnier; y *Quo vadis?* (1925), con Emil Yannings y Rina De Liguoro, estaban entre sus favoritas, así como *Savitri Satyavan* (1923), interpretada también por Rina De Liguoro y basada en el relato épico-mitológico hindú *Mahabharata*.

En su cuaderno solía escribir los nombres de sus actores preferidos: Conrad Veidt en el papel de Lord Nelson en *Lady Hamilton* y *Lucrecia Borgia*; Paul Wegener en las películas expresionistas alemanas; o la actriz de origen húngaro Lucy Doraine, cuyo marido fue el director judío nacido en Budapest Manó Kertész Kaminer, más conocido en la historia del cine como Michael Curtiz, director de *Casablanca* (1942), entre otras películas memorables.

Con trece años, Amrita mostraba una capacidad intelectual muy superior a las jóvenes de su edad. Ella estaba dotada, por encima de todo, de talento para la asimilación y gozaba del privilegio de esos genios afortunados que lo absorben todo con facilidad, como absorbe la abeja el polen de las flores. Además de apuntar los nombres y títulos en aquel diario cinematográfico, Amrita pintaba esbozos de los personajes que más le habían llamado la atención y escribía reflexiones acerca de las sensaciones que experimentaba. Como los personajes de Dostoievski, sentía que el héroe musical de Chaikovski persistía al explorar el significado de la vida mientras se está atrapado en un triángulo fatal de amor, muerte y destino. “Quien haya escuchado a Jascha Heifetz, el más grande violinista del mundo, tocando la *Serenata melancólica* de Chaikovski, es capaz de describir mis sentimientos. ¡Oh! Sus perfectos, únicos, magníficos tonos ricos y gloriosos. La tristeza, la pasión... parece que desgarran tu alma y te hacen llorar, principalmente por ese ardor que se desliza en tu cuerpo al escuchar esos exquisitos tonos profundos y perfectos de violín que parecen provenir del latido del corazón del joven violinista... ¡Ah! Pero yo me expreso muy mal debido a la plenitud de mi corazón. Y quién no lo haría si se dejase llevar por la pasión como yo... Pasión por la música.

Benno Moiseiwitsch supera a los demás al piano, incluso a Paderewski, y eso que este es 'el poeta del piano', como mamá lo llama correctamente cuando toca a Chopin en casa. Moiseiwitsch también es único tocando bellamente *Claro de Luna*, de Debussy, con la que te hace percibir la plateada luz de la luna y sentir como se siente una persona cuando se queda admirando la luna en una noche de atmósfera plateada”.

Una de las impresiones más intensas que quedaron grabadas en el carácter de Amrita durante aquella estancia en Shimla fue su asistencia a una boda hindú. Aquella noche, su hermana fue a buscarla a su habitación sin que Marie Antoinette se enterase, ya que últimamente estaba muy atenta a las actividades de Amrita porque consideraba que su actitud social estaba desembocando en la rebeldía.

—Deja lo que estás haciendo, ven conmigo. Te voy a enseñar algo que nunca has visto —

dijo Indira con aire cómplice mientras ponía un dedo sobre sus labios en señal de silencio.

—¿Qué es? Ya sabes que mamá no nos permite ir a estas horas al pueblo —respondió Amrita extasiada por la turbación de su monotonía, como si le hubiesen dado un premio por haber pasado todo el día haciendo sus trabajos de pintura.

—Tú calla y sígueme. Te va a sorprender. Ven.

Las dos hermanas se abrigaron bien y salieron por la puerta de atrás, la reservada para el personal de servicio. Llegaron a un pequeño hotel que tenía en la parte trasera un enorme jardín destinado a las ceremonias, como bodas, cumpleaños y otras fiestas típicas. Amrita reconoció el lugar enseguida, ya que había estado hacía poco con su hermana en el cumpleaños de un escritor inglés amigo de sus padres.

—¿Otra fiesta? —preguntó Amrita—. No tenemos invitación.

Indira, con ojos brillantes de impaciencia, sonrió y volvió a hacer un gesto con el dedo índice indicando que guardase silencio. Cuando entraron en el recinto, se dio cuenta de que era una boda por la forma en la que iban vestidos los invitados. La gente hablaba animada en pequeños grupos. Al final del jardín estaba el podio del futuro matrimonio: dos enormes asientos tapizados en terciopelo rojo, con forma de herradura y reposabrazos de metal. En uno de los sillones estaba sentado el novio, al que un fotógrafo retrataba sin parar. Mientras avanzaban, Amrita trataba de averiguar qué podía ser lo que llamaba tanto la atención de su hermana como para justificar que las dos estuvieran allí. Para ella, aquello era una boda de lo más típica, quizá no tan ostentosa como otras a las que habían asistido, ya que entreveía que los asistentes eran gente de una clase social no tan pudiente como la que sus padres poseían. La única peculiaridad era la relativa madurez del novio, que no era apreciable en la distancia debido a su suntuosa vestimenta.

Aquel era un señor de más de cincuenta años y, como Indira le dijo al oído, ya había estado casado anteriormente tres veces. Solo había tenido hijas, razón por la cual su astrólogo le había recomendado fervorosamente volver a contraer nupcias para tener un varón, futuro heredero de su empresa, y recuperar así su salud y prosperidad económica. A un lado, un sacerdote hindú preparaba el ritual del matrimonio entonando mantras en sánscrito, lengua de los instruidos que nadie comprendía en aquel lugar, ni siquiera el propio brahmán que los vociferaba. Indira le tiró de la mano y las dos se fueron a una habitación que había junto al jardín.

Guardando la puerta se encontraban unas mujeres que sollozaban y algunos niños pequeños. Amrita pensó que, indudablemente, eran los familiares de la novia, pero al entrar se llevó una sorpresa: la novia era una niña asustada de unos doce o trece años. Sus tobillos, adornados con prominentes ajorcas de plata, tintineaban criminalmente cada vez que se contorsionaba sobre el enorme almohadón en el que estaba sentada en forma de flor de loto. La aleta de su nariz estaba atravesada por un largo aro dorado y tenía los ojos grandes e hinchados como platos por las horas de llanto, además de llevar un grueso maquillaje que, claramente, intentaba ocultar el enrojecimiento causado por las lágrimas y aparentar más edad.

Indira, que no podía esconder su congoja, le preguntó al oído si podía identificarla. Amrita, prestando más atención, la reconoció con aflicción: era la hija de una de las criadas que iban a su casa a limpiar por las mañanas y con la que habían estado jugando en alguna ocasión en el jardín junto con Bina. A partir de ese momento, los inconscientes adultos habían decidido que los juegos infantiles se habían acabado para ella. No solo había acompañado a su madre a las casas para ayudarle a realizar los trabajos domésticos, sino que también había cuidado a sus propios hermanos desde que eran bebés, los había criado, había representado el papel de mamá

sin ser todavía madre, y así, desde una edad infantil, había sido educada para el único motivo de su existencia: el matrimonio. Era evidente que el empresario hindú la había comprado a sus padres y estos, satisfechos con la dote recibida, no habían objetado lo más mínimo sino al contrario, lo habían visto como una bendición celestial. Incluso habían mentido a las autoridades británicas sobre su edad para obtener los permisos administrativos requeridos para la celebración pública de la ceremonia.

Los dos eran conscientes de que algún día serían juzgados —como pensaban en su mayoría los padres hindúes— no por los poderes judiciales, ni mucho menos, sino por el comportamiento de la hija en casa de su esposo y por los hijos que engendrarse. La madre, sentada en aquella habitación, embebida en solitarios rezos a los dioses, imploraba insensatamente para la procreación de un bebé varón por parte de su hija.

9

Marie Antoinette sufría trastornos de ansiedad que muchas veces se transformaban en reacciones violentas. La relación con su marido no iba a mejor y esta atmósfera no pasaba desapercibida para las ya adolescentes Indira y Amrita. Por entonces, el futuro periodista Michael Stockwood vivía en la India y ejercía como profesor en elitistas colegios británicos. Un día, después de impartir una conferencia sobre historia de África en un salón del club, Umrao le invitó a casa a tomar el té.

Promovido por la curiosidad de conocer mejor a aquel hombre inmensamente rico y de estafalario aspecto, Michael aceptó la invitación. El aspecto de Umrao le recordaba la frase que no se cansaba de repetir en sus numerosas conferencias y tertulias: “Nunca olvides que solo los peces muertos van a favor de la corriente”.

Cuando llegó a la mansión, se llevó una gran sorpresa ante la extravagante familia. Las hermanas, después de saludar a Michael, siguieron jugando con Bina mientras tiraban frutas cortadas a los langures, los monos arbóreos de cola larga que se acercaban en tropel desde el interior del bosque. Y Marie Antoinette, a la que no le gustaban mucho los ingleses pedantes, le saludó con frialdad y se comportó con él de manera despectiva. El recibimiento fue tan huraño que el propio Stockwood escribiría años después: “El bungalow de los Sher-Gil era enorme y estaba construido en lo alto de una colina. A su puerta principal se accedía por una escalera empedrada que tenía una barandilla de hierros a los lados con el ancho pasamanos de madera de mango y en sus ángulos lucían enormes bolas de piedra rojiza del Rajastán. Según me dijo Sher-Gil —el padre de Amrita—, aquella barandilla la hizo diseñar y forjar en Budapest.

Las hijas jugaban como niños salvajes en el jardín junto con una perra enorme de raza San Bernardo a la que llamaban Bina. Recuerdo que atrajeron a más de cincuenta monos tirándoles sin medida fruta cortada. Yo me horroricé al ver a tantos monos gritando, hacían un ruido ensordecedor, incluso había varios que copulaban con entero albedrío delante de las niñas. Miré a mi alrededor y nadie parecía sorprendido por aquella actividad. Las hermanas se reían de mí al darse cuenta de mi impresión de espanto mientras subía con ligereza las escaleras para entrar cuanto antes en la casa. Más de una vez pude ver cómo la joven Amrita conseguía dar en la cabeza con un plátano a uno de aquellos grandes monos que tenían una altura superior a la suya.

La madre, aparte de ser una judía húngara antipática, era extremadamente vulgar. Su carácter algo agresivo a primera vista se acentuaba con sus fuertes brazos de machote, las mejillas encendidas y el color rojizo de su pelo. La 'señora', al evitar darme la mano cuando entré al salón, me dio a entender de inmediato que no era bien recibido por ella. Una vez dentro, en aquellas estancias laberínticas, pude darme cuenta de que aquella familia no era nada común: por todos lados había libros en distintos idiomas. Vi libros, muchos libros, libros por todas partes: en el suelo, sobre mesas, en los rincones e invadiendo sillas, taburetes y estanterías. En el salón predominaba la belleza de un majestuoso piano, tan primoroso, situado junto a la ventana.

La gran barba blanca de Umrao, además de darle un aire a Tolstoi, recordaba a la de un gnomo alargado. Su estudio parecía una maravillosa tienda de antigüedades: telescopios, muchísimos libros, un enorme globo terráqueo... Si alguna vez tuviese que ilustrar el estudio del

capitán Nemo en su *Nautilus*, tan solo tendría que rememorar la decoración de aquella habitación. Tenía una pequeña chimenea muy bonita; sobre sus bordes había azulejos pintados que representaban las corridas de toros de España, en uno de ellos estaba escrito 'Plaza de Toros de Linares'. En la pared se encontraban la escoba, la horquilla y una pela de ramera desmesurada, colgados de ganchos de cerámica en forma de tortuga. En una esquina había un montoncito de leña bien dispuesta y cortada. Nos sentamos en dos anchos sillones *bergère* de orejas, como sacados de la Francia del siglo XVIII. Sus respaldos y laterales estaban bellamente tapizados de tejido *chenille* con un bonito diseño *jacquard* de largas hojas blancas, rojas y rosáceas sobre un fondo gris.

Hablamos sobre cosas triviales, ya que yo cambiaba de tema porque cada dos por tres él denostaba vehementemente cualquier asunto que yo consideraba interesante para una conversación. A decir verdad, era admirable la lúcida manera con que Umrao enhebraba un relato con otro, aun sin venir a cuento, durante el tiempo que estuvimos reunidos en su estudio: teología, filosofía, la situación política en Europa, historia... Parecía un sabio que se hubiese pasado toda la vida leyendo libros. Mientras hablaba, yo observaba hipnotizado aquel carácter enérgico que expresaban sus manos nervudas y la compañía tan adecuada que le hacía su enorme y descuidada barba blanca, incluso los largos pelos que, como hierbajos, le salían por los lados de su turbante a la altura del cuello y caían con total promiscuidad y descuido.

Su esposa nos sirvió el té junto con unos *snacks*. Él, pacientemente y tras un prolongado silencio como pausa, apuntó a la tetera, después a los chocolates y después de mantener el dedo índice en el aire casi un minuto en dirección a los pastelitos, con un arqueado de cejas me dijo con agravio y patetismo: '¿Ves? Aquí no hay nada que llevarme a la boca'. Me dio a entender que su mujer ponía el té y tales aperitivos adrede, porque sabía que le disgustaban.

Umrao tenía fama de ser un hombre culto, amante del progreso y occidentalizado. Recuerdo que pasaba casi todas las noches solo en la terraza, mirando las estrellas con su telescopio. Su larga figura podía ser vista desde el camino que llevaba al pueblo. Singular y curiosa familia”.

La mala relación entre sus padres marcó para siempre a Amrita. Hay emociones en la niñez que subsisten toda la vida. Continuamente, a lo largo de los años, perdura en lo más profundo de la memoria la remota visión de los acontecimientos pasados. Mientras Umrao optaba por una vida tranquila cada vez con más ahínco, Marie Antoinette prefería las reuniones interminables de amigos, las fiestas y las conversaciones con té y pasteles de crema. Mientras él seguía haciendo acopio de su vestimenta arrugada y descuidada, ella iba a la moda y bien vestida con falda lisa hasta los tobillos, con blusa de muselina a juego, y si estaba en el jardín cuidando de sus plantas se ponía una camisa de algodón y un sombrero de paja ancha, como si fuese a ser retratada de un momento a otro para una revista de moda parisina.

La incompatibilidad era cada vez más notoria. Mientras él se recluía en su biblioteca, ella salía a visitar amigos o se marchaba esporádicamente de viaje con sus amigas —o eso decía ella— a Calcuta, Bombay u otras ciudades de la India. Mientras él cuidaba la comida, siendo un acérrimo vegetariano, ella llenaba la casa de carne, tanto de cordero y de ternera como de búfalo y de pollo. Mientras él requería silencio, ella montaba una algarabía con sus amigos en el salón al son del piano y con cantos hasta altas horas de la noche. Mientras él se declinaba por una lectura sustanciosa, ella prefería una tarde de amor intempestivo y promiscuo con una nueva conquista.

Pronto Marie Antoinette, moralmente corrompida por su vida frívola y concupiscente,

apostató del judaísmo y del catolicismo. Esto creó angustia en sus hijas y desde luego dejó una huella psicológica en Amrita determinante en sus futuras relaciones, ya que siendo la mayor era más consciente de lo que sucedía entre sus padres y, además, desde aquel episodio con el amante italiano, fue testigo del continuo adulterio de su madre a lo largo de los años.

Marie Antoinette decidió que se separasen por unas semanas y se fue de viaje por el este de la India con sus hijas y la excusa de comprar telas y alfombras para redecorar el bungalow. La primera parada fue Benarés, después Calcuta y Darjeeling, y ya de regreso se detuvieron en Lucknow. En esta última ciudad contemplaron una clamorosa bienvenida a un hombrecillo llamado Gandhi, que había transformado el Partido del Congreso Nacional Indio en un movimiento de masas contestatario contra la dominación británica. Era la década de 1920, después de la Primera Guerra Mundial, y Gandhi consideraba que mediante la práctica de la no violencia los ingleses llegarían a considerar la inutilidad de la opresión y abandonarían su país.

La India, colonia inglesa debilitada físicamente, estaba siendo instigada por aquel espíritu independentista. Los líderes emergentes del Partido del Congreso como Jawaharlal Nehru, educado en la Universidad de Cambridge, se convirtieron en seguidores de Gandhi y expresaron públicamente sus aspiraciones nacionalistas —Nehru alcanzaría la presidencia del Partido del Congreso por primera vez en 1929—. Se elaboró una nueva Constitución, cuyo objetivo final era el *swaraj*, es decir, la independencia.

Sus acciones consistían en medidas de no colaboración y de abstención a través de huelgas de hambre, protestas pacíficas, no participación en las elecciones e incumplimiento de leyes injustas. Gandhi también impulsaba el retorno a la industria artesanal, como el hilado manual, en señal de boicot a las industrias británicas, a las que acusaba de ser las causantes de la ruina económica de la India. El dominio británico había acabado destruyendo los cimientos de la economía tradicional india. En esto, la conquista británica difería de toda conquista anterior, pues mientras los anteriores conquistadores extranjeros no alteraron las bases económicas y finalmente aceptaron su estructura secular, la conquista británica destrozó esas bases y permaneció como una fuerza extranjera, actuando desde fuera y llevando su tributo al exterior. El saqueo directo de la Compañía de las Indias Orientales era colosal.

Poco a poco, ese hombrecillo de piernas delgadas y gafas metálicas que vitoreaban a su llegada al andén en la estación de tren de Lucknow, ante la mirada perturbada de Marie Antoinette y sus hijas, acabaría con la soberbia británica que representaban sus privilegiados clubes, en los que se prohibía expresamente la entrada a los perros y a los indios. Sus ideas acabarían poniendo en jaque a la 'joya de la Corona', que terminaría cayendo años más tarde como un castillo de naipes.

A su regreso a Shimla encontraron a Umrao, que les sonrió y saludó efusivamente desde el andén de la estación junto a otra persona que llevaba puesto un distintivo salacot británico, pero que les parecía extranjero por su vestimenta, y que no podían distinguir desde la ventana del vagón del tren. Al bajar y acercarse a ellas aquel señor con aire jubiloso, los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja, reconocieron a su tío Ervin, al que no habían visto desde que dejaron Budapest cuando eran niñas.

El tío Ervin era un hombre de ademanes suaves que siempre pensaba en agradar. Hablaba inglés con un fuerte acento norteamericano debido a sus largas estancias junto a su hermano en los Estados Unidos. No solo era un apasionado de la antigua literatura hebrea y de la sabiduría de la cábala, sino también un entusiasta de la cultura india. Había escrito un libro sobre el afamado tratado sexual *Kamasutra* y otro sobre yoga. Fue él quien popularizó la cultura india en

Hungría, hasta el punto de que durante los primeros brotes del fascismo y tras el levantamiento nazi, muchos judíos húngaros que habían leído y escuchado comentarios acerca de la colonia británica a través de sus libros, publicaciones en periódicos y charlas universitarias, prefirieron emigrar a la India. Aquellos inmigrantes acabarían siendo dueños de muchas tiendas de artesanía en Bombay, especialmente en el barrio rico de Colaba, en Lower Parel, y adquirirían terrenos en la zona de Worli. Años después las venderían a parsis y musulmanes de la zona para emigrar de nuevo al recién fundado Estado de Israel.

10

La historia del tío Ervin era, sin duda, muy peculiar. En 1910, él y su hermano József viajaron juntos a Estados Unidos movidos por el romanticismo de la historia norteamericana, y en concreto por los folletines y libros históricos que habían leído sobre la conquista del Oeste.

La primera parada que hicieron fue en Boston, donde conocieron al profesor de sociología e historia, y a la vez activista por los derechos civiles, W. E. B. Du Bois. Aunque a Ervin la personalidad de este señor, vestido siempre pulcramente como un dandi europeo, no le agradó particularmente, admiraba su lucha por conseguir la igualdad de derechos para los negros afroamericanos y su apoyo al movimiento sufragista femenino. Los dos hermanos escribieron una sólida y positiva crítica para un periódico húngaro sobre el libro que Du Bois había publicado unos años antes, *Las almas del pueblo negro*. Fue una de las primeras obras sobre la historia afroamericana que no solo hacía referencia a la música negra, sino que también defendía el derecho de los negros a votar, a ser tratados con justicia e igualdad y la abolición de la discriminación en la educación.

Con el fin de documentarse y escribir sobre las tribus indígenas, se unieron a una expedición del Departamento Forestal del estado de Montana, donde los indios americanos hicieron su último esfuerzo por mantener su tierra en la batalla de *Little Bighorn*, en 1876, una de las muchas que mantuvieron y sin duda la más conocida del 7.º Regimiento de Caballería, comandado por el teniente coronel George Armstrong Custer. Escribieron varios estudios sobre el folclore de las distintas tribus: los crow, en la zona centro-sur; los cheyennes, en el sureste; los pies negros; los assiniboine y los atsina en el centro-norte; y los kootenai y los salish en el oeste. Estuvieron viviendo más de un año en la reserva india de los pies negros —llamados blackfeet— junto a la frontera con Canadá. Esta era una tribu dedicada tradicionalmente a la caza del búfalo, pero debido a los colonizadores blancos, la especie se fue extinguiendo dramáticamente. La escasez de estos animales provocó la muerte de cientos de indígenas, que a causa de la afluencia de ganaderos, granjas y cercas no encontraron tierras con las que abastecerse.

En sus escritos criticaron con sumo detalle la política agresiva del gobierno de Washington, con sus leyes y decretos hacia los indios, y las dramáticas transformaciones que estos se veían forzados a asumir con la consecuente pérdida de la cultura tradicional de estos pobladores autóctonos, que eran obligados a vivir en parcelas de tierras llamadas 'reservas'.

Mientras que József decidió quedarse, su hermano Ervin quiso continuar explorando el mundo, lo que le llevó a seguir viajando y descubrir la cultura de la India, por la que se sintió profundamente cautivado. Se introdujo, durante los años veinte, en la Escuela de la Sabiduría, fundada por el escritor y filósofo alemán Hermann Graf Keyserling en la histórica ciudad alemana de Darmstadt. A principios del siglo XX, esta ciudad cercana a Fráncfort era conocida por ser un importante centro del movimiento artístico modernista llamado *Jugendstil* —variante alemana del *art nouveau* francés—, y, sobre todo, porque en 1933 se convirtió en la primera ciudad de Alemania en obligar a los comercios judíos a cerrar sus puertas bajo el pretexto de poner en riesgo el orden y la tranquilidad de la comunidad. Esta escuela de filosofía idealista con elementos kantianos fue creada con el propósito de introducir una nueva reorientación

intelectual en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, basada en la sabiduría ancestral india y budista. Promovía una cultura planetaria, más allá de conceptos nacionalistas y culturas etnocentristas que rechazaban, motivo por el que sería cerrada por los nazis una década después de su fundación. Intelectuales reconocidos de la época fueron invitados a pronunciar charlas en ella, como Carl Jung, Hermann Hesse y el indio Rabindranath Tagore.

El tío Ervin se encontraba en la colonia británica con motivo de un estudio que había estado realizando en Calcuta sobre la vida y la obra del bengalí Rabindranath Tagore, quien en 1913 recibió el premio Nobel de Literatura, convirtiéndose así en el primer escritor no europeo en obtener este reconocimiento. Debido a su pasión por el arte, se llevaba muy bien con Umrao ya desde los tiempos de Budapest, y con él discutía horas y horas sobre filosofía y religión. En sus memorias describió muy detalladamente el ambiente artístico de la India de finales de los años veinte: “La India, de un modo u otro, se ha olvidado de sus antiguas tradiciones y valores culturales y se ha convencido de que copiando las tendencias y formas de Occidente puede hacer servir al arte con sus mejores disposiciones. La peor representación del naturalismo del siglo XIX está establecida en la India. Si un artista local indio considera que debe sentirse inspirado en la teoría artística clásica india, sus colegas le tachan de demasiado primitivo y nadie le presta la menor atención.

Por otro lado, artistas europeos de segunda clase vienen a la India llamados por el exotismo de la colonia y producen empalagosos e insípidos retratos y paisajes, y luego vuelven a sus países de origen para vender sus obras a precios exorbitados. A estos los llamo yo ladrones culturales con huecas obras de arte. Es una pena darse cuenta de que los artistas indios con formación y los autodidactas se hayan olvidado de los trabajos de Oriente y solo sepan inspirarse en la basura artística que se realiza en Occidente”.

Su hermana Marie Antoinette le había escrito sobre la situación familiar y la tensa relación con su marido Umrao, así que Ervin se había propuesto echarles una mano. Él era una persona con un gran sentido del humor, siempre encontraba el lado más positivo y divertido de una situación con un chiste o una broma que acababa en carcajada de todos los presentes. Su presencia dio un nuevo aire a la casa. Con su comicidad no solo les hizo pasar los días más agradables en merma del aburrimiento familiar y la monotonía doméstica, sino que hizo entender a Amrita e Indira que debían tomar las experiencias de la vida en la India con una actitud positiva aun cuando fuesen amargas.

Como el profesor particular de Amrita, Christopher Petman, había tenido que volver a Inglaterra para ocupar un puesto en la Universidad de Londres, fue Ervin, mientras estuvo en Shimla apaciguando el ambiente tenso que se vivía en la casa, quien introdujo a Amrita en los principios teóricos de la Escuela de Arte de Budapest. La animó a que desarrollase un carácter autónomo para valerse por sí misma y no dejarse arrastrar negativamente por los sentimientos que le causaban los excéntricos comportamientos de sus padres y sus continuas peleas. Así que, mientras compaginaba el trabajo minucioso de la escritura del ensayo sobre Rabindranath Tagore, ocupando como estudio una de las múltiples y acomodadas habitaciones del bungalow, impartió clases a Amrita. Le inculcó cómo poder expresar sus estados de ánimo y disposición emocional en sus dibujos, tomando cuerpo aquello que necesitaba ser plasmado, deshaciendo sus tensiones internas y acogiendo las imágenes que pudiesen surgir. Con él aprendió a observar el ambiente a su alrededor y transformarlo en esbozos. Sus enseñanzas sedujeron a una imaginación tan ardiente como la de Amrita, que empezó a utilizar modelos reales para sus

pinturas con prácticas al aire libre junto al jardinero y las criadas de la casa.

El tío Ervin marcó un antes y un después en la forma y el estilo de Amrita. Durante los meses que estuvo dando clases a su sobrina, con el aplomo con que los biógrafos más pertinaces persiguen la infancia de las grandes personalidades de la historia de la Humanidad, Ervin se sumió en un mudo éxtasis ante las cualidades artísticas de Amrita y auguraba un gran porvenir a su sobrina. El contraste de sombras y la brillantez del colorido de sus dibujos le dejaron asombrado por su precocidad y pronto se dio cuenta de que era una niña dotada para el arte.

Con la misma firmeza con la que un judío ortodoxo cree en el origen divino de la Torá o un cristiano en la Trinidad, habló con su hermana y Umrao, recomendándoles que matriculasen a la niña en París. Como artista, consideraba que era necesario que Amrita aprendiera en la capital cultural por antonomasia para poder triunfar y sacar fruto de su enorme talento.

En aquella época era inconcebible que una familia india se mudase al extranjero para la educación de una de sus hijas, ya que las mujeres, por tradición, estaban relegadas a un segundo plano, concebidas tan solo para un casamiento temprano. Además, era totalmente inaudito incluso mencionar que sería Arte la educación que se le inculcaría.

Umrao se mostró reacio en un primer momento, ya que pensaba que su etapa europea había quedado atrás con la Gran Guerra y no quería recordar los episodios difíciles que habían experimentado en Budapest con el surgimiento del antisemitismo. El conflicto bélico, con su cortejo de muerte y destrucción, acompañado del virus fantasmal de la gripe española, le había hecho darse cuenta de la fragilidad y brevedad de la vida. Umrao, por muy occidental y abierto que pareciese, en el fondo era un indio muy corriente que no olvidaba los valores tradicionales. Pero la ciudad de París y el resto de Europa eran muy diferentes a como los habían dejado hacía ya casi diez años.

Tras la Primera Guerra Mundial hubo una transformación social considerable en Europa. Las mujeres adquirieron un nuevo lugar en la sociedad surgida durante la contienda, ya que habían sido indispensables durante toda la guerra: en el campo, en las fábricas, en las oficinas y, sobre todo, en las escuelas, para compensar la marcha de numerosos profesores. A finales de los años veinte, el feminismo progresaba y el nivel artístico era rico, amplio, disperso y muy heterodoxo. Umrao, tras encerrarse en su estudio, salió al salón y comunicó su decisión, a pesar de sentir un nudo en la garganta y el corazón latir con ansiedad por no saber si estaba tomando una resolución de la que podría arrepentirse en el futuro. Con ademanes y entusiasmo teatral, frente a todos los presentes congregados alrededor del gran sofá que lideraba el salón, prorrumpió:

—Nos mudaremos a París. ¡A París! ¡La ciudad del Moulin Rouge, de la Torre Eiffel! ¡La Babilonia del pecado! ¡A París se ha dicho!

Al son de una canción húngara, Marie Antoinette bailaba con su hermano mientras Amrita e Indira saltaban de alegría sobre el sofá y Umrao se retiraba a empaquetar su mejor colección de libros y su querido telescopio. Era finales de 1929.

11

Cuando los Sher-Gil se trasladaron a París, Amrita tenía 17 años. A comienzos de la década de los años treinta, la capital francesa era la ciudad más influyente en la cultura mundial. Era el epicentro del mundo del arte, el núcleo de ideas y formas modernistas, el origen de los nuevos inventos y sofisticaciones, además de la fragua de innovadoras tendencias y experimentos artísticos. Se respiraba aire de libertad en una sociedad no solo entregada a la exploración de toda manifestación artística, sino también garante de la libertad de expresión.

A pesar de la economía limitada por las restricciones de transferencias al exterior de la India y gracias a las inversiones de Umrao en el extranjero en años anteriores, los Sher-Gil se instalaron en un lujoso y gran apartamento cerca de los Campos Elíseos. La residencia tenía un amplio salón de relucientes paredes, abundaba la madera de teca y la luz natural entraba a través de los grandes ventanales. Las mesas redondas cubiertas de fina mantelería bordada y las grandes estanterías acabaron repletas de libros y revistas. Las cortinas eran ostentosas y las finas alfombras de seda sobre el parqué procedían de Persia e India. Del techo del salón principal colgaba una enorme lámpara *chandelier* de cristal que confería un aspecto de lujo contemporáneo al apartamento, con reminiscencias de una época de nobleza arcaica. Las habitaciones, conforme las llenaban de muebles y demás objetos de diversas procedencias que parecían proclamar a gritos su enorme coste, iban tomando un aspecto más propio de un almacén de antigüedades que de una residencia familiar.

Toda esta extravagancia y opulencia de mobiliario contrastaba con la incipiente crisis económica que se les avecinaba, debida a las grandes cantidades gastadas por Marie Antoinette durante aquellas primeras semanas. Más que nunca comenzaron a depender del hermano menor de Umrao, que administraba la fábrica de azúcar y demás propiedades en el Punjab.

Marie Antoinette, al ser advertida del precario presupuesto con el que tenían que afrontar los meses venideros durante esta etapa de sus vidas en Francia, tuvo que viajar ocasionalmente a la India para presionar a la burocrática administración británica y poder subsanar momentáneamente las restricciones de envío de dinero al extranjero. Pero no por ello dejó su vida social, pues aun con tintes de fingimientos y con una imagen de riqueza más bien aparente, seguía recibiendo invitaciones para el teatro y para la ópera, asistiendo a salones de té y organizando tertulias y fiestas con viejas y nuevas amistades.

Mientras tanto, Umrao continuaba cada vez más imbuido en su introvertido carácter, dedicando su atención al estudio de las culturas orientales, sobre todo del sánscrito y de la literatura persa. Quedaba enmudecido por los diseños de los parques y atendía con asiduidad a lecturas en diferentes colegios y universidades, como la histórica Sorbona. Frecuentaba los museos, el Instituto Pasteur, galerías de arte y la Biblioteca Nacional, donde estudiaba parsimoniosamente y con profunda devoción los enormes volúmenes de obras en sánscrito. Umrao estaba obcecado por todo lo francés. La ciudad de París le había seducido de inmediato y se rendía irresistiblemente al gusto y refinamiento galos. A través de Ervin, se puso en contacto con un amigo suyo en París. Gracias a su recomendación, Amrita consiguió plaza en la Escuela de Bellas Artes aun sin tener la mayoría de edad exigida. Por otro lado, Indira seguía con sus estudios de música en un conservatorio cercano.

Un día Umrao, acompañó a su hija mayor a clase. En el centro se encontraba un modelo desnudo. Todos los estudiantes se afanaban por copiar de una manera realista la figura. Amrita, al contrario, hacía trazos alejándose de toda fisiatría. Umrao, gran admirador del arte clásico griego y del naturalismo, no se pudo contener y señalando el dibujo de uno de los alumnos, que se encontraba intimidado por la cercanía física de tan extravagante personaje, dijo:

—¡Me hubiese gustado que tú pudieses pintar así de bien! ¿Es que no has estudiado al retratista inglés Thomas Lawrence? Decía este pintor romántico: “Encontrad el rasgo característico del retratado y no os preocupéis de lo demás”. Pero tú, hija mía, por lo que veo no lo has encontrado todavía...

Sin embargo, ella consideraba que el rasgo más característico era el descubierto por el propio artista, fiel a su propia inspiración y no a los dictámenes imperantes de la moda o impuestos por otras personas. Aun cuando lo apreciaba mucho y entablaba eternas discusiones sobre literatura y filosofía con él, Amrita impidió que su padre la acompañara a más clases a fin de evitar cualquier tipo de influencia.

En esta escuela aprendió bajo la supervisión del famoso profesor Lucien Simon, considerado uno de los mejores en la rama del arte. Se centraba en hacer pensar a sus alumnos más que en enseñarles mediante una retórica pedante y aburrida. Su metodología radicaba en provocar en sus discípulos el deseo por aprender cada día más con la singularidad de fomentar el individualismo: “Cada estudiante, cada uno de vosotros es diferente, cada uno debe tener un acercamiento al arte a través de distintos caminos. Por lo tanto, cada uno debe sacar de sí mismo sus propias cualidades y que estas se vean representadas en sus pinturas o esculturas”.

12

Con la excusa de ir al teatro o a conciertos, Marie Antoinette intentaba encontrar pareja a sus hijas. Ella hacía de su vida social el centro de su existencia y, además, tenía planes para el futuro inmediato: la boda de Amrita. Según ella, estaba destinada a casarse con un hombre de una clase social de rancio abolengo, pero ella se rebeló tan pronto supo de las pretensiones de su madre y buscó refugio en los tugurios de París. Acompañada de sus amigos de clase, frecuentaba el Barrio Latino, un lugar lleno de vagabundos, estudiantes y artistas. Era el nervio de París, con cafés, librerías, restaurantes, tabernas, calles estrechas, vendedores ambulantes que empujaban sus carros gritando su mercancía, reparadores de cristales, afiladores de cuchillos con la rueda a sus espaldas, vendedores de pescado y el río enfrente, con sus barcos y botes de pesca tocando sus campanas y marineros dando órdenes a voz en grito o haciendo sonar sus silbatos y sirenas.

En aquel ambiente, Amrita pasaba muchas noches enfrascada en conversaciones animadas e interminables con sus amigos. Se quedó seducida por el ambiente nocturno de la ciudad. Compraba libros a precios económicos en librerías de lance y en las cajas de los *bouquinistes* instaladas sobre los parapetos del Sena. Era una gran admiradora de los poemas de Charles Baudelaire:

El demonio se agita a mi lado sin cesar;
flota a mi alrededor cual aire impalpable;
lo respiro, siento cómo quema mi pulmón
y lo llena de un deseo eterno y culpable.

A veces toma, conocedor de mi amor al arte,
la forma de la más seductora mujer,
y bajo especiales pretextos hipócritas
acostumbra mi gusto a nefandos placeres.

Así me conduce, lejos de la mirada de Dios,
jadeante y destrozado de fatiga, al centro
de las llanuras del hastío, profundas y desiertas,

y lanza a mis ojos, llenos de confusión,
sucias vestiduras, heridas abiertas,
¡y el aderezo sangriento de la destrucción!

A principios de los años treinta, la cinematografía alemana era la única capaz de competir con el cine norteamericano, pero quedó desmantelada con el advenimiento de los nazis al poder, en 1933. La mayoría de sus grandes cineastas eran de origen judío, que debido al antisemitismo reinante se vieron obligados a salir del país y emigrar al resto de Europa y, sobre todo, a los Estados Unidos de América. Solo se quedaron algunos adeptos al nuevo régimen, como Leni

Riefenstahl.

Con la cinematografía alemana en crisis, el cine francés se convirtió en el más importante en Europa. Aunque había perdido su inicial posición a la cabeza del cine universal tras la desaparición de Pathé Gaumont, Francia seguía teniendo la industria cinematográfica más sobresaliente del Viejo Continente. Aparecieron directores que cultivaban un cine más convencional y otros más vanguardistas, como Jean Renoir, René Clair y Jean Vigo. Al público francés le gustaba mucho su propio cine, lo cual ayudó bastante al desarrollo y a la consolidación de la industria cinematográfica francesa como la única en Europa capaz de oponerse un poco al predominio norteamericano.

Ese momento de expresión creativa en el que también vivía Amrita tuvo un momento concreto: el 7 de abril de 1933, cuando asistió con sus amigos al estreno de *Cero en conducta*, de Jean Vigo. El retrato del sistema educativo represivo y burocrático resquebrajado por actos de rebelión surrealistas llamó poderosamente la atención de la joven, que por entonces era una pertinaz lectora de Dostoievski, Thomas Mann y Marcel Proust. De ellos quería aprender el modo en el que trataban los perfiles psicológicos de sus personajes, el estado de ánimo y el carácter.

Aplicándose el dicho popular “la rebeldía es el único refugio digno de la inteligencia frente a la imbecilidad”, Amrita se rebeló contra el estilo de vida convencional de la clase alta burguesa —el que su madre quería que adoptase—, y se refugió en aquellos bajos arrabales admirando, como el poeta francés de *Las flores del mal*, a la gente desposeída, a las clases más bajas de la sociedad, a los explotados, a los borrachos, a los pobres y a los mendigos que pululaban por las calles llenas de suciedad y podredumbre.

Como Baudelaire, parecía buscar soledad en medio de tan ruidoso y tumultuoso ambiente:

A veces siento mi sangre correr en oleadas,
lo mismo que una fuente de rítmicos sollozos;
la oigo correr en largos murmullos,
pero en vano me palpo para encontrar la herida.

A través de la ciudad, como un campo cerrado,
va transformando las piedras en islotes,
saciando la sed de cada criatura,
y coloreando en rojo toda la natura.

A menudo he pedido a estos vinos
aplacar por un solo día el terror que me roe;
el vino torna el mirar más claro y el oído más fino.

He buscado en el amor un sueño de olvido;
pero el amor no es para mí sino un colchón de alfileres,
hecho para dar de beber a esas crueles mujeres.

Amrita se empapó de lo que la rodeaba, tal y como le había enseñado el tío Ervin, y empezó a reflejarlo en su pintura. *La modelo profesional*, en 1933, fue su primera gran obra. Escogió deliberadamente a una mujer con problemas pulmonares que representaba el sórdido mundo de

los bajos fondos parisinos en contraposición al glamour de la clase adinerada. Era la pintura de una mujer con el torso abatido y los pechos flácidos, a la altura de las costillas; la piel apergaminada del cuerpo dejaba visibles las aristas y oquedades del esqueleto, y su rostro, con una mandíbula marcada por el óseo relieve del enflaquecimiento, mostraba una expresión desgarradora en sus ojos.

El espíritu rebelde y el afán de independencia llevaron a Amrita a alquilar un estudio, que compartía con una compañera de clase para abaratar costes. Enseguida, el apartamento se convirtió en un ir y venir de amigos y conocidos a los que les daban permiso para entrar a cualquier hora; el estudio quedó reservado para pintar y realizar esculturas con modelos desnudos. Además, Amrita casi siempre dejaba las llaves a la portera para que sus compañeros entrasen cuando quisieran.

El estudio en *Notre-Dame des Champs* era un piso enormemente amplio con las paredes originalmente pintadas de blanco inmaculado que pronto quedaron cubiertas tanto con cuadros colgados como pintados en la misma pared. Entre los estudiantes que frecuentaban el lugar estaba László Guttman, un joven muy alto aunque enclenque, de cabellos negros y lacios, y con unos hombros estrechos y puntiagudos que se curvaban hacia dentro y provocaban que se le hundiera el pecho y se le hinchara la espalda. A Amrita le llamó la atención su carácter introvertido y que fuera de origen húngaro, y al poco de conocerlo lo introdujo en su círculo de amigos.

László hizo de modelo para Amrita en varias ocasiones, como en la obra *Joven con manzanas* (1932), que se exhibió en el *XII Salon des Tuileries* de 1934 con un enorme éxito. Desde el principio, László se sintió atraído por Amrita pero esta no le prestaba la más mínima atención, tan solo cuando posaba para ella como modelo o para conversar sobre Hungría o sobre el devenir del arte. Amrita era su única amiga en la escuela. Al resto de compañeros les angustiaba su continua y molesta tos, además del fuerte olor a ajo y cebolla que emanaba su enjuto cuerpo.

Cada lunes, en una esquina del bulevar de Montparnasse, tenía lugar el mercado de modelos para pintores y escultores. En general, los modelos cobraban por horas, aunque había quienes trabajaban de manera asidua para ciertos artistas, los preferidos, y cobraban un salario mensual fijo.

Pintores prácticamente sin dinero, escultores, escritores, poetas y compositores vinieron del mundo entero para prosperar en tal atmósfera creativa, y también atraídos por los bajos alquileres, viviendo sin agua corriente, en estudios llenos de humedad, sin calefacción, raras veces sin ratas y donde muchos vendían sus trabajos por unos francos para poder seguir alimentándose.

Entre 1910 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los círculos artísticos parisinos migraron a este barrio de Montparnasse, convirtiéndolo en una especie de comuna bohemia en el corazón de la vida intelectual y artística de París, donde la creatividad era acogida con todas sus excentricidades y la llegada de cada nuevo miembro era bienvenida sin reservas por quienes ya pertenecían a ella.

En su estudio, Amrita podía embadurnar paredes a su gusto, experimentar con la mezcla de colores e incluso realizar prácticas de escultura. Hizo decenas de dibujos en carbón, sobre todo desnudos. Aunque eran simples ejercicios de aprendizaje, cada vez se veía más segura de sí misma y con más desahogo. Durante esta etapa empezó a utilizar óleos. Una de sus primeras pinturas con esta técnica fue *Chicas jóvenes*, con la que consiguió ganar la medalla de oro en el

Grand Salon-Section Nationale des Beaux-Arts y entrar a formar parte de la institución como miembro asociado.

Había sido todo un logro, no solo por su condición de extranjera sino también por su juventud, y Amrita se convirtió en una pintora conocida. Los modelos de *Chicas jóvenes* habían sido su hermana Indira y Denise Protoux, una de sus mejores amigas durante esta etapa estudiantil. Indira y Denise posaron muy ufanas, entre bromas por tener que mostrar una de ellas los pechos.

Amrita quería representar el contraste entre la mujer oriental y la occidental, ambas en busca de su posición igualitaria como individuos de la sociedad. Hacía ya tiempo que sentía la necesidad de expresar el poder colonial del blanco y el dominio sobre el sujeto de raza oscura, una situación que había visto y vivido en la India y que quería denunciar.

Aunque admiraba y había intentado imitar reproducciones de Gauguin, Van Gogh y Modigliani en esbozos al carbón, quien más le había influido era el llamado padre de la pintura moderna, el pintor posimpresionista Paul Cézanne, que había sido ignorado en vida y había trabajado en un completo aislamiento personal. Al igual que Émile Zola con el realismo literario, Cézanne manifestó un interés progresivo en la representación de la vida contemporánea, pintando el mundo tal como era captado por su mente sin preocuparse de idealizaciones temáticas o afectación en el estilo. De Matisse admiraba su utilización del color, y de Picasso desarrolló su estructura de la composición plana para crear su famoso estilo cubista.

13

En el París de la década de los treinta, la vida bohemia se manifestaba no solo en el arte, sino también en las relaciones sexuales. Era muy común mantener relaciones esporádicas como práctica heterodoxa. Amrita sentía el acicate de la mujer que lucha por su propia individualidad y buscaba liberarse de las convenciones sociales, lo que la llevó a experimentar su sexualidad de manera desinhibida. Muchos se quedaban prendados por su belleza, frescura y elocuencia, y pronto empezaron las especulaciones, en la Escuela de Bellas Artes y entre su círculo de amigos, acerca de una relación lésbica con su compañera de estudio.

Se llamaba Marie Louise. Era guapa, de mediana estatura, pelo castaño, con carácter inestable y trastorno bipolar. Tenía tendencias exhibicionistas. Cuando estaba en el estudio solía quitarse la ropa interior y vestir una camisa a medio abotonar que dejaba entrever sus pechos y una falda que le permitía mostrar sin pudor su sexo a quien quería complacer, intimidar o incluso asustar hasta el punto de salir corriendo, como le sucedió a László Guttman. Un día, el joven húngaro se presentó en el estudio para reunirse con Amrita y trabajar en unas prácticas de la escuela, pero ella se había marchado a Hungría para pasar las vacaciones de verano sin avisar. Marie Louise, con ganas de incomodarle y a la vez excitarle, no le reveló que Amrita no se encontraba en París y le hizo esperar dentro del estudio con el falso pretexto de que iba a llegar de un momento a otro. De este modo, mientras ella pintaba, se exhibía de tal manera que el tímido e introvertido László acabó avergonzado, intimidado y no tuvo más remedio que salir corriendo, olvidándose incluso de cerrar la puerta tras de sí. Mientras echaba a correr escaleras abajo, Marie Louise se reía a carcajadas. Su vida sería tan corta como la de Amrita, pues murió a los veintisiete años por un tumor cerebral.

Cuando Marie Antoinette se enteró de las supuestas relaciones lésbicas de su hija, se alarmó sobremanera. Estaba segura de que aquella inclinación sexual echaría a perder sus esfuerzos por buscarle un pretendiente de alta alcurnia y acabaría con la imagen que los Sher-Gil habían establecido entre la flor y nata de la intelectualidad parisina. A pesar de que Amrita negó su relación con Marie Louise al ser interrogada por su madre, Marie Antoinette habló con Umrao y decidió ultimar el matrimonio de su hija lo antes posible.

Eligieron como futuro marido a un joven aristócrata perteneciente a una familia millonaria que tenía muchas propiedades en la India, emparentado con un maharajá. A Marie Antoinette le brillaban los ojos al oír hablar de la generosa dote. El joven en cuestión se llamaba Yusuf Ali Khan. Era muy extrovertido, un dandi con carácter chulesco, siempre inmaculadamente acicalado. Lo que desconocían es que era un joven perdidamente libidinoso. Se decía de él que tenía muchas pretendientas y que lo habían casado siendo apenas un niño; de su primera esposa tenía ya cuatro retoños.

Marie Antoinette, con las miras puestas en la clase social y la economía, pensó que era el yerno perfecto y así se lo hizo saber a Umrao, que consintió, pues le pareció un joven muy agraciado físicamente y una persona seria, aunque con un aire algo sombrío, eso sí. Tras el primer intento de querer mostrar su disconformidad, Umrao le espetó a Amrita:

—Las hijas deben, desde su infancia, seguir el camino que sus padres deciden por ellas, no deben oponerse ni cuestionarlo, sino acatarlo. Ya está bien de tanta rebeldía y escándalo

continuo. Todo tiene un límite, Amrita.

La ceremonia de compromiso se celebró en el salón de casa. Amrita, aunque asumía la elección de sus padres, no estaba convencida. Veía a Yusuf como un *playboy* y así se lo confirmaron sus amigos: tenía fama de frecuentar incluso los burdeles más patibularios de París.

Aquellos días empezó a circular el rumor de que Yusuf había metido a las diez mujeres más codiciadas de un conocido prostíbulo en su habitación, lo que desató el malestar entre otros asiduos clientes, que irrumpieron en su *suite* y le retaron a un duelo con pistola para el día siguiente por la mañana. El joven, que sabía que no podía ganar, porque además de presumido era cobarde e inexperto con las armas, se levantó desnudo de un salto y tras asir un candelabro se lo estrelló en la cara al que le había desafiado. Los demás acompañantes que estaban en la puerta se abalanzaron sobre él pero este, haciendo cabriolas por la habitación y gracias a la ayuda de las mujeres, consiguió saltar por la ventana y se adentró en las calles de París como vino al mundo.

Amrita se sinceró con Indira, ya que sobre este tema era imposible poder discutir con su padre y mucho menos con su obcecadísima madre.

—Es musulmán y ya verás como tarde o temprano me deja en la India con un tropel de hijos. Me han dicho mis amigos que ya está casado, pero que su familia lo guarda en secreto.

—Amrita, tiene muchísimo dinero y es pariente de un maharajá. Si te casas con él, será un gran partido. Es como un cuento de hadas, ¿no te das cuenta? Vivirás en la India como una princesa —dijo Indira jaleando a su hermana y haciendo caso omiso de las malas lenguas, ya que ella misma se sintió atraída por el encanto femenino de Yusuf la primera vez que lo vio.

La única persona de la familia que se opuso tenazmente al matrimonio de Amrita fue el tío Ervin, no porque considerase al novio un *goy*, un no judío, un incircunciso, sino porque vio el matrimonio concertado como una acción oportunista por parte del padre de Yusuf de cara a sus aspiraciones políticas en la colonia británica. Aun no siendo practicante de ninguna religión particular, Ervin era un entusiasta del movimiento religioso judío de los *hasidim*, entre otras cosas por ser un apasionado de la historia del judaísmo y de sus cuentos, parábolas, leyendas y literatura en general. El hasidismo, aparte de hacer hincapié en las doctrinas de entusiasmo religioso y de humildad y pureza de corazón, alentaba la devoción por el estudio y el intelectualismo, pasión que fascinaba a Ervin tanto como subir cincuenta escalones y luego otros cincuenta, hablar a la gente tumultuosamente aun no conociéndola, infundir ánimo jovialmente a sus jóvenes estudiantes o comerse un bizcocho con leche. A él lo que le importaba era el ímpetu generoso, el arrebato lírico, la espontaneidad, cantar, reír, ser apasionado... Le repelía el nacionalismo, la cerrazón, la injusticia, la política... Pero cuando supo de verdad los motivos por los que el arribista padre de Yusuf, siendo un musulmán acérrimo, tenía interés en casar a su vástago con un miembro de la familia Sher-Gil, sabiendo que tenían sangre judía, inmediatamente desaprobó la decisión adoptada por su hermana y Umrao.

Ervin expresó su descontento a su hermana Marie Antoinette y se negó a viajar a París para la celebración. Aquel matrimonio concertado de su sobrina con una familia musulmana que obraba por mero oportunismo significaba para él la ruptura total con los Sher-Gil. Y así lo dejó claro a la familia.

La ceremonia de compromiso se celebró en la casa de los Sher-Gil. Vehículos de lujo aparcados en la entrada reflejaban la opulencia ostentosa de los ricos convidados. Los coches flamantes en el aparcamiento y estacionados en las aceras cercanas exhibían las marcas de moda. Todos los residentes del edificio estaban convocados. Asistieron tantos invitados que tuvieron que dejar la puerta del apartamento abierta de par en par e incluso montar mesas de aperitivos desde el rellano del edificio hasta la tercera planta que ocupaban. Las escaleras estaban llenas de gente sentada en los escalones, de pie, apoyada en la pared o simplemente en la barandilla. Por todos los sitios había gente bebiendo, conversando y comiendo canapés de las bandejas que ofrecían los camareros profesionalmente ataviados.

Aunque algunas mujeres llevaban faldas cortas, otras muchas llevaban vestidos de corte extremadamente largo con mangas *evasé*. A imitación de las divas del cine que cifraban toda la majestad de la belleza, muchas jóvenes amigas de Amrita y de Indira llevaban prendas entalladas, prominentes escotes, el pelo cortado a lo *garçon* y fumaban con desenfado. Se respiraba el aire de libertad y desahogo típico de la época.

Mientras, Marie Antoinette, más oronda, charlatana y jovial que nunca, atendía a los invitados y daba instrucciones con fiereza a los criados.

El introvertido Umrao quedó preso de la conversación de Abdul Basir, el pedante padre de Yusuf, un viejo gordo, alcohólico e inculto funcional, hablador, satisfecho y deshonesto que no había trabajado en toda su vida. No solo pensaba que la mujer era un subgénero destinado a producir el mayor número de musulmanes posible, sino que sus costumbres eran conservadoras hasta el extremo de pensar que la esposa debía caminar en público cinco pasos por detrás del marido. Con sus ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y maliciosos, marcaba una mirada enérgica e intensa, impositora de disciplina bajo unas cejas negras espesamente pobladas y erizadas. Su frente despejada se complementaba con la calvicie oculta bajo un gorrito de piel que indicaba a los presentes su condición de indio mahometano. Compartía con Umrao la opinión de que el matrimonio era un deber y una obligación, y no debía realizarse por cuestiones de amor, sino por conveniencia y decisión de los padres.

Abdul Basir había consentido casar a su hijo con Amrita, pese a su sangre judía, porque le convenía políticamente. Él era un miembro importante de la Liga Musulmana Pan India, una formación política que aspiraba a conseguir un estado musulmán en el subcontinente indio. Por este motivo, hecho previamente conocido por el tío Ervin, había decidido concertar esta unión en aras de las amistades de Umrao con personas muy influyentes en el norte de la India y especialmente por su cercana relación con la familia del maharajá de Kapurthala.

Raja Sir Daljit Singh de Kapurthala no solo era un persona muy influyente y enriquecida, sino también primo del maharajá Jagatjit Singh, cuya quinta esposa fue la cantante malagueña de cuplés Anita Delgado, conocida en la India como Prem Kaur. Raja Sir, como era llamado coloquialmente, era muy amigo de Umrao, pues ambos compartían el placer por el estudio del sánscrito. Además, entre 1916 y 1918, se aventuraron juntos por toda la cuenca del río Ganges para realizar una investigación sobre las aguas que se consideran sagradas y realizar una tesis sobre sus propiedades. Fueron comisionados por laboratorios alemanes y húngaros, pero fue

incierto lo que pudieron concluir, ya que sus cualidades son de un carácter más divino que material.

—¿Para qué otra cosa nace la mujer? Te pongo un ejemplo, querido hermano Umrao —le dijo Abdul Basir mientras le oprimía el hombro con sus dedos peludos y crispados al tiempo que soltaba un largo y sonoro eructo como cumplido a la exquisitez de los pequeños canapés que engullía febrilmente—. Si una mujer ya mayor de edad no está aún casada, un hombre musulmán tiene el deber, aunque ya esté casado, de hacer uso de la poligamia. No se debe permitir que se pudra sin haber recibido los gozos de Dios. Engendrar hijos varones, cuidar de la casa, servir al marido... ¿para qué otra cosa nace una mujer?

Al mismo tiempo que realizaba su pregunta en voz alta ante la perplejidad de Umrao, un invitado tropezó con la alfombra de seda persa y un canapé salió despedido de su plato para aterrizar en la pierna del viejo musulmán, que tras darse cuenta de la procedencia religiosa del indio por el modo mecánico de su disculpa, prorrumpió orgulloso con su voz profunda:

—Estos hindúes descuidados... ¡No tienen ni idea de cómo comportarse en sociedad!

Umrao, que era alguien que encontraba tan amena la lectura de un ensayo de heráldica como la de un tratado sobre orfebrería, intentaba en vano, y con algo de contenida irritación, mantener una conversación coherente con tan obcecado futuro consuegro. Pero cuando le refutaba sus ideas políticas, el millonario sarraceno se exasperaba y Umrao acababa desistiendo, levantaba los ojos hacia el techo con resignación y, ya cansado, le dejaba proseguir con sus estériles argumentos. Aquel individuo era de tal estolidez que acabó calificándolo de gobernante sátrapa y déspota si un día consiguiese obtener sus anhelos políticos.

—El viejo problema que corroe el corazón de todas las civilizaciones, querido hermano Umrao, es la falta de sencillez, el afán de poder... —decía con pedantería Abdul Basir, mientras le volvía a poner una mano sobre los hombros y agregaba con tono solemne—: ¡Pero la India será una nación! ¡Sin extranjeros de ningún tipo! ¡Musulmanes y sijs se unirán! —Y, extendiendo su brazo sobre los hombros del cansado Umrao, gritó ante la consternación de los presentes—: ¡Hurra por la India! ¡Hurra! ¡Hurra!

Más de un invitado respondió a sus gritos con algún que otro *hurra!*, pero con tono algo más patético y debilitado. Tras sus palabras enardecedoras, hizo callar a todos con el repiqueteo de un cuchillo sobre su vaso. Sus facciones cobraron de pronto visos de seriedad y frunció el ceño. Ante la estupefacción de Umrao, con el pavoroso rostro de un sacerdote que ve su templo profanado, observó cómo el nuevo Felixmarte de Hircania se subía a una silla tapizada de un grueso y bello tejido de cachemira con la intención de arengar a los invitados: el futuro consuegro, en su creciente embrollo mental, iba a hablar. En su enternecedor discurso sobre la unión de ambas familias, el alcohol le ayudó considerablemente y pronunció una perorata en alabanza a los estudios de Umrao sobre los valores de la India, el expolio del Imperio británico y demás asuntos que le salían por la boca.

Mientras tanto su hijo Yusuf, como un simio excitado, iba encaminado a poseer a Amrita. En ese momento solo quería a la chica, de la que se encaprichó como un niño con un juguete. Ella estaba radiante, simpática y divertida, con el pelo negro en bucles, con sus grandes ojos, labios carnosos y un vestido ajustado que daba una imagen de ser una joven de maneras desenfadadas. Indira se percató de que Yusuf, desde su entrada en el apartamento, no prestó más atención que a su hermana y los espizó ávidamente.

Ella se dejó seducir. Una vez que coincidieron en el pasillo, mientras servía bebidas a los invitados, Yusuf le dijo algo al oído. Amrita se estremeció, dejó la bandeja y cogiendo su mano

lo llevó a su habitación. Ante la mirada de Indira, desde el otro lado del salón, Yusuf y Amrita se encerraron dentro. No era amor, sino un instinto animal incontrolable lo que arrastraba a Amrita. El ruido de jadeos, golpeteo de muebles e intercambio de empujones al otro lado de la puerta de la habitación hizo que Indira subiera el volumen del gramófono para desviar la atención de los invitados, que acabaron bailando todos juntos en el salón.

Agitando los pies con un frenesí tan constante como el de los poseídos de la Edad Media, el tango se había apoderado de la atención de todos, dando fin al discurso de Abdul Basir, que los estaba hundiendo en el sopor. Este seguía trasegando vino francés mientras espolvoreaba sobre su mujer, su suegra y los pocos que ya le escuchaban un sermón incongruente. Al celebrar cada chiste se reía él solo a carcajadas tras la hinchazón de su robusta cerviz y con unos ademanes de general que arenga en el vivac a sus compañeros devotos del islam.

—Y que sepáis que los brahmanes argumentan ahora que fueron los ingleses quienes les arrebataron la India. ¿Os lo podéis creer, amigos míos? Fijaos en la majadería de los hindúes, ¡que les arrebataron la India a ellos! ¿No existió el estado islámico? Y de las glorias del emperador Akbar, ¿nada? Esta gente extremista ha sobornado finalmente a los hombres blancos para que así aparezcan en los libros de toda la India... Yo os digo una cosa: que los brahmanes están detrás de esta conspiración para que lo aprendan así las nuevas generaciones en las escuelas...

Apenas le prestaban atención. Solo algunos lo hacían, los que se quedaban petrificados y con los ojos abiertos con desmesura antes sus irreverentes ocurrencias. Su acartonada mujer, siguiendo el manual de buenas maneras para una esposa musulmana, seguía dócil e inmóvil en un rincón con su enjuta y sorda madre, una anciana encorvada y con más arrugas que una nuez. Umrao había desaparecido de su vista y Marie Antoinette y el resto de los invitados se habían puesto a bailar con el ritmo vibrante de la contagiosa música.

El tango se había convertido en el himno heroico de los invitados ajenos a toda sinrazón nacionalista. Concentraban sus aspiraciones en el armónico contoneo de las caderas, midiendo la inteligencia por la agilidad de los pies. La fiesta duró hasta altas horas de la noche, acompañada por el jubiloso ambiente de la música latina, a la que más tarde sucedieron las melodías y los ritmos afroamericanos del *jazz*.

15

Después del primer encuentro, mantuvieron la misma relación física durante los siguientes días. En sus desenfadadas citas, dejaban correr el placer de las fantasías sexuales. Para Yusuf, su atracción hacia Amrita había adquirido la majestuosa entidad del hecho consumado. Amrita se convirtió en un elixir capaz de nublarle completamente los sentidos. Se creía avezado en asuntos de mujeres, pero nunca se había sentido apocado por la presencia de una de ellas: había sufrido por primera vez la dentellada de un amor verdadero. Quería estar siempre al lado de Amrita, ansiaba desesperadamente aquel momento del día en el que podía tumbarse desnudo junto a ella, acariciarla, sentir el ímpetu de sus jadeos y el latir galopante de su enérgico corazón. Se sentía ofuscado, deslumbrado por su presencia.

Cayendo en una rutina propia de un personaje de *Madame Bovary*, con la eterna monotonía de la pasión, siempre con las mismas formas y el mismo lenguaje, Yusuf acabó refugiándose de siete a diez de la noche en el sexto piso de la *rue Notre-Dame des Champs*, donde Amrita tenía su estudio. Para ella, Yusuf era una persona con carácter voluble y antojadizo, pero lo cierto es que no podía resistirse al placer sexual que este le brindaba. Era ella quien dominaba, quien determinaba las posturas, el dónde y el cómo realizarlo.

Yusuf, tras el paso de los días, se convirtió en un bebé que necesita el pecho de su madre. No quería separarse de ella y estaba sorprendido; pensaba que iba a ser una de las muchas chicas que había conocido, pero quedó prendado de su fuerte personalidad y su carácter independiente, no tan común entre las jóvenes de entonces.

Desde el principio, ella había tomado la decisión de no casarse con él, ya que le parecía un hombre intelectualmente poco interesante, una persona tremendamente untuosa y dependiente. Más de una vez había llegado borracho a su estudio.

Al poco tiempo, Amrita se cansó de él y dio orden a la portera de que no le permitiese entrar. Yusuf, con ojos humedecidos por la humillación, se quedó de pie en la calle, despreciado como un perro al que su amo ha echado de casa.

Mientras las cortinas revoloteaban en la ventana del apartamento, él, desde abajo, miraba patéticamente hacia arriba con la vana esperanza de que su amante se asomase y le permitiese entrar. Se sintió tan desdichado como un pedigüeño con las manos enhiestas a la puerta de una iglesia de París.

En tal estado de perturbación, y mediante una carta entregada en mano por la gruesa portera, amenazó a Amrita con suicidarse tirándose desde el puente Mirabeau al Sena si continuaba con la decisión de no querer volver a verlo.

Ajenas a la relación entre los dos jóvenes, las familias continuaban proyectando la boda, y unos días después volvieron a reunirse en casa de los Sher-Gil para concretar la fecha y el lugar del enlace.

Marie Antoinette ya se veía con un hermoso vestido de colores claros, con cadenas y sortijas de escandaloso brillo en la basílica de Saint-Denis, al norte de París —comparada con la londinense abadía de Westminster—, o quizá humildemente sentada en un tapizado taburete frente a un magnífico órgano Cavallé-Col mientras observaba a su hija caminar por el pasillo hacia el altar de la catedral de Notre Dame. En el interior del templo sonaría la quinta sonata

Choral et Fuge, de Alexandre Guilmant, y las voces de los cantores harían su aparición con una melodía dulzona y voluptuosa, acompañada de las bocanadas de perfume de las flores y el olor de la cera.

En pocos segundos, sus encandiladas visiones se vieron sacudidas por una inesperada noticia, porque fue entonces cuando Amrita vio la oportunidad de comunicar a los presentes que el matrimonio no se celebraría. Al terminar de anunciarlo, el silencio, acompañado de un aire contrito, reinó y estremeció a toda la casa. Solo Indira conocía con anterioridad la determinación de su hermana.

El rostro de Abdul Basir mostró una ligera contracción, como si sintiera los efectos de una úlcera, mientras que en el de su hijo se apreciaban los síntomas de una afección producida por un mal de estómago.

El viejo musulmán, después de frotarse los ojos siempre sanguinolentos e inflamados por el abuso de la bebida, suspiró con imprecación de calma para después pasarse su pañuelo de seda por la frente, como para desvanecer una pesadilla.

—Me podréis llamar loca —añadió Amrita a todos los presentes—, pero no pienso retractarme, ni mucho menos amedrentarme.

Marie Antoinette miró a su hija con ofendida piedad, como si estuviera observando a un ser trastornado. El patriarca musulmán, con un respingo, miró a su cenecía esposa mientras señalaba en dirección a Amrita:

—Y esta niña... ¿quién es para decidir por sí sola?

Los dos miraron a Umrao a la espera de su última palabra. Este, en un primer momento, se quedó cabizbajo, pensativo, hasta que alzó la cabeza coronada por su distintivo turbante.

—¿Nunca ha oído el proverbio urdu “Amor que se va, amor que llega, amor que se queda, muerte que llega”? —preguntó impertérrito Umrao, con un aplomo extraordinario después de meditar por unos segundos sin saber qué decir.

Abdul Basir se quedó quieto, mirando de nuevo a su esposa, luego a su hijo, después a todos los presentes uno a uno, sin saber cómo reaccionar. Intentaba dar un aspecto aguerrido ante la mirada de todos. Mientras se mantenía el silencio en el salón, presentía que se volatilizaban sus aspiraciones políticas.

De repente, se oyó a Yusuf resollar. Tras aquella luctuosa noticia le había entrado un miedo atávico que se transformó en pánico. La embarazosa situación alcanzó su paroxismo: con un salto extraordinario, Yusuf se tiró al suelo agarrando la alfombra fina y delicada de seda y comenzó a sollozar en posición de feto ante la perplejidad de los presentes. Marie Antoinette se quedó fría, sin saber qué hacer o decir.

Abdul Basir, con expresión de digna ruindad, notó que su presencia se hacía cada vez más vergonzosa, ¡y en casa de la chica! Era inconcebible que se hubiesen rebajado tanto, sintió estar muchos peldaños por debajo de la consideración social. Levantándose de súbito con el vaivén de sus piernas cortas, empezó a golpear a su hijo primero con las manos, luego con los puños y, por último, con el bailoteo de su grueso abdomen semejante al de un buda, comenzó a patearle mientras gritaba:

—¡Imbécil! ¡Desgraciado! Llevas a tu familia a la ruina, mira cómo nos has avergonzado a mí y a tu madre. Desvergonzado, levántate, te mandaré a la India y de allí no te moverás, ¡desgraciado de hijo! Te casarás con quien yo decida. Levántate te digo, levántate. ¡Sinvergüenza!

Indira se cogía del brazo de Amrita, por un sentimiento sobrecogido ante los sollozos tan

fragorosos del amante herido, pero luego le entró una traqueteante risa ante el patetismo de la escena que representaban en medio del salón.

Mientras su padre lo intentaba levantar, Yusuf, agarrado fuertemente a la alfombra, hacía caer los floreros de las mesitas. Marie Antoinette, espantada, se tapaba la boca con las dos manos prorrumpiendo lacónicos “¡oh!, ¡oh!” para después tocarse la frente, mirar al suelo y, acto seguido, negar con la cabeza y alzar la mirada al techo, como si presintiese que la lámpara *chandelier* fuese a caer de un momento a otro sobre ellos. Visiblemente horrorizada, con los brazos extendidos, prorrumpió:

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

Umrao, tras respirar hondo como si hubiera efectuado una parada en el camino de un frondoso parque de París y volviera a seguir caminando, lanzó un suspiro. Como buen indio que evita la confrontación, se levantó para encerrarse en su estudio. Con esta actitud subrepticia, el patriarca daba a entender a todos los presentes que el compromiso se había deshecho sin posibilidad alguna de retractarse. Esto agravó más el estado de ánimo de Abdul Basir, que después de ordenar a su esposa que esperase fuera del edificio, empezó a tirar más vehementemente de su hijo, hasta que este finalmente soltó la alfombra y se cubrió la cara mientras continuaba sollozando con estruendo brutal. Cuando Yusuf ya estaba siendo arrastrado violentamente por el suelo resbaladizo de parqué, empezó a gritar con voz desgarradora y gesto patético:

—¡Amrita! ¡Amrita! ¡No me dejes! ¡Me mataré! ¡Saltaré de un puente!

A lo que el irascible aristócrata musulmán replicó con voz de carraca mientras lo dirigía con fuertes empujones hacia la puerta del apartamento:

—Cállate, desgraciado, no nos avergüences más. Te voy a meter en el manicomio de Agra. ¡Desgraciado! El Taj Mahal vas a ver tú desde allí. Si quieres suicidarte, hazlo desde el Qutub Minar y así nos limpias la conciencia por haberte engendrado. ¡Desgraciado! Sal de aquí. Te arrastraré así hasta la calle. ¡Imbécil! ¡Levántate!

Salieron de la casa y una sirvienta asustada cerró de súbito la puerta, tal y como le indicó Marie Antoinette, que intentaba disimular su rabia por la situación causada por su hija. Aun así, se podían seguir escuchando los coléricos gritos de Yusuf procedentes del rellano de las escaleras y las amenazas de encierro por parte de su padre.

16

Atrás quedó para siempre Yusuf y su incumplida amenaza de suicidio, como irrealizado fue para Amrita el sentimiento positivo que se desprende del poema de Apollinaire:

El puente Mirabeau mira pasar el Sena,
mira pasar nuestros amores.
Y recuerda al alma serena,
que la alegría siempre viene tras de la pena.

Amrita contrajo una enfermedad venérea en los escauceos con Yusuf. Años más tarde, a pesar de su tratamiento crónico, la sífilis fue uno de los motivos aducidos como causa de su prematuro fallecimiento.

Marie Antoinette la responsabilizó de echar a perder a tan buen partido y su hija la criticó por haberla presionado para casarse, como si Yusuf fuera uno de sus muchos amantes. Fue un golpe bajo por su parte. Este caluroso enfrentamiento verbal acabó cuando Marie Antoinette la abofeteó tan fuerte que la tumbó en el suelo.

Amrita, que acababa de descubrir que estaba embarazada, se marchó a Budapest al día siguiente, donde se reunió con su primo Víctor Egan, estudiante de medicina. Tras abortar, Amrita se sintió deshonrada y desolada. Durante la convalecencia reflexionó acerca de sus últimos meses en París y lo que había sucedido, y decidió que debía esforzarse por cambiar el rumbo de su vida, pero no sabía cómo ni de qué manera hacerlo. Había desarrollado su personalidad y se había dejado llevar por sus pasiones explorando los límites. La experiencia sexual con Yusuf la marcó profundamente y le reforzó la necesidad de tener escauceos amorosos tanto con hombres como con mujeres.

Por otro lado, aquel capítulo de su vida la había acercado a su primo Víctor, con quien tenía una relación cercana y de confianza desde que eran pequeños. Desde entonces, Indira y Amrita pasaron con más asiduidad las vacaciones de verano en Budapest, en el pueblo de Zebegény, a orillas del Danubio. Allí fue donde Amrita inició sus relaciones con Víctor.

Umrao y Marie Antoinette no deseaban ir a Hungría durante el verano, pues pensaban que ya habían padecido bastante aquel ambiente de violencia y antisemitismo que brotó tras la Primera Guerra Mundial. Además, la relación con Ervin se había enfriado supinamente debido al infructuoso plan de emparentar con aquel *goy* musulmán. En París se encontraban muy cómodos y podían evitar el calor. Tenían muchos sitios a su disposición donde pasar el período estival, juntos o por separado, como Niza o Marsella.

Además Marie Antoinette, siempre diligente y solícita a raíz de las numerosas fiestas que organizaba en casa con artistas y miembros de la alta sociedad parisiense, había iniciado un *affaire* con el escritor judío italiano de novelas *pulp* Dino Segre, que firmaba con el seudónimo Pitigrilli.

En Zebegény, Ervin organizaba campamentos de verano para estudiantes en los que participaban las dos hermanas y Víctor. Cualquiera, por pesimista o melancólico que fuera, se quedaba absorto al conocer al entusiasta 'tío Ervin', como todo el mundo lo llamaba aun sin

tener relación de parentesco. Inculcaba sanas lecciones a sus estudiantes: “Ante un árbol vigoroso y lozano, o ante un animal del bosque que se mueve libremente, o ante un perrito joven que retoza lleno de confianza, debemos sentir que la madre Naturaleza nos está dando una profunda lección de vida”.

En sus campamentos había un rico ambiente cultural poblado por artistas y jóvenes estudiantes de toda Hungría. Había formado 'El club de la tribu de los indios pieles rojas', donde los jóvenes se disfrazaban de indios norteamericanos. La finalidad era que el estudiante se sensibilizara y entablase una relación armoniosa con la naturaleza, a la vez que aprendía a apreciar el medio ambiente. Incluso comían al aire libre en barbacoas, construían canoas y tiendas cónicas, tipis de cuero para dormir en el campo, tal y como los indios estaban estereotípicamente retratados en la cultura popular.

Allí, entre magníficos árboles, podían apreciar por qué las plantas perennes son tan diferentes a los seres humanos: porque son incapaces de matar a otros árboles, todos son hermanos y nadie discrimina a nadie en su reino terrestre.

El hermano de Ervin, que vivía en Norteamérica, mandaba al campamento artículos, libros y trajes originales de los pieles rojas. Por las noches, alrededor de la hoguera, leían en voz alta novelas sobre el lejano Oeste y se prendaban de su romanticismo y de los personajes. Más de un joven fantaseó con la idea de comprarse un fusil y trasladarse a los Estados Unidos de América con la intención de hacer fortuna a base de búfalos, terneras y caballos salvajes. Organizaban juegos y obras de teatro al aire libre, utilizando como escenario alguna de las pequeñas islas del Danubio. Disfrutaban muchísimo con la continua representación del legendario tiroteo de O.K. Corral y las hazañas de Buffalo Bill Cody y Toro Sentado.

Durante aquellas vacaciones, Amrita estudió el trabajo de los artistas locales y nacionales que iban a Zebegény en busca de soledad e inspiración. El paisaje no podía ser más llamativo para una artista con la sensibilidad de Amrita. Disfrutó de aquellos meses de estío gracias a sus encuentros con los gitanos y las largas y entretenidas conversaciones que mantenía con ellos sobre su cultura y tradiciones, al tiempo que zumbaban las guitarras con melancólicos quejidos acompañados de un continuo palmoteo. Brindaban con fogosa oratoria por la supervivencia de sus costumbres nómadas y, alrededor de un enorme fuego, se mecían y ensanchaban las curvas femeniles con el vaivén de sus bailes al runrún de acordeones, violines y demás instrumentos musicales que se caracterizaban por reflejar el sufrimiento y el dolor en sus canciones, mientras que en los rincones, detrás de los árboles y arbustos, sonaban besos y gemidos, y se rompían botellas tras beber con esa voracidad salvaje de las fiestas nocturnas en las que se participa con un propósito firme de excederse en todo, buscando embriagarse cuanto antes para atrapar la alegría del aturdimiento.

De la experiencia de Amrita con esta etnia surgiría su pintura *Chica gitana de Zebegény*, fechada en agosto de 1932, en la que representó a una muchacha gitana portando una cesta con frutas.

Algunos días, cogía el tren y se iba a Budapest a asistir a charlas sobre filosofía, escritura y pintura, tal y como le aconsejaba su tío Ervin.

Amrita siempre prefirió el idioma húngaro al inglés o el francés y así se lo hizo saber a su padre. Desde el campamento no cesaba de escribir a Umrao sobre sus descubrimientos culturales y le sugería perfeccionar el húngaro para disfrutar de su literatura.

Aunque las vacaciones estivales en Hungría se acabaron, Amrita, a finales de 1932 y comienzos de 1933, seguía viajando con mucha frecuencia de París a Budapest para seguir con

el tratamiento de la sífilis, ya que en Francia la cura de la enfermedad venérea era mucho más cara y se veía como un padecimiento producido por comportamientos ilegales. A menudo se reunía con una amiga húngara de París, Klara Lang. Klara estudiaba medicina, era rubia, alta y muy atractiva. Sus citas en Budapest eran una excusa para comenzar una relación amorosa fuera de su círculo de amistades de París, ya que Marie Louise las sorprendió un día juntas en el sofá del estudio, lo que le supuso un gran daño sentimental. Amrita ya se había cansado por entonces de los pretenciosos exhibicionismos de Marie Louise, además de estar enfadada por la certera sospecha de que ella había propagado públicamente la relación amorosa que habían mantenido, con todo lujo de morbosos detalles.

Klara conocía a los coleccionistas privados de arte más famosos de Hungría. Gracias a ella, Amrita tuvo la fortuna de admirar pinturas que había visto solo en reproducciones. Pudo observar íntimamente obras del Greco, Gauguin y Degas, y también de Courbert, Tiziano, Goya, Tintoretto y otros. Vio lo que estaba al alcance de muy poca gente en aquellos días. Se sintió una privilegiada al estar ante obras que pocos habían tenido ocasión de ver. Cada vez que ella viajaba a Hungría, Klara, perdidamente enamorada de su amiga, la seguía desde París. Sin embargo, Amrita no correspondía a este amor, pero disfrutaba de su compañía y de su atractivo sexual.

Durante toda su vida, Amrita alternó relaciones con mujeres y con hombres. Su primo Víctor Egan conocía a Klara y era consciente del vínculo que mantenía con su prima al mismo tiempo que estaba con él. Sabía que Amrita tenía relaciones lésbicas, pero él aceptaba sus aventuras amorosas. Su tolerancia era respetuosa y consciente de que una rabieta o cuestionamiento en este aspecto habría puesto fin a su cordial amistad; sabía que su permisividad la unía a ella.

Los viajes a Budapest eran costosos y su economía solo le permitía realizarlos en vagones de tercera clase. Solía escribir a su padre para contarle sus avances, pero también para pedirle dinero. “Por favor, mándame dinero para comprarme un abrigo porque casi toda mi ropa es de verano. Blanka, la madre de Víctor, tiene un restaurante siempre lleno de clientes y a mí me deja comer gratis, lo que es un alivio, porque se me va el dinero en el alquiler y en el tratamiento. Ella es muy bondadosa y muestra mucho afecto hacia mí, y además me ha enseñado recetas de cocina. El doctor me ha dado medicinas más fuertes para combatir la enfermedad, pero tengo que protegerme del frío. En casa se me hielan los pies. Necesito comprarme ropa nueva urgentemente, no puedo permitirme una enfermedad en mi estado y bajo el tratamiento médico que persevera. Mándame los siguientes libros: *Hombre y Superhombre*, de Shaw; *Tragedia de un hombre*, de Madach; *Fausto*, de Goethe; y cualquiera de Mark Twain, Ibsen y Szabó Dezső.

Me encuentro mejor, aunque algo débil. Estos días estoy siguiendo el protocolo impuesto por el doctor y debo guardar cama debido a las fuertes inyecciones. Mi única satisfacción y refugio actual son las lecturas. Tomo antibióticos. Según el especialista, este tratamiento intensivo podrá eliminar la bacteria que ha causado la sífilis y evitará daños en el futuro, pero no remediará los daños ya ocasionados... Tu amor, Amrita”.

La situación financiera de la familia estaba algo más holgada gracias a la actuación del hermano menor de Umrao, que a diferencia de este, se oponía a todo levantamiento nacionalista contra los intereses del Imperio británico. La rebeldía de Umrao era difícil de olvidar. El nacionalismo estaba creciendo en Alemania bajo el liderazgo de Hitler, y los miembros de la organización india en el exilio, que lo invitaron y tentaron a participar desde Berlín, eran progermánicos que pretendían divulgar en la India la ideología nacionalista alemana, aparte de abogar por la

violencia en el proceso independentista de la India.

Gracias a la intervención de su hermano y por su aquiescencia con la administración británica, con el subterfugio de motivos humanitarios, consiguió que los británicos levantasen algunas restricciones de transferencias monetarias a Umrao.

A comienzos de 1934, Amrita exhibió su trabajo en el *Salon des Tuileries*, donde un artista solo podía mostrar su obra por invitación exclusiva. El día de la *petite vernissage* —la recepción del día anterior a la apertura de una exposición de pintura—, Amrita se vistió por primera vez en público con un sari de la India. Arjuna, en marcha sobre su carroza hacia la guerra, en el *Majabharata*, no hubiera despertado más expectación. Su vestimenta atrajo considerablemente la atención de los visitantes. Perturbada por la reacción del público ante un atuendo tan llamativo, Amrita tuvo que refugiarse en un café cercano con sus compañeros. Su belleza acaparó tanto la atención que hasta un diplomático de la Embajada de Holanda en París escribió a Marie Antoinette proponiendo matrimonio a su hija.

Amrita tenía un aura especial que impactaba en la gente. Cuando entraba en una habitación, todo el mundo se quedaba mirándola. No era solo efecto de la singularidad de su belleza, sino también porque su intensa presencia dejaba huella en los presentes aun cuando se despedía.

Durante sus prácticas en la Escuela de Bellas Artes se autorretrató muchas veces vestida de diferentes formas. Lo hizo de mujer tahitiana en 1932 para *Autorretrato*, con el pelo suelto como las musas de Gauguin, y con la mirada puesta en el espectador, como queriendo atraerle. Mantener su atención de forma hipnótica con una sonrisa algo siniestra a la vez que cautivadora consiguió un dramatismo conmovedor.

A finales de ese mismo año, Amrita sintió que su etapa en París tocaba a su fin. Quería volver a la India y, al terminar sus estudios, encontró apoyo en su profesor de la Escuela de Bellas Artes, Lucien Simon, que la animó a emprender el viaje. Ella, conocedora de la cultura india, quería materializar obras que plasmaran temas del país. Anhelaba la renovada visión de aquellas tierras con ojos distintos de los de la niña de Shimla. Consideraba que París pertenecía ya al periodo inmaduro y académico de su vida, y lo había superado. Había crecido intelectualmente durante esos años y se sentía más madura. Había estudiado en profundidad el arte moderno occidental y esto le impulsaba una enorme curiosidad por observar en persona el arte de la India en toda su variedad. En su etapa en la Escuela de Bellas Artes no solo había aprendido teorías, prácticas, técnicas y formas en la especialidad de la pintura, sino también en la de escultura, e incluso había realizado grabados en cobre.

Ahora reflexionaba sobre cómo concebiría las tonalidades de la India; cómo encontraría el color del cielo, de la naturaleza salvaje, de la piel de sus gentes; cómo apreciaría las pinturas y esculturas en museos y en talleres de artistas locales; y con qué ojos críticos los juzgaría. ¿Le causaría una gran impresión? ¿La cambiaría como artista? Con estas preguntas y multitud de pensamientos se sentía cautivada y expectante por el regreso. Un sentimiento novedoso, a medio camino entre la laxitud y la excitación, que la empujaba a tomar esta decisión.

En París, muchos de los esbozos y retratos que había pintado reflejaban su estado emocional. Durante años careció del cariño de unos padres comprensivos y afectuosos, llegó incluso a dudar de que ellos tuvieran algún sentimiento de verdadero amor hacia ella. Sentía que el mínimo esfuerzo que habían realizado se debía a la resignada ausencia de hijos varones.

El carácter de Amrita se vio afectado desde la adolescencia por la inestable relación de sus padres, por sus continuas peleas, por sus extravagancias y comportamientos tan fuera de lo

común, por los numerosos *affaires* de su madre, muchas veces ni disimulados ni escondidos, y, en general, por esa incompatibilidad profunda entre sus progenitores de la que se dieron cuenta ya desde muy jóvenes las hijas. Umrao era totalmente ajeno a la extraversion y el autoritarismo de Marie Antoinette.

Recordaba con pesar aquella boda a la que la llevó su hermana Indira en Shimla, donde vio con sus ojos la irracionalidad de una madre capaz de vender a su propia hija de trece años a un hombre rico de cincuenta con el primordial destino de engendrar prematuramente un varón, y con total indiferencia hacia las desazones psíquicas y físicas de su hija menor. Hacía memoria y no recordaba ningún momento en toda su infancia en que sus progenitores la hubiesen acariciado con amor o ternura. Sus padres habían tomado como prioridad absoluta la enseñanza, desde pequeña, de no defraudar a profesores, amigos e intelectuales; de no decepcionar a quienes habían hecho público el talento precoz que tenía para la pintura y que le habían augurado un futuro próspero como artista.

Desde los episodios con Marie Louise y Yusuf, Marie Antoinette le imponía volver pronto a casa, impidiéndole pasar las noches en su estudio con la excusa de terminar prácticas con modelos. Sus movimientos y su libertad se vieron cercenados con un trato excesivamente dominador.

No solo con sus padres, sino también la relación con su hermana se había enfriado y ya no compartían confidencias. Indira se había hecho mujer y se había creado un círculo de amigas del conservatorio. Apenas pasaban tiempo juntas en casa, excepto las tardes en que coincidían en la cena. Mientras que Amrita había crecido desarrollando un carácter chispeante, vital y extrovertido, Indira, por el contrario, conforme se había desarrollado como mujer, se había vuelto introvertida, intimidada por la figura de Marie Antoinette, y muy circunspecta con los deberes sociales que se esperaban de ella.

Umrao se entristecía cuando pensaba en su hija, ya que su ruptura con Yusuf había causado una brecha en la relación con los miembros de su círculo de amigos de París. Tenía miedo al escándalo público y a la ruina de su buen nombre en sociedad. Pensaba que su munificencia paternal le había pasado factura. Tras la ruptura del compromiso matrimonial, aumentaron los rumores sobre las inclinaciones sexuales de su hija y se empezó a especular sobre el posible aborto de Amrita tras quedarse embarazada. Imbuida por los chismes más impúdicos, la gente murmuraba que Umrao, según la costumbre india, la había forzado a abortar para no manchar el nombre de la familia y que él mismo había preparado un jarabe con misteriosas y secretas hierbas para causar la muerte del feto.

La familia de Yusuf también echó leña al fuego con la más infernal hipocresía, culpando de la ruptura del casamiento al carácter odioso, lúgubre y extraño de Amrita. Incluso Abdul Basir fue más allá con el argumento de que los Sher-Gil solo iban detrás de su dinero, ya que Umrao y Marie Antoinette, alegaba, les habían ocultado la mente inestable y tortuosa de su hija para pedir, con premeditación del padre, compensaciones económicas por un divorcio según las leyes francesas. Ante tanta habladuría, Marie Antoinette decidió apartar a su hija de su lado; la quería lejos del círculo de amistades que se había granjeado y que ahora veía cómo se reducía.

Pero Amrita no se dejaba vencer por las dificultades y no se arredró por las vilezas vertidas en público. Nunca se sintió intimidada por las insidias que quisieron sembrar hacia ella a lo largo de su vida. Cada vez se manifestaba en ella un deseo más intenso de autonomía, ansiaba pasar página, retroceder para tomar impulso y dar un salto de enorme magnitud. Como Gauguin, que se había marchado a Tahití con el propósito de buscar inspiración artística en los pueblos

primitivos enraizados al margen de la civilización occidental. Eso haría ella: se marcharía a la India para empaparse de su cultura. Además, Asia estaba de moda y ocupaba un lugar de honor en la fantasía de los parisienses. *La splendeur de l'Orient!* Vivían con auténtico fervor el descubrimiento de templos exóticos en las colonias. Los orientalistas eran las estrellas de la pintura y los exploradores en la península del sureste asiático, especialmente en Laos, Camboya, Annam, Tonkín y Cochinchina, avivaban la imaginación popular francesa.

“Me ha entristecido saber que antepones tu reputación al cariño a tu hija —escribió Amrita a su padre desde Budapest, donde proseguía con su tratamiento—. Me ha decepcionado saber la importancia que concedes a las hablillas de la gente. Pero déjame decirte que ahora puedes soslayar tu miedo estando yo lejos, en la India. Como dijo Baudelaire: 'Los viajeros saben que la meta cambia siempre de lugar y, sin saber por qué, dicen una y otra vez, vamos allá'. Te comunico mi decisión: he decidido emprender viaje a la India.

Sobre todo lo sucedido en París, quiero dejarte claro que ¡yo! no me considero una persona inmoral. Yo no soy inmoral, *et c'est tout!* Pienso que habéis dramatizado la situación. Hay mentes estrechas, prejuiciosas y fanáticas en todas partes del mundo. Pocas cosas hay tan estúpidas como la malicia y una persona inteligente no se deja arrastrar por lo que dicen, conspiran o juzgan”.

Umrao se sintió herido y aprobó de inmediato que su hija se marchase sola a la India con una holgada pensión anual. La relación con ella se vio enquistada por estos desencuentros. Siempre quiso que Amrita fuese como él y no tan extrovertida como su madre, pero se dio cuenta de que su hija había ido demasiado lejos, se había vuelto muy rebelde.

Por otro lado, argumentaba a su esposa Marie Antoinette:

—Quizá la India cambie a nuestra hija con su batiburrillo de razas y religiones, con su explosión de vida y caos. Allí todo se basa en la calma y la tolerancia, y una actitud rebelde no sirve absolutamente de nada, más bien es contraproducente. Allí hay que tener mucha paciencia porque las cosas funcionan a su propio ritmo.

Amrita decidió emprender el viaje con solo la voluntad de su hermana en contra, ya que se entristeció soberanamente por la idea de verse separada de ella de forma indefinida.

18

Amaneció el día lluvioso. Aquella mañana, László Guttman esperaba a su sobrina. Ella no solo le hacía compañía, sino que además ejercía de enfermera. A la espera de recibir su inyección, según lo prescrito por el médico, se acomodó en el sofá frente al cuadro. En su estudio, la luz era opaca. Desde la ventana se podían observar los tejados parisienses mientras el agua resbalaba por el cristal. Se sentía abrumado con la evocación del pasado, pero aquel periodo de su vida vinculado con Amrita, ¿no era una época de alegría? Aún rememoraba aquella sensación de fragilidad que ella le infligía.

En la Escuela de Bellas Artes pensaba con zozobra que un accidental choque con Amrita en un hombro, en el codo, en la mano... podía fulminar su cuerpo. Había días que evitaba encontrarse con ella para no sonrojarse en público, incluso en clase hacía lo posible por intentar no sentarse a su lado. ¿Pero no fue este el hecho insólito que transformó su vida? ¿No fue este su primer amor verdadero, ese primer amor en la vida que deja en el recuerdo momentos alegres, suaves, llenos de ternura, sensualidad?

—¿Es que acaso el amor no tiene sus dulzores y ponzoñas? —se dijo así mismo.

László sonreía mientras miraba fijamente el cuadro, recordando aquel día en clase con modelos, cómo aquella mañana en la que fortuitamente se sentó al lado de Amrita solo se le ocurrió sonreír estúpidamente, con una sonrisa de disculpa o de conmiseración. Entonces ella, apercebida, le devolvió otra con tal jovialidad que le causó un rubor de oreja a oreja para regocijo de los demás compañeros.

El sentimiento de ser víctima de su apacibilidad e indulgencia en aquellos días le hacía capaz de convertirse en un moderno Diógenes. Por ella hubiera estado dispuesto a vagabundear por las calles de París y practicar la alquimia de convertir la pobreza extrema en virtud. Cuentan que cierto día, el Diógenes delirante —como le llamaba Platón— se estaba masturbando dentro de la gran tinaja que utilizaba como vivienda y quienes le reprendieron escucharon una queja tan amarga como escueta: “¡Ojalá frotándome el vientre el hambre se extinguiera de una manera tan dócil!”. László recordaba que así satisfizo más de una vez sus fantasías eróticas con Amrita.

El teléfono móvil empezó a sonar sobre la mesa de estudio y, desde la entrada principal del apartamento, alguien tocaba el timbre con impaciencia, pero ambos sonidos quedaron inadvertidos. László, frente a su retrato pintado por Amrita, había sucumbido a sus recuerdos. Dijo adiós a la vida mientras un fuerte gotear marcaba un sonoro ritmo. La lluvia, esa mañana gris, continuaba con su llanto en los cristales.

Segunda Parte

Un artista debe tener confianza en sí mismo y solo escuchar a su maestro: la naturaleza

Auguste Renoir

19

La ciudad de Bristol, donde predomina el arte urbano y Banksy pone el nombre propio, amaneció soleada, para gratitud de sus habitantes.

Emily-Christine Kestenholz Wilkinson había enviudado hacía ocho años. A pesar de su longeva edad, se mantenía en forma y con excelente salud física y mental. Su doctor le había recomendado mantenerse ocupada y hacer ejercicio al aire libre. Entre semana, por las mañanas jugaba al *bridge* con sus amistades, y al mediodía comía en *Clifton Village*. Más tarde, con ayuda de su bastón, iba andando muy despacio a *Clifton Arch* pasando por *Boyce's Avenue*, donde tomaba el té mientras leía los periódicos en una de sus callejuelas. Después cogía un taxi y volvía a casa.

Aquella mañana era fin de semana y, como tenía costumbre de hacer todos los sábados, fue a dar un paseo a *Ashton Court*. De camino pasó por un edificio de arquitectura georgiana, destruido hacía muchos años en un incendio pero reconstruido y reformado posteriormente. Su atención recayó en la fachada del peculiar edificio, donde un enorme cartel, con la enojada imagen de un barbudo maharajá con turbante, anunciaba: “El cuerpo y el alma de la India quedan retratados en la mayor exposición de arte indio”.

En la parte inferior del cartel se podía apreciar que el evento estaba patrocinado por instituciones gubernamentales, organizaciones culturales privadas, plataformas digitales, la Embajada de la India en Londres, British Airways e incluso Channel 4. A simple vista, auguraba rigor y seriedad. Decidió entrar.

Se exponían innumerables artefactos de época colonial británica, haciendo hincapié en la comunidad sij y el exótico mundo de los ricos y complacientes maharajás de la época: numerosas fotografías, uniformes militares, vestidos de princesas y de maharajás con sus brocados de seda y cartas antiguas emitidas por soldados británicos que reflejaban amor, pérdida, humor y desesperación durante la vida diaria en la colonia. En varias salas emitían diferentes documentales, imágenes visuales que describían el dominio de la Corona británica sobre el subcontinente indio entre 1858 y 1947, acompañadas de la voz de un narrador. También imágenes visuales coloreadas digitalmente que resaltaban la suntuosa vida de los maharajás, los reyes hindúes que gobernaban sus estados bajo tutela británica, los llamados Estados Principescos.

Emily no tardó en percatarse de que todo aquello era puro consumismo cultural desmedido. La exposición sobre el arte y la civilización de esa nación, o más bien conglomerado de religiones, lenguas y culturas, como anunciaban en el enorme cartel exterior, era simplemente pura comercialización y *marketing* de la época del raj británico que vendían al público como una época de exotismo desacerbado. Ni las pinturas y esculturas que exponían de artistas indios la conmovieron en absoluto.

—Hoy en día se ha perdido la capacidad de epatar. Ya no existe la naturalidad para transformar en extraordinario cualquier detalle cotidiano —se dijo a sí misma.

Tras recorrer los numerosos pasillos, llegó a la salida, donde estaba ubicada una tienda de *souvenirs* por la organización del evento. Había a la venta tazas de distinto tamaño y uso (para té, café o incluso lapiceros) con el rostro impreso de maharajás embutidos en grandes turbantes

y desmedidas joyas. Había también platos decorativos, bolígrafos y camisetas estampadas. Todos los artículos tenían diseños *vintage* relacionados con la exposición: retratos de maharajás, imágenes de antiguos Rolls-Royce, pósteres de emblemas militares durante la India británica, estampas de los virreyes, fotografías en blanco y negro de británicos con salacot en la caza al tigre, elefantes cargados de suntuosas decoraciones, hombres a caballo jugando al polo y en pícnicos en el desierto con castillos, fortalezas y palacios del Rajastán y de otras ciudades al fondo. Había a la venta hasta ensayos de historia, biografías y muchos libros, finos y gruesos, ilustrativos de pintura, escultura y arquitectura de la India, incluso carcacas para teléfonos móviles con la imagen de robustos maharajás y del archiconocido Taj Mahal.

Salió del edificio, cogió un taxi y se dirigió a su casa. Durante el trayecto no dejó de pensar con amargura en la figura estigmatizada de su amiga, la artista Amrita Sher-Gil. No podía evitar la fuerte reminiscencia del tiempo vivido con ella. En su momento, salvó de la destrucción por terceros varias cartas privadas que Amrita envió y recibió de su padre y de críticos de arte, amantes y conocidos. Durante años había conservado todo aquel material como un tesoro, pero ahora había decidido que era el momento de sacar a la luz toda aquella correspondencia y darla a conocer.

Sentada en el taxi, era ajena al paisaje urbano. Con tantas películas hechas en Hollywood y México, estaba claro que la artista Frida Kahlo había consolidado su posición como la principal artista latinoamericana del siglo —Georgia O’Keefe se refirió a ella como “la mejor artista femenina del siglo XX”—, y su rostro icónico se había elevado al estrellato. Uno no puede vivir en el mundo moderno sin encontrarse habitualmente con imágenes y autorretratos de Frida Kahlo. En tazas de café, camisetas, pósteres, grafitis o en artículos de decoración, el exquisito rostro de Frida con flores en el cabello y gruesas cejas prácticamente unidas resulta familiar para la mayoría del público, incluso si la gente no sabe quién era realmente. Pero como Emily pensaba, era desgarrador que en el caso de Amrita Sher-Gil, la India no hubiera hecho nada. Ni si quiera el centenario de su nacimiento fue suficiente para redimir su figura.

Tras entrar en su casa, se quedó de pie paralizada en medio del salón por un instante, cavilando qué era lo que debía hacer primero. Su gato se aproximó y se frotó contra sus piernas. Ya sabía por dónde empezar. Fue a su estudio, descorrió las cortinas para que entrara la luz de la soleada mañana y encendió el ordenador portátil. Entonces, se acordó. Fue a la estantería y extrajo dos cajas de zapatos. Se sentó en el escritorio y desparramó sobre la mesa el contenido: muchas cartas con sellos antiguos y recortes de periódicos con la fotografía de Amrita. Tras ordenar la correspondencia en pequeños montones, se quedó sentada pensando que su mente estaba tan en blanco como la página de Microsoft Word que tenía frente a ella.

De entre un grupo de cartas, cogió la primera de un lote. Miró el remitente: Salvador Pérez Mombrú. Eran varias hojas arrancadas de su diario personal. Tras la muerte de Amrita, el español se las envió a Emily, ya que supo de ella a través de un crítico de arte de la India. La abrió, la leyó por encima por primera vez desde hacía mucho tiempo, y la dejó a un lado, observándola con los codos sobre la mesa y el mentón sobre los puños.

De repente, la ansiedad de no sentir inspiración la empujó a escribir rápidamente: “El día en que conocí a Amrita me sentí apoteósica...”. Leyó en voz alta lo que había escrito. Reposó la espalda sobre el respaldo de la silla y soltó un suspiro de hastío. Con el índice derecho apretó la tecla de borrado y comenzó de nuevo: “El día en que conocí a Amrita Sher-Gil cambió mi vida. Había sido invitada al estudio de su casa para observar cómo pintaba. Mientras ella trabajaba, había un silencio reverencial. Me llamó la atención su cabello recogido, liso,

brillante, muy negro y abundante. Era mayor que yo. Era muy guapa. Yo, aun estando casada, era una pipiola en los devaneos que te presenta la vida. Ella me recordaba a las mujeres españolas retratadas por los maestros clásicos. También reparé en sus ojos negros...”.

Con las manos en el teclado y de manera impetuosa, expulsó sus recuerdos y escribió su pasado, como si hubiesen brotado ramas verdes en un árbol que pensó que estaba carcomido. Resucitó zonas muertas de su interior. El deseo de escribir un libro sobre la artista la invadió por completo.

Durante días, evadió la rutina diaria que había seguido hasta entonces: las partidas de *bridge* con sus amistades, las comidas en restaurantes y el té de la tarde en *Boyce's Avenue*. Estuvo ocupada transcribiendo al ordenador la antigua correspondencia que mantuvo muchos años atrás con personas que conocieron a Amrita para añadirla a su libro.

Emily se propuso dar a conocer al mundo la vida de Amrita con pretensiones de publicarla. Había encontrado un nuevo estímulo en su vida.

20

El puerto de Bombay emergió de la neblina. Amrita volvió a experimentar por el olfato la sensación de algo indefinible que le hizo recordar su primer viaje con sus padres y hermana: era el olor de la India.

Junto con los demás pasajeros, contempló la maravillosa escena del sol que despuntaba en el horizonte sobre el mar de Arabia. La suave luz anaranjada bañaba los barcos de la rada y las velas en forma de triángulo invertido de las pequeñas embarcaciones. Enseguida se apreciaron los edificios que bordeaban el puerto y su paseo marítimo. El buque llegó a su término después de una larga travesía.

Unos enflaquecidos estibadores empezaron a sacar cajas, baúles e incluso caballos árabes del buque.

Amrita llegó a la India en diciembre de 1934 a bordo del *S.S. Sunrise* de la *Peninsular & Oriental Navigation Company*, la principal línea marítima entre Inglaterra y la India. Hacía escala en los mayores puertos europeos, en particular el de Marsella, donde ella subió a bordo. Poco a poco tomaron tierra los cientos de pasajeros y se dirigieron a la aduana. Niños de piernas delgadas como palillos y vestidos con harapos, con la esperanza de recibir alguna limosna de los recién llegados, se acercaron en multitudes a los primeros en pisar tierra, los de primera clase. A pesar de tener los rostros marcados por el hambre, los ojos de los niños brillaban con entusiasmo. Guardias con uniforme de color caqui los dispersaron a golpes utilizando sus *latís*, unos largos y pesados palos de madera, generalmente de bambú, a veces entreverados de hierro. A pesar de todo no cundió la animosidad, sino curiosamente la alegría. Burlándose de los gendarmes, los niños corrieron para desaparecer de brinco en brinco tras la valla del puerto.

En la India, dentro del desorden había un orden establecido, como en cualquier metrópoli asiática.

Golpeada en el rostro por la brisa ligera de la mañana, Amrita se sentía pletórica. Embriagada por la barahúnda, la hediondez y la profusión de colores, le dio la impresión de que aquel tráfago de gentes era mayor que en la década anterior, cuando llegó por primera vez con sus padres. Por lo demás, aquel ambiente era idéntico, parecía como si la India se hubiese detenido en el tiempo. Después de desembarcar en Bombay, esa inmensa ciudad que Occidente había construido y abandonado con desesperación, Amrita viajó en tren a Shimla, donde se instaló en el antiguo bungalow familiar.

Al llegar, encontró el lugar tremendamente descuidado. Aquella residencia donde había pasado tantos momentos alegres en su infancia, junto con la desaparecida Bina, estaba tan llena de recuerdos como de hierbas silvestres que habían crecido sin medida desde que la casa estaba deshabitada. Las paredes estaban doradas por los años y el tiempo había echado abajo varias losetas. El follaje de varios arbustos dejaba caer sus tallos leñosos sobre la ancha puerta principal. El jardín, que años atrás Marie Antoinette cuidaba con sumo esmero, estaba ahora lleno de matojos para mayor alegría de ardillas y monos.

Amrita se instaló en la casa anexa, que reformó y convirtió en su estudio. Junto con trabajadores locales, pintó todas las paredes de color blanco y colgó algunas reproducciones

japonesas y húngaras encima de la chimenea.

Dentro del bungalow, a pesar del polvo que lo invadía por doquier, todo se encontraba en perfecto estado, ya que Marie Antoinette había hecho uso de la residencia en alguna ocasión durante sus breves viajes desde París, entre otras cosas, con ocasión de la firma de documentos y su absolución ante la administración británica con el fin de recaudar dinero de las propiedades de Umrao, ya que este se había negado por entonces a dejar Francia.

Se sentía exultante. Era maravilloso entrar y salir, ir y venir sin dar explicaciones a nadie. En aquella enorme casa se sintió como Robinson Crusoe cuando se metía en su fortificación y elevaba la escalera. Contrató a un nuevo criado, que tocó a la puerta para ofrecer sus servicios, aludiendo que sabía cocinar, lavar, limpiar, incluso podar setos y arreglar parterres, entre muchas otras tareas. A Amrita le pareció singular. Se hacía llamar Bibhu, era un hombre pequeño y muy musculoso, de mediana edad, con bigotito fino bajo la nariz y ojos achinados. Provenía de un regimiento *gurkha* y le faltaba el dedo de una mano, que había perdido siendo soldado. Los *gurkhas* eran conocidos por ser feroces combatientes originarios de Nepal. Durante la rebelión de los Cipayos, en 1857, combatieron junto a los ingleses y pasaron a formar parte del ejército indio británico.

Una vez establecido el salario, que aceptó con suaves movimientos laterales de cabeza —gesto típico indio que despista a los extranjeros porque no siempre significa negación—, Bibhu empezó a trabajar como encargado del mantenimiento del bungalow.

Amrita se acercó al pueblo para comprar abastecimientos y por el camino se percató de cómo había cambiado desde su última estancia.

Su opinión acerca de los británicos de la India era firme. Los consideraba unos habitantes que se arrodillaban ante un virrey y se rebajaban intelectualmente al pensar que la divinidad de un monarca era transmisible, como si viviesen en la época de las tribus mayas o aztecas. “¿Cómo puede una mente abarcar un país semejante? Lo han intentado generaciones enteras de invasores y las ciudades que construyen no son más que retiros”, pensaba mientras caminaba.

Notó que había muchos más británicos y también más extranjeros de otras nacionalidades. Además, se habían ampliado las construcciones de residencias en las laderas de las colinas.

Mientras deambulaba por el conjunto de casas dispuestas en forma de parrilla, le pareció que ella era tan dueña de esa tierra como el que más. A lo lejos vio un grupo de personas enjutas, de tez morena, que trabajaban en la construcción de un nuevo bungalow. Se fijó en una de las jóvenes mujeres; le pareció muy atractiva, tenía la solidez y belleza que a veces se prodiga entre los indios humildes, esa extraña categoría que llaman “intocables”, etiqueta de los grados descendientes y ascendentes de la división de castas en la escala social india y que crea seres ególatras, pero que se pierde en cuanto se tiene un poco de educación. Esa mujer de caminar recto y sensual hubiese sobresalido en cualquier otro lugar del mundo. El perfecto contorno de su cuerpo parecía el de una cortesana salida del friso erótico de algún templo de Khajuraho. Podría haber sido una modelo de revistas francesas de moda y su cuerpo no hubiera desentonado como modelo desnudo en la Escuela de Bellas Artes. No paraba de divagar mientras la escrutaba con la mirada: “Una lástima que su belleza vaya a ser tan corta como su vida. Es una mujer condenada por el destino, se alimenta de la inmundicia colonial y terminará en alguno de sus basureros”, pensó.

Amrita seguía observando a aquella fascinante mujer que caminaba con uniformidad mientras transportaba ladrillos sobre su cabeza. La joven paría, con su sari colorido y grandes ojos negros centelleantes, con pavesas de pasión y melancolía, al notar que Amrita la miraba se paró

de inmediato, como si le hubiesen llamado la atención para cumplir un deber protocolario. Dejando a un lado los ladrillos, la saludó con las manos juntas a la altura del pecho y se inclinó en señal de respeto. Amrita respondió desde la distancia de igual modo.

La visión de aquella mujer de talle grácil, cuya figura revelaba un hábito de fastuosa sensualidad con su piel morena cetrina, la atrajo tanto que soñaría con ella durante mucho tiempo.

Al otro lado de la calle, un grupo de señoras inglesas se engolaban ante la presencia de Amrita. Vestidas de blanco, caminaban bajo sombrillas ante un sol ni horrible ni sofocante, sino más bien de una intensidad decadente, e iban enfrascadas en sus conversaciones, precediendo a una fila de criados que transportaban las cajas de la compra. “Debe de haber algo universal en la India, algo que una a sus gentes de un modo positivo, ni espiritual ni religioso, pero ¡algo! Este es un país de extremos. ¿Cómo se echarán abajo las barreras y se llegará al término medio de la balanza social?”, pensaba Amrita.

A pesar del día estupendo que hacía, las señoras se cubrían decorosamente con un chal. Una inglesa regordeta que llevaba del brazo una cesta de paja trenzada con la forma del gran sello de Inglaterra, al tiempo que se exhibía junto a sus acompañantes con el envanecimiento de la propiedad, notó la persistente actitud escrutadora de Amrita y se lo hizo saber a sus amigas, mientras la desairaba en voz baja con el logro de una risotada cursi en el grupo que se alejaba por el declive del camino. Amrita se sentía vigorosa, demasiado segura de sí misma para que le molestaran los cuchicheos o habladurías, y se alegró sinceramente de que le hubiesen prestado atención.

Siguió su camino, que llevaba nombre de un militar victorioso y que se cruzaba con otros similares en ángulo recto, simbolizando la red que el Imperio británico había arrojado sobre la India pero que, poco a poco, se estaba rompiendo debido al avance del Partido del Congreso, que se había convertido ya en una nueva organización que aspiraba a encabezar el futuro gobierno democrático de una nueva India.

21

Una mañana de esos primeros días, mientras desempaquetaba su abultado equipaje y colocaba con esmero su ropa en los armarios, le vino un pensamiento a la cabeza. Se sentó en la cama y se echó a reír. De entre toda la ropa que había traído consigo, separó la que consideraba indispensable del resto, y metió pantalones, faldas, camisas, camisetas, chaquetas y demás prendas propias de Occidente en los baúles de nuevo.

Amrita había decidido no identificarse con las mujeres occidentales que vivían en la India. La etiqueta de extranjera no se la quitarían de por vida, entre otras cosas por ser de tez algo más clara que las locales, casi olivácea, y por su físico, su forma de expresarse y su condición social, pero lo que quería evitar era la mentalidad de las mujeres tan mezquinas y pretenciosas en lo relacionado con los indios autóctonos. Se avergonzaría mortalmente si llegara a parecerse a ellas. Desde esa mañana, insignia del invierno con el aire fresco que anticipaba las bajas temperaturas de las semanas próximas, decidió vestir únicamente con saris el resto de su vida, con la bisutería tradicional comprada en un mercado local tibetano y con un ligero maquillaje en los ojos y quizá en los labios, pero su ropa no sería ni ostentosa ni cara.

Frente al espejo, al contonearse para verse mejor, se dio cuenta de que le quedaba muy bien. Vestida de aquella forma estaría siempre atractiva, tal como le había sucedido con anterioridad en París, pero ahora lo era entre tantas personas arrogantes imbuidas de superioridad racial y mentalidad victoriana. El sari realzaba mucho las curvas de su figura y, además, no era habitual lucirlo con unas piezas de bisutería que contrastaban por la procedencia. Amrita se sintió guapa y renacida.

Desde su nueva residencia escribía a su primo Víctor Egan, con quien seguía manteniendo una relación íntima y secreta. Él le había propuesto matrimonio durante el último campamento de verano del tío Ervin, pero ella consideró que entonces no era el momento. En sus cartas, Víctor le hablaba de sus esfuerzos por avanzar como estudiante de medicina. Su madre y sus amigos querían que se decantase por la oncología, pero a él no le satisfacía esa opción.

En la larga correspondencia que mantenía con Víctor, escribiendo con franqueza y pasión acerca de sus propias apreciaciones sobre la India, sobre la sociedad y la situación política, también hablaba sobre su obra, pues sus pinturas eran diferentes a la opinión que tenía formada de la península. Amrita parecía haber encontrado un lugar romántico empapado de pobreza, pero estéticamente agradable.

“Un día conseguiré ser lo que muchos me han encomendado desde pequeña: 'Serás una famosa pintora'. Lo mismo te deseo a ti, que tus deseos se hagan realidad. Decide por ti mismo qué elección tomar profesionalmente, no dejes que otros influyan en tus decisiones. Si esto último se consumase, sería penoso que tuvieses que realizar un oficio contra tu voluntad y atracción. Escoge tú solo, no te inclines por una vida supeditada. Siempre has sido honesto; no me gustaría verte sometido a la voluntad de los demás.

[...] Yo nací con la necesidad de los colores y en Europa los colores son pálidos. El color del hombre blanco es diferente al color del indio, que brilla bajo la luz. A mí me gusta mucho el amarillo. Como Van Gogh, que dijo que el amarillo es el color dilecto de los dioses, y estoy de

acuerdo. Van Gogh evitaba pintar de memoria, como le escribió a su amigo Bernard: 'Yo siempre me nutro de la naturaleza. Exagero, a veces cambio el motivo, pero no invento todo el cuadro, al contrario, me lo encuentro completamente hecho, pero sin desbrozar en la naturaleza'. Aquí pinto de una manera muy diferente, con más desenvoltura. Empleo conjuntamente colores muy enérgicos: el limón, el amarillo y el naranja. Este último color es el de la armonía, ¡qué inmensa fuerza! Todo me viene más fácilmente. No hubiera podido alcanzar este *summum* de complacencia en París. No acepto los valores establecidos. Si yo digo que el azúcar es dulce y la sal es amarga, no quiero decir que el azúcar sea más importante que la sal. La gente convencional, sin convicción alguna, toma partido por la versión de que el azúcar es más importante que la sal tan solo porque es dulce. Ahora me doy cuenta de que solo puedo apreciar a las personas sencillas que mantienen sus raíces. Aunque suene romántico, creo que la bondad es nuestro sacrificio por los demás y la maldad es el sacrificio de los demás en nuestro favor. Y este último proceder es moneda corriente entre los artistas de hoy a fin de conseguir sus metas a cualquier precio. Pero te puedo asegurar que yo nunca compartiré esta actitud.

No solo quiero existir, sino vivir al máximo. Tengo la necesidad de expresar mis emociones. Por ejemplo, hace unos días quería trabajar, pero no podía hacerlo a mi gusto y quise romper a llorar. El arte de la pintura me permite generar esta clase de emociones, quizá hay algo que merece la pena en mí. Yo no dudo acerca de mi talento, pero albergo ciertas dudas sobre la dirección en la que voy. Bueno, esto no es un problema, la gente tiene que pasar por muchas experiencias antes de llegar a donde uno se propone. Yo creo que aquí, en la India, tengo una ocasión magnífica. Sé que puedo producir mejores trabajos que antes. En París, cuando estaba trabajando y no obtenía los resultados que quería, me frustraba y tiraba los pinceles con furia. Ahora he aprendido a tragarme mi enfado y empiezo a trabajar calmada y diligentemente. El resultado es sobresaliente. Creo que por eso siento que el matrimonio no es para mí, ya que nací solo para el arte. ¡Oh, Víctor! Ya te puedes imaginar que no soy la misma de antes, cuando estábamos juntos en Hungría. Ya sé que parezco hecha de vidrio, de quebradizo vidrio... Esta sensibilidad que tengo, tan mía, tan aguda y a la vez tan irritable, sé que es algo enfermizo y doloroso.

Veo ahora cosas en las que no me fijaba antes, percibo matices del mundo que antes estaban escondidos para mí. A veces pienso que las ignominias que dicen mis padres sobre mí son verdad. Entonces me siento abatida, horrorizada por la verdad incontestable de que fue solo mía la culpa de lo sucedido en París. Sobre el compromiso de matrimonio, aunque nunca estuve convencida, no di mi consentimiento, no fue por mi carácter el hecho de que no se llevase a cabo. Bien es verdad que quise alargar la relación, explorando y experimentado mis pasiones, pero no es justo que me señalen con el dedo como un monstruo horrible por la cancelación de la ceremonia con el subterfugio de mi 'extraña' personalidad.

Víctor, tú eres una persona tan honesta que sinceramente te digo, y sin falsa modestia, que no te merezco. He tenido muchas oportunidades de mostrar mi talento y sé que valgo como artista, pero no como persona. Soy consciente de que tengo muchas imperfecciones y de que mi carácter interpone obstáculos ineluctablemente. La única cosa que sé es que soy muy consciente de mis debilidades, sobre todo de mi pronunciada y doble propensión al entusiasmo y al abatimiento”.

En aquellos primeros días, ella veía a la gente y a los paisajes como una turista a través de las lentes de una cámara fotográfica. Intentaba captar solo lo bonito y así lo reflejaba en sus esbozos; seguía confusa sobre cuál sería el modo más apropiado de acceder al corazón de la

India.

Unos meses más tarde, la *Shimla Fine Arts Society* organizó una exposición colectiva y Amrita decidió enviar varias obras. Tras conocer el fallo del jurado, se sintió defraudada: le habían dado el primer premio por una obra que consideraba de menor calidad. Amrita lo devolvió con una carta en la que les explicaba que sus otras obras eran mejores que la premiada, que sentía como si el premio fuera el resultado de una lotería entre sus cuadros y que pensaba que la habían recompensado por su estilo general sin considerar la calidad individual de cada una de las otras pinturas. El revuelo entre los intelectuales de Shimla no se dejó esperar. “¿Qué se cree esa joven? Le dan un premio y lo devuelve diciendo que el jurado no es competente”, murmuraba la gente en el club. Amrita había llegado a la conclusión de que no quería que la asociasen a pinturas que ella consideraba mediocres o dejaban entrever un vago amateurismo. Durante la muestra, un crítico le preguntó con curiosidad:

—¿Por qué ha elegido recrear solo el lado triste de la India en sus pinturas?

—Quise interpretar la miseria atroz, que me impacta muchísimo —contestó Amrita sin pensar la respuesta.

Se estaba dando cuenta de que para obtener los resultados artísticos deseados no tenía más remedio que conectar con las raíces de la tierra, apreciar sin prejuicios lo que la India le mostraba.

The Illustrated Weekly of India, una de las revistas en inglés más importantes en la India, publicó esta reseña premonitoria de la calidad de su futura obra: “La señorita Sher-Gil ya es bien conocida en París, donde es miembro asociado del *Grand Salon*. En sus pinturas se puede observar su iniciación en la temática india, nada en común con lo que se ha realizado hasta ahora. Su mérito reside en la sobriedad de su construcción, naturalidad, candidez y sencillez de diseño. Brillantes pinceladas. Realmente tiene unas composiciones maestras”.

Por aquellos tiempos, el pueblo de Shimla era una juerga continua. Las desenfrenadas fiestas permitían conocer a gente nueva y los bailes de disfraces en el club selecto y con más asiduidad en los bungalós privados —lejos de la comidilla de los más pulcros—, eran el escenario ideal para flirtear, seducir o simplemente para conseguir relaciones sexuales. Señoras inglesas, funcionarios, oficiales británicos, indios de la alta sociedad e incluso maharajás con sus mujeres, pompa y boato, disfrutaban de ese ambiente loco y desenfadado hasta el amanecer.

En tan estimulante entorno, una persona llamativa y lujuriosa como Amrita no pudo evitar la tentación. Bella y carismática, Amrita fue invitada por muchos hombres tanto a carreras de caballos y partidos de polo como a fiestas y cenas. Aunque la mayoría le resultaban aburridos, algunos la estimulaban intelectualmente. Había permanecido en Francia durante años sin pronunciar una palabra en inglés, hablaba perfectamente el francés y pensaba en su idioma materno, el húngaro, pero al trasladar las ideas al idioma británico salpicaba irremediabilmente el inglés con palabras francesas y un acento sensual, llamativo y placentero para el oído de sus interlocutores. Sus amenas conversaciones y sus observaciones, siempre gratas y agudas, complacían extraordinariamente a los hombres.

La mayoría de los que la cortejaban eran sijs o musulmanes, que aceptaban con mayor facilidad sus coqueteos y eran más receptivos a sus encantadoras conversaciones. Su carácter, belleza, juventud y gracia la hicieron muy popular en aquel mundo exótico a la vez que vulgarmente pintoresco.

No pasó mucho tiempo desde que llegó para que ella se desfogase. Había llovido durante el día y la tierra olía a humedad. Esa noche Amrita, al volver a su casa después de una fiesta en una residencia cercana, abrió las ventanas del salón, se desnudó, se tumbó frente a la chimenea y comenzó a masturbarse. El diseño *rajasthani* de la alfombra, el reloj de pared suizo que resonaba en la distancia con su tictac, los jarrones de cerámica de Jaipur sobre el mueble recibidor, la lámpara de cristal colgante en el techo con una espiral de reflejos amarillos y rojos procedentes del fuego de la chimenea... Todo el conjunto daba un toque de confort y voluptuosidad. Los destellos de las llamas dulcificaban la intensidad de la luz tenue en aquel enorme salón que ella misma había decorado con detalle.

En el jardín, un extranjero de origen alemán desconocido para ella, proveniente quizá de alguna otra juerga vecina, se sintió atraído por los centelleos de luz misteriosa que salían del bungaló y entró de un salto tras mirar por la ventana. Por la semiclaridad del salón, caminó sobre la alfombra amortiguadora de sus pasos hasta que llegó al lugar donde yacía el cuerpo desnudo de Amrita. Transportados a una de esas regiones de ensueño, sin pronunciar palabra alguna, hicieron el amor perdiendo la noción del tiempo. En vano, el tosco reloj suizo sonaba reciamente con su incesable tictac. Ya no volvieron a verse. Amrita creyó que el visitante estaba de paso en Shimla, ya que nunca más supo de él.

Otra tarde, un periodista de Karachi que estaba de vacaciones en Shimla y había conocido a Amrita en una fiesta, se encontraba en su apartamento escuchando a Bach cuando Amrita, sin decir nada, entró, se desnudó y se tumbó frente a la chimenea.

Este tipo de exhibicionismo acabó siendo frecuente en ella, hasta el punto de que creaba

fantasías en los hombres, que se imaginaban a la joven artista desnuda en el suelo y con los brazos abiertos a la espera de varones. Uno de los motivos por los que Amrita era tan admirada entre los hombres era su continua inquietud por conocer, por explorar. Experimentaba hacia ellos una actitud de libertad desposeída de cualquier prejuicio propio de aquella mentalidad victoriana: “No hay daño alguno en engañar a la sociedad siempre que la sociedad no nos descubra, porque solo hacemos daño si llega a descubrirnos”, explicó en una ocasión a un furtivo amante británico.

El magnetismo de su personalidad era capaz de echar abajo por sí solo las barreras artificiales impuestas por los censores de la moral victoriana. Era franca y directa, hablaba sin ambages y decía lo que le placía, cuando y donde dictaba su mente. Para ella, la vida no tenía un manual científico. “Todos tenemos que morir un día u otro, por eso las relaciones personales con las que tratamos de vivir durante nuestra existencia física son meramente temporales”.

Amrita se entregaba a todas las sensaciones. Gozaba del aire de las montañas, del cielo, del paisaje, de sus nuevas amistades, de sus relaciones carnales y de todo lo que la rodeaba. Pintaba, leía, reía, tocaba el piano de su madre... Allí, en aquel lugar de la India, se le abría un nuevo mundo, parecía que sus sentidos despertasen. No quería ya únicamente los libros tal como la absorbieron en el pasado, durante su infancia y adolescencia: “La sabiduría está en la vida, no en los libros. Además, es necesario que mis sentidos se llenen ahora de sensaciones”, escribió en una carta a su primo Víctor.

Siempre tan extrovertida, pronto empezó a relacionarse no solo con artistas, sino también con la gente más influyente. Se rodeó de maharajás y sus familiares, de funcionarios británicos, de indios de clase adinerada y de extranjeros de diferentes nacionalidades. Algunos hombres se sentían intimidados por aquella joven mujer de atractivo porte. Quien osase fijar en ella atrevidamente la mirada, acababa inmediatamente bajando los ojos amedrentado por su graciosa, bella, seductora y atractiva sonrisa.

Pero a ratos necesitaba inexcusablemente estar sola, ya que una actividad social y de expansión constante la hubiera hecho *no ser ella*. Y cuando tras un baño de soledad en su estudio o en alguna casita alquilada en las montañas volvía al tráfigo cotidiano, entonces... ¿con cuánta fruición gozaba de los placeres de la vida y de las conversaciones con gente nueva!

En Shimla, capital de verano del Imperio británico, las casas estaban muy bien alineadas y organizadas con cartelitos en el exterior que indicaban el nombre del inquilino y su puesto como funcionario. En la calle, las mujeres con sus blancas sombrillas y los caballeros con sus sombreros representaban la imagen social inglesa. Uno de los puntos de encuentro de la sociedad de entonces era el club, donde las señoras jugaban al *bridge* o al *whist*, o simplemente charlaban sin jugar a nada. Los miembros veteranos se sumían en una apacible y discreta conversación hasta bien entrada la noche sobre los acontecimientos del día. Otras veces, simplemente evocaban recuerdos juveniles en la metrópoli. Aquel opulento club era el centro social de entretenimiento para la élite colonial: se proyectaban películas, se organizaban fiestas, eventos y cumpleaños... Todas las tardes, los residentes acomodados se enfrascaban en sus charlas usualmente anodinas mientras bebían o se entretenían jugando a las cartas o al billar. Para otros residentes, en cambio, era un lugar sereno donde ir por las tardes y encontrar un sillón en una esquina para enfrascarse en la lectura de revistas y periódicos ingleses mientras se disfrutaba pausadamente del tabaco o del alcohol frente al fuego de leña de la chimenea, que era mucho más barato que el carbón metropolitano.

Se celebró un baile en honor a un importante funcionario británico que había sido convocado en Londres y ponía fin a su permanencia en la India. Como de costumbre, se podía disfrutar de los placeres del ocio esnob desconocidos en Occidente, donde o bien se trabajaba o bien se holgazaneaba.

Aunque el oficialismo británico seguía existiendo, tan omnipresente y desagradable como el sol de la llanura, y los miembros del club eran partidarios de que mahometanos e hindúes no compartieran mesa con ellos, algunos privilegiados no británicos eran aceptados en sus fiestas. Una inocente acotación era que la mayoría de los individuos de raza blanca admitidos en el club eran, en realidad, de la gris rosácea.

Aquel día, Amrita lucía un sari negro y plateado que llamó la atención de un periodista español, Salvador Pérez Mombrú, nacido en Cuba de emigrantes valencianos. Su familia, tras amasar una inmensa fortuna en el archipiélago gracias a los negocios de licores, velas y jabones, volvió a Valencia antes del levantamiento independentista cubano, a fin de pasar al comercio en el sector textil. Se había educado en las mejores universidades de Francia e Inglaterra. Era un hombre de unos cuarenta años, ancho de espalda, alto, delgado, con nariz alargada, con el cabello cuidadosamente cortado y echado hacia atrás descubriendo una frente lisa y despejada.

Salvador había llegado a la India hacía ya unos siete meses, después de una parada en Alemania en la que entrevistó al ministro de Propaganda nazi, el maestro de la mentira Joseph Goebbels, al que había descrito en su reportaje sobre el nacionalsocialismo alemán como “un tipo tan ridículo como desagradable y cínico, vestido con su gabardinita...”. En su rotundo y comprometido trabajo periodístico, alertaba sobre el ambiente prebélico de aquel gobierno alemán, sobre las vejaciones a los judíos y sobre los alardes de superioridad de los nazis al portar ostentosamente en el cinto una pistola mientras caminaban por la calle.

Acababa de pasar unos días calurosos y húmedos en Ahmedabad, al noroeste de la India,

donde había convivido con Gandhi y sus seguidores en un *ashram* —lugar de meditación y enseñanza en el que los alumnos cohabitan con sus maestros—. Un acaudalado hombre de negocios indio afín al movimiento independentista le había cedido su excelente bungalow de Shimla para disfrutar de unas semanas de vacaciones y escribir relajadamente antes de volver a su querida España. Con conocimiento de que su estadía iba a ser francamente breve y consciente de la remota posibilidad de volver por aquellos lares, se dedicó a gozar de los placeres que podía permitirse con el usufructo de su alta posición, tales como jugar al golf en el valle de Cachemira y asistir a las innumerables fiestas que daban los británicos.

El español había oído hablar de Amrita y deseaba conocer a tan fascinante mujer. Vio que ella se movía por la fiesta como si el mismo club fuese de su propiedad y todos los presentes sus propios invitados. La gente entablaba conversación con ella con muchísimo respeto y no menos admiración. Las mujeres se engolosinaban con su sari y su peinado, mientras que los hombres se enzarzaban por conversar con ella, bien fuese de política, de arte o de cualquier tema irrelevante con tal de apreciar su cercanía.

Después de tomarse un par de copas de *whisky*, Salvador le dijo a su acompañante que los presentase y, tras esto, la invitó a bailar. Se comunicaban en francés, idioma que les resultaba más comfortable que el inglés.

—Puedo estar bailando y bailando hasta desmayarme —comentó el español al son del vals.

—Yo nunca me desmayo —afirmó categórica Amrita con una sonrisa tan cínica como provocadora.

Ella intuyó que el español, afanoso por cortejarla, bailaba grave y reflexivo como un matemático en pleno problema, quizá para no decepcionarla con aquel baile ancestral y con cuya música evidentemente no estaba habituado. Este, para ocultar su torpeza, sonreía enseñando los dientes como un niño que quiere ser amable, mientras alcanzaba a distinguir unos ojos fijos en él con una expresión entre acariciadora e irónica.

En el club, las ventanas del salón de baile estaban cerradas para evitar que los sirvientes espieran desde fuera a sus *memsahibs* —como se llamaba a las señoras de clase alta—. Dos ventiladores giraban como pájaros heridos y otros tantos no funcionaban, lo que acarreaba un calor abrasante.

—Toda la península parece una ópera cómica —dijo Salvador con la mirada puesta en uno de aquellos ventiladores que traqueteaba sobre un grupo de señoras sofocadas—. Creo que el clima es lo único que cuenta en la India. Es el alfa y el omega.

—Sí, pero no seré yo como las mujeres que acatan órdenes de quedarse en la llanura mientras sus maridos disfrutan del clima fresco de las montañas —declaró Amrita con mirada de glauca lechuza.

—Yo no soy de ese tipo de hombres —rio Salvador, divertido por la pulla recibida mientras columbraba que era una mujer de armas tomar—. De hecho, está en España.

Los ojos de Amrita le estudiaban como si estuviesen realizando un paseo anatómico con sincera admiración. Le dio la pronta impresión de que tenía ante sí a un verdadero héroe hispánico: bueno de corazón, tímido, honesto y simple, como todos los fuertes.

El salón se estaba llenando de gente. Desde la pista de baile, pudieron oír a una de las tres señoras sofocadas bajo uno de los ventiladores que zumbaban y chisporroteaban. Por su ostentosa y ridícula vestimenta, daba la impresión de haber llegado recientemente a la colonia. Era una mujer graciosamente obesa y de pelo rizado y canoso, y tenía una voz débil y ajada. Al mismo tiempo que señalaba con descaro a Amrita, quizá pensando que no la entendería si

llegase a oírla en un idioma distinto de aquel en que conversaba con Salvador, dijo:

—¡Fijaos! No olvidéis que vosotras sois superiores a este tipo de mujeres. De hecho, nosotras somos superiores a todas las mujeres de la India, excepto quizá alguna que otra esposa de algún maharajá, que está al mismo nivel, pero nada más. Cortesía, sí la merecen. Intimidad, nunca, nunca, nunca...

El comentario, oído por Salvador, parecía sugerir que estaba mal visto que una mujer con aspecto indio bailase en el club, como si fuese un privilegio reservado a la raza dominante.

—¡Bah! ¡Qué más da! Valoro tanto este halago por prestarme atención como si fuese una palabra amable susurrada al oído —comentó Amrita mientras alzaba los hombros con indiferencia.

—*Mademoiselle*... concedidas las excepciones al caso, considero a las mujeres inglesas arrogantes y carentes de urbanidad. De hecho, la altivez y la egolatría son los viejos vicios que corroen el corazón de todas las culturas —expresó jovialmente el español—. La estupidez abraza todos los estamentos sociales.

Amrita se percató de que tal comentario incisivo era mencionado impulsivamente por su condición de nuevo en aquella exquisita colonia de Shimla.

El baile se detuvo, los hombres apagaron sus cigarrillos y salieron de la sala de billares. Detenidas las conversaciones, los rostros se pusieron anormalmente inertes. El silencio más absoluto reinó; ni una mosca, por pequeña y negra que fuese, se movía en el aire.

Empezaba a sonar el himno del Ejército de Ocupación que, aunque se tratase de una precaria melodía insuflada con arrojo por los músicos, les recordaba que los ingleses iban a perpetuarse, que su acuartelamiento en la colonia tenía el mismo sentido que el hecho de que fuesen dioses o no: a la India le agradaban los dioses y a los ingleses fingir que lo eran.

—Fíjate, ¡qué efecto produce en los británicos! —comentó Salvador al admirar tan pintoresco espectáculo.

Los miembros del club, en su mayoría, añoraban la atmósfera rancia de la metrópoli, pero les satisfacía personalmente recordar que vivían en el exilio; una expatriación de lujo envuelta en comodidades. Estaban rígidos ante el triste ritmo de una orquesta algo novata, inelegante y estafalaria, dirigida por un caballero pulcramente uniformado pero de semblante aturdido y con una cabellera gris tan enmarañada como si no encontrase manera de poner orden a las cosas. Parecía que los componentes del grupo musical hubiesen sido improvisados esa misma tarde.

Aquella situación se le antojó cómica al español.

—No dudo de que los músicos intenten infundirles vigor para aguantar un día más, pero... ¡qué imagen más patética de orquesta de aficionados! —susurró a Amrita, que rio con la mano en la boca para no ser advertida.

A Amrita, el español le parecía un hombre afectuoso, ocurrente y simpático. Tras el himno, un viejo empleado del club con bigotito blanco en forma de cepillo e impecablemente uniformado hizo tintinear una alegre campana. Los camareros, no menos pulcros, hicieron su aparición y comenzaron a servir en las largas mesas laterales grandes fuentes de copioso condumio que disponían solícitamente con el miramiento de no ensuciar los manteles de cuadros. El menú, lógicamente, era el del exiliado británico, tan corriente en ese tipo de celebraciones de salón social, un festín alejado del mío bucólico y más cercano al carácter populista del *fish and chips*. Cocinada por sirvientes que no la comprendían, la minuta estribaba en guisantes de lata duros como piedras, chuletas de cordero, sardinas sobre grueso pan tostado y bizcocho inglés con almendras molidas y sabor a limón. Para beber, mucho ponche, porque

para las mentes de los veteranos miembros del club esta bebida estaba asociada *ad hoc* al rosbif de la vieja Inglaterra.

Amrita y Salvador salieron al jardín. Esa noche, calma y oscura, apenas era alumbrada por dos o tres cometas que aparecían y se ocultaban con ostentación. La temporada del plácido verano de las montañas seguía acercándose. Salvador, con su elegante y argéntea pitillera en mano, so capa del clásico formalismo británico, le ofreció un cigarrillo con ademanes cómicos que ella rechazó con una sonrisa.

—En España, la luna parece muerta, lejana... Más bien ajena, pero aquí se encuentra envuelta en la noche, se puede percibir. La tierra, la luna, las estrellas... Aquí en la India todo da sensación de unidad. Como diría un poeta español: “La tarde ha ido declinando y el lucero vespéral fulge en el cielo límpido...” —dijo con admiración y la mirada fija en algún punto de la bóveda celeste mientras expulsaba el humo de su cigarrillo con delectación.

—Yo sentí eso mismo cuando desembarqué por primera vez en el puerto de Bombay. Entonces todo me parecía maravilloso, pero... ese glamur superficial desapareció enseguida.

—Quizá sea por tu condición de artista por lo que ves las cosas de diferente manera —sentenció Salvador mirándola atentamente.

—Sí, o quizá me cansé muy pronto de conocer cosas pintorescas que me pasaban por delante como en un friso... Pero sí, es verdad, aquí la vida está llena de una extraña savia. A veces parece parte de un sueño. Cada día suceden cosas nuevas, como Shiva Natajara, cuando pergeñaba el mundo cada mañana para destruirlo más tarde al anochecer, y al día siguiente todo aparecía trasmudado.

Al pronunciar estas palabras con su característico acento francés, junto al olor suave de un perfume que Salvador no pudo identificar del todo, pues parecía formar parte de su piel joven femenil, surgió toda la furia de hidalgo español con el pulso a galope. Envalentonado como el mismísimo Alonso Quijano, alias don Quijote, tiró el cigarrillo a un lado, tomó con delicadeza los brazos de Amrita y la besó apasionadamente como si fuese la mismísima joven virtuosa, emperatriz de la Mancha, de sin par belleza, Dulcinea del Toboso.

Desde el jardín se escuchaban distintos sonidos. Desde dentro del club, la comunidad inglesa no dejaba de hablar, cantar y reír, pero frente a ellos, en la distancia, se percibía el tamborileo de un ritual hindú. El ritmo creciente acabó por resquebrajar el apasionado placer, era un sonido triste, lúgubre y desagradable, como el planto a un muerto. Uno junto al otro, los dos callaban, con el silencio admirativo y temeroso que la magnificencia de la noche india impone a sus observadores.

—¿Qué pensarán allá arriba de los hombres? ¿Sabrá alguna estrella de la existencia de Gandhi y del Imperio británico? —dijo con la vista puesta en el cielo—. ¿Sabrán que un bello lugar se llama España, país de noble pasado y caracteres altivos? —preguntó mientras la acariciaba como un experto en hacer la corte mientras la besaba con lentos picoteos en sus labios carnosos, en camino descendente hasta el cuello.

Sin dejarse llevar por una súbita sensación de excitación, Amrita sugirió volver al salón, pues de lo contrario acabarían complaciéndose en el jardín. Los miembros de la orquesta habían acopiado fuerzas tras la comida. Sin arruinar del todo el goce auditivo a los más entendidos, continuaban con el cumplimiento a trancas y barrancas de las leyes de la armonía y el ritmo.

Amrita y Salvador siguieron amarrados en el baile hasta que la mayoría de los invitados se habían despedido. En una ocasión, ella se pegó del todo a él de manera inesperada, moviéndose seductoramente a un lado y otro, provocando de esta manera a Salvador, que sintió la tentación

inmediata de inclinar su cabeza y acercar los labios para rozar el cuello elegante y joven que se prolongaba hasta la nuca. Para ella, el español era un hombre hermoso y lleno de elegancia, dulce, afable y siempre sonriente, con una larga mirada que al detenerse daba la impresión de decir “déjate amar, que yo soy maestro en el arte del amor”. Al terminar el baile, ella se despidió cortésmente. Salvador le ofreció tomar el té al día siguiente como pretexto para estar otra vez junto a ella. Conocer a Amrita le causó un efecto turbador. Su imaginación se enredaba en los denuestos de cómo seguir cortejándola.

Inglaterra tenía el poder supremo y a sus ojos representaba la fuente de la civilización moderna. Por aquel entonces, en esa mezquina sociedad aún regía una estricta moralidad victoriana acusadora de táticos crímenes estigmatizadores. Las celebridades de alta alcurnia de Shimla, a pesar de sus veleidosas fiestas nocturnas de máscaras y tramoya erótica, tenían un miedo cerval al escándalo público. La moral catoniana impuesta por los colonizadores veía con azoramiento la publicidad de los asuntos amorosos y sexuales cuando sucedían entre individuos de religiones, razas o clases diferentes. Aun así, Amrita se dejaba llevar por hombres de una personalidad fuera de lo corriente y situados en los márgenes de la sociedad, con acrimonia a la hora de aceptar convencionalismos y con inquebrantable oposición a las normas hipócritas imperantes en la época.

Aquella noche, Salvador apenas había dormido. No podía apartar sus pensamientos de la juvenil, cautivadora y alegre Amrita. Encontró en ella los atributos más fascinantes que jamás hayan perdido y arrastrado a un hombre a la esclavitud más desesperada. Su diario de viajes contenía muchas páginas dedicadas a Amrita: “Anteayer vino a cenar conmigo. Fuimos de nuevo a una fiesta y bailamos elegantemente ante los invitados. Mucha gente se giraba para mirar a Amrita con admiración. Intento ser liberal y respeto su independencia, pero a veces no esconde sus relaciones con otros y me resquemán los celos y la posesión. Creo que ella tiene consciencia de esto.

El otro día fui a su casa y la encontré leyendo cartas de amor remitidas por amantes desde el extranjero o quizá desde aquí mismo. No tuvo la menor vergüenza en dejarlas al alcance de mi vista, sobre la mesa. Desde luego, sus pullazos hacen que me sienta como un novillo en una plaza de toros. Sé que no la tendré mucho tiempo. En un paseo por el bosque de detrás de su casa, me confesó que el dueño del mejor hotel de Shimla la quiso cortejar:

—¿Sabes que esta mañana ha venido a verme el señor Warden? Cuando volví de la cocina se me tiró a la cintura. ¿Y sabes qué me dijo?

—No —contesté algo molesto.

—Dijo que quería chuparme los dedos de los pies.

Amrita empezó a reírse a carcajadas. No pude contenerme, la agarré de los brazos y la besé en sus gruesos labios. Ella era consciente de la relevancia de su provocación. No se resistía, me di cuenta de su voluntad de saber los límites de mi atrevimiento, al aire libre, con la inquietud de poder ser vistos impunemente. Ya no pude contenerme y rompí su blusa, la empujé a un lado del sendero y allí sofocamos nuestro ardor, de pie, entre fuertes jadeos y sin importarnos que alguien se pudiese percatar de nuestra presencia.

Allá, en el bosque, recuerdo la sensación de que ese mundo compartido y circundante estuviera en celo y Amrita y yo formáramos parte de las nupcias de aquella tierra ancestral. No sé si se trataba de un país de hadas, pero desde luego yo sí estaba en uno. Había caído cautivo y esclavo. Ella era una sílfide, un hada. Bueno, no sé lo que era. A día de hoy, la sonrisa me aflora al recordar aquella época, entremezclada con alguna lágrima dulcemente vertida”.

Con la excusa de permanecer más tiempo en la India, Salvador decidió mandar un telegrama a

su familia con el argumento de que tenía entre manos una serie de artículos y entrevistas sobre el entramado político indio ya que la colonia, argüía, estaba en plena efervescencia, y debido al bochorno sofocante de la ciudad se había refugiado unos días en la estación de verano de Shimla para poder escribir con mayor tranquilidad. En verdad, estaba tan embelesado con Amrita que la política le parecía una idiotez insufrible y la colonia inglesa le causaba la misma ternura o inspiración poética que una lechuga.

Consciente de la brevedad de su estancia y tras su creciente dependencia física de Amrita, se volvió hostil hacia todo lo que Inglaterra representaba, quizá llevado por un sentimiento de celos, puesto que presentía el fin de su relación en aquel rincón colonial del subcontinente asiático: “Un día le dije a Amrita: ‘Voy a dejar huella en ti y me vas a recordar más que al resto de tus amantes’. Ella estalló de risa, con incredulidad. Sabía que yo solo estaba de paso, que nuestra relación pronto tocaría a su fin. Mi matrimonio y mis hijos eran garantía para ella del carácter efímero de nuestro amor. Además, intuía la llegada del día de mi partida de Shimla por motivos más o menos profesionales y mi separación de ella.

Una tarde, sobre las 19:00 horas, como era habitual, me duché, inundé mi pelo de brillantina y me peiné con tan sumo cuidado y esmero como un torero con cierto respeto al largo mechón que corona su occipucio. Me puse el traje gris, la corbata azul y esa camisa radiante que tanto le agradaba a Amrita.

Ella llegó a mi casa una hora más tarde, ataviada con elegancia por un sari verde de bordes dorados y bermejos. Empezó a hablar de sus amantes y de su influencia en las obras de su etapa parisina. Mientras hablaba, se quitó las joyas, se soltó el pelo y entretejió su parlería con la naturalidad que mostraría en su propio bungalow. Caminaba por el salón al tiempo que se desprendía de la tela alargada de su sari y al llegar a la chimenea se quitó la blusa y la ropa interior. En silencio, se tumbó desnuda en el suelo, frente al contumaz fuego, con la naturalidad de una bestia salvaje.

—*Pourquoi triste?* —pregunté mientras hurgaba el fuego de la chimenea con el atizador y contemplaba las brasas—. Porque estás cansada de mí, ¿no es eso?

Pero no me contestó. Siguió callada. Entonces, alzó los brazos y compulsivamente acudí a su encuentro. Me sumergí al instante en un abismo de pasión”.

Salvador se encontraba cegado como un torero español por el orgullo de su fuerza, de su destreza y por las ansias de gloria. Se imaginaba en una plaza irguiéndose al andar con su chaquetilla deslumbrante, de enormes realces, pesada como una armadura medieval, de puntillas, como queriendo ser más alto, moviéndose con una arrogancia de conquistador. Miraba al público con aire triunfal, como si nadie más existiese, ni el temible toro bravo, ¡porque todo era suyo! Se sentía capaz de matar a todos los toros que existiesen en todas las dehesas del sur de España. Todos los aplausos eran para él, estaba seguro de ello, sin duda. Se encontraba en otro mundo, un mundo de leyenda: “Me encuentro como si estuviese en una de esas praderas que se ven en los tapices”, pensaba mientras degustaba un cigarrillo al lado del cuerpo desnudo y dormido de Amrita.

Se imaginaba una escena de libros de caballerías: él, el paladín con la lanza al hombro, y ella la amazona, viajando juntos, enamorados y en busca de aventuras y peligros. “Defendiendo Constantinopla... ¡Pero qué digo yo! Ganando torneos, batallas con monstruos, ordalías, duelos, pueblos paganos, gigantes de un ojo... ¡Ah! Pero tú no entiendes de esto, bestia de mi alma. ¿Verdad que no me comprendes?”.

En la vida de Salvador hubo un antes y un después de conocer a Amrita. Allí, en la India, sus hábitos le recordaban a sus años de soltería, previos a la promesa de amor a su esposa ante el altar de himeneo. Quiso rejuvenecer nuevamente con el presentimiento melancólico de que la belleza de la mocedad desaparece paulatina e imprevistamente. Antes, su existencia le parecía insustancial, su vida matrimonial se había vuelto hastiada con el paso de los años. Sus frecuentes viajes al extranjero solo constituían una huida al mismo tiempo que le ilusionaba encontrar algo de interés que diese razón de ser al hilo de su vida. Una de las cosas que más le cautivó de su relación con Amrita, en la que estaba involucrado hasta los huesos, era la asistencia al proceso de creación de una de sus obras.

“Tenía su estudio junto a su casa, muy bien ordenado. Recuerdo que, aun con el hábito de mi presencia, no dejó de trabajar cerca de tres horas largas con una concentración animal y un solemne silencio. Sentado, bebía yo el incandescente té, azucarado y fuerte, servido por su llamativo criado, portador del pueril nombre de Bibhu, hombre silencioso en sus movimientos y ágil de manos, imponente y ceremonioso, como si estuviera habituado a los hechos más extraordinarios y no pudiera asombrarle nada de su señora. Sus ojos inquietantes, pequeños y triangulares en aquella cara de apariencia bondadosa, me recordaban a los de un rechoncho sacristán de pueblo, pero con la característica de que este indio tenía unas pupilas malignas que le daban un cierto carácter sombrío, además de tener un dedo de la mano amputado. Nunca pareció reparar en mi presencia, limitándose tan solo a hacer su cometido, pero con una solemnidad sensacional.

Estuve bebiendo té y más té con especias hasta que debió de destruir todo mi sistema nervioso (si es que conservaba alguno por aquel entonces). Era una experiencia fascinadora verla trabajar, otear la manera en que imprimía colores al lienzo, las instrucciones que daba a sus modelos: determinante, pero afectuosa. Recuerdo que en una ocasión iba a pintar a una señora con su hijo y cuando Amrita le dijo que desnudase al niño, esta se horrorizó e intentó poner pies en polvorosa. Amrita, sin un signo de disconformidad o crispación, ¡qué palabras tan bellas le dijo a la madre! ¡Cómo la convenció! Tal escena me hizo recordar la cita del Evangelio *qui se humiliat exaltabitur* —quien se muestre humilde, será exaltado—. Yo no entendía el idioma hindi, tan solo algunas palabras de cabecera para defenderme, pero su modo de expresarse, la sencillez, el ademán con que la cogió de la mano, la pronunciación de las palabras, a mí me parecieron extraordinarios y acabaron por convencer a la aldeana, y su hijo acabó posando junto a ella resuelta y cómodamente. De pie frente a su caballete me parecía tan bella... Su dulce rostro y su coronilla cubierta por un pañuelo me recordaron a la Virgen María en la *Pietà*, cuando sostiene en sus rodillas a su hijo descendido de la cruz. Leí en un libro que la crítica de aquel entonces reprochó al artista italiano que hubiera representado a la madre casi tan joven como al hijo, pero Miguel Ángel argumentó que María era virgen y la castidad del alma mantiene la frescura del cuerpo. Dios, para mostrar la pureza de la madre de Cristo, tuvo que conservar por mucho tiempo la hermosura de su nubilidad y el vigor de su belleza. En aquel momento, en el estudio de Amrita, deseaba que el tiempo se petrificase como aquella estatua, que se paralizase, que los segundos, minutos, horas, meses y años se detuviesen, que nos

conserváramos tal como éramos sin envejecer, que Dios me concediese un mayor plazo en la vida para gozar de aquella lozana joven tan sensualmente hechizante”.

Salvador supo que la discordia entre los padres de Amrita era la causa de su carácter errático. Ella padecía un conflicto interno que intentaba expresar en sus pinturas bajo distintos ropajes. Mientras que los colores y sonidos de la India estimulaban su sensibilidad, la pobreza reinante despertaba en ella una profunda compasión fraternal. Su éxito en la pintura radicaba fundamentalmente en la consecución de algo antisentimental y antipictórico, que fue más lejos de la mera representación estética de la pobreza. Su propósito no era alcanzar la popularidad, sino conseguir el reflejo de la dignidad de los menesterosos curada de todo sentimentalismo melodramático.

La situación social de la India bajo el yugo británico era un asunto que les atañía a ambos con especial interés. Desde la terraza del bungalow, mientras contemplaban el atardecer acomodados en sillones de bambú, conversaban hasta bien entrada la madrugada, animados por el *whisky* escocés porque, como decía Salvador: “En este triste país colonizado donde no hay vides, se sustituye el vino con líquidos que abrasan la garganta y que jamás han sido bendecidos”.

—Un escritor español ha publicado un ensayo sobre el autor de *Don Quijote*. Según él, unas palabras de Cicerón han gravitado sobre toda la vida de Cervantes: *Nisi sapiens, liber est nemo*. Es decir, aparte del sabio, nadie es libre. ¿Quién es sabio? El que es práctico en la vida. La sentencia quiere decir que los prudentes, los acuchillados por la adversidad, son libres.

—Efectivamente, sabio es quien sabe vivir con ecuanimidad. Más aún, yo diría que sabio es aquel que ignora o desprecia las cosas que la mayoría persigue —expuso apasionadamente Amrita—. Me refiero a ese campesino que labra su tierra y que habla con palabras calmas, heredero de una experiencia milenaria. En suma, si los ingleses aprendiesen a razonar en la India, reducirían bruscamente sus dogmatismos. Ahí radica el poder escéptico de la sabiduría congénita de esos campesinos indios que los británicos desconocen. Su filosofía vital, el conocimiento que ha circulado de boca en boca durante generaciones mediante mitologías, leyendas... Ellos, los analfabetos, hacen inteligible la cultura de la India, ese inabarcable legado.

—Muy bien. ¡Exacto! Y seguramente ellos ni siquiera han oído hablar de Platón, Montaigne, Kierkegaard o Spinoza —dijo Salvador mientras encendía un cigarrillo a la vez que sentía el entusiasmo por el modo en que la conversación derivaba con tanto interés como deleite—. Básicamente lo que viene a decir Gandhi, y aprendí en su *ashram*, es que el campesino no debe ser solo un trabajador al servicio de los británicos y arar la tierra para que ellos hagan uso de sus frutos o los exporten a la metrópoli, como sucede, por ejemplo, con el té y las especias, sino alguien capaz de plantearse su sentido, un aventurero de la libertad.

—De hecho, una virtud reseñable de estas personas humildes es su capacidad de cuestionarse lo obvio, lo que la gente común da por descontado, de preguntarse no solo '¿por qué?' sino '¿estás seguro?'. O su variante, '¿y si no...?'. Ellos son los sabios porque entienden para qué quieren saber lo que saben y para qué saben hacer lo que hacen... Cuando entablas conversación con ellos, en el campo o en sus parvas viviendas, te das cuenta de su capacidad para hacerse preguntas sin respuestas sencillas, de razonar y analizar conceptos complejos, como los de libertad y justicia.

—No, vamos a ver, yo lo veo así. Son sabios sin la necesidad de haber leído un libro, pero

sabios cansados del trato recibido. Ellos viven en una burbuja, saben para qué trabajan, para producir para los ingleses. Y ya está. Esa pericia en la interpretación de los textos hindúes desde luego es enriquecedora, pero no los hace mejores personas, ya que todavía no son libres, incluso reciben persecución al reivindicar sus derechos. Deben utilizar esa sapiencia transmitida oralmente durante décadas en la toma de conciencia de su papel en esta colonia del Imperio británico. No te olvides que ellos son como aquel alfarero de quien habla Horacio, que pensaba ánforas y producía pucheros. “Hemos empezado a hacer un ánfora, la rueda gira, ¿por qué nos sale un cántaro?”. Porque por mucho que trabajen y produzcan, sus condiciones socioeconómicas van a ser las mismas, las de los oprimidos. Es decir, les faltan líderes locales que les arenguen para ingeniarse una auténtica revolución social, porque son un pueblo encerrado, pisoteado, sofocado. Lo que he aprendido de la lucha de Gandhi es la importancia que asigna a los seres que la administración británica y las clases superiores indias consideran insignificantes: a ese gañán explotado, a esos sujetos de casta ínfima o sin casta alguna... Ahí reside su grandeza, en dignificar a ese sabio, al paria, al intocable, al denostado por los anglosajones... Los gobernantes siempre parlotean sobre lo inútil y desdeñan lo esencial. El consuelo para los oprimidos no tiene lugar ni en los proyectos de los maharajás ampulosos al mando de sus provincias como autoproclamados soberanos y divinos, ni mucho menos es algo prioritario en la mente de los ingleses. ¿Sabías que el opio es tenido por arma de guerra y que la adicción que genera ha sido un método para debilitar a los resistentes frente a la expansión del Imperio británico? Los políticos de Gran Bretaña han estado al tanto de ello. Lo he denunciado en mis artículos. Recientemente publiqué uno en un periódico argentino que trataba de la principal razón del hambre en la India, la forma en que las compañías británicas masacraron por sistema la agricultura de subsistencia y también la industria tradicional, preferentemente la textil. Los indios fueron forzados a abandonar el cultivo de sus alimentos básicos, reemplazados por el laboreo de vegetales exportables a Inglaterra, el té y la adormidera. Esto produjo la gran hambruna del siglo pasado: casi treinta millones de indios muertos entre 1876 y 1898. Inglaterra implantó el cultivo masivo del opio, con especial intensidad en Bengala desde mediados del siglo XVIII. El llamado 'puerto libre' de Hong Kong en realidad fue construido como eje del tráfico consentido de drogas a Gran Bretaña y eso continúa siendo. Hace años, los británicos fundaron el *Shanghai Hong Kong Bank of Commerce*, más conocido por las siglas HSBC, con el objetivo de gestionar los succulentos beneficios del tráfico mundial de opio. La gloria del Imperio británico es debida, en parte nada desdeñable, al negocio criminal del narcotráfico, del que tienen el dudoso honor de ser sus primitivos beneficiarios. Como le he escuchado decir a Gandhi, en la India, al contrario de lo que comúnmente se piensa, no había hambre antes de la invasión británica.

Amrita, tras un silencio y atraída por el cordial hechizo del elocuente español, añadió:

—Entonces, y en resumidas cuentas, aquel sabio campesino es un hombre prudente, tolerante y bondadoso porque estima que la acción violenta no tiene para él un valor comparable al del pensamiento. Sin razonar la acción no es nada. Gandhi, como un *sadhu* en su cueva de las montañas, genera más energía y es más útil a la Humanidad con sus doctrinas que la más insigne fábrica de Mánchester.

—Te diré más: existe una similitud entre Cervantes y Gandhi. Si Cervantes no hubiera soportado el cautiverio de Argel, nunca hubiera escrito el Quijote; si Gandhi no hubiera sido encarcelado, el movimiento de la resistencia pacífica y de la no cooperación con el gobierno británico se hubiera desvanecido. En ambos casos, las ideas fermentaron en la malandanza de

una prisión “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde triste ruido hace su habitación”.

El español había bebido ya mucho y Amrita mostraba hacia él gestos de comprensión y afectuosidad a la vez que de indulgencia. Realmente, Salvador se encontraba si no beodo, sí en ese estado fronterizo entre la lucidez y la ebriedad.

—La vida se acaba paso a paso, todo se termina en el mundo —continuó argumentando Salvador—. Todo tiene su aumento y su merma, las minucias al igual que los grandes imperios. Como dijo Tito Livio: *Quod difficillimum videtur, eo ipso facillimum sepe est*. Es decir, 'Lo que parece más difícil, es por ello mismo muchas veces lo más fácil'. En suma, el Imperio británico tiene los días contados por los actos de un hombre minúsculo que abandonó su casa y partió en busca de aventuras...

—Entonces, brindemos por eso, *L'Chaim!* ¡Por la vida! —sentenció Amrita mientras alzaba su bebida.

Al dejar el vaso sobre la mesita, desabrochó su blusa e insinuó en la penumbra sus curvados pechos. Los ojos de Salvador se animaron con un fuego sublime. Se había esfumado el intelectual locuaz para dar paso al amante tempestuoso en pleno esplendor de su genio. Amrita, con las mejillas arreboladas, lo cogió de la mano y este, churruscado por el lacerante ardor, se dejó conducir al salón.

—Si fuese escultor, esculpiría la Venus en su más casta desnudez —susurró Salvador mientras la besaba de pie ante la chimenea y descubría gradualmente el cuerpo que le había causado tanta exaltación—. Con su cuello exquisito..., pechos duros como el mármol..., caderas trazadas con tiralíneas... Crearía una obra de arte divina, la Venus de Médicis tendría su igual. Sería incluso más bella que la misma Afrodita desnuda que surge de la espuma del mar.

—¡Miradme pues, maestro! —exclamó Amrita con una ruborosa sonrisa al tiempo que se deslizaba desnuda sobre el sofá en postura idéntica a la de la Venus de Tiziano.

Salvador, cual don Quijote redivivo, con meditada decisión de ir a galope tendido hacia los molinos de viento, comenzó a desprenderse frenéticamente de su armadura. Fuera, las estrellas refulgían en la noche callada. La primavera llegaba. Al día siguiente, las ramas de los árboles empezarían a vestirse, engalanándose de verde.

La industria cinematográfica británica mantenía por entonces una estrecha colaboración con la de Hollywood, con un constante intercambio de directores, guionistas y actores. En los años treinta, las figuras más importantes fueron, entre otros, Alfred Hitchcock, quien en su etapa inglesa realizó *Treinta y nueve escalones* (1935), y el director y productor de origen húngaro Alexander Korda, que pocos años después efectuó la versión cinemática de *El libro de la selva*, de Kipling, dirigida por su hermano Zoltan y con el atlético actor indio Sabu Dastagir como protagonista. También magiar de origen era Peter Johann Weissmüller, más famoso como Johnny Weissmüller, que encarnó a Tarzán en la versión de 1932, y que Amrita vio en Budapest durante el tratamiento de la sífilis. Aunque los hermanos Lumière visitaron por primera vez la India en 1896, y se discute si la primera película india fue *Pundalik*, del pionero realizador Dadashaheb Torne, en 1912, no fue hasta 1913 cuando se produjo y editó la primera película autóctona digna de mención, titulada *Harishandra* y rodada a las órdenes de Dadashaheb Phalke sobre un tema mitológico, materia central del cine indio. Algo más tarde, el cine sonoro tomó carta de naturaleza entre los indios con el filme *Alam Ara*, de 1931.

En aquellos años treinta, el número de películas producidas superaba ya el centenar al año. Los temas discurrían desde la mitología a las tradicionales historias de amor, siempre ribeteadas de bailes y cantos. Aun así, la industria estaba controlada por la censura británica que, por ejemplo, no reparó en prohibir *Ira* en 1930, del cineasta R. S. D. Choudhury, por su figuración de actores indios como líderes locales, con la argumentación de que desafiaba a la autoridad indirectamente con motivos nacionalistas indios. Los estudios de cine pronto empezaron a surgir en las grandes metrópolis de Madrás, Calcuta y Bombay. Ya en 1935, el cine era un oficio establecido en la India y Amrita disfrutaba de él. No era extraño verla en estrenos o pasando la tarde en alguna sala de proyección.

“Una vez fuimos a una sala, ponían una película india muda. No me acuerdo de qué trataba, pero sí que era un dramón en blanco y negro capaz de hacer llorar hasta a las piedras. Nos tuvimos que salir antes del final, ya que Amrita no dejaba de cacarear en la platea. Recuerdo sus críticas a la trama desde el inicio. Era contraria a ese tipo de dramas con aquellos tristes argumentos de karmas, mitologías, etcétera. Ella deseaba que un día los productores pudiesen reflejar en sus cintas la verdadera belleza de los campos de la India y de sus habitantes sin artificios.

Me decía que quería reflejar la vida de los indios mediante la pintura, particularmente la de los pobres; que se sentía especialmente atraída por la mirada de los aldeanos, de los pobladores rurales y de los más descastados. Para ella, la pérdida de la libertad equivalía a una pulmonía, a la rotura de un miembro o incluso a un ataque cerebral. Encontraba una belleza subrepticia en la corrupción de esa gente.

Yo comprendía sus sentimientos. Amrita odiaba el sentimentalismo de saldo hacia los necesitados y quería evitar, según me repitió varias veces, hacer una propaganda lóbrega de la India a través de composiciones de carácter meramente popular para complacer sin trabas al público.

Su punto de vista era transgresor, a contracorriente. Esta era una de las razones por las que

Amrita causaba tal atracción en la gente, porque desprendía dinamismo y dejaba entrever su seguridad en sí misma. Recuerdo que sus temas eran, sobre todo, aldeanos o granjeros que araban el terreno o llevaban de retorno a sus bestias de carga. Más que cosas bonitas, pintaba un híbrido entre lo bello y lo moribundo, algo que se marchita y descompone. Al menos en las pinturas y esbozos que yo pude ver personalmente, ya que otras, muchas vistas posteriormente en reproducciones, no las conocí en la India.

Tan solo una vez la vi melancólica. Las más de las veces era obscena; en otras, podía ser tremendamente vulgar, incluso sádica, pero casi siempre era la Amrita radiante, jovial, positiva y vivaz que conservo en mis recuerdos. Del tiempo que pasé a su lado, pese a nuestra intimidad, nunca acabé por conocerla del todo. Le gustaba el filete medio hecho, el *curry* muy picante... Eso era: ¡puro fuego! Aun siendo una lectora selecta, muy cultivada, consideraba que el mejor libro era la vida. Sus escritores favoritos eran Thomas Mann, Aldous Huxley, Virginia Wolf, Bernard Shaw, Stefan Zweig, Sinclair Lewis y, por encima de todos, Dostoievski. Pero no llegué a conocer a Amrita Sher-Gil como a una persona normal con la que, después de pasar mucho tiempo, eres capaz de anticipar sus acciones o pensamientos. Con Amrita era distinto, un completo misterio. A veces el trato personal destilaba una soberbia semejante al ímpetu con que Alonso Quijano emprendía la demanda del yelmo de Mambrino o la liberación de los galeotes. La comparaba con Greta Garbo o Marlene Dietrich, rebosante de un misticismo romántico que enloquecía a los hombres. Nunca me pareció tan enigmática como al oír sus carcajadas cuando escuchaba de mí estas ocurrencias sobre ella. Repetía a menudo una frase que me gustaba sobremanera: 'El que teme la soledad no comprenderá jamás el misterio de la vida'.

En Shimla consiguió un cierto aire de notoriedad, no solo debido a su temperamento, sus saris, las hablillas y su producción pictórica —que era cada vez más admirada—, sino por su modo tan curioso de desplazarse. Tenía unos sirvientes muy fieles que guardaban con sumo secreto lo que acaecía en su casa, las entradas y salidas. Una vez le pregunté a Bibhu, acicaladísimo y fibroso como un forzado circense, que quién había visitado a Amrita últimamente y me respondió con el silencio y con una honda, pertinaz y granítica mirada desafiadora. Su carro, conducido por este curioso personaje de ojos achinados, era una calesa amarilla, tan llamativa que todos los ciudadanos de Shimla la reconocían cuando Amrita se desplazaba para ir a comprar al mercado. Su diseño estaba muy *à la page*, no había otro carro de tiro decorado así en toda la India.

Invoco con placer las noches que pasábamos sentados en el balcón de su casa, o más frecuentemente frente a su hermosa chimenea, escuchando el chisporroteo del fuego que ardía lentamente, en ese momento suave y calmado tras su primera intensidad en la que había calentado el aire y solo ardía con menor ímpetu para que se le observase en silencio. Lo acompañábamos con conversaciones sobre arte, política o cualquier tópico mundano, los dos juntos, arropados por una manta mientras las sombras y espíritus mitológicos hindúes se congregaban ante las ventanas, escudriñándonos oscuramente en silencio...”.

Siglo tras siglo de abrazos carnales y, sin embargo, el hombre no está más cerca de sus semejantes.

Durante su estancia en la India, Salvador Pérez Mombrú aprendió lo importante que es el afán de conocer gente y que con los nacionalismos imperantes, los políticos y monarcas habían mostrado mucha alharaca estúpida que solo tuvo el resultado de dividir a las personas según sus creencias y origen geográfico.

Volvió a la convulsa España de mediados de los años treinta, pues no pudo aguantar más tiempo en la India ya que tanto su familia como los diarios de noticias que lo contrataban habían requerido su presencia.

Esta resolución salvó su inestable relación con Amrita. Por una parte, sintió un alivio, en tanto que no sabía cómo darle fin. Por otra, deseaba ser el mismo hombre familiar y recuperar el sosiego interior conseguido antes de su encuentro con la artista. Quería apagar el fuego de la pasión que le consumía por dentro y no le dejaba continuar viviendo. Se sentía orgánicamente unido a ella y no le resultó nada fácil la despedida: “Pienso que la civilización es algo más que la fuerza, que la política y que las estadísticas... ¡y que acaso la cultura! La vida consiste en escuchar y comprender... He decidido marcharme porque encuentro aquí una agresividad, un furor, una frivolidad y una deshonestidad que me zahieren en lo más hondo. Poco a poco, en mí se ha formado un estado de ánimo que no logro equilibrar ni tampoco neutralizar. ¿Por qué existe esta brusquedad en la atmósfera? He decidido marcharme con profunda aprensión. Siento hacerlo, pero... ¡me alegro! Si no me alegrara no me iría, pero al mismo tiempo me duele la aflicción que me invade en estos días de *spleen*.”

La inseguridad y el desorden me entristecen mortalmente. Quizá sea una cuestión de renuncia, de abnegación y de voluntad. ¿No podrá sucederme esto mismo en otros lugares, en cualquier parte del globo? Lo dudo, probaré, pero por ahora tengo que cambiar este paisaje espiritual por otro más sereno y verosímil”.

La despedida fue una mañana a la suave brisa de la aurora. El cielo carecía de brío, un pálido sol aclaraba su basamento dibujando siluetas entre sus pliegues y anunciando la entrada de aquella liviana frescura. Salvador se había levantado muy temprano. Se sentía anonadado. La inquietud que le aguardaba desvaneció por completo su somnolencia. Anduvo inquieto por el salón de su bungalow encendiendo otro cigarrillo con los restos del que acababa de consumir. Vagaba por la habitación con paso nervioso. Se detenía para contemplar lugares que le rememoraban apasionados momentos con Amrita y después se dejaba caer en el sillón, como si le acometiese una repentina flojedad la decisión de su partida. Varias veces miró el reloj... ¡con qué rapidez pasaba el tiempo!

Al andén llegaba un revoltijo de olores de humedad y tabaco. Había tipos con turbante y sin él, y otros se limpiaban los dientes con ramitas de árbol. Llegó en tropel un voraginoso grupo que ocupó los vagones de tercera clase; parecían devotos peregrinos de camino a algún santuario del interior. Pronto, uno de ellos empezó a alborotar escupiéndole su tabaco rojizo desde la ventanilla y otro, con la cintura abombada hacia fuera, comenzó a enjuagarse la boca

con vehemencia.

Salvador estaba triste; Amrita también, un poco. Los dos, en la estación, callaban, no sabían qué decirse en aquel evento tan enjundioso: se separarían para siempre.

“Amrita llegó a la estación temprano, justo al despuntar el alba, con su peculiar carruaje espoleado por Bibhu. Era una hora inusitada para verla despierta. Paseamos a lo largo del andén a la espera de la salida del tren estacionado. Mi voz se consumía junto a una punzada de dolor y lágrimas embalsadas. Parecía que abandonaba no únicamente a alguien querido, sino a parte de mi ser. Quise besarla, estrecharla, llevármela conmigo como un adolescente enamorado. Sabía que nunca más nos volveríamos a ver y que con mi adiós se ponía punto final a nuestro *affaire*.

Un nuevo capítulo iba a empezar en nuestras vidas, al menos en la mía, dado que Amrita tendría muchos más pretendientes, indudablemente. Le sonreí y le dije algo así como:

—Espero haberte dejado una huella indeleble que me distinga de tus queridos amantes.

Recuerdo que ella reclinó su cabecita sobre mi pecho y me contestó:

—Hemos pasados unos bellos momentos. No te olvidaré.

Al tiempo que pronunció sus palabras, sonó un campanilleo largo, persistente y apremiante, seguido del silbato del tren que inició su movimiento con un parsimonioso traqueteo.

—¡Sube! No cometas una estupidez, vete de aquí —me dijo mientras yo seguía de pie en el andén, agarrado a sus brazos.

La obedecí como si atendiera el mandato de una divinidad hindú a su fervoroso creyente. Mientras el tren se despedía con lentitud de la estación, ella seguía caminando por aquel andén sucio y yo la miraba por la escotilla con ojos sollozantes. Al final fue más poderosa la zozobra que atenazaba mi corazón: repentinamente brotó en mis ojos un caudal incontenible de lágrimas que rodaron por mis mejillas empapándolas.

Aún puedo rememorar que, de improviso, se detuvo con una mueca compasiva hacia mí como diciendo 'Qué niño eres, lloras por una mujer con sari, morena e insignificante en este mundo'.

En aquel instante, mientras avizoraba por última vez aquel paisaje, me vino a la mente una famosa copla de moda que rezaba algo así:

Hasta los suspiros míos
son más dichosos que yo.
Ellos se quedan y yo me voy,
ellos se quedan y yo no.

A veces pensaba que hubiera preferido más firmeza en mi esposa a la hora de apoyarme, que fuese mi consejera, que hubiese sido capaz de llenar la oquedad que parecía oculta en algún lugar de mi conciencia, que me perfeccionase como marido, como hombre... En aquel largo trayecto ferroviario hasta el puerto de Bombay, y luego naval hasta el Viejo Continente, meditaba sobre este enredo acunado por los recuerdos de Amrita. ¿Ha sido verdad todo lo que he experimentado? Sentía como si hubiese sido desvelado de un sueño y llegué a la conclusión de que esa clase de felicidad era imposible de alcanzar en esta vida, porque no existía.

Sabía que nunca más volvería a verla. Me acordé de un incidente durante mi infancia: mi padre conocía a un ganadero sevillano y gracias a él, durante las fiestas de Valencia, pudimos ver una corrida de toros desde un lugar privilegiado en la plaza. Era un circo de ladrillo rojo,

con ventanales arábigos, en cuyas inmediaciones vivían individuos astrosos, parásitos, vagabundos que dormían de limosna en las cuadras, sustentándose con la caridad de los aficionados y las sobras de los que comían en las tabernas inmediatas. Este señor opinaba que los que vociferaban contra este arte en nombre de la protección de animales eran unos ignorantes porque solo distinguían a los animales por los cuernos y consideraban lo mismo a un buey de matadero que a un toro de lidia. Aquel día aprendí que el torero estaba destinado a morir en la plaza de una cornada y este era el motivo por el cual veía a mi alrededor que le aplaudían con entusiasmo homicida. Aquella persona no tenía más guía que la temeridad; valor y audacia eran lo necesario para vencer. Aquellos tremendos cuernos que podían dar la muerte con solo un leve movimiento no le daban miedo. Como a Amrita en la India, la gente admiraba al torero en la plaza por lo mismo, porque tenían su desgracia como cierta.

Años más tarde leí que falleció misteriosamente, cuando solo contaba veintisiete o veintiocho años. Me transmitieron el rumor de que fue su propia madre quien le quitó la vida con algún veneno tradicional. No me sorprendió que el inconstante vivir y humor sanguíneo de Amrita la hubiesen empujado a ese fin en medio de aquel imperante cinismo civil porque, como a ella, aquel público que se enardecía con infame entusiasmo ante la ceguera con que desafiaba el torero a la muerte y le azuzaban con la bestialidad de los que presencian el peligro en lugar seguro, a aquel héroe español le creían un suicida con suerte, murmurando: 'Mientras dure...'

Salvador escribió numerosos artículos sobre los acontecimientos políticos de la India, desconocidos hasta entonces por los lectores españoles. Sus reportajes eran más bien sociológicos por la lucidez retrospectiva de sus escritos. Se impuso la tarea de ser portavoz de los indios oprimidos por la anacrónica colonia. Sus artículos brillaron con luz propia tanto en territorio ibérico como en Latinoamérica, donde fueron reproducidos y elogiados con ardor.

El desconocimiento hispano sobre aquel movimiento emancipador se debía a la crisis política en la que España estuvo inmersa desde la Primera Guerra Mundial hasta los albores de la Guerra Civil, y también a causa de los tentáculos de la propaganda británica. La publicación de esas columnas, en las que tomaba sin tapujos una postura simpatizante hacia el Partido del Congreso, le valió la negación del permiso para volver a entrar en la India, incluso se atentó infructuosamente contra su vida.

Salvador hizo lo que estuvo en su mano para extender las ideas de Gandhi, de quien fue admirador incondicional. Conjeturaba que la finalidad de los ferrocarriles era solo la de apropiarse por la fuerza de las riquezas naturales y tesoros artísticos de la India. "Los ingleses que van de prisa, sabiendo que la línea recta es la más corta, atropellan cuanto encuentran; siguen su camino, no avisan a nadie y dejan caer a cuantos hallan por delante".

Describía la violencia con que los británicos implantaban sus colonias y sus procedimientos inquisitoriales con el ejemplo del *sport* llamado 'la caza humana'. Casi todos sus escritos daban una imagen tremebunda de la India colonial, pero siempre quiso exponer la racionalidad del nacionalismo indio en contraste con el imperialismo inglés. Narraba los acontecimientos que la todopoderosa censura británica intentaba esconder a toda costa y así presentaba a sus lectores la imagen de una India que definía como el país esclavo que está redimiéndose.

En 1937, Amrita escribió para la revista *The Indian Ladies' Magazine*: “Se operó un cambio en mi pintura desde que puse los pies en la India. Me di cuenta entonces de mi misión artística: interpretar la vida de los indios y particularmente la de los pobres; pintar esas solitarias imágenes de infinita sumisión y paciencia; representar sus cuerpos angulares extrañamente bellos en su fealdad; reproducir en el lienzo la impresión de tristeza que me ha impactado; interpretar esos cuerpos más allá de un nivel emocional barato y sencillo mediante una nueva técnica, mi propia técnica; ser estéticamente sensible para ser percibida por el espectador perspicaz y, por último, poder conllevar y trascender esas sensaciones al espectador”.

Amrita se mantuvo ocupada pintando durante todo el día. Trabajaba entusiasmada. El recuerdo de Salvador sentado en su estudio le hacía sentir más inspirada y ágil. Para trabajar, para crear, necesitaba un apoyo íntimo y espiritual. Tenía que existir en ella una realidad interior para sentirse viva. No le importaba que los demás estuviesen o no conformes con ella, opinasen lo que quisiesen o viesen o no aquella realidad que la hacía vivir. Amrita se sentía apoyada en sus convicciones, en su realidad innegable, y en virtud de ella vivía, producía, trabajaba, seguía la sucesión del tiempo, aquel que Salvador tanto deseaba que se detuviera.

En aquellos días, su propósito era hacer un *tour* por la India, especialmente por el sur, participando en exposiciones y, al mismo tiempo, con la intención de vender alguno de sus cuadros. Su mano febril mezclaba color sobre color en su paleta. Poseía a fondo la ciencia y la magia de los contrastes, ya fuese en una nariz, una boca, unas piernas, un cuerpo desnudo o animado; en todo quería infundir luz y vida, energía y vigor.

Por las mañanas pintaba a un niño, después de comer tenía como modelo a una joven, por la tarde pintaba el retrato de un anciano y antes de anochecer se dedicaba a pintar y retocar paisajes. Sentía una especial repulsión por las grandes ciudades. En su opinión, eran una desgracia para la cultura tanto oriental como occidental. Sin embargo, fue en Bombay donde comenzó a apreciarse muy seriamente el trabajo artístico de Amrita a este respecto. Los edificios, árboles y avenidas parecían moldeados con la misma pasta marrón. Allí los ingleses terminaron de construir algo más de una década anterior, en 1924, un Arco del Triunfo para conmemorar la primera visita de los soberanos británicos al subcontinente.

Fue en el año 1911 cuando el rey Jorge V y la reina María pusieron un pie en la colonia, celebrándose la coronación de ambos como emperadores de la India. En aquella ocasión, además, se anunció el traslado de la capital india de Calcuta a una nueva ciudad que sería construida al sur de Delhi y que se llamaría Nueva Delhi. Aquel Arco del Triunfo, monumento de basalto, símbolo de poder y majestuosidad del Imperio británico, fue bautizado como *Gateway of India*, es decir, Puerta de la India. Desde entonces fue lugar de llegada y bienvenida para los viajeros que arribaban a la ciudad por barco, pero sobre todo para recibir a virreyes y gobernantes. La ironía de la historia haría que este fuera el lugar elegido por los británicos, años más tarde, para decir *goodbye* a la India tras conseguir esta su independencia.

Durante la última oleada de calor previa al monzón, Amrita llegó a la ciudad para exhibir varias de sus obras en el salón principal del prestigioso hotel Taj Mahal Palace. Justo enfrente, el mar de la ciudad chocaba como caldo contra las rocas que hacían de pared. El dueño del

lujoso hotel era un empresario indio llamado Jamsetji Tata, de quien se dice que decidió construirlo en la región de Colaba de Bombay, al lado de la Puerta de la India, después de que se le negase la entrada a uno de los grandes hoteles de su tiempo, el Hotel Watson's, cuyos servicios eran exclusivos para blancos.

La exhibición de Amrita atrajo numerosos visitantes, artistas y críticos. Entre ellos estaba el experto en arte del periódico *Sunday Standard*, el señor Ravichandran. Era pequeño y delgado, de piel muy morena, algo apocado y meticuloso: "Entré al salón y me quedé estupefacto al ver las pinturas —recordaría el crítico de arte—. Nunca había visto nada de ese estilo. Pensé que, desde luego, llegaría a ser la artista más relevante que jamás había existido en la India. Yo iba tomando notas, como de costumbre, cuando de repente oí unos pasos que se acercaban a mí. Al girarme, vi una joven atractiva vestida con un sari que resaltaba mucho su figura: era Amrita.

Había oído hablar mucho de ella y visto su fotografía en periódicos y en alguna revista literaria donde habían publicado artículos suyos sobre arte, pero nunca la había visto en persona. Recuerdo que era de piel morena, pero no el color de piel típico indio. Dudé en un primer momento si era de verdad Amrita o una huésped extranjera del hotel con indumentaria india. Del sobresalto, se me cayó el cuaderno al suelo, que ella recogió amablemente al mismo tiempo que me dirigía sus primeras palabras: 'Mi nombre es Amrita, he observado desde el otro lado de la sala que usted ha estado tomando notas sobre mis obras'.

Me presenté. Al instante hubo química entre nosotros. ¡Ojalá hubiese sido más joven entonces! Cuando la conocí, yo tenía 53 años y ella creo que tenía 23 o 24... Pero por su forma de comunicarse parecía mucho mayor y madura. A pesar de su juventud, era una mujer muy dotada y culta. Además, me pareció que aun siendo tan joven, había vivido muchas experiencias amargas en la vida que la fortalecieron, dándole esa seguridad en sí misma tan dominante que tenía. Me acuerdo de que ese día en que nos conocimos hablamos durante muchísimo tiempo de temas tan diversos como la literatura, la religión y, sobre todo, la pintura, ¡cómo no! La verdad es que yo no tenía dudas de que aquella mujer, que tenía toda la vida por delante, llegaría a ser una de las mayores artistas del mundo. No solo era llamativo el modo de expresión en sus pinturas, sino que había algo enigmático y tremendamente hechizante en su persona.

La invité a mi estudio, ya que tenía especial interés en conocer mi colección privada de miniaturas. Entonces yo era el crítico de arte más popular de la India y el más respetado (ambas cualidades eran difíciles de reunir), y aun así, esta joven me trataba como si nos conociéramos íntimamente desde hacía años y con un respeto reverencial, como el de una hija hacia un padre. Siempre, siempre elegante y con una educación finísima. Por lo menos hacia mí, ya que de las habladurías que circulaban sobre ella y todas esas cosas que vertían sobre su carácter o actividades sexuales que pude oír de la gente años más tarde, ni experimenté ni fui testigo, la verdad.

Le hablé del sur de la India y me sorprendió que ella lo desconociese; de la rica cultura de Tamil y Malayalam, de los templos, de las obras esculpidas en roca y de las pinturas de Thanjavur. Ella escuchaba como si fuese una alumna aventajada de una clase de la universidad sentada en la primera fila, toda anonadada, llena de insaciable curiosidad y con afán por saber más, preguntado y preguntando. Tal fue su interés que le di un mapa. Días más tarde, me mandó una postal muy simpática desde el sur: era una reproducción de una mujer en pose de baile *bharatanatyam*. A pie de foto escribió: 'No pierdas el día en el que pudiste bailar'.

Ya no la volví a ver, pero mantuvimos una larga correspondencia. Me solía escribir a menudo comentándome libros que había leído o exposiciones en las que había participado.

Recuerdo que intentamos vernos cuando ella vino a Bombay para coger el barco con destino a Europa. Me había escrito para decirme que contraería matrimonio en Budapest con el doctor de medicina Víctor Egan, pero en aquella ocasión yo me encontraba trabajando en la catalogación de los documentos y libros de la biblioteca privada del maharajá de Hyderabad.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial estuve destinado en el Servicio Postal de Calcuta y allí fue donde recibí la noticia de su fallecimiento. Un amigo cercano a Amrita me mandó un telegrama diciéndome que había sido asesinada, pero luego supe que no había pruebas contra nadie, aun cuando su muerte estuvo envuelta en el misterio. Hasta el día de hoy no creo que nadie haya podido con seguridad certera confirmar cuál fue el motivo de su muerte”.

Durante los primeros días de la exposición, Amrita vendió uno de sus cuadros por la suma enorme de mil rupias. El comprador fue un millonario, hijo de un ministro, que se sintió encandilado por la obra; cuando vio el cuadro, se sentó durante media hora impasible frente a él, se fue y al día siguiente volvió y lo compró. El último día de la muestra, un maharajá acompañado de todo un séquito estrafalario le compró nada menos que tres obras expuestas. Ya podía emprender el viaje al sur que tanto había querido realizar sin preocupaciones económicas. Estaba contentísima.

A los pocos días de dejar Bombay, el periódico *Times of India* se hizo eco del premio al cuadro de Amrita *Grupo de tres chicas*, galardonado con la medalla de oro. Este premio, junto a la crítica elogiosa más envanecedora que había escrito hasta entonces Ravichandran, ayudó mucho a Amrita, no solo a lanzarla como una artista reconocida sino también dándose a conocer a un público más amplio.

Su primera parada fue el pueblo de Ajanta, célebre por sus grutas artificiales pintadas y esculpidas inicialmente para el culto budista a partir del siglo II a. C. Allí pudo apreciar los frescos y otras pinturas rupestres parietales. Por aquel entonces, las obras tenían un buen estado de conservación, pero luego fueron sistemáticamente muy degradadas, particularmente por culpa del turismo masivo.

Amrita lo encontró fascinante, el lugar del mundo más silencioso que jamás había visitado; nada le había impactado tanto desde su llegada a la India. Tras esa parada, visitó el pueblo de Ellora, conocido por su arquitectura rupestre, monasterios, templos budistas y sus cuevas excavadas en un precipicio de los montes.

El maharajá de una remota región del sur había visitado la exposición de Amrita durante su estancia en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay por motivos de negocios. Era ingenioso, jovial y gordo a más no poder, poco benévolo con los pobladores de su miniprovincia y nada filántropo. Viajaba acompañado por su séquito y su enjoyada esposa, pequeña, flaca y delicada, que había comprado tres cuadros de Amrita tras finalizar la muestra para colgarlos en su palacio. Al saber que la artista se encontraba de viaje por la zona, la invitaron a visitarles para que pudiese admirar la colección privada que poseía, formada por 43.000 objetos de arte y más de 50.000 libros en su biblioteca. El maharajá dio una fiesta en la que expuso, por todo su salón principal, sus más valiosas posesiones de arte, la mayoría costosas obras realizadas por pintores del país del amo que le daba de comer, el virrey, gracias al cual se sustentaba su poder en aquella pequeña región donde podía seguir haciendo acopio de sus caprichos extravagantes bajo la permisividad de los administradores de la colonia. Los invitados disfrutaban de sus bebidas y aperitivos mientras conversaban y admiraban las pinturas. El engreído maharajá, que no dejaba de recibir felicitaciones y admiración por su colección privada, se acercó a Amrita entusiasmado y, como muchos indios, sobrevaloraba la hospitalidad convirtiéndola en intimidad sin percatarse de que está corrompida por el sentimiento de posesión.

—¿Qué te parece, *querida hija mía*? —le preguntó coquetamente en espera de recibir un cumplido por parte de la joven artista.

—Pues... me hacen sentir enferma —contestó de sopetón.

Al oír esto, el maharajá, de carácter imperioso, altivo, inflexible, de vasta ambición, ávido de poder, despótico con su pueblo e implacable con cualquier impertinencia, se atragantó mientras le temblaba la copa esperando una explicación ante tan abrupta réplica. Reteniendo una cólera impetuosa que le hizo enrojecer sus abultados mofletes, experimentó la sensación que se padece cuando se pasa por un puente de tablas que se tambalea: desvarío.

—Perdón... —acertó a decir el maharajá—. No sé si la he entendido bien...

—¿Quién diablos es el tonto que va a comprar Leightons, Bougerans y Watts cuando puede adquirir en el mercado Cézannes, Van Goghs y Gauguins? —espetó Amrita lejos de mostrarse una joven tímida y apocada, sin importarle una reacción adversa.

Inmediatamente, el maharajá le dio la espalda y no volvió a dirigirle la palabra durante toda la noche. Los acérrimos aduladores del monarca le hicieron tal vacío durante la velada que Amrita entendió que, indirectamente, la invitaban a marcharse. Al día siguiente, recibió de vuelta en su hotel los tres cuadros que le había comprado la mujer del maharajá, sin pedir ni querer que ella le reembolsase el dinero.

Ya Ravichandran, el crítico de arte, había notado ese detalle en la personalidad de Amrita durante su exposición en Bombay: “Sus ventas hubiesen sido mucho más numerosas si ella hubiese tenido el debido cuidado; un poco de tacto aquí y allá con la gente... No era de ningún modo lo que se llama una persona diplomática, decía lo que pensaba sin importarle la reacción de su interlocutor, ya fuese una muestra de admiración o un desagrado, no pasaba por alto nada. Yo, al principio, me ruboricé y pensé que aquella joven me hablaba tan francamente porque aún no conocía la repercusión mediática que mis críticas podían adquirir. Pero estaba equivocado, aunque hubiese sido un monarca o aristócrata europeo me hubiese tratado de igual modo.

Amrita era extremadamente educada, pero esto no quitaba que de su boca saliese una sinceridad y honestidad tan punzantes que, inconscientemente, ignoraba que podía dañar el ego de la persona con la que estaba conversando. Lo noté en Bombay, cuando unos ingleses quisieron comprar una de sus obras para un museo británico. Ella, en vez de hacer todo lo posible por manifestarse propensa a la venta y así obtener una remuneración, empezó a cuestionar la calidad e importancia de tal museo, dejando perplejos a los posibles compradores, que se fueron como si hubiesen sido expulsados de un examen por hacer trampas. De hecho, me di cuenta en aquellos días de que el precio que ella ponía a sus obras era inferior a lo que en verdad podrían valer entonces en el mercado. Es decir, a ella no le importaba a qué precio se vendiesen, sino quién era el comprador y dónde irían a exponerse. No tenía dotes de venta ni de negocios y si hubiese sido así, durante su corta vida hubiese disfrutado de una cuantiosa fortuna. Se lo hice saber y no me prestó ninguna atención, cambiando súbitamente de tema”.

Queriendo explorar más el sur de la India, viajó a la ciudad de Madurai, que posee un patrimonio cultural de más de 2.500 años. En aquella ciudad, cientos de peregrinos originarios de diversas partes geográficas de la India deambulaban alrededor de sus templos.

Amrita observó que allí tienen la piel más oscura y los saris de las mujeres son mucho más coloridos. Por aquellos lugares encontró muy molesto el graznido de los cuervos que rasgaban el aire cargado de una bruma calurosa. Visitó el templo de Meenakshi dedicado al dios Shiva y a su consorte Meenakshi, avatar de la diosa hindú Parvati, una enorme estructura construida en el siglo XVI y considerado el edificio más alto y grande de la India desde su época hasta la época contemporánea. Prosiguiendo su viaje, Amrita decidió visitar el extremo sur, la tierra de los malayalis, donde los portugueses, antes de ser expulsados por los holandeses, inauguraron la colonización europea de la India.

Por aquella época, Amrita sentía la necesidad de establecerse como pintora comisionista de retratos, como muchos otros artistas hacían por motivos económicos. Desde aquel lugar escribió al crítico Ravichandran: “El rajá de Kollengode —un principado malayali muy pequeño de la región sureste— me ha pedido que pinte su retrato. Si acaba bien, seguramente reciba alguna que otra propuesta de ser comisionada por algún otro maharajá. Por cierto, este rajá es como un niño pero con 63 años, un niño senil, tanto física como mentalmente: posa ante mí como si fuera un papa entronizado a punto de recibir la extremaunción... ¿Será un augurio del fin de la era de estos engreídos reyezuelos?”.

En la ciudad de Cochín, cuyo nombre deriva de la palabra sánscrita *goshree*, que significa ‘próspero con vacas’, encontró imponentes edificios frente al mar, así como mansiones coloniales y un puerto lleno de vida con sus bulliciosos bazares llenos de tiendas y puestos de comida, telas y joyas. Visitó la sinagoga y el mercado del barrio judío, donde vendían antigüedades y, sobre todo, muchas especias.

Se quedó fascinada por la rica vegetación de aquellas tierras, el color verde y las palmeras llenas de cocos y plátanos. Le llamó la atención la extrema belleza de la gente. Vestían principalmente ropa de color blanco, que en el norte es símbolo de la muerte, pero allí tanto hombres como mujeres vestían así a menudo.

Estando en la ciudad de Trivandrum, intentó vender sin fortuna alguna de sus pinturas a la familia del maharajá, pero estos consideraron que no eran dulces a la vista y, según ellos, no seguían las normas y los gustos de entonces.

En cabo Comorín, una derivación del nombre tamil Kanniyakumari, que significa ‘lugar de la princesa virgen’, Amrita se decidió a pintar al aire libre, utilizando como modelo a una vendedora de pescado. Hacía tanto viento en la playa que tuvo que contratar a un pescador de la zona para que le sujetase el caballete. Aquella fuerza del aire, acompañada del olor del mar, le proporcionaba una sensación embriagadora.

Un hecho insólito galvanizó la curiosidad de los habitantes de la zona. Pescadores inquietos se acercaron al hombre que le sujetaba el caballete y tras hablar en el idioma local, este le tradujo a Amrita de forma entrecortada, en inglés y con cierta ansiedad, lo que decían:

—Amigos dicen que señor Gandhi dar discurso muy cerca de aquí y organizar momento de

oración.

Por aquel entonces, un maharajá del sur proclamó la no exenta de controversia declaración por la cual se permitía la entrada a los templos a todas las personas sin distinción de clase y condición. Gandhi, movido por este gesto del monarca, viajó para celebrarlo y caminó por las calles que en su momento estaban vetadas a los intocables con un gran número de ellos hasta el interior del templo principal del lugar. Después, organizó una gran reunión cerca de la playa.

Amrita dejó lo que estaba haciendo y se unió a ellos para ir al encuentro de Gandhi. Allí se encontró con una muchedumbre impresionante que desprendía un guirigay tremendo en distintos idiomas tribales ininteligibles. Nunca había visto tanta gente congregada en un mismo lugar. El pescador, con su hablar entrecortado, le dijo que lo siguiese, pero ella acabó separada forzosamente de él y fue sacudida de un lado a otro. Intentaba infructuosamente parar y abrirse paso, pero era zarandeada como un objeto que flota y es empujado por las olas del mar. De repente, impulsada por aquella masa de gente, se encontró en una zona fuera del gentío y, cuando se giró, un señor pequeñito y muy delgado, con unos brazos y piernas desproporcionadamente largos comparados con su torso, gafas de montura redonda, calvo y con bigotito blanco, le espetó con sorpresa:

—Tú no eres de aquí... ¿Periodista?

En ese mismo momento, unos miembros de la organización se apresuraron a coger del brazo a Amrita para llevársela donde estaba congregada la gente y desde donde había sido empujada, pero el cálido señor mayor les hizo un gesto que indicaba que no hiciesen nada.

—No, soy pintora y actualmente... —dijo pausadamente mientras observaba con total pasmo a ese señor pequeño y frágil, de arriba abajo, ataviado con tan solo unas sábanas blancas de algodón hilado y tejido a mano, denominada *khadi*.

La multitud, inquieta, lanzaba gritos y silabeaba eslóganes repetidos a pleno pulmón. De inmediato, empezaron a corear “¡Gandhi! ¡Gandhi! ¡Gandhi!” con tanta intensidad que las siguientes palabras de Amrita se quedaron en el aire sin ser oídas. Cuando terminó de hablar, y en señal de respeto, Amrita se inclinó y le tocó los pies desnudos con una mano para luego llevársela a la frente. El señor, algo encorvado, sonrió, se acercó y, mientras ponía su mano encima de la cabeza de Amrita como gesto de bendición, prorrumpió tan pausadamente que casi no se hizo audible:

—Porque son los méritos y acciones lo que distingue a unos de otros.

Físicamente era exactamente igual a como ella lo recordaba. Lo vio por primera vez junto con su hermana y su madre en la estación de Lucknow, hacía ya unos diez años. Amrita se quedó allí, de pie, perpleja, mirando a ese señor tan delgaducho y tan majestuoso, como si fuese Jesús de Nazaret entrando en Jerusalén en medio de un bullicio de carnaval propio del Domingo de Ramos. Solo faltaba que agitasen ramas de olivo y gritasen ¡*Hosanna!*

Se quedó extasiada contemplando cómo Gandhi desaparecía entre aquella multitud de miles de personas de color tizón y de rancio abolengo, originarios de pueblos dravídicos del interior de la India que vivían aislados del mundo, que habían sido llamados por aquel 'mesías' que les hablaba de sus derechos como seres humanos que eran. Ella, mujer desconocida e insignificante entre tanta gente, había tenido el privilegio de estar unos segundos, que parecían eternos, con el hombre al que inmortalizarían como Mahatma —gran alma—, título reservado para los más grandes sabios.

De vuelta en el bungalow de Shimla, Amrita vistió a las empleadas del servicio con saris y ropa tradicional para que posaran para ella. Durante sus viajes había comprado muchas de estas prendas en tiendas locales, así como *dhotis*, una especie de sábana que utilizan los hombres en el sur de la India como única vestimenta y que se enrolla a la cintura, se pasa entre las piernas y se deja colgar hasta los tobillos, pudiéndose sujetar al cinto para subir escalones o caminar con más facilidad. Estaba tan animada después de su periplo que dejó de asistir a fiestas y de acostarse tarde. Decidió seguir un horario y ser más disciplinada consigo misma.

“Hemos cometido el error —escribiría en el periódico *The Hindu*— de alimentarnos exclusivamente de tradiciones mitológicas y demás romances de historias y leyendas tradicionales. El arte no puede imitar las formas del pasado porque, por una parte, la imitación es una forma de debilidad y el trabajo creado a través de ella será flojo y endeble. El arte debe sacar su inspiración del presente para crear las formas del futuro.

Yo soy individualista y desarrollo una nueva técnica que no es necesariamente definida como 'india' en el sentido tradicional de la palabra, pero sí es fundamentalmente india en espíritu. Con el eterno significado de forma y color, yo interpreto la India, y principalmente la vida de los indios pobres en el plano que trasciende el nivel del mero interés sentimental”.

Durante esta etapa de 1937, pintó su famosa trilogía del sur de la India, compuesta por *La novia acicalándose*, *Los brahmacharis* y *Mujer en la playa*. Aquel viaje al sur había supuesto una gran experiencia para ella, pues había descubierto nuevos lugares fascinantes que antes no había presenciado. Las cuevas y grutas pintadas y esculpidas de Ajanta y Ellora, donde se percató de las posibilidades inmensas que existían en cuanto a la forma en relación con el espacio, fue para ella realmente impactante.

Cuando deseaba pintar algo nuevo, Amrita pensaba en ello y, a grandes rasgos, realizaba unos primeros esbozos. Durante el resto del día se ocupaba de otras cosas: leía, escribía cartas, paseaba por el jardín alrededor del bungalow... A la mañana siguiente todo estaba ordenado: el cuadro aparecía pintado en su cerebro, limpio y cuajado de detalles. Era entonces cuando no se ocupaba de nada más, excepto de ir trasladando las imágenes del cerebro al lienzo.

Durante aquellos días leyó el libro *Cartas a Theo*, del pintor posimpresionista Vincent Van Gogh, con cuyas palabras sentía una especial identificación. El pintor neerlandés escribió a su hermano: “Para triunfar hay que tener ambición y a mí la ambición me parece absurda”. Escritas a lo largo de veinte años, el artista incomprendido por muchos tenía la necesidad de expresar a su hermano infinidad de temas como el amor, la pobreza, el analfabetismo y la humildad. Por otro lado, quería hablarle sobre el arte y los artistas, la religión, sus pasiones, etcétera, que siempre desembocan en lo mismo: en una filosofía de la vida que afecta a todo lo demás. Mostraba sus dudas sobre si de verdad él servía para algo. Quería llegar a ser un buen pintor, era su gran meta, para lo que él pensaba que servía y con lo que algún día se podría ganar la vida. Aunque no fue así.

Amrita dio permiso a su criado Bibhu para dejar entrar a cualquier persona que quisiese admirar su proceso de trabajo. Viajeros que estaban de paso, residentes, curiosos e invitados, todos podían ser testigos excepcionales de cómo Amrita trabajaba en su estudio. Así pues, una mañana, una conocida señora del club social de Shimla irrumpió en el estudio de Amrita junto con una acompañante. Estuvieron sentadas durante cerca de una hora admirando el trabajo que realizaba frente a la pose de sus criados, vestidos con unas indumentarias que no eran propias del lugar ni del clima tan frío que reinaba fuera. Tras su minucioso trabajo, Amrita ofreció té a sus invitadas. La señora del club le presentó a Emily-Christine Kestenholtz Wilkinson, una mujer muy atractiva, de piel blanca y fina, con ojos azules y pelo rubio abundante y sedoso recogido en un moño que resaltaba la finura de su cuello; sus manos eran suaves y carnosas. Era de origen suizo y esposa de un millonario diplomático y abogado británico que tenía grandes propiedades en Delhi, en cuyos terrenos estaban construyendo la nueva capital de la colonia.

Emily había oído hablar de Amrita y tenía una inmensa curiosidad por conocerla: “Aquel día nunca se me olvidará. Estaba sentada en su estudio junto con una señora inglesa muy simpática que trabajaba para la administración del club de Shimla —recordaría Emily—. Como yo era nueva en el lugar, me estuvo presentando durante mis primeros días a la gente conocida e influyente que residía por la zona donde mi marido y yo teníamos nuestra residencia. Estuvimos sentadas un largo tiempo observando cómo Amrita pintaba. Desde luego, la vista se recreaba contemplándola mientras trabajaba frente al lienzo. Yo la miraba bien y la volvía a mirar. Sí, decididamente iba viendo algo en el rostro de aquella desconocida. Poco a poco me iba sintiendo atraída, hechizada. '¿De dónde y de qué proviene este hechizo?', me preguntaba a mí misma. De pronto, sin saber por qué, ella volvió instintivamente la cabeza, como adivinando mis pensamientos, y mis ojos tropezaron con su mirada. Yo me ruboricé. Descubrí entonces, realmente, una atracción profunda. Se apoderó de mí la extraña sensación (a la que tal vez nadie sea ajeno) de que aquella situación ya había ocurrido antes, en algún momento indefinido del pasado... Por aquel entonces leía con asiduidad las cartas del tarot y sabía desde mi primer día que aquel lugar de la India me deparaba algo que cambiaría mi vida, y así me lo corroboró un famoso astrólogo hindú. Desde aquel momento, desde aquella mirada, supe que ese *algo* estaba relacionado con Amrita”.

Ella también se sintió atraída físicamente por su invitada. Aunque Emily no era una intelectual, se parecía mucho a su amiga francesa Denise Proutaux, con la que tuvo una relación lésbica fugaz e hizo de modelo junto con su hermana para su obra *Chicas jóvenes*. Emily mostró interés por seguir conociendo el trabajo y obra de Amrita y quedaron para el día siguiente. De este modo empezó una relación sexual y amorosa entre las dos que fue más allá, porque la joven artista encontró un tesoro: amistad. A Amrita le atraía su inocencia y su gran sentido del humor, en contraposición a su propia seriedad y exceso de pragmatismo.

En aquellos días se estableció para siempre el contacto entre dos sensibilidades bien distintas. No solo fueron amantes, sino confidentes y grandes amigas. Cenaban juntas a menudo y jugaban a las cartas, al *backgammon* o al *bridge*, juego en el que Amrita era muy hábil.

A pesar de que Emily era una mujer acomodada de clase alta, con muchísimo dinero que había heredado de su familia y casada con un no menos rico marido, su falta de cultura en música y literatura agradaba a Amrita, ya que no entraba en los cánones del círculo de intelectuales en los que desde pequeña se había introducido con conversaciones interminables sobre temas culturales. Emily era incapaz de comprender la profundidad de Van Gogh, la belleza

sutil de Degas, sentir y comprender al Greco, detectar la calidad de Bach —cuya música era la favorita de Amrita—, llegar a alcanzar a Beethoven o percibir la superioridad de Dostoievski frente a Chéjov. Era intelectualmente vacía para Amrita, pero rica en compasión, sentimiento y cariño, valores personales que Amrita apreciaba y anteponía. Aquella amistad, dulce y profunda, era el coloquio de dos almas que se comprendían.

“Amrita exhibía en una sala de arte en Delhi —mencionaría Emily años después—. Para la inauguración, hice de relaciones públicas invitando a toda la gente conocida del círculo de amistades de mi marido, además de la gente influyente con la que tenía una relación cercana. Entre los que asistieron se encontraba Jawaharlal Nehru, que años más tarde sería el primer ministro de la India independiente. Días después, cuando nos encontramos a solas ya de vuelta en Shimla, frente al calor de la bella chimenea de ancho humero que Amrita tenía muy bien cuidada en su bungalow, le pregunté por qué estaba triste. Entonces me reveló lo que yo ya sabía de oídas: que había tenido un *affaire* con Nehru.

Por lo visto, el día de la inauguración, él no la dejó ni por un instante, pues hacía de anfitrión presentando a Amrita a la flor y nata de Delhi. La mayoría de los invitados influyentes de la vida social y política estaban presentes gracias a mí, pero tras el anuncio de la presencia de Nehru en la exposición se llenó completamente la sala y se tuvo que disponer de un salón adyacente al edificio. 'Pienso que yo le gusto mucho. ¿Sabes lo que me dijo? 'Me gustan mucho tus pinturas porque muestran mucha fuerza y no se parecen a las pinturas indias que intentan reflejar la realidad y que carecen de vida propia'. Y yo le contesté: 'Creo que no son mis pinturas lo que te interesa...'. Él esbozó una sonrisa picarona diciendo en voz baja para que no nos oyesen los demás invitados: 'Me gusta tu cara, es sensible y sensual al mismo tiempo, es india, pero con rasgos occidentales, cosa que me atrae'.

Según me contó Amrita, desde aquel día intercambiaron muchas cartas. La correspondencia entre ambos fue muy extensa, hasta el punto de que cuando Amrita viajó a Europa, se llevó consigo en la maleta todas las misivas con el propósito de salvaguardarlas en la habitación privada del apartamento que sus padres tenían en París. ¿Qué pasó? Por lo visto, antes de viajar a Budapest para casarse con su primo Víctor, las envió dentro de una caja para que su padre las guardase. Ella siempre tenía el cuidado de guardar toda su correspondencia, fuese con quien fuera. Amaba escribir cartas tanto como recibirlas. ¡Qué triste fue para ella saber que sus padres, poco más tarde, quemaron todas esas misivas! Por aquel entonces, estaba comprometida con su primo de Hungría, Víctor Egan. Se iban a casar y sus padres, aunque supieron por Amrita que se trataba de la correspondencia con Nehru y fueron advertidos reiteradamente de que las mantuviesen a salvo, vieron todas esas cartas como algo escandaloso y comprometedor por el contenido tan íntimo y sexual que describían. Ella les rogó que las guardasen, pero no le hicieron caso. ¿Quién iba a pensar que el político petimetre que sus padres desestimaban acabaría siendo el primer ministro de la India? Menudo jugo hubiesen sacado los futuros biógrafos de Nehru si hubiesen dado con toda esa correspondencia íntima y privada. Una vez le pregunté por qué no retrató a Nehru. Hubiese quedado inmortalizado entre todas las obras maestras de Amrita que han quedado para la historia del arte. Ella me contestó: 'No lo conseguiría, porque cuando está conmigo se muestra demasiado inquieto, gracioso y, además, lo considero atractivo'. Así pues, parte de la correspondencia que mantuvieron durante años fue destruida por Umrao y Marie Antoinette y, después del fallecimiento de Amrita, su marido Víctor Egan hizo desaparecer las cartas restantes. A pesar de todo, se conserva como testimonio de su relación una fotografía de Amrita y Nehru en una estación de tren a la que ella fue a

despedirle un día del mes de octubre de 1940, un año antes de su trágica muerte”.

Amrita se sentía a gusto e inspirada en Shimla. Además, le agradaba la compañía de Emily, que pasaba casi todas las tardes en su estudio observando cómo pintaba. La mayoría de los días cenaban juntas y solían compartir las noches que el marido de Emily se marchaba de viaje, lo que se producía con frecuencia.

Era mediados de octubre. La noche estaba iluminada por la luna, ese creciente exhausto que precede al sol, y por numerosas velas encendidas por doquier. Se celebraba la festividad de la luz, lo que se conoce popularmente como *Diwali*, pero que originariamente se llama *Deepavali*. Es la festividad más importante del año para los hindúes y, en menor medida y con diferente significado, también para indios de otras religiones. Se había convertido en aquellos años en un evento social, no solo porque señala la llegada oficial del invierno, sino también porque significa la victoria de la luz sobre las tinieblas. El simbolismo de esta celebración estriba en la necesidad del ser humano de avanzar hacia la luz de la verdad desde la ignorancia y la infelicidad, es decir, obtener la victoria del *dharma* —la virtud—, sobre el *adharma* —la falta de virtud—. Es una celebración que en el mundo occidental se correspondería en importancia con la Navidad.

Abajo, en las zonas residenciales y alrededores, la alegría se había transformado en jolgorio. Una oleada de cantos, petardos y música inundaba la noche, confirmando que, en la India, las celebraciones casi siempre van acompañadas del desenfreno sonoro más exagerado. Estaba empezando el espectáculo pirotécnico. Amrita y Emily salieron al jardín atraídas por la repentina iluminación y el sonido de los cohetes. Desde el bungalow, situado en la cumbre de un alcor verdoso, podían divisar el pueblo de Shimla, que se había convertido en una auténtica mancha de luz en la que las casas parecían bailar.

Emily, en estado de placidez bajo los efectos del alcohol, se sentía dicharachera.

—¿No has pensado nunca en el matrimonio? —preguntó mientras hacía tintinear los hielos de su vaso.

—No me gustan los niños —respondió Amrita, recostándose en el sillón de bambú acolchado.

—El gusto no tiene nada que ver con esto.

—¡Bah! —exclamó Amrita, acompañando tan desdeñosa interjección con un perfecto movimiento de cabeza en sentido negativo—. Emily, querida, el matrimonio es algo completamente absurdo. —Y agregó como proposición axiomática, madre del desaliento—: Es más un asunto social que teológico. Además, yo no quiero niños llorando a mi alrededor. En esta vida, prefiero dejar una idea antes que hijos.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo con tono condescendiente—. Quizá en la mayoría de los casos sucede por azar, como mi matrimonio, que empezó y continúa por razones tan leves... Es más bien por conveniencia que por amor. Aun así, nos entendemos y compenetramos, no tenemos remordimientos, nos conocemos el uno al otro tan bien que cuando estamos juntos somos felices. Tal vez en ser permisibles con la vida privada de cada uno está la razón de nuestro matrimonio. —Tras una pausa en la que estuvieron en silencio admirando el espectáculo de luces, Emily continuó—: Por cierto, quería comentarte algo... Recuerdo una historia de la

mitología nórdica sobre la diosa de la fertilidad, del amor y del matrimonio llamada Frigg. Esta diosa tenía dos hijos, uno que se llamaba Baldr y otro que era ciego, llamado Höðr. Frigg tenía la capacidad de predecir el futuro, así que tuvo sueños proféticos sobre la muerte de su hijo Baldr. Para protegerlo de todo mal, recorrió el mundo e hizo prestar juramento a todas las personas y cosas de que no le harían daño alguno. Y como en todas las historias siempre hay un malo confabulando, en esta historia se llama Loki. Este personaje, que era malo, muy malo por naturaleza, era también un maestro en el engaño y se convirtió en mujer para preguntarle a la diosa Frigg si se había olvidado de tomar juramento a alguna cosa en este mundo. Ella le reveló que había considerado al muérdago muy joven como para hacerle jurar. Loki, después de conocer el secreto, hizo un dardo de muérdago y lo colocó en las manos del inocente e ingenuo Höðr que, siendo ciego y sin saber dónde lo lanzaba, lo arrojó dando muerte involuntariamente a su hermano. Lo que vengo a decir es que a tu alrededor existen fuerzas negativas que te desean el mal, Amrita, y que por conseguirlo harían las confabulaciones que fuesen necesarias para conseguir sus propósitos. —Mirando a su amiga, absorta en la contemplación de las luces del pueblo, preguntó—. Pero ¿me prestas atención?

—¡No! —contestó al mismo tiempo que rompía a carcajadas ante la seriedad de su amiga.

—Muy bonito —dijo Emily mientras hacía una mueca de rechazo ante la reacción de Amrita, pero sin enfado alguno.

Al mismo tiempo, el espectáculo pirotécnico llegó a su punto más álgido con explosiones de cohetes de mayor intensidad que dibujaban en el firmamento palmeras de colores. El cielo se convirtió en nubes de polvo y el olor a quemado inundó el aire.

—Quizá las mil Indias de los maharajás, de los británicos, de los Punyabis, gurkhas, rajputas, marathas, sijs... de todos los que se la disputan tan tediosamente no son más que una, como el universo —dijo pensativa Amrita.

—Entonces, la vida en la India acabaría siendo misterio y no simple confusión —sentenció Emily esbozando una sonrisa.

Pero Amrita estaba ya invadida por sus pensamientos, que se escapaban siempre hacia el futuro, tan manejable, y hacia la vida que había decidido asumir lejos de las ataduras y el dominio de sus padres. Había aprendido a administrar su vida y a luchar por obtener de ella los mejores resultados posibles. No tenía tiempo para hacer caso de agüeros o supersticiones que ella consideraba tontos y sin sentido.

“He viajado a Allahabad porque me habían invitado a la ceremonia de inauguración de una exposición —escribió Amrita a Ravichandran—. ¡Fue una recepción impresionante! El decano de la Facultad de Bellas Artes hizo un largo y maravilloso discurso sobre mi obra, resumiendo todas las exposiciones en las que he participado y yo estaba ahí, en el escenario, junto a él, frente a un auditorio de nada menos que de unas setecientas personas. ¿Te puedes imaginar lo estúpida que me hizo sentir?”

La Universidad ha publicado un catálogo con las reproducciones de mis obras más significativas hasta el momento. Te mandaré uno por correo. ¡Se pusieron a la venta y se vendieron cientos de ellos! Los estudiantes me rodearon queriendo que les firmase mi autógrafo. Nunca hubiese pensado que un día sería rodeada de una multitud entusiasta dispuesta a arriesgarse a ser aplastada por verme de cerca y tener mi autógrafo. ¡Todavía no me he acostumbrado a tomarme en serio a mí misma!”.

Amrita seguía pintando de vez en cuando al aire libre, sacando su caballete y a sus modelos al jardín. Cuando sus criados tenían que posar desnudos o semidesnudos, para su tranquilidad y resguardo de miradas, ordenaba a su criado nepalí Bibhu poner una larga tela que cubría todo un lado del exterior, para evitar que cualquier persona que caminase por la calle se percatara de lo que sucedía al otro lado. Aquellos días trabajaba intensamente para una exposición que se celebraría en Lahore en invierno.

Shimla era la capital de descanso de la India británica y Lahore, en aquella época, durante la década de 1930, era la capital cultural de la colonia, donde artistas e intelectuales se congregaban. Era conocida por ser la ciudad más tolerante y abierta de la India, donde las mujeres vestían en sociedad como las aburguesadas parisienses y los hombres como galanes del cine mudo. Los ricos comerciantes y aristócratas ofrecían sus magníficas mansiones de los barrios residenciales para fiestas y celebraciones sociales. No existía discriminación por raza o religión, excepto para la administración inglesa, que seguía con sus cartelitos de “Solo para europeos” colgados a la entrada de sus clubes favoritos, ya que empezaron a considerar que mezclarse demasiado con los nativos podría poner en peligro al Imperio, puesto que amenazaban con crear una clase colonial de angloindios capaces de desafiar al poder británico.

Muchos musulmanes repudiaban sin más las desgracias en general y despreciaban a los dolientes o maltrechos ya que, por ejemplo, consideraban que la ceguera era una maldición. También rechazaban y excluían a las personas con malformaciones físicas. Por otro lado, para los hindúes, la desgracia física o estigma social era el resultado de actos que se habían cometido en vidas pasadas y había que aceptar el karma para volver a renacer bajo mejores auspicios. En cambio, para los hijos de relaciones de mujeres indias sin casta con militares británicos sin graduación, ser cristianos significaba estar libres de tabúes hindúes y, por lo tanto, el uso de su posición les hacía ser más libres para situarse por encima de la mayoría. De este modo creció el número de pequeñas élites e instituciones que conferían a esta minoría cristiana una influencia en la India desproporcionada con el número de sus miembros. A esta comunidad se les acabó englobando con la denominación de “angloindios”. Desde la metrópoli

los miraban con suspicacia, ya que podrían cuestionar el dominio británico reclamando la independencia, como les ocurrió en Norteamérica. Esto llevó a la administración británica a dar orden de guardar estrictamente las distancias y hasta el hábito que tenían los blancos de fumar el narguile se extinguió.

Amrita iba a exponer en una gran sala muy conocida del famoso hotel Faletti de Lahore. Construido en 1880 en el corazón de la ciudad, este hotel era un lugar muy de moda durante la época anterior a la independencia de la India. En 1940, un empresario indio llamado Rai Bahadur Mohan Singh Oberoi lo compró a sus dueños ingleses, pasando a formar parte del grupo Oberoi hasta la guerra indo-pakistaní de 1965. Tener una exposición en ese lugar era un desafío artístico y la culminación de todo un esfuerzo realizado.

Amrita llegó al hotel una semana antes de la exposición. Tras instalarse en una de las habitaciones más acomodadas —por invitación de la organización—, empezó a desempaquetar cuadros y a organizar la distribución de la sala. Lo estudió todo minuciosamente: qué pintura poner en determinado sitio y dónde colocar las mesas para las bebidas y tentempiés. Habló con los electricistas y se aseguró una determinada iluminación para la sala, controlando la densidad de las bombillas y dónde colocarlas, y escribió y diseñó los pósteres de publicidad a la vez que firmaba invitaciones que mandaba a través de su fiel criado a la élite social e intelectual de la ciudad.

Fue muy cuidadosa a la hora de conocer de antemano cómo aparecerían las reproducciones fotográficas de sus pinturas en los catálogos, actitud que ningún artista hasta entonces había tenido en consideración. Sabía por experiencia que la impresión podía alterar el color original que el artista había utilizado, por lo que pidió con antelación las muestras del catálogo, que cambió una y otra vez hasta que le satisfizo. Seleccionó personalmente hasta la calidad del papel y su color, y dio órdenes continuas hasta que consiguió las reproducciones fotográficas más exactas de los colores de sus lienzos originales.

“El arte de un país refleja la psicología de su pueblo —escribió Amrita para una revista de arte—. La calidad de ese arte refleja la riqueza o la pobreza de su fuerza creativa. Y la calidad de la apreciación de ese arte, a su vez, es una indicación de la evolución estética e intelectual de ese pueblo. La calidad del arte en la India, sobre todo la actitud apática de los ciudadanos hacia el fomento de la cultura, es deprimente. Se debería hacer un esfuerzo para educar el gusto del público y, por lo tanto, dar un impulso a la producción de verdaderas obras de arte. Mientras la gran mayoría de los artistas tengan que decantarse por satisfacer el gusto del público para ganarse la vida, no habrá ninguna mejora notable en la calidad de arte en nuestro país [...] Hay cosas tan maravillosas, tan gloriosas en la India, tantas posibilidades no explotadas pictóricamente que es una lástima que seamos tan pocos los que hayamos ido a buscarlas, ya que la mayoría 'aun teniendo ojos, no ven; aun teniendo oídos, no oyen’”.

Durante su breve estancia en Lahore antes de su exposición, Amrita fue invitada por la organización *Punjab Motion Pictures* para participar en unas charlas sobre cine en la Casa Literaria del *Punjab Literary League*. Cuando le llegó el turno de su discurso, y fiel a su carácter, no se amedrentó: “Dije tantas cosas feas sobre el cine indio —escribió Amrita más tarde a su amigo crítico de arte, Ravichandran— que los organizadores y demás invitados escribieron cartas abiertas a los periódicos locales desligándose de mis opiniones y criticando

mis puntos de vista, además de acusarme de ser una visionaria idealista o de todo lo contrario. La cuestión es que les herí en el sentimiento llamando a los productores de cine 'meros fotógrafos' y no como poéticamente habían esperado que yo les denominase en público, 'los que ven con los ojos del alma' y demás adjetivos empalagosos por el estilo. Esto les pareció imperdonable”.

Amrita hizo un sincero y duro discurso sobre el cine indio de la época. Por la pasión que puso en sus palabras parecía que estuviera declamando el *Ramayana* de Valmiki. Nadie había oído hablar así sobre el cine, nadie lo había cuestionado tan radicalmente y de una manera tan sincera. Amrita se había adelantado a su tiempo.

Desde luego, la cultura cinematográfica que había desarrollado desde su juventud le había proporcionado un conocimiento excepcional, ya que había visto muchas y variadas películas de producción extranjera en París y Budapest, así como las británicas que ponían en el club de Shimla. Criticó hasta el más mínimo detalle, como el abrupto cambio de planos en la misma secuencia, argumentando que hacía que las imágenes no tuviesen conexión alguna entre ellas, sin sentido de continuidad y armonía en la historia anacrónica de la película. Acusaba a los productores indios de cuestionar la capacidad intelectual de los espectadores haciendo repetidamente hincapié en símbolos, obsesiones y sentimientos de los personajes de la historia de una manera tan grotesca como si la audiencia no lo hubiese captado y entendido.

“Uno de los defectos más evidentes que se puede apreciar con facilidad en una película india es que se habla mucho, ¡demasiado! Y esto es un defecto. Otra monstruosidad del productor indio es su actitud permisiva ante el uso inmoderado de la música, que casi siempre es de una calidad de tercera categoría. Parece ser que los productores desconocen, o no quieren experimentar o ver, la belleza, melancolía y vida de hoy en día, y se refugian en historias basadas en mitologías y leyendas de hace dos mil años. Deberían ir al campo y alejarse de los interiores de sus estudios. Deberían conocer cómo se mueve por el campo un animal de carga, cómo son los cultivos, qué apariencia tienen los agricultores y los habitantes de los pueblos, cuáles son sus penas, bellezas e ilusiones. Esto les ayudaría a evitar la farsa de sus incoherentes historias donde, por ejemplo, el protagonista se pone a bailar y cantar a lágrima viva tras el fallecimiento de su madre. Otro ejemplo estridente es la heroína, que a la más mínima provocación, sobre todo física, se pone también a berrear y cantar ante la muerte de su amado esposo, o como vi recientemente en una película, a cabriolear entre los árboles de una colina tras el nacimiento de un niño e incluso tras recibir un beso en la mejilla de boca de su prometido”.

La exposición en el hotel Falleti se inauguró el 21 de noviembre de 1937. Amrita se quedó en la entrada para recibir personalmente a los invitados. Vestía uno de sus saris favoritos, que tenía una cenefa de color amarillo dorado. Lo había comprado en su viaje al sur de la India pero lo llevaba puesto según la costumbre del norte, es decir, con la cadera cubierta dos veces por la tela. Además de un poco de maquillaje en los ojos, como era su costumbre, llevaba bisutería de bronce tibetana. Estaba radiante. Más que la autora de las obras parecía una joven modelo exuberante contratada para dar la bienvenida y eso pensaron de ella muchos invitados.

Los hombres vestían trajes oscuros de franela y camisas lisas de cuello almidonado. Las señoras iban a la última moda, con soberbios brocados y tejidos de seda de Benarés. Alguna mujer, acompañando a su esposo mahometano, vestía según la práctica del *purdha* para esconderse de las miradas lascivas de otros hombres.

Entró en la sala el ministro de Finanzas del Punyab, seguido de todo un séquito de secretarios y aduladores. Era un señor muy gordo, con turbante y una gran barba negra. Con el carácter ufano propio de un político melifluo, quiso presumir de ser un entendido en arte y empezó a describir patéticamente, rozando lo cómico, las obras de Amrita. Ella aguantó el tipo, pero quien se reía sin disimulo era un crítico de arte llamado Peter Kovacs, un joven elegante, de cuerpo atlético y de origen húngaro nacionalizado británico. Mientras sostenía su copa, seguía al grupo del ministro y este se iba sintiendo cada vez más incómodo por las risas que oía tras sus comentarios fatuos sobre composiciones pictóricas. “¿Quién es ese advenedizo maleducado que se atreve a reírse del terrateniente Punyabi más importante del distrito?”, pensó el orondo señor que, sin ser ilustrado, seguía obcecado en exponer opiniones cultas.

La ignorancia del político era notable y no dejaba pasar la oportunidad de proclamarla. Cuando se detenía frente a un cuadro para decir algo importante, su séquito de aduladores callaba y, abriendo los ojos, tendían el oído hacia él al mismo tiempo que hacían gestos de profunda admiración. Cuando proseguía con ademanes orgullosos con su lento y pesado caminar, sus acólitos le seguían con suma disciplina mientras comentaban entre sí y con elogio sus explicaciones acerca del cuadro expuesto. Detrás de ellos, Peter podía oír a la comitiva decir, sin poder evitar que se le soltase alguna que otra carcajada: “¡Qué claridad! ¡Qué agudeza! ¡Qué tino en su juicio! ¡Qué descripción!”.

Por fortuna, las críticas al cine indio que había realizado Amrita el día anterior no afectaron a la inauguración de la exposición, que fue un éxito rotundo del que todos los medios se hicieron eco. Esa mañana temprano, Amrita desayunó en la cafetería del hotel mientras leía todos los periódicos de Lahore que había traído su criado personal, Bibhu. En la primera página de la sección de cultura del periódico con más difusión de Lahore se leía “Un regocijo para los ojos”. En otro “Esencialmente moderno sin ser fantástico. Nosotros demandamos de una artista de hoy en día conciencia del mundo que nos rodea, enfocando su atención en la lucha económica y en la injusticia social. Es difícil contestar a una pregunta relacionada con un artista contemporáneo si el artista no es tan franco como Diego Rivera. Pero las figuras reflejadas en las bellas pinturas de la señorita Amrita Sher-Gil deben tener preferencia en la actitud de los artistas de la India”. Otro de los titulares decía “Simplificación es la llave del arte”.

La crítica más detallada sobre su obra estaba escrita por Peter Kovacs, que no solo era crítico de arte sino también el director del museo de Lahore, además de arqueólogo y profesor de Arte Contemporáneo en la universidad. En muchos aspectos, representó para Amrita lo que fue el crítico Ravichandran en Bombay, pero con Peter, además de una relación de amistad, mantuvo otra de amante.

Peter Kovacs volvió esa misma mañana al hotel con el propósito de conocerla personalmente, ya que el día anterior, debido a la afluencia de público, no pudo entablar conversación con ella y solo pudo conformarse con un breve y formal saludo. Siempre sonriente, tenía un bigote marrón de pelo lacio que le caía sobre el labio superior y cada vez que curvaba la boca hacia arriba se asomaban por la pelambre de su mostacho dos dientes puntiagudos a los lados de sus encías. El criado nepalí le guio hasta la cafetería y le mostró el lugar donde estaba sentada Amrita. Se presentó y se rieron juntos recordando las tonterías que había proferido el ministro de Finanzas para presumir delante de los invitados como un eximio conocedor de arte.

A pesar de tener un acento marcado muy *british*, por su pulcritud y modales impecables, Peter no era el tipo de inglés que el Imperio solía exportar a las colonias, además de que su aspecto robusto y moreno y la nariz prominentemente alargada indicaban más bien sus raíces de Europa central. Mientras conversaban confortablemente en el idioma materno de ambos, el húngaro, tomaron té y prosiguieron la amena charla en el salón de la exposición, que continuaba por su segundo día y que se iba llenando de gente joven universitaria y de entusiastas del arte.

La conversación entre ambos se interrumpía cuando Amrita atendía la curiosidad de los estudiantes, comunicándose con ellos en su inglés impregnado de acento francés: “Solo los falsos artistas, los hombres de oficio, los ejecutantes de pensamiento se preocupan del colorido y otras rancias”, les decía.

Le preguntaban sobre las nuevas tendencias, Europa y las técnicas de pintura, pero su atención estaba distraída por la presencia, a escasos metros de ella, del perfecto caballero británico de origen húngaro.

“Amrita Sher-Gil —recordaría Peter—, era mitad occidental, mitad india, nacida para llegar a ser un puente entre el arte occidental y el indio. Tengo que decir que hoy en día se la identifica y reclama como 'totalmente india', pero eso es un error. Hija de madre húngara judía y de padre indio de religión sij, al nacer la bautizaron católica romana con el nombre compuesto de Amrita Antonia. Ella fue, de hecho, el milagroso matrimonio entre la India y Occidente. Creció como artista bajo la disciplina de la pintura occidental y supo mezclar estas cualidades con los sentimientos y actitudes que experimentó en la India.

Un escritor artista es un escritor que tiene un respeto y un amor al lenguaje, y esto le lleva a apreciar otros lenguajes artísticos, como el lenguaje de la música, el lenguaje de la pintura... De este modo, como la excelente y bella literatura, así es la pintura: el estilo no es el vocabulario y la riqueza del léxico no es lo importante. El estilo es la construcción, el estilo es la transición, el estilo es el movimiento, el estilo es la lisura del lenguaje... Amrita tenía un estilo excepcional y único.

Lo que me sorprende es cómo compañeros de profesión, como el crítico indio Ravichandran, se afanan en 'vender' a Amrita como enteramente india. Yo les pido que se disculpen. Que tengan la intención, tras su fallecimiento, de propagar a Amrita como artista únicamente india, negando sus raíces intelectuales y de nacimiento, me parece que no es respetar su persona, a la que

amamos por sus profundas cualidades personales y profesionales. Además, pongo en duda el testimonio escrito por la gente que dice que la conoció personalmente. Los pongo en duda a todos. Incluso dudo de mi disponibilidad y posición a escribir con fidelidad sobre ella. Yo mismo me siento incapaz de poder juzgarla o expresar mis puntos de vista sobre ella de una manera justa y objetiva, sin dejarme llevar por mis sentimientos. Cualquier juicio que provenga de alguien que es juez y parte me parece sospechoso e imprudente. Todos estamos muy implicados con ella sin que podamos evitar los efectos narcóticos de la adulación y pongo en duda la veracidad del testimonio de los críticos de arte sobre su persona. Amrita Sher-Gil era encantadora, amable, con una personalidad fascinante. Fue siempre una mujer joven imponente. Me es imposible no reaccionar emocionalmente ante la personalidad de aquella maravillosa mujer, tal regalo divino, tan asombrosamente versátil y tan brillante en cualquier campo en el que se entablase conversación con ella, ya fuese sobre pintura, música, literatura o incluso astronomía. Me parece imposible que cualquier persona que la conociera en vida pueda permanecer sentimentalmente separada de la imagen de Amrita Sher-Gil para poder juzgarla o hablar de ella objetivamente”.

Peter Kovacs fue, si no la única persona, de las pocas que habló, defendió y escribió sobre Amrita apasionadamente y con sinceridad. Por ello recibió muchas críticas de sus colegas. Era demasiado franco y honesto para mentes tan estrechas, narcisistas y, cómo no, nacionalistas. Se habían propuesto *indianizar* a Amrita tras su muerte y esto era lo que más le irritaba y detestaba.

“Por supuesto, yo me daba cuenta de que tenían una relación —recordaría Emily-Christine Kestenholtz Wilkinson—. Para ser sincera, lo que me despertaba curiosidad y un poco de celos era imaginarme morbosamente a Amrita desnuda encima de él, saber quién era el que dominaba en sus actos sexuales. El día que llegué a Lahore para su exposición y me presentó por primera vez a Peter Kovacs supe, por su mirada, que Amrita le había hablado de nosotras. Esto me hizo pensar que la relación que tenían ellos sería pasajera, que no duraría mucho tiempo, pues de lo contrario Amrita no le hubiese contado nada sobre sus relaciones personales o sexuales.

Él era un hombre ancho de espaldas, tenía bigote, era atractivo, de pelo castaño, como salido de algún pueblo del interior de Hungría. A primera vista no parecía un intelectual sino más bien un agricultor. Sus manos eran venosas y anchas, y contrastaban con unos dedos algo gruesos. Tenía los ojos vivos, de color verdoso, como yo había visto en alguna ocasión en Suiza, cuando un grupo de nómadas gitanos llegaron a Grindelwald, el pueblo natal de mi madre. De húngaro tenía el físico, porque sus modales, su comportamiento y su modo de hablar eran muy, muy ingleses. Y él era judío, al igual que Amrita. Recuerdo que se le veía a gusto con ella. Siempre llevaba puesto, de forma muy elegante, un pañuelo de seda al cuello. De hecho, parecía un híbrido entre Rodolfo Valentino y Ronald Colman.

Si le gustaba un hombre, Amrita no tenía la más mínima inhibición en tener una relación física con él, aunque estuviese casado, fuese amigo de una amiga o pretendiente de una conocida. Si a mi propio marido no lo sedujo, desde luego no fue por respeto hacia mí sino porque no era en absoluto su tipo, más bien mi marido estaba en las antípodas del canon que una mujer joven como Amrita pudiese buscar para sentirse complacida sexualmente. A decir verdad, ni yo sé cómo acabé casándome con él, pero esta es otra historia...

Por otro lado, los hombres la consideraban atractiva y ella se dejaba admirar y cortejar. Amrita no pensaba que sus relaciones fuesen promiscuas y, efectivamente, no lo eran en el significado obsceno. Tenía un carácter firme y fuerte, y un gran dominio de sí misma, como el de un personaje de una película de Greta Garbo, como en *La reina Cristina*, enamorándose del embajador español Antonio, cinta que proyectaron por aquel entonces en el club de Shimla para mi mayor deleite.

Recuerdo que al tercer día de la exposición de Amrita en el hotel Faletti de Lahore, mientras ella atendía a los visitantes que la llenaban de preguntas, Peter y yo paseamos por el salón mientras me hablaba sobre la importancia de Amrita como artista y por qué sus pinturas tenían que ser reconocidas. Me daba cuenta del afecto que él sentía hacia ella. La amaba y reverenciaba al mismo tiempo, sin duda, pero conociendo a Amrita sabía que estas cualidades tan positivas le causaban un distanciamiento emotivo. No le gustaba sentirse presionada ni atada emocionalmente. Yo sabía cuándo tenía que guardar las distancias para que nuestra relación no se volviese tediosa o se acabase repentinamente. Ella no estaba enamorada de él y yo ya presentía que Peter le habría expresado sus sentimientos. Lo recuerdo como un hombre sumamente encantador, cortés y generoso.

Al día siguiente Peter nos llevó a las dos de visita al museo de Lahore. Allí había una exposición enorme de pinturas y Amrita había visto muchas de ellas solo en reproducciones.

Recuerdo que se quedaba absorta mirando una y otra vez el mismo cuadro, y yo le pregunté:

—¿Qué haces? ¿Por qué miras tantas veces la misma pintura? Así no vamos a salir nunca de aquí.

—Porque quiero ver cómo fue realizada, cómo el artista pudo realizar tal efecto atrayente — me contestó sin apartar su mirada de una de las obras colgadas.

Recuerdo que en su búsqueda por realizar un esbozo o retrato a su completa satisfacción, trabajaba sin descanso durante el día y la noche hasta dar con el color que andaba buscando y lo que ella llamaba 'la exacta y correcta figura interesante'.

Fue en la cena que la dirección del hotel organizó en su honor cuando la relación con Peter llegó a su punto final. El hotel había tenido bastantes ganancias debido al numeroso público. Por lo visto, muchos visitantes no solo consumieron en el restaurante, sino que mucha gente se hospedó durante los días que duró la muestra. Hubo incluso un miembro de la familia real de Kaphurtala, amigo del padre de Amrita, cuya presencia llamó muchísimo la atención en la exposición con un toque de distinción y extravagancia.

El caso es que el día de aquella cena en honor a Amrita, ella había oído que Nehru estaba en la ciudad y se encontraba un poco nerviosa por verlo otra vez después de varios meses. Sabía que él asistiría a la cena y así fue: se sentó en nuestra mesa y no dejó de hablar con Amrita, a quien le cogía de la mano durante la conversación. Pienso que quiso utilizar la presencia de Nehru para acabar sentimentalmente con Peter y zanjar para siempre la relación fugaz que habían mantenido. Sabía que si rompía con él verbalmente causaría una confrontación y decidió que si se dejaba ver con otro hombre, Peter se daría cuenta de que daba por finalizada la relación. Cuando la orquesta empezó a tocar, Nehru y Amrita se animaron de inmediato. Muchas parejas se apartaban un poco para mirarlos con admiración y envidia, y aprovechando la multitud congregada, se alejaron de la gente que bailaba hasta que desaparecieron de la vista.

Al día siguiente, Amrita y yo cogimos el tren de vuelta para Shimla. Peter no fue a la estación a despedirse. Supe de él que durante la Segunda Guerra Mundial se alistó en el Ejército y, tras la contienda, fue condecorado por las tropas británicas. Después de la guerra volvió a Lahore como director del museo, pero tras la partición se fue a Delhi y se casó con una diseñadora india. Allí trabajó en un periódico durante el resto de su vida y, según leí, fue fundamental para dar a conocer la danza *odissi* como baile tradicional.

Peter siempre la defendió y la trató en sus libros con suma profesionalidad y respeto. Escribió uno en el que dedicó un capítulo a la obra de Amrita, defendiéndola como artista occidental y como india, por lo que recibió muchas críticas. Según parece, ningún historiador o crítico había cuestionado antes que Amrita fuese una artista únicamente india”.

Después de su viaje a Lahore, Amrita se sintió regenerada, lista para emprender una nueva etapa. Su hermana se había casado con un apuesto y prometedor funcionario. Indira había deseado el matrimonio para emular al resto de sus amigas y conocidas de su edad, así como para adquirir el respeto que su madre buscaba para ella y la libertad de una mujer casada, aunque al principio solo sentía un vago agradecimiento hacia su marido. De este modo, la hija pequeña había cumplido con las expectativas de Marie Antoinette, quien siempre había estado pendiente de buscar la mejor pareja para sus hijas. A pesar de ser un matrimonio concertado, Indira estaba contenta y satisfecha. Desde entonces, toda la familia esperaba que Amrita, estando en edad y siendo la mayor, tomase la decisión de asentarse en la vida y dejase atrás las aventuras y devaneos esporádicos que, según ellos, tanto les estaban degradando e hiriendo socialmente.

Así, al regreso de Lahore, Amrita consintió en contraer matrimonio y escribió a su primo Víctor Egan. Habían estado en contacto por correspondencia desde su llegada a la India, también durante su etapa en París, y habían tenido una relación física y sentimental durante las vacaciones en Hungría. Víctor profesaba un carácter tierno, tranquilo y encantador. Sería con él con quien se casaría. De hecho, durante uno de aquellos campamentos de verano de tío Ervin, vestido ridículamente de indio piel roja, le había expresado la decisión de casarse con ella, pero Amrita en aquellos días no estaba lista ni decidida, ya que quería y deseaba viajar a la India.

Amrita vio el modo de complacer a su familia y amigos casándose con quien ella decidiese. Escribió a Víctor expresando su consentimiento, si él aún deseaba contraer matrimonio con ella. Tras su inmediata y entusiasta aprobación por telegrama urgente, eligieron una fecha para la boda en Budapest.

En París, cuando Marie Antoinette y Umrao se enteraron de la noticia, después de que Amrita informara en un primer momento a su querido tío Ervin, se negaron rotundamente a la consumación del matrimonio. Marie Antoinette estaba escandalizada. No solamente lo desaprobaba por razones sanguíneas, pues eran primos, sino porque consideraba que el estatus económico de Víctor pertenecía a la clase obrera. Según sus padres, Amrita debía ser lo suficientemente ambiciosa como para casarse con un joven rico. Pensaban que era lo bastante conocida en el círculo de intelectuales de la India como para atraer mejores proposiciones que la de su primo, al que tenían por inculto, chapado a la antigua y de pueblo.

Marie Antoinette no quería que su hija tuviese su misma amarga experiencia. Cuando conoció a Umrao era un joven apuesto, simpático, muy culto y procedente de una familia india millonaria, muy lejos del anacoreta en que se había convertido. Tras el matrimonio, ella vio cómo se volvió introvertido hasta causarle irritación. Cuando se casó con él, tenía unas expectativas que no se cumplieron. En vez de casarse con un rico aristócrata extrovertido, acabó por darse cuenta de que era un filósofo con carácter reservado al que no le importaban las cosas materiales, más próximo a un célibe y ermita sadhu, con sus grandes barbas y encerrado en una cueva, que de una persona sociable. Con los años vio que su marido, en vez de querer frecuentar el círculo de la rica clase aristócrata, como a ella tanto le gustaba, se refugiaba solitariamente

en su estudio. Marie Antoinette, desde luego, anteponía la clase social e imagen pública a los sentimientos personales de un familiar, fuese su marido o sus propias hijas.

Durante todo ese período de incertidumbre y correspondencia entre sus padres y Víctor sobre el matrimonio, Amrita se dedicó a satisfacer sus deseos en los brazos de un británico llamado Richard Campbell, que veraneaba en Shimla con sus hijas y su mujer. La atracción física fue mutua e instantánea cuando se vieron por primera vez en el club. Era alto, de ojos grandes y azules descoloridos por la ansiedad, prematuramente envejecido y de pelo rubio canoso. Vestía con pantalón y chaqueta tipo *sport* de tejido *tweed*, como si fuese a emprender de un momento a otro un paseo por algún monte de Gales. El británico siempre llevaba unas lentes colgadas de una cinta negra y un reloj de bolsillo con cadena, objetos que le infundían una ridícula actitud y andares resueltos para dar a entender a sus compatriotas asentados en la colonia que él procedía de la metrópoli y que en aquellas tierras estaba solo de paso. Cuando sonreía, se le marcaban sobre las sienes una serie de prominentes arrugas que le daban a su figura un aire taimado y pícaro. Para él, Amrita representaba la figura de una mujer bella, joven, segura de sí misma, independiente y con una fuerte personalidad que desprendía una dignidad de joven emancipada, inusual por entonces en aquella mezquina sociedad.

Por el contrario, Amrita lo encontraba interesante porque simplemente era la única persona con la que en aquellos momentos podía apagar su fuego interior: era un hombre físicamente fuerte y atractivo y se encontraba disponible. Con el tiempo, ella lo consideró racista, demasiado inquisitivo, posesivo y vano. Vio en él la inmadura actitud de Yusuf pero en versión fina y delicada de súbdito de la Corona británica. Era una persona intelectualmente muy distinta a aquellas con las que Amrita se había relacionado. Durante una conversación, el inglés argumentó que los problemas políticos que tenían lugar en Europa eran causados por un solo hilo conductor: los judíos.

—Además, los indios son inútiles en caso de conflicto. Sus sentimientos sediciosos hacia el Imperio les harían huir del enemigo. Imagínate que aquí entramos en guerra para sofocar una rebelión... Serían los soldados nativos, ¡ellos!, los primeros en echar a correr chillando —dijo Richard con un impecable acento de Oxford en un restaurante lleno de gente—. Fíjate en aquel grupo de la mesa de al lado de la ventana. Intentan imitar con sus ropas occidentales una actitud británica. Quieren parecer ingleses de clase media, ¿no es eso tener una actitud hipócrita frente a la vida? Tú al menos vistes con bellos saris, tienes mentalidad occidental, ya que eres europea, y eres de los nuestros porque tienes carácter. Pero es la envidia la que aflige a los nativos. La envidia es el más terrible y vil pecado de los indios. La envidia hierva en el fondo de sus ideas radicales contra los intereses del Imperio, causando la sedición y revueltas en los pueblos del interior.

—¿Y con qué argumentos justificas a Inglaterra para seguir dominando la India? —le preguntó Amrita visiblemente irritada, con su inglés impregnado de acento francés y un tanto cansada de aquella diatriba.

—Un escritor británico ha dicho recientemente: “También los extranjeros son seres humanos, pero los ingleses tenemos propensión a olvidarlo” —contestó prorrumpiendo con una sonora carcajada, para después continuar con un semblante algo más serio—. Solo hay un argumento: los ingleses estamos aquí por el bien de la India. Haciendo justicia y conservando la paz entre tanta miniprovincia de ricos maharajás, más preocupados por sus nuevos automóviles y la caza de tigres que por sus propios compatriotas, a los que tratan de súbditos y esclavos. Los dejarían morir de hambre antes de cuestionar los privilegios que ostentan y que les permitimos. Sin

nosotros, los maharajás se vendrían abajo como un castillo de naipes, por eso nos apoyan y nosotros les correspondemos haciendo la vista gorda a sus extravagancias y delitos criminales.

Amrita intentaba no entrar en conversaciones fatuas, más bien las evitaba y pensaba: “Si pudieran los indios sacudirse los pies de la tierra hostil de la India inglesa, escapar de su opresión social y volver a las costumbres...”. Pero había momentos en los que encontraba insoportables sus comentarios, como en aquel instante.

—A vosotros los ingleses, aquí en la India, lo que de verdad os gusta es mantener el caprichoso sistema del palo seguido de la dádiva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el inglés un tanto divertido por haber causado tal reacción entusiasta en su joven amante, que estaba visiblemente irritada.

—Pues quiero decir una cosa muy sencilla, lógica y comprensible: que es muy difícil pensar bien del que entra en tu propia casa a quedarse con el producto de tu trabajo.

—¡Ah! Tú todavía no lo has entendido porque no quieres ver más allá de la sensualidad que la India aporta a tu arte, a tus pinturas —le contestó Richard repantigándose en su silla, mientras jugaba con la cadena del reloj de un modo que parecía indicar ser muy dueño de sí mismo—. Mira, hay dos clases de personas según la conformación de su cráneo: los dolicocefalos y los braquicefalos. Los primeros representan pureza de raza, mentalidad superior, como nosotros, los ingleses y los alemanes. Los segundos son todo lo contrario: una raza impura e inferior, como los nativos indios. Nosotros, al igual que los germanos, somos los dolicocefalos por excelencia, los únicos herederos de la raza aria.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Qué necedades! ¡Pero si todas estas teorías sobre la raza son antiguallas! ¡Ja, ja, ja...! —. Amrita se reía sin tomárselo en serio, como una ocurrencia graciosa procedente de una persona inmadura a pesar de su edad.

Dio por finalizada la relación con él un día que asistieron a una función de teatro. Richard había acudido acompañado de su familia, estaba sentado en una de las primeras filas y, desde allí, no dejaba de lanzar miradas hacia atrás, donde se encontraba Amrita. Su esposa Madelaine se daba cuenta de la atención que suscitaba en su marido. Antes de anunciarse el descanso tras la primera parte de la obra, Amrita salió de la sala y Richard la siguió. Se excusó alegando que iba a saludar a un amigo del club. Hicieron el amor de pie, en un rincón de un pasillo sumido en la oscuridad. Después, Amrita le anunció que habían terminado: no habría más encuentros, se marchaba a Europa para casarse con su prometido.

La cara pálida de Richard adoptó un gesto violento. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si acabase de recibir un ataque traicionero. Le pidió más tiempo, que esperase por lo menos hasta que él se hubiese marchado de Shimla. Le argumentaba que no podría soportar estar en la India sin su presencia; las tardes le parecían insípidas cuando no tenía a su lado a su joven amante porque Amrita se había convertido en la confidente de su vida diaria.

Ella se rio de sus súplicas infantiles, más propias de un adolescente enamorado que de un hombre ya maduro en los cincuenta. Richard, ante la actitud tan mordaz de Amrita, se sintió cohibido y temeroso, y continuó implorando patéticamente con el fin de provocarle compasión. Estaba pálido, con una palidez sudorosa semejante a la de los enfermos. Harta de su reiteración, Amrita insistió dándole a entender, una vez más, su decisión tajante: la relación se había acabado. Él no quiso admitirlo y siguió rogando al tiempo que subía el tono de voz. Estaba visiblemente ofendido, no permitía que fuese ella quien decidiese que la relación se hubiese terminado y continuaba hablando en voz alta sin percatarse de que su actitud empezaba a llamar

la atención de la gente, que pensaba que discutían. Él, con ojos suplicantes y empeño infantil, estaba cada vez más acalorado, mientras ella intentaba tranquilizarle para que pudiesen hablar de forma más racional. Pero Richard seguía y seguía exaltándose, jadeando y resoplando, y no quiso entrar en razones.

Madelaine, tras buscar a su marido por el *lobby* y los pasillos adyacentes, los encontró. Richard se vio en una situación embarazosa y la transformó en agravio insultando a Amrita, acusándola de querer seducirlo allí mismo, durante el entreacto, tras saludar a un amigo. Amrita lo abofeteó tan fuerte que cayó de espaldas y empujó a su esposa, que lo siguió al suelo dando un sonoro grito. Un viejo inglés de piel sonrosada y patillas anchas y canosas que observaba el espectáculo, se pasó lentamente los dedos por el bigote engomado mientras señalaba a Amrita y decía a su acompañante: “¡Menuda zorra!”.

La discusión racial se impuso, la piel morena *versus* la blanca, atrayendo así a un mayor número de personas que formaron un círculo. Un grupo de guardias indios llegaron corriendo para dispersar el gentío que se había formado y que estaba retrasando la apertura del segundo acto de la obra de teatro. El criado nepalí Bibhu, espectador de la escena desde la ventana que daba al jardín, donde los vehículos estaban estacionados, apareció empuñando su cuchillo de guerra. Los guardias, al ver al imponente *gurkha* blandiendo el arma y decidido a hundirla en el estómago de cualquiera que se atreviese a tocar a su *memsahib*, dieron un paso más. Se miraron unos a otros y decidieron no mezclarse y formar un pasillo entre la gente para que pudiesen salir del edificio lo antes posible.

Mientras Amrita desaparecía entre la multitud, Richard la miró por última vez con unos ojos mansos y tristes. Intentó balbucear algo, pero no pudo. Ella se refugió en su calesa y no pudo evitar las lágrimas amargas que corrían silenciosamente por sus mejillas. Por una vez, Amrita había sido la víctima. Su seducción y complacencia sexual se habían convertido en compunción y dolor.

Tercera Parte

El cuervo es el paria de las aves; y el asno, el paria de los cuadrúpedos; y el hombre, el paria de los parias, puesto que desprecia a sus semejantes

Proverbio hindú

Finalmente, Amrita decidió ir a Europa y así lo planeó. Víctor la esperaba en el puerto de Nápoles, irían a Génova y allí cogerían juntos el tren a Budapest, donde se casarían con el consentimiento de sus padres o sin él. Esperarían un tiempo, hasta que Víctor obtuviese sus documentos acreditativos como médico especializado, y viajarían a la India, a Shimla, donde el fiel criado Bibhu se había quedado al cuidado del bungaló.

Una vez en el barco de camino al Viejo Continente, Amrita se sintió enferma, con vómitos.

En el puerto de Bombay notó el aire del buque como un baño caliente al que se añade de forma constante agua más caliente todavía. La temperatura subía y subía. El doctor del barco le confirmó que estaba embarazada. Amrita, a punto de tener un colapso nervioso, intentó convencerlo de que le practicase un aborto. El médico italiano se negó, ya que no tenía el equipo necesario y realizar un aborto en aquellas condiciones pondría en peligro su vida. El capitán del barco también se opuso, pues consideraba que una muerte a bordo de su buque MB Victoria traería mala suerte.

Amrita se sintió infeliz. Durante toda la travesía padeció náuseas y vértigos, y no dejó de pensar en qué pasaría entre ella y Víctor cuando este conociese la noticia. Llegó a pensar incluso en tirarse al mar. No se consideraba merecedora del cariño y el afecto que Víctor le había estado profesando. ¿Llegaría a echar a perder las expectativas y el amor que Víctor sentía por ella? Intentaba recobrar la lucidez, o quizá la locura, pues ya no sabía muy bien dónde estaba la frontera. Sus constantes mareos y sensación de malestar en el estómago no la abandonaban ni en las horas más tranquilas.

Con ansias de pisar tierra firme y después de meditar sobre su situación, recostada sobre una tumbona de teca y mimbre mientras contemplaba el mar por la banda de estribor, decidió callar y no decirle nada. Pero era difícil poder engañar a Víctor, no solo porque había acabado recientemente su doctorado en medicina, sino porque Amrita no pudo ocultar los síntomas durante la travesía a Budapest y él pudo deducir enseguida su condición. El joven médico quedó devastado. Se sintió enojado y maltrecho. Las numerosas relaciones que tuvo con hombres no eran relaciones sólidas ni reales, pero su falta de conciencia ante la posibilidad de herir a las personas que la rodeaban era meramente la expresión de su propio hedonismo.

Víctor se sentía repelido por el escándalo y pedantería con que en Europa catalogaban los hechos relacionados con el sexo, pero el episodio de Amrita con Richard le había afectado personalmente, causándole una enorme ansiedad y desconcierto. Finalmente, gracias al sentido común y su buena voluntad, decidió seguir adelante con los planes de matrimonio.

Como los hechos parecían haberse enredado, decidieron acomodarlos como se arregla la tierra después de arrancar un hierbajo. Él se sentía incapaz de realizar un segundo aborto, así que habló con un compañero suyo de medicina. Fuera de la habitación, Víctor, al que la ciencia parecía discutirse todo, lloraba de tristeza e impotencia.

Tío Ervin, al enterarse de que su sobrina estaba en Budapest y de los últimos acontecimientos, apoyó con optimismo a la joven pareja, no solo porque ambos fuesen judíos o estuviesen dispuestos a cumplir la Torá, sino porque los quería como si fueran sus hijos. Esta era la característica más sobresaliente de Ervin hacia la vida, un hondo instinto de bien y

optimismo, natural, fresco, vivo. Siempre ante los acontecimientos de la vida, ante la adversidad, ante el rencor humano, ante todas las cosas, adoptaba la actitud de un niño que ve por primera vez el mundo. No dejaba en su espíritu huella de melancolía, prejuicio ni odio. Así se comportaba con su sobrina y con Víctor. En él siempre había un gesto espontáneo hacia Amrita, desde que era pequeña, de bondad que no se cansa, de sincero afecto y cordialidad.

Emily, que había sido espectadora de la relación con Richard, lo recordaba del siguiente modo: “No llego a comprender cómo Amrita se permitió quedarse embarazada. No se la veía atraída hacia Richard Campbell y, además, no lo consideraba un amante íntimo como otros. No solo porque el británico estuviese en Shimla con su mujer e hijas sino porque, conociendo a Amrita, no era el tipo de amante con el que pudiese tener una relación fugaz, espontánea o seria. Me lo presentó en una cafetería llamada Davicos, un sitio donde ella solía ir a comer y leer en el hermoso jardín que tenían en la parte trasera. Recuerdo que aquel sieso británico me pareció un estúpido mayúsculo. Tenía la irritable peculiaridad de que cuando hablaba en su perfecto acento inglés, susurraba las letras *S* y *R* con tanta claridad que parecía usarlas con más asiduidad que cualquier otra persona.

El que no adoptase medidas para evitar quedarse embarazada causó un enorme malestar en Víctor, que la esperaba en Italia para ir a Budapest. Estaban comprometidos. Entonces, ¿por qué lo hizo? Amrita no era ninguna ninfómana. A pesar de las acusaciones que recibió, ella no se acostaba con cualquiera y si lo hacía, tomaba las precauciones debidas.

De toda la maraña de amantes que tuvo, este, desde luego, era el más sectario y de mayor cerrazón mental. Ahora lo que pienso es que su relación con aquel imbécil descomunal fue más allá de querer satisfacer un placer físico o emocional. En mi opinión, esa relación fue para olvidarse, evitar o retrasar el matrimonio con Víctor, no porque no le quisiese sino porque después de haber tomado aquella decisión y pensarlo con calma, empezó a temer al futuro una vez casada. Tenía dudas personales que me expresó cuando se despidió de mí antes de emprender el viaje a Europa. ¿Tendría que fingir serle fiel el resto de su vida? ¿Sería feliz? ¿La limitaría en la expresión de sus sentimientos a través de la pintura? ¿Cómo vería la vida? Estas y muchas otras incertidumbres le causaron un estado de ánimo que, tras ser cortejada, hizo que se dejara llevar físicamente”.

Por otra parte, el crítico Peter Kovacks, ya en su vejez, recordaría esta época en la vida de Amrita: “En la complejidad psíquica de Amrita había un deseo de búsqueda de amantes inadecuados para rebelarse contra el empeño de su madre por encontrar para ella lo que llamaba 'el joven apropiado'. Por esta razón pienso que su matrimonio con su primo húngaro, el doctor Víctor Egan, fue motivado por su ansia de verse liberada de la personalidad dominante de su madre. Poco después de la muerte de Amrita, conocí en Nueva Delhi a su madre, Marie Antoinette, en una exposición dedicada a su hija, y me causó un sentimiento más que de tristeza, de desprecio, debido a su carácter huraño y antipático. Cuando me presenté y le dije que había conocido a Amrita durante su exitosa exposición en el hotel Faletti de Lahore, tuvo la osadía de atribuirse el mérito de las obras de su hija ya que, según presumía, fue ella quien la animó y apoyó económicamente a la hora de seguir la carrera de artista. No había visto expresión más rufianesca en la vida. Hubo gente por entonces que hablaba de que fue ella quien la llevó a la muerte. Después de conocerla personalmente, no me pareció improbable”.

A pesar de su apariencia modesta, Víctor procedía de una familia de aristócratas irlandeses. Su apellido familiar era O'Egan; sus antepasados emigraron de Irlanda a España y de allí a Hungría. Su abuelo, y posteriormente su padre, perdieron la fortuna familiar en desastrosos negocios que, a pesar del esfuerzo y entusiasmo que ponían, fracasaron uno tras otro.

Víctor vivía solo con su madre, Blanka. Su padre había fallecido hacía unos años por un cáncer de garganta, motivo por el cual tuvo que compaginar sus estudios de medicina con trabajos temporales. Con el poco dinero que tenían ahorrado, y con la ayuda económica de tío Ervin, Blanka invirtió en montar un restaurante pensado para obreros y trabajadores de las zonas industriales. Un menú barato y comida típica casera fueron los ingredientes para que ese pequeño negocio les reportase el dinero suficiente para subsistir.

Víctor había terminado recientemente sus estudios *cum laude* y trabajaba con un horario intensivo en un hospital. Era muy simpático, un poco apocado, nervioso y no sabía hablar; se azoraba cuando tenía que expresarse en público, aunque solo fuese para decir tres o cuatro palabras. No era un joven especialmente dotado de atractivo físico, ni de idiomas o de una amplia cultura, pero —y al parecer este era un *pero* muy notable para Amrita— era un ser humano muy cariñoso, comprensivo y bondadoso.

Se casaron el 13 de agosto de 1938 en la oficina municipal del Distrito VIII de Budapest. Era un día cálido de verano. Además de contar con la presencia de Blanka y de tío Ervin, Víctor llevó a varios amigos como testigos a la oficina de registros. Algún que otro invitado pudo percatarse de la pasividad, falta de entusiasmo y alegría del futuro matrimonio, hasta el punto de que después de rellenar los formularios burocráticos y firmas, no hubo ni convite ni celebración. Se casaron sin música, ni arroz, ni baile: todo fue un mero trámite. Amrita llevaba puesto uno de sus saris preferidos, muy brillante y llamativo, con la cenefa dorada. Seguía la costumbre que había tomado en la India y dado su carácter rebelde, en Hungría decidió vestir únicamente así, importándole poco, o más bien nada, lo que la gente murmurase u opinase. Llamaba la atención, ya que por entonces ese tipo de vestimenta exótica y extranjera no era nada común en Europa.

Se instalaron en el apartamento en el que Víctor vivía con su madre que, a diferencia de Marie Antoinette, trataba a Amrita con absoluta complacencia. Aprobaba el matrimonio y adoraba tenerla como hija. Decidieron que pasarían una temporada corta en ese apartamento, hasta que Víctor terminase su trabajo intensivo de prácticas en el hospital y entonces pudiesen viajar a la India.

A Umrao y Marie Antoinette les pilló la boda por sorpresa. Viajaron a Budapest para hablar con Amrita. La intención que tenían era dar a su hija un ultimátum, pensando que quizá se retractase de la decisión tomada. Marie Antoinette, temiendo el ímpetu natural de su hija, estaba horrorizada pensando en si sería demasiado tarde y Amrita estuviese embarazada de Víctor. Al llegar a la casa, Marie Antoinette no prestó mucha atención a su hermana Blanka, que había procurado que la presencia de los invitados fuese de lo más comfortable. Así, hizo comprar dulces exquisitos para tomar con el café, pero ni Umrao ni Marie Antoinette probaron sorbo ni bocado, sino que fueron directamente a por su hija y se encerraron con ella en el dormitorio. Esto hizo que la atmósfera resultase aún más enrarecida. Umrao esperaba que su hija aceptase

sus argumentos fríamente, aun con un ligero tinte de ironía filosófica. Rompió el hielo diciendo pacientemente mientras se sentaba en el borde de la cama:

—Tu madre te llevó en el vientre durante nueve meses. Te hemos cuidado desde tu nacimiento, te hemos ayudado a crecer y te hemos apoyado hasta el día de hoy. Hemos financiado tus estudios en París, ¡extremadamente caros! Te hemos pagado desde profesores particulares hasta tus viajes de verano a Hungría y los realizados a la India. Te hemos financiado durante tu independencia mandándote una pensión. Y pese a que te hemos dado todo cuanto tenemos, amor, cariño y dinero, ¿es así como nos lo agradeces? ¿No piensas que nosotros, como padres, después de haberte dado tanto, tenemos puestas ciertas esperanzas en ti?

Amrita, sentada en una silla y aun queriendo dar una imagen de completo dominio de sí misma, movía la pierna con la punta del pie apoyada en el suelo.

—Nosotros estamos muy contentos de vivir juntos. Somos personas ya adultas, conscientes de nuestra decisión. Nos conocemos muy bien los dos. No estoy haciendo nada erróneo. Nos queremos mucho y somos extremadamente felices. Pienso que si me apreciarais tanto hubieseis tenido un mínimo de respeto por Blanka, que no solo es la hermana de mamá y la madre de Víctor, sino mi suegra. En cuanto a la financiación de mis estudios, desde hace ya tiempo os he estado dando muchos detalles del fruto y rendimiento que han tenido, pero si aún no estáis completamente satisfechos, en el futuro próximo os haré ver más resultados. De momento no son económicos, pero mis exposiciones me están dando a conocer, ya lo sabéis por los recortes de prensa que os he estado mandando por correo. No os preocupéis por eso.

—¡Oh, qué orgullosa eres! ¿Por qué eres tan injusta? ¡Imagina mi espanto y mi estado de angustia cuando me dieron la noticia! ¡No me lo podía creer! —exclamó Marie Antoinette con voz plañidera mientras caminaba inquieta de un lado a otro de la habitación, haciendo crujir deliberadamente una uña entre sus dientes con enérgica expresión negativa.

—No uses palabras tan exageradas, por favor, mamá.

—¿Como cuáles? —contestó con nerviosismo.

—Como las de *espanto* y *angustia*...

Marie Antoinette ya no se pudo contener y mostró su verdadero carácter. Sus movimientos violentos le hacían retemblar un poquito la gruesa papada que acababa de redondear su rostro. Dejándose ya de remilgos, colérica, con una voz enfurecida que se pudo oír por todo el apartamento, prorrumpió:

—¡Eres una testaruda! ¡Con el tonto de tu primo! ¿Qué te crees, que estáis hechos el uno para el otro y que vais a vivir una vida tan dulce como la de los dos muñequitos de encima de la tarta? ¡Escúchame, descarada! Me cuesta creer que tú estés dispuesta a pasar el resto de tu vida con un médico de pueblo. A ti, que no te ha faltado nada, que has vivido a todo lujo y te has permitido todas las comodidades que has querido, ¿ahora vas a rebajarte y luchar por sobrevivir? ¿Quién va a ser quien sostenga a quién? Porque con la venta de un solo cuadro tuyo seguro que cubre el salario de un año de Víctor ¡o más!

Umrao, tras hacer un gesto a su esposa llamándola a la calma al mismo tiempo que esgrimía un dedo hacia Amrita imponiendo silencio, dijo:

—Será este tu deseo de sufrir todo tipo de privaciones en tu futura vida. De acuerdo, de acuerdo... Pero que sepas que Víctor, como doctor, no podrá sostenerte a ti ni en Delhi ni en

Shimla. Tienes que olvidarte de volver a la India. Tan seguro estoy como que de dos y dos son cuatro, y de que el emprostótonos sucede al opistótonos. Allí tu etapa se ha acabado. ¡Con lo que cuestan los alquileres! Imposible abrir allí una consulta médica. Además, que yo sepa, prácticamente no sabe hablar inglés. No eres realista. ¿Tú has pensado en todo esto o te has dejado llevar por impulsos juveniles? Te digo una cosa... —se detuvo ahí para dotar de solemnidad las palabras que iba a pronunciar, como si pretendiera subrayarlas. Se levantó, miró de soslayo a Marie Antoinette como indicando que lo que iba a decir tenía trascendencia y continuó—: Te digo una cosa, aún tienes tiempo de retractarte. Tu madre y yo tenemos contactos en el gobierno aquí en Budapest y podemos lograr la nulidad del papel que habéis firmado...

A pesar de las distintas demostraciones de disuasión con todas las armas de la persuasión, de la oratoria y de la retórica que emplearon, Amrita no se amilanó, no desistió ni sucumbió a los argumentos e intereses de sus padres para que terminase con su reciente matrimonio. Más que nunca quiso a Víctor como marido, entre otras cosas, porque había superado el obstáculo más importante, la confrontación con su madre, y esta circunstancia estimulaba una mente que siempre se había sentido oprimida y coaccionada por su progenitora.

Tanto Amrita como Víctor estaban en la plenitud de sus facultades, hablaban el mismo idioma, el húngaro, eran razonables y, sobre todo, sinceros. Empezaron la convivencia de su matrimonio con una serie de acuerdos. Primero: no tendrían hijos, no por la cuestión de sangre, dado que eran primos, sino porque no querían tener niños a su alrededor. Segundo: Amrita seguiría con su devoción por la pintura y Víctor la respetaría y apoyaría. Tercero —lo más inusual de toda convivencia matrimonial—: Amrita podía tener relaciones con otros hombres o mujeres. En esto último, Víctor no pareció verse molesto, ya que hacía mucho tiempo que había aceptado este comportamiento como parte de la personalidad de Amrita: su necesidad de tener una vida sexual variada.

Tras la Primera Guerra Mundial, el atropello e iniquidad cometidos con Alemania fue tan grande que, a pesar de la incredulidad y cerrazón de muchos, a nadie con sentido común podía escapársele que sucedería otra guerra tarde o temprano. Dominados por la insensatez y la demencia ensalzadora del nacionalismo, los nazis, hinchados de ensueños ambiciosos, alardeaban de una dialéctica pedantesca. Su razonamiento favorito para justificar su absurda idea de pertenecer a una raza superior era ejercitar sus cabriolas mentales con un acrobatismo intelectual pesado y tortuoso, con el fin de demostrar que Alemania debía ser la señora del mundo y que el supremo ideal de la felicidad consistía en que los humanos vivieran regidos por el pangermanismo, “la aristocracia de la Humanidad”.

Aquel nacionalismo necesitaba un pilar sobre el que sujetarse, uno que representase un sentimiento fuerte de rechazo, antipatía, aversión y de intensa repulsa: los judíos. Detrás de aquella faramalla sobre razas, odio y recuperación de territorios perdidos tras la Primera Guerra Mundial, había un proyecto político que consistía en el exterminio sistemático de los judíos. Por aquella época ya había empezado a brotar la soberbia que anida en los corazones humanos: lo ario era virtuoso, exento de imperfecciones y hermoso, mientras que lo judío era depravado, corrupto y mefistofélico. El yidis, que era una lengua viva, pasó a ser el lenguaje de los muertos. La existencia de los judíos asquenazis en Europa Central y Oriental se empezaría a volatilizar al calor de los hornos crematorios.

Los nazis habían impuesto la Ley de protección de la sangre y honor alemán que hacía que los matrimonios interraciales, como los de judíos y arios, fuesen ilegales. Bajo este tipo de leyes impuestas en los países dominados por la influencia nazi, Amrita se encontraba amenazada. En Hungría, el nacionalismo debía extenderse en cada una de las manifestaciones de la vida. En los periódicos todo eran soflamas encendidas sobre la deuda histórica, la unión de los pueblos húngaros bajo una sola nación y reivindicaciones nacionalistas, ya que tras la Primera Guerra Mundial habían perdido nada menos que un 70 por ciento de su territorio. Hungría pronto se alinearía con la Alemania nazi, entre otras razones por querer ser recompensada con aquellos territorios donde presuntamente había una mayoría de población húngara, como en Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Atrás quedarían la belleza, la libertad y el resplandor artístico húngaros. Atrás quedaría también el recuerdo del 'Club de la tribu de los indios pieles rojas', que con tanto entusiasmo tío Ervin organizaba todos los veranos entre aquellos magníficos árboles que acabaron, después de la guerra, derribados, tronchados y quemados por la fuerza de vehículos en forma de oruga y por los frutos que caían de los pájaros motorizados que surcaban el cielo. Los nazis no solo se contentaron con utilizar los troncos de madera para alimentar sus hornos, sino que quisieron quitarles también el alma, porque no se entendía la vida sin los árboles. Murieron muchísimos de ellos mientras el viento los buscaba y el mundo valía un poco menos.

Una vez que Hungría y Checoslovaquia empezaron las escaramuzas previas a la Segunda Guerra Mundial, el tío Ervin les aconsejó dejar Budapest, pero Víctor fue llamado a filas y Amrita tuvo que quedarse sola en casa con su suegra. Durante su ausencia, Amrita visitó a su antigua amante Klara Lang. Tras este nuevo reencuentro, pintó el cuadro *Dos chicas* (1939), en

el que representó a dos jóvenes desnudas, una de piel blanca y otra oscura, como si quisiese enfrentar la superioridad colonial blanca contra la fuerza oscura de un país sumiso al mismo tiempo que representar la interacción entre dos culturas.

Poco tiempo después, Klara se marchó a Hollywood atraída por el mundo glamuroso del cine, pero en el trayecto hacia el puerto de San Francisco y debido a los últimos acontecimientos de la guerra, el barco tuvo que ser atracado indefinidamente en Shanghái. Klara decidió quedarse y encontró empleo en un conocido cabaré al que asistían personajes de los bajos fondos: espías, nazis y soldados de las fuerzas aliadas. Durante el resto de la contienda, participó en ambos bandos pasando información tanto a unos como a otros sin saber el contenido ni el motivo de tales mensajes secretos. Se vestía elegantemente al estilo oriental y pronto tuvo reputación de afamada prostituta de lujo entre los numerosos clientes del suntuoso cabaré. Después de la guerra abrió una *boutique* en la trabajó hasta que murió, víctima de un cáncer, antes de cumplir los cuarenta años.

En la primavera de 1939, Ervin les aconsejó por segunda vez dejar Hungría con la mayor celeridad posible. Esta vez sí le hicieron caso, ya que la situación de tensión racial y antisemita había crecido en la calle hasta el punto de temer por la vida de Amrita. En agosto del mismo año, Hitler firmó un pacto con Stalin, pero a los pocos días empezó a reclamar una parte de Polonia y dio comienzo la Segunda Guerra Mundial. No pocos pensaron que al firmar aquel pacto con Rusia habría paz.

Umrao, desde París, como ingenuamente creyó en un principio leyendo los periódicos durante la época previa al estallido de la Primera Guerra Mundial, creía que las amenazas beligerantes afectaban a los demás y que las apetencias territoriales de los nazis ya se habían acabado con Polonia. De este modo escribió a su hija diciéndole que, en su opinión, lo mejor que podía hacer era quedarse donde estaba. Él y su círculo intelectual de amigos pensaban que el mundo acabaría adaptándose a sus deseos: “Todo es propaganda, todo son rumores. Hace años decían que los alemanes fusilaban en la calle por cualquier nimiedad y clavaban sus bayonetas en los vientres de los niños. Los que dicen que ahora habrá una nueva guerra se basan en informaciones inciertas, meras divulgaciones de noticias falsas. Ten en cuenta que hay una fuerte oposición en Budapest de ultraderecha y Miklós Horthy tiene muchos extremistas en su ejército. Quizá sean ellos quienes estén alentando tantos rumores falsos para asustar a la comunidad judía. Todos los que se van a Ucrania se marchan para trabajar con el motivo y principal propósito de mandar a sus familiares alimentos y ropa, igual que los que ya se han marchado a Polonia”.

Ervin era más racional y, sin perder un ápice de tiempo, les preparó los documentos pertinentes para cruzar la frontera y viajar hasta Génova, donde tomaron un barco con destino a Ceilán. En el buque, el microcosmos de pasajeros de las más diversas nacionalidades parecía un boceto ilusorio y utópico del mundo del porvenir sin fronteras ni antagonismos de razas.

Una vez recibida la noticia de la partida de su hija hacia la India, Umrao le escribió informando de que había hecho limpieza en los cajones de su habitación de París. Siendo consecuente con su juicio y el de su madre, le comunicó que ambos habían destruido la mayor parte de sus cartas. Las que consideraron que debían guardar debido a su contenido y nivel intelectual las ataron con un distintivo cordel, pero las que consideraban sin ningún interés cultural las quemaron en la chimenea. Amrita solo pudo protestar escribiendo duramente a sus padres por tomar tal decisión sin su consentimiento. Años después, tras su muerte, Marie

Antoinette y Víctor destruyeron lo que quedó de la correspondencia que mantuvo a lo largo de los años, desde su adolescencia y juventud, con amigos, amantes, conocidos y familiares. Actualmente tan solo existen unas pocas cartas escritas por Amrita de su puño y letra, pero se han conservado casi todas las de su padre. Umrao, siguiendo su peculiar carácter, tenía la costumbre de escribir siempre a máquina y con papel carbón para guardar copia de sus escritos.

Por su ubicación en la encrucijada de las principales rutas marítimas, Ceilán era considerada un vínculo naval estratégico entre Occidente y el sureste asiático, además de un centro de la religión y cultura budista desde la antigüedad. Durante aquella época de comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y tras el posterior ataque a Pearl Harbor, fue una base muy importante para las fuerzas aliadas en la lucha contra el Imperio japonés. Allí visitaron los museos y templos que alentaban la fantasía de la joven artista. Podían ser de cualquier credo: hindú, musulmán, budista, cristiano, judío o griego, pues ningún templo la habría aburrido. Despertaban en ella un sentido de belleza, una actitud hacia la vida perdurable y exquisita donde su cuerpo y sus ideas encontraban un hogar. Amrita no pudo evitar hacer a Víctor grandes exaltaciones del espectáculo; no había nada como observar aquella lucha de sombras dentro de un templo, la colorida decoración, la serenidad, la paz, la muchedumbre, la dualidad entre tradición y modernidad, las ofrendas de los devotos, sus rezos, los cánticos... El conjunto entero simbolizaba para Amrita la búsqueda de alguna verdad salida de la religión o del amor verdadero que algunos llaman devoción ciega, sumisión incondicional, confianza o abnegación absoluta.

Habrían podido quedarse más tiempo, pero decidieron llegar cuanto antes a Shimla. De camino, visitaron el sur de la India. Durante la travesía por mar pudieron admirar la cadena de arrecifes que separa la isla del subcontinente, que geológicamente indica que antiguamente había una conexión terrestre con Ceilán, pero un ciclón en el siglo xv rompió el puente de Adán, la cadena de arrecifes y bancos de arena que une las costas indias y ceilanesas. Como en la India todo es simbólico y se busca sentido mitológico a lo desconocido, se discute por interés religioso la veracidad de la ciencia que trata de la historia de la tierra y de la constitución, origen y formación de los materiales que la componen. De este modo, ya desde los libros antiguos, como en las leyendas del *Ramayana*, se menciona que el puente fue construido por el dios Rama, que quiso cruzar el mar y rescatar a su mujer Sita, que había sido secuestrada y puesta en cautiverio en la isla por el dios Ravana. Pero la geología, que mira más allá de la religión, cuestiona que el río sagrado Ganges sea muy antiguo, ya que hubo un tiempo en que ni el Himalaya que lo alimenta existía, y que los lugares sagrados del Indostán se hallaran cubiertos por un océano. Al erigirse las montañas, sus desechos cubrieron el mar y así es como más tarde los dioses ocuparon sus puestos 'inventando' el río, naciendo así la India que hoy en día los más audaces llaman "inmemorial".

Una vez que desembarcaron en el extremo sur de la India, prosiguiendo su viaje, Amrita quiso enseñarle a Víctor los templos de la ciudad de Madurai y las esculturas realizadas en piedra del pueblo de Mahabalipuram, cerca de Madrás. Todo lo encontraron nutrido y henchido de leyendas e historias mitológicas, como el nacimiento del dios más venerado en el sur de la India, llamado Murugan: tras caer una gota de semen de Shivá en las llamas, este le dijo al dios del fuego que lo depositara en el río Ganges, donde la diosa Ganga lo nutrió y un bebé con forma humana salió del río. En otro lugar de oración hindú, Dios se había encarnado en mono; en otro dedicado a Shivá, este invitaba a la lujuria con apariencia de eternidad; y en otro, la divinidad se había convertido en un paquidermo majestuoso. Llamarlos 'sobrenaturales' hace

pensar en fantasmas, por lo que más bien serían 'deidades extraordinarias', como si el dios creador Brahma, desde el cielo sobre el crisol indio, hubiese gritado “¡extraordinario!” y la palabra hubiese echado raíces en el aire para ser inhalada por los más devotos del país asiático.

En la tierra, los más nobles propósitos rara vez son oídos, pues el destino se divierte al torcerlos y desviarlos. Al llegar a Shimla, el fiel criado Bibhu les esperaba en la estación dándoles la sorpresa, más bien la inesperada noticia, de que Marie Antoinette estaba en el bungalow. En cuanto lo oyó, Amrita intuyó con horror gruesos nubarrones en el horizonte.

Al enterarse en París de que su hija y Víctor tenían pensado ir a la India, y con la excusa de pasar el verano allí, dejó a Umrao sumido con su programa de estudios de literatura persa en la Sorbona y decidió adelantarse a la joven pareja viajando en una línea marítima distinta de la que ellos habían tomado. De este modo había podido llegar antes.

Amrita y Víctor tenían grandes planes que habían hablado y discutido durante el largo trayecto desde Europa. Ella le había insistido en que era su deber aprender a hablar correctamente inglés, ya que especialmente en Shimla era la lengua dominante, sobre todo por la presencia mayoritaria de ingleses y extranjeros de diferentes nacionalidades que se comunicaban en la lengua del Imperio. Él abriría una clínica y Amrita se centraría en sus pinturas, pero la presencia de Marie Antoinette nubló el ambiente y ensombreció los futuros planes, bruscamente agriados. Amrita sintió un escalofrío. Sabía que la presencia de su madre en la casa familiar no era fortuita ni casual, sino minuciosamente planeada y motivada: evitar que los recién casados se instalasen en la casa y poner obstáculos a su felicidad. Así se lo expresó a Víctor, que se mostraba incrédulo y pensaba que exageraba.

Pronto pudo darse cuenta de que ella estaba en lo correcto. Marie Antoinette, fiel a su carácter, no dudó en dar a entender a Víctor que no era bienvenido en *su* casa, aunque siempre se aseguraba de hacer sus comentarios en ausencia de su hija. Víctor, para no enfadar a Amrita, se guardaba sus asperezas y resentimientos, y aparentaba que nada sucedía. Sin embargo, ella percibía el malestar de su marido aun encerrándose a diario en su estudio, intentando encontrar en vano una atmósfera estimulante.

Invirtieron todo el dinero que tenían ahorrado en la compra de instrumental y aparatos para la clínica de Víctor. Marie Antoinette, consciente de la precaria situación económica de la joven pareja, no dejaba de darles la espalda descaradamente cuando hablaban acerca de gastos y aprovechaba el momento oportuno para realizar comentarios sobre los numerosos y costosos utensilios de jardinería importados de Inglaterra que había adquirido recientemente. No solo se había propuesto no ayudarles financieramente, sino que pretendía que llegase el momento de que se hartasen de la vida en la casa y se fuesen de Shimla, ya que no podrían instalarse en otro sitio de la misma zona debido a los costosos alquileres.

En las plantas y en los insectos se puede observar, como en la especie humana, inteligencia, cuerpo erguido y lenguaje articulado. Como seres vivos que son, las plantas se adaptan al medio. Hay una energía que recibe diferentes nombres y es definida de diferentes formas que mueve tanto a las plantas como a la especie humana, y que les da la vida y los lleva también a su final. Hay plantas buenas y plantas malas: unas tienen saludables jugos mientras que otras son tóxicas; las hay que crecen sobre raíces ajenas y viven a costa del prójimo, como también hay las que disfrutan de una vida libre y agreste y crecen a gusto en las montañas; unas se dejan criar con trato cortesano en los huertos y en los jardines, y otras crecen en macetas dentro de una vivienda y se dejan seducir por los halagos de la vanidad. Todas viven, mueren, disfrutan, sufren... En la India existen muchas variedades de plantas, desde coníferas hasta rododendros, desde mangles hasta orquídeas, desde cúrcuma hasta albahaca. Así como en la especie humana y ante tanta dicotomía de clases, no es raro que existan plantas que tengan sus odios y desavenencias, sus amores y sus veleidades. Las pasiones que pensamos que solo anidan en el ser humano, anidan también en las plantas, en la naturaleza.

En la especie humana, la persona que tiene afecto, comprensión y compasión, y se comporta de modo digno y bueno con los demás seres que la rodean anhela la bella criatura que palpita de amor al nacer y crecer como tallo de su ser. Pero las hay que ya de por sí son plantas de mala complexión, que tienen cogitaciones malignas, malas inclinaciones y malas cualidades. Este género avieso se personificó en Marie Antoinette. Ella era de carácter ligero y frívolo y amaba la vida por los placeres y satisfacciones que proporcionaba. Era capaz de cometer las mismas indecencias que una pelandusca. A pesar de su apariencia un poco desaliñada y descuidada, se rodeaba en Shimla de amigas inglesas aduladoras que declaraban que una mujer que se precie no podía salir a la calle con un vestido y sombrero que no estuviese de moda. En su círculo de amistades era respetada por su ostentación de riqueza, dureza y carácter irascible, así como por ser la esposa de un excéntrico millonario indio que muchos confundían como un fastuoso y estrafalario maharajá. Pero sobre todo era admirada por las numerosas amistades influyentes que se había granjeado durante años —muchas incluso habían sido sus amantes—, tanto funcionarios y políticos británicos como franceses y húngaros e intelectuales o artistas de lo más diverso: escritores, pintores, historiadores, compositores, periodistas, escultores... En los días de fiesta se pasaba largas horas al piano evocando sus recuerdos musicales, siempre los mismos, ante la atenta mirada del portarretrato firmado y finamente enmarcado de Giacomo Puccini.

Umrao se sentía impotente. Quería mucho a su hija, pero desde la distancia había empezado a pensar que la guapa, cariñosa y juguetona niña que guardada en sus recuerdos no era la adulta Amrita, esposa de Víctor. Desde la distancia veía las cosas de distinta manera y no admitía las quejas de Amrita hacia Marie Antoinette. Pensaba que todo eran exageraciones y malentendidos. Escribía a su hija, pero la correspondencia era interceptada. Pasaron las semanas y los meses, y Amrita se dio cuenta de por qué no recibía respuesta por parte de su padre, por lo que decidió usar la dirección de Emily como remitente. Tras recibir la primera carta en la dirección de su amiga, supo que su padre no estaba enteramente de su lado, quizá no solo por su amargo pasado y porque no estaba de acuerdo con su matrimonio, sino también porque estaba influido en exceso por el cinismo de una sacerdotisa ajada y confabuladora, Marie Antoinette. En su carta, con la sensibilidad embotada por tantos libros, Umrao minimizaba la deteriorada relación madre-hija, esperaba que las cosas se enderezaran y consideraba a Víctor como el epítome del problema. Y, además, aun mencionando la posibilidad de que pudiesen establecerse en el entonces Principado de Kapurthala, el inconveniente seguía siendo Víctor debido a su nulidad con los idiomas: “Estoy totalmente de acuerdo con que Víctor aprenda inglés. Es fundamental para ejercer su profesión. Como te dije muchas veces, yo tengo muy buenos contactos con la familia del maharajá de Kapurthala, pero allí anteponen el francés a cualquier otro idioma y solo tú podrías residir allí. Soy consciente de que le será muy difícil y complicado aprender un nuevo idioma a la edad que tiene, pero no tiene otra opción si quiere ejercer en Shimla. Recuerdo haberle oído hablar en inglés y no le entendía nada. Desde luego, tendría que empezar desde cero, con la fonética, con la forma de pronunciar las palabras correctamente.

Os debéis de estar gastando una considerable cantidad de dinero entre sus clases particulares, su equipo médico y la remodelación de tu estudio. Espero que al menos pronto generéis ingresos. En referencia a que mamá ha querido ampliar el jardín rompiendo parte de la pared de tu estudio, me siento con las manos atadas, no puedo hacer nada al respecto, solo pedir que sea más considerada y atenta. Le escribiré sobre este asunto”.

La turbulenta relación con su madre fue poco a poco erosionando no solo la convivencia del joven matrimonio, sino creando principalmente un efecto pernicioso en la mente de Amrita. Marie Antoinette, ese monstruo con atuendo humano, jugaba con los sentimientos de su hija. Su ternura había desaparecido para convertirse en dureza. Su mente se convirtió en un torbellino de impulsos contradictorios deliberados con mala idea y, al mismo tiempo, con afán de parecer escrupulosamente inocente. Por la mañana se podía mostrar alegre y comprensiva con su hija, pero por la tarde era todo lo contrario: huraña, irascible y mal hablada. Cuando Amrita no estaba presente, no dejaba de hablar a Víctor con medias palabras sobre el pasado amoroso de su hija, de sus aventuras sexuales con mujeres, de la ruptura con Yusuf y de cómo contrajo la sífilis. Había días en que se hacía la víctima y disimulaba un ataque de ansiedad o nerviosismo. Tal era su comportamiento teatrero que hasta llamaba al doctor y contrataba enfermeras para estar a su lado durante dos o tres días, argumentando que nadie en la casa se preocupaba de ella ni la cuidaba.

Consciente de la precariedad de la pareja, seguía ostentando con orgullo su capacidad financiera y llevaba a casa a un peluquero. Otras veces también llamaba a una esteticista para esmaltar sus uñas y hacerle masajes de cabeza o cuerpo entero, que procuraba que fuesen al aire libre, en el jardín y a la vista de todos. Otras veces, el blanco de su ira era el apacible y sumiso criado nepalí Bibhu, pues lo consideraba leal a su hija, que se oponía a sus demandas de despedirlo. Marie Antoinette lo quería fuera para ser ella misma la encargada de controlar el servicio doméstico.

—¡Miradlo! —exclamó Marie Antoinette con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca mientras Bibhu se afanaba en servir el desayuno de la forma más complaciente y servicial posible—. ¿Sabéis cuál es la estrategia de los nativos que se creen educados? Se comportan de manera servil hacia nosotros, los invasores desalmados, pero por detrás confabulan demostraciones de crímenes y asesinatos.

Indiferente hacia lo que pasaba por la mente de este antiguo guerrero *gurkha*, Marie Antoinette señaló las mangas sucias de su camisa, que se acababan de manchar con el curry que había salpicado del cuenco que portaba, y continuó su agravio:

—¿Veis? Aquí tenéis la caracterización perfecta del indio, ¡la negligencia! El descuido por la limpieza e higiene. Esta es la esencia de la raza india. ¿Qué os parece si al *hermano indio* lo empezamos a vestir con salacot y polainas? —prorrumpió con estruendosas carcajadas, envanecida de soberbia y superioridad. Aquel comentario le pareció tan ocurrente que se reía con todas las fuerzas que le permitía su ser, repitiendo—: ¡Con salacot y polainas!

Cuando era domingo, que en Oriente siempre es un día ambiguo y de excusa para holgazanear, vociferaba que iba a morirse y gemía hasta crear un ambiente irritable y malintencionado durante toda la mañana que invitaba a todos a salir de la casa. Otras veces, ordenaba intencionadamente a las criadas empantanar los suelos de las habitaciones para fregar por la mañana temprano y se mostraba muy quisquillosa con la limpieza y la higiene. Su pretensión iba más allá del deseo de verlos trastabillar en su vida matrimonial: se trataba de evitar a toda costa

que se sintieran cómodos en la casa y decidiesen quedarse. El hecho de pensar que Víctor, como esposo de su hija, pudiese heredar en un futuro parte del enorme patrimonio de su marido, la exasperaba y le causaba irritación. Se propuso impedir que pudiera tener éxito profesional en Shimla, con el fin de que su esposa le siguiera a otro destino sin otra opción que la vuelta a la convulsa Europa. Ajena a la generosidad, se había transformado en un miserable reptil con su nariz respingona.

Amrita sentía que una masa de locura trataba de arrollarlos, pero no sabía cómo esquivarla porque no entendía la locura. Se había enfrentado a los problemas siempre con buen juicio y sosiego, pero la situación en la que se encontraban en la casa era insostenible. Además, no sabía qué otro destino tomar con Víctor.

El ambiente tenso en el que vivían era cada vez más acuciante. Marie Antoinette, siempre rígida e intrigante, seguía elucubrando planes para conseguir erosionar la relación entre marido y mujer. Cuanto más los veía juntos, más lacerante se sentía.

Emily-Christine Kestenholtz Wilkinson recordaría así este ambiente de aquellos días: “Su madre, desde luego, era una auténtica plaga bíblica. Aquella situación en la que vivían era insostenible, llena de tensión, era como estar sobre un montón de paja seca colocada en un establo y solo faltaba alguien que con mala intención entrase con una antorcha y prendiese fuego. Por eso era de esperar que ese *algo* fuera a suceder. Cualquiera persona en su sano juicio podía intuir que llegaría el momento en el que *algo* sucedería.

Yo ya era considerada una más de la casa, entraba y salía con toda confianza. Aunque nuestra relación física se había vuelto más distante, nuestra mutua amistad era tan fuerte como antes. Por supuesto que Víctor sabía de nuestra relación, pero él era un ser encantador, apacible, tranquilo y, sobre todo, comprensible con Amrita. Más que un marido parecía un hermano mayor al que se le había asignado la tarea de cuidar de su hermana pequeña. Jamás lo vi enfurecerse, tirar cosas o escuchar de su boca palabrotas o insultos. Nunca. Y esto lo puedo decir certeramente. Jamás habló de Marie Antoinette a sus espaldas como ella hablaba de él. En cambio, ella no solo le faltaba al respeto sino que le criticaba en público sin rebozo alguno. Su nivel de inglés era muy pobre, incluso a mí me costaba entenderlo al principio. Tampoco sabía francés, que era como me comunicaba con Amrita. Yo entendía casi perfectamente el húngaro, pero no lo hablaba porque me costaba mucho expresarme, con lo cual, cuando me hablaba en inglés con ese acento húngaro tan fuerte los primeros días, le pedía que me volviese a hablar más despacio porque balbuceaba. Noté que se sentía avergonzado al no ser entendido y entonces fui yo quien tomó la iniciativa de prestar más atención a lo que decía cuando se quería expresar. Finalmente le dije que si no encontraba la palabra adecuada, utilizase el húngaro.

Víctor se encontraba en un dilema. Se habían gastado casi todos sus ahorros en comprar muebles e instrumentos para su clínica, pero no tenía clientes, llegaban con cuentagotas. Creo, mejor dicho, estoy convencida, de que fue por Marie Antoinette, que a través de personas influyentes que ella conocía evitó que la gente adinerada de Shimla visitase la clínica. Había ruindad e ingratitud en el trato de Marie Antoinette hacia todo lo que se relacionase con su hija. Era un ser miserable y lacerante. A mí siempre me evitaba y no creo recordar que mantuviéramos una sola conversación. Al principio, cuando nos cruzábamos en el jardín o dentro de la casa, nos limitábamos a un simple 'hola' de forzada cortesía, pero al cabo de poco tiempo evitó dirigirme incluso la mirada.

Amrita y Víctor tenían grandes planes. Ella estaba ilusionada, pero la inesperada presencia de su madre en el bungaló lo frustró todo. Estoy segura de que si no hubiese llegado a Shimla y

se hubiese quedado con su marido Umrao en París, todo habría cambiado y Amrita no hubiese acabado en aquel trágico desenlace. Todo se frustró, se desmenuzó, se tronchó con aquella mujer de carácter misterioso. Diré más, la madre de Amrita era una mujer muy rara, a veces se paseaba por la casa hablando sola, incluso delante de la gente, no sé si actuando o pretendiendo, pero no dejaba de conjeturar en voz alta sobre el futuro, como si practicase la nigromancia. Se paseaba por la casa con una parsimonia y un silencio propios del fantasma de Hamlet. Cuando hacía estas locuras se vestía únicamente de negro, incluso con un chal sobre su cabeza, y llevaba en la mano una planta que no dejaba de mover a su alrededor, como si fuese una hechicera o practicase la brujería. Estoy convencida de que era mentira y lo hacía para amedrentar. Rozaba lo absurdo. En fin, que tenía un carácter perverso que me recordaba a una de esas brujas surgidas del caldero en *Macbeth*, cuya representación vi por aquellos días en el club de Shimla. 'La araña', así es como yo la llamaba cuando hablaba con mi marido acerca de lo que sucedía en el bungalow de Amrita. Con toda la paciencia de su especie, yo era consciente de que era capaz de todo y creo que si no llegó a envenenarlos, estoy segura de que lo intentó, ya que como el aspecto de las silenciosas tenebrosas, que son malas por naturaleza, desde luego no inspiraba confianza alguna. Con su presencia, aquella casa exudaba el odio, la antipatía, la aversión y la inquina más vil.

Mi marido pensaba que una mujer así debería ser utilizada como prueba del nuevo sistema carcelario británico, que por aquellos días se leía en los periódicos. Según este nuevo método penitenciario, el convicto debería estar en aislamiento completo de los demás prisioneros, así no sabría nada de nadie. Al parecer, estar reducido en una celda incomunicada le conduciría a un estado mental sano, a una contrición y arrepentimiento sinceros. Aquellas celdas deberían tener el suelo barrido todos los días y bien fregado, para que molestase la limpieza, para que la humedad, filtrándose a través del petate, se le metiera al prisionero en los huesos. En aquellas paredes no se permitiría una sola mota de polvo. Soledad completa. Hasta la compañía de la suciedad le quitaban al preso. Pero estoy segura de que aunque se aplicase en Marie Antoinette el último procedimiento ultramoderno y vanguardista de disciplina carcelaria, aunque se le aplicase el mejor e infalible medio para conseguir que los presos se transformasen en auténticos conversos, aunque la internasen en confinamiento solitario por una década, aquella huraña mujer no cambiaría su forma de ser.

Como solía hacer casi todas las tardes, iba al estudio, me sentaba y mientras Amrita pintaba, yo la miraba realizar su trabajo, leía, me tomaba un té masala servido y hecho deliciosamente por su fiel criado Bibhu, y me quedaba allí, en silencio, observando o sumida en la lectura durante horas. Por cierto, tengo que decir que poco a poco me fui dando cuenta de que aquel señor nepalí de edad indefinida por sus rasgos faciales, bien pudiera tener unos cincuenta años o diez menos, había desarrollado una inclinación hacia Amrita más allá de la obediencia y devoción de un simple criado a su *memsahib*. El nepalí era pequeño pero muy, muy musculoso, silencioso, con una mirada lenta y penetrante que posaba de manera profunda en las personas y los objetos. Prácticamente no hablaba, como si hubiese adoptado esa práctica como una dádiva hacia un dios o vete tú a saber el porqué, pero quizá para pagar o redimirse por algún pecado bárbaro que habría cometido durante su participación en el ejército donde, como me dijo Amrita, perdió su dedo índice. Su lema parecía ser '*No sorry, no thank you*': mutismo completo. Cocinaba excelentemente. Había aprendido de Amrita recetas de comida típica húngara que la madre de Víctor le había enseñado cuando vivían en Budapest. Hacía un bizcocho de nueces y pasas bañado en ron y servido con chocolate fundido y nata...

¡impresionante! Aún puedo recordar su sabor en mi paladar. Todos los fines de semana comíamos en el jardín un riquísimo estofado de carne llamado *gulasch*. Amrita nunca estuvo preocupada por engordar, a ella le encantaba la buena comida tradicional. Bibhu era muy ingenioso cocinando ese tipo de comida. De hecho, ante el espanto de Marie Antoinette, fabricaba en el jardín unos hornos que hacía de barro y arcilla, y que después destruía y otro día volvía a construir. A Víctor sí que le recuerdo engordar por entonces, ya que era muy comilón y sedentario.

Con la presencia de Maria Antoniette en la casa, Amrita se encontraba atada de pies y manos. Europa estaba en guerra y no tenían otro sitio donde ir, ni siquiera en la India. Su madre era un auténtico incordio de tomo y lomo. Yo había desarrollado una aversión terrible hacia aquella mujer y era consciente de los sentimientos de Amrita en aquellos días, porque me daba cuenta de que vertía lágrimas silenciosas y secretas, que es el modo más amargo de llorar. Bastaba verla para darse cuenta de que estaba sufriendo enormemente. Yo misma me sentía embargada por una pesada tristeza al ver a mi amiga en tal estado. A Marie Antoinette no le importaba lo más mínimo dañar los sentimientos de su hija y, desde luego, la profesión de Víctor aún le importaba menos... Una tarde, recuerdo que reinaba el silencio en el estudio, solo se oían algunos pájaros y a lo lejos algún perro ladrar. De repente, pudimos oír desde el estudio que Víctor entraba en el salón de la casa con su fuerte caminar patoso e, inmediatamente, oímos que Marie Antoinette le recriminaba por llegar tan temprano, cuando aún la cena no estaba hecha. Además, le acusó de dejar la clínica desocupada a esas horas.

—Por hoy no tengo más clientes —le contestó Víctor.

—¡Pues los buscas! ¿Cuánto tiempo quieres estar viviendo con el dinero de mi hija? ¿Es que no tienes vergüenza alguna? ¿Qué se puede esperar de un hombre que a una edad adulta no lee nada más que libros de Julio Verne y quiere el periódico tan solo para ver las viñetas?

Pude notar cómo Amrita, al oír los gritos de su madre, se sintió impotente. Recuerdo que siempre se quedaba callada y aguantaba su ira cuando su madre hablaba así a Víctor. El caso es que ella no se atrevía a intervenir en favor de su marido porque era consciente de que su madre estaba esperando *ese* momento, *esa* confrontación cara a cara, que le diese un motivo, por nimio que fuera, para expulsarlos definitivamente de la casa. El clímax de sus comentarios llegó cuando Marie Antoinette le insultó duramente: “¡No eres más que un joven bastardo húngaro, hijo de unos padres obreros que no mereces ser el marido de mi hija!”. Oímos cómo Víctor prorrumpió un grito desgarrador de impotencia y corrió hacia el otro lado del salón para encerrarse en el cuarto de baño con tal golpe que enmudeció los comentarios de Marie Antoinette a sus espaldas y dejó la casa como antes, en un silencio absoluto. Amrita estaba a punto de llorar. Su madre hablaba en voz alta para que todos la oyeran, más bien gritaba. Yo creo que era consciente de que Amrita la podía oír desde el otro lado del tabique, desde su estudio, porque su tono de voz no era natural. No era la primera vez que yo era testigo de este tipo de incidentes. Otro día, Marie Antoinette le acusó de dormir demasiado y levantarse tarde.

Víctor era el objeto de crítica por parte de Marie Antoinette por haber decidido casarse con su hija. Lo criticaba duramente por todo: si le veía fumar, decía que fumaba mucho; si le veía comer, decía que no paraba de comer y que estaba más gordo que la semana anterior... Así con todo. Víctor se callaba y se marchaba cuando este tipo de comentarios surgían. El hecho de que él la ignorase y no le replicase como se hubiera merecido daba a Marie Antoinette carta blanca para extralimitarse con sus comentarios.

El colmo, la gota que hizo que el agua se derramase del vaso, fue una mañana en la que

Amrita y yo estábamos en el jardín. Ella estaba realizando una escultura y yo estaba posando para ella cuando, desde la ventana de la cocina, nos llegó la voz de su madre gritándole a Víctor:

—Te tendría que dar vergüenza permitir a Amrita tener relaciones sexuales con una mujer. ¿Es que no te das cuenta de que te está siendo infiel? Ya sabes a quién me refiero. ¡A esa Emily!

—¿Qué te hace pensar eso? Mi esposa es una mujer maravillosa, responsable y adulta. Sabe lo que hace y es libre de hacer lo que ella considere oportuno. No vivimos con ataduras ni condiciones. Además, Emily es una maravillosa persona a la que tengo mucho aprecio.

—Que sepas que no son higiénicas y que su principal interés en esta vida es satisfacer sus anormales deseos sexuales tanto con mujeres como con hombres. A Umrao le daba vergüenza salir a la calle en París por ser blanco de comentarios acerca de su hija. Cuando caminaba por la calle sentía que sus amigos, al saludarle, le miraban con unos ojos en los que se transparentaba la repugnancia. ¿Lo sabías? Se avergonzaba de ella por su promiscuidad ilegal. Aunque dudo de que te des cuenta, porque nos estás dando a entender que no eres un hombre con el debido respeto.

Amrita hizo una pelota con todo el molde de barro con el que había hecho la figura de la cabeza. Ya no aguantó más. Su decisión, según me dijo en aquel momento, fue dejar la casa cuanto antes”.

La situación llegó al *summum* de aquella mala convivencia cuando el fiel y precavido criado Bibhu encontró trozos de cristal en la comida.

“El tono frío de tus cartas ya no me sorprende —escribió Amrita a su padre—, especialmente cuando yo sé que tu actitud hacia mi hermana Indira siempre ha sido más cariñosa y llena de afecto. No comprendo cómo no mencionas nada sobre todo lo que te describo del comportamiento que tiene mamá hacia nosotros y sobre sus confabulaciones. Te escribí detalladamente en mi última carta sobre las acusaciones que no deja de verter hacia Víctor y no mencionas nada. Basta decir que nos acusa de cometer vicios y actos criminales de lo más sucios y anormales. Según ella, nuestro matrimonio es tan solo una farsa para satisfacer nuestro apetito sexual anormal y no deja escapar ocasión para criticar directamente o indirectamente la profesionalidad de Víctor en la medicina. Te llevo diciendo que mamá tiene un deseo sádico de ver nuestra relación dañada y herirnos emocionalmente pero tú, debido a la influencia que te domina, no quieres darte cuenta. ¿Hasta cuándo vamos a soportar esta situación?”.

Umrao, ya sombrío y taciturno por los años, tras los últimos exabruptos y episodios calculados de Marie Antoinette que Amrita le contó por telegrama y dándose cuenta de la tensa situación en la que estaban conviviendo bajo el mismo techo, así como por temor a que algún trágico incidente sucediese, recomendó a Víctor como médico en la clínica de la fábrica de azúcar que su familia tenía en la provincia del Punyab. Una vez que recibieron por correo su carta de recomendación para entregar personalmente a los familiares administradores de la fábrica, vendieron todos los objetos y el equipo médico al hospital de Shimla, además de varias enciclopedias francesas que la biblioteca del club adquirió a un módico precio. Obtuvieron en conjunto una cuantiosa suma de dinero.

Cuando llegó la despedida, todos se sentían desafortunados y enfadados. Era como si la tierra emanara odio e irritación al mismo tiempo.

Un pueblo pobre es un pueblo que carece de libertad, porque no puede haber independencia ni fortaleza de espíritu en quien se siente oprimido por la miseria que conlleva la falta de alimentos básicos para poder sobrevivir. Tuvieron que ser personajes como Gandhi y Nehru quienes reiteraran a sus compatriotas indios que la vida no es dolor, no es padecimiento, no es sumisión, no es rendición, no es tristeza, no es esclavitud, no es servilismo, no es acatamiento y no es violencia. A pesar de que en la década de los años treinta los dos habían conseguido galvanizar a las masas alrededor del Partido del Congreso, las personalidades de Jawaharlal Nehru y Mahatma Gandhi eran tan distintas como sus puntos de vista sobre cómo dirigir la India cuando esta fuese independiente de los británicos. Nehru miraba al futuro; veía en las sociedades desarrolladas de Occidente el modelo a construir por la India. Tenía fe en la modernidad y cerraba la puerta al pasado, aquel pasado que Gandhi, con su rueda —instrumento típicamente femenino—, no quería cerrar, ya que soñaba en un desarrollo no basado en la industrialización sino en las sinergias de las aldeas, quedando así atado a las glorias ancestrales de la civilización india.

El mérito indiscutible de Nehru, como se vio más tarde, residió en haber dotado de un sector industrial moderno a un país pobre y atrasado como la India. Sin embargo, para él, en consonancia con las ideas de Gandhi, la libertad política no tenía sentido si no llevaba consigo la autosuficiencia económica y mejora de las condiciones de vida. Nehru reconoció que una pobreza de las dimensiones de las de la India era incompatible con la esencia de la democracia. De este modo, el Partido del Congreso siempre obtuvo, desde sus inicios, un apoyo diversificado, tanto urbano como rural. Así, entre los segmentos sociales más sensibles a su atracción, estuvieron siempre las minorías religiosas como los musulmanes, los sijes y los grupos más bajos de la escala social hindú, símbolos del atraso económico y de la discriminación social, como los intocables y los tribales.

Los intocables —cuya definición está acuñada por los occidentales—, que desempeñan trabajos ínfimos y humillantes, son definidos en hindi como *panchamas* —*panch* significa ‘cinco’, de ahí que sean vistos como una quinta casta—, y son denominados con otros nombres, como oprimidos, parias o *dalits*. En cuanto a los tribales, que es como se denomina a los habitantes indios de piel muy oscura originarios del subcontinente a los que la conquista aria y las sucesivas invasiones empujaron hacia las selvas y las tierras más pobres, también son llamados popularmente *adivasis*, es decir, habitantes originarios, y pertenecen a centenares de tribus diferentes por etnia, lengua y estilo de vida.

Aun así, la India seguía siendo una realidad predominantemente agraria, con la mayoría de su población viviendo en el campo. Los ingleses, entre tanto crisol de creencias y mientras adquirían pedazo a pedazo el control de la India, habían tenido el cuidado de no dañar el orden que garantizaba la estabilidad entre la tierra y la población, es decir, en no romper la división de clases.

La religión sij, mayoritaria en las tierras del Punjab, al norte del subcontinente indio, había nacido como una síntesis del hinduismo y del islamismo, pero indudablemente la tendencia histórica había sido la de desarrollar las semejanzas con el primero. Durante siglos, aquella

región había dado testimonio de un estilo de vida tolerante y complejo. Los matrimonios entre sijs e hindúes eran vistos con simpatía e incluso podía suceder que en la misma familia los hijos fueran educados en la práctica de religiones diferentes.

Era una tierra próspera y dinámica por sus características hidrográficas y por la calidad de los suelos, pero la partición, años más tarde, acabaría destrozando aquella floreciente y rica provincia, penalizando fuertemente a los sijs y precipitando la fase más terrible de matanzas en el Punyab. Sus tierras quedaron divididas geográficamente entre los dos nuevos países.

Cruzando aquellas extensas tierras en tren, Amrita observaba desde la ventanilla figuras altas y corpulentas en los campos de trigo empujando sus arados o tirados por bueyes descarnados que, en conjunto, parecían haberse escapado de algún episodio del *Majabharata*, la gran saga épica del hinduismo. Ya habían llegado al Punyab, una de las regiones más bellas y fértiles de la India. Los campos estaban dorados de trigo y cebada. Por la ventana opuesta del vagón de segunda clase, Amrita y Víctor observaban otra vista: un mar impresionante de caña de azúcar atravesado por pequeños riachuelos y poblado por campesinos con turbantes de colores y camisas largas hasta las rodillas. Eran los pobladores originarios de esas tierras, los punyabis. A lo lejos se apreciaban las cúpulas blancas de los *gurdwaras*, los templos sijs, ondeando en lo alto la distintiva bandera de color anaranjado.

Espectador silencioso ante aquel maravilloso paisaje, se encontraba, en un vagón más atrás, el fiel criado Bibhu, que había sido encomendado como criado personal del joven matrimonio, ya que se había negado a permanecer en el bungaló de Shimla bajo el mando de la avinagrada Marie Antoinette. Sentado sobre una maleta raída y apoyando los brazos sobre un saquito de tela blanca, miraba al horizonte con todas las posesiones de su vida.

Un hermano de Umrao les esperaba en la estación junto con varios empleados encargados de transportar el equipaje. Al descender del tren les pusieron guirnaldas de flores de color naranja alrededor del cuello como gesto de bienvenida. De allí fueron a la casa, donde les esperaban todos los miembros de la familia en la entrada para recibirles con grandes muestras de estimación y deferencia. Con miradas cálidas de curiosidad y sonrisas, unieron las manos a la altura del pecho prorrumpiendo educadamente al unísono *namaste*. Después de agasjarlos con más guirnaldas y dulces, las mujeres de la casa, vestidas con sus ropas típicas y tradicionales, los *shalwar kameez*, les enseñaron la habitación donde vivirían, un cuarto bien amplio con ventana al exterior.

Amrita se dio cuenta de que poca o ninguna intimidad tendrían en una casa compartida con tanta gente: tíos, tías, abuelos, abuelas, yernos, nueras, sobrinos, nietos, criados, etcétera. Todos vivían en la misma casa enorme de dos plantas y con un gran patio interior donde hasta los animales domésticos correteaban con impunidad. No existía la vida privada y tanto el aseo como el baño, ubicados en habitaciones separadas, se compartían. Para desayunar y cenar había horas determinadas para que todos coincidiesen en la alargada mesa, con lo que el condumio se convertía en una algarabía total. Primero, siguiendo la costumbre tradicional, comían los varones, servidos siempre por las mujeres, y solo entonces, cuando los hombres de la casa hubiesen terminado de comer copiosamente, ellas y los niños podían proceder a ello.

Amrita y Víctor, de momento, no tenían nada de qué quejarse. Acababan de salir de una situación en Shimla que si se hubiese prolongado, hubiera podido acabar en tragedia. Lo que no habían tenido en cuenta era el clima. El verano se aproximaba y era una temporada insalubre, cuando se disparaban las infecciones, se despertaban virus de toda índole penetrando impacientemente en los cuerpos como enjambres de abejas en busca de su colmena y se

desperezaban los mosquitos, que atacaban a placer tras sus incansables zumbidos en la oscuridad de la noche, mientras pululaban por las piernas e irritablemente por el rostro. El calor del verano y el comienzo de la etapa húmeda del monzón se convierten en el catalizador de todos los males en la llanura de los campos del Punjab. Lo que creían ingenuamente que iba a ser una simple anomalía, les pareció que iba a convertirse en una presencia permanente. El termómetro pronto empezaría a enloquecer.

Víctor salía de la casa muy temprano. Un coche de la fábrica lo esperaba en la puerta todos los días a las cuatro de la mañana. Allí tenía un trabajo enorme. El inglés, aunque lo seguía chapurreando, no era tan necesario como lo era en Shimla, ya que los trabajadores a los que atendía prácticamente no lo hablaban. Víctor trataba principalmente a los obreros y era un capataz quien le traducía a un inglés sencillo y básico las dolencias de los trabajadores. Todas las mañanas compartía el coche con uno de los muchos parientes de Umrao. Al principio, Víctor andaba perdido, no conseguía diferenciarlos, ya que se parecían mucho entre sí: delgados, muy altos, anchos de espalda, con turbantes y con barbas, blancas algunos y negras otros, pero todas crecidas y descuidadas.

Mientras que Víctor estaba ocupado todo el día con su trabajo en la fábrica, Amrita exploraba los pueblos de alrededor, visitaba a los aldeanos en sus casas, en las granjas, y entablaba conversaciones interminables con los ancianos líderes de las aldeas, los *panchayats*. Los pavos reales la recibían con sus peculiares chillidos —tan útiles para los campesinos, ya que les prevenían de la presencia de tigres y cobras en la cercanía—, y la gente hindú le daba la bienvenida con respeto repitiendo el nombre popular con el que se invoca al dios Rama: Ram, Ram. Muchas veces la invitaban a comer dentro de las humildes casas de adobe; otras veces, los campesinos, siempre hospitalarios, como una pequeña refacción a media mañana, le ofrecían un vaso de leche o una fruta mientras le expresaban sus problemas sobre la cosecha, el clima o sus familias. Incluso por las tardes, cuando se sentía con ganas de caminar, iba a tomar el té con las señoras que trabajaban en los campos y la recibían con honores y un entusiasmo tal que rozaba la veneración.

Después de estas primeras experiencias, Amrita decidió colaborar cada vez que iba a casa de los aldeanos. Les llevaba paquetes de azúcar o incluso leche en grandes tarros de metal que portaba cuidadosamente Bibhu, siguiendo fielmente a su *memsahib*. Una de las cualidades más positivas del carácter de Amrita era que siempre se sintió con la necesidad de dar y en aquellos campos ella nunca tomaba un retrato o hacía una labor de investigación sin dar nada a cambio, sin agasajar a las personas humildes y más desfavorecidas. Muy parecidas unas a otras, aquellas casas de adobe tenían siempre a su entrada un aguazal donde las mujeres lavaban la ropa y los hombres aseaban a los animales. Los perros pululaban al sol junto a cabras, gallinas, búfalos y vacas. Niños con los ojos pintados de color negro para protegerse de los rayos del sol y desnudos, con un lazo tizón alrededor de la cintura para evitar el mal de ojo, corrían y jugaban con la algarabía infantil propia de la edad. Mientras tanto, las mujeres recogían los excrementos de los animales domésticos y mezclando el estiércol con la paja y otros vegetales, lo aplastaban y amasaban para crear una especie de torta que solían dejar secar al sol. Una vez secas, les servían de combustible en los hogares. Las aldeas del Punjab olían al humo de estas tortas.

Amrita se levantaba muy temprano y se iba, seguida por Bibhu con el caballete sobre sus hombros, a explorar la zona, donde se quedaba pintando en lugares aislados y remotos hasta bien entrada la tarde.

Víctor, con su estetoscopio colgado del cuello y su maletín, volvía casi siempre de madrugada con un tufo a éter y cloroformo y empapado en un sudor que le chorreaba por la

espalda, como si acabara de tomar un baño y no hubiera tenido tiempo de secarse.

Poco a poco se fue fracturando la relación entre ambos, ya que había días que prácticamente no se veían. Tras el paso de los meses, Amrita sintió que iba perdiendo el contacto con él. Presintió que Víctor posiblemente se estaría cansando de la relación y la evitaba, o que todo era debido a su situación en la fábrica, que quizá no era ni cómoda ni esperanzadora, y por eso él no decía nada y se lo callaba, como había sucedido anteriormente en Shimla.

Víctor ganaba al mes muy poco dinero, a pesar de que su trabajo era tedioso y cansino. Diariamente tenía al menos cincuenta trabajadores en su dispensario con alguna fractura, vacuna que inyectar o enfermedad que atender. A esto tenía que añadir la atención sanitaria a los familiares de los trabajadores que vivían alrededor de la fábrica. En las estanterías de su dispensario se alineaban una hilera de frascos, tubos, tarros de cristal y algunos de metal. En un anaquel tenía su farmacopea de medicina tradicional, a través de la cual consultaba los métodos de identificación y valoración, el modo de prepararlas y combinarlas y las dosis de administración de las sustancias medicinales más corrientes de aquella zona de la India. Allí preparaba medicamentos mediante mezclas de polvos cuidadosamente pesados en una balanza con astil. Su profesión le fascinaba, pero en aquel lugar no le proporcionaba excitación. Usaba con precisión el bisturí, sabía recetar las mejores medicinas disponibles en la zona para sanar cada tipo de enfermedad y, además, conocía los sueros más recientes, que manipulaba con destreza. Pero pronto el aburrimiento del sistema, el ambiente pútrido, el aspecto patibulario de los trabajadores que inundaban su clínica a diario y la falta de higiene, que lo repelía, empezaron a hacer mella en su estado de ánimo.

La lentitud del tiempo se sentía. Fuera de la casa, los ojos y la cara picaban como si se tuviese arenilla. El aire abrasador reseca continuamente la garganta y la rutina de la vida diaria se iba haciendo cada vez más insoportable a medida que aumentaba el calor. Al final de un sofocante día, cuando la ropa se le pegaba al cuerpo como una mortaja vaciando toda energía física y el disco ardiente y rojizo de Surya, el dios del sol, finalmente se marchaba por el horizonte, Amrita acababa inapetente, desgana y mustia.

Repentinamente se dio cuenta de que el mes de junio pertenecía al verano. El tiempo pasaba y tras un día llegaba otro. El curso de las estaciones era para ella, en aquellos momentos, algo embrollado que exigía cálculos, cosa que no pasaba con el clima llevadero y agradable de las montañas del pequeño pueblo de Shimla al que estaba acostumbrada. Cuando al final del día coincidían en la casa y tenían algún momento de intimidad, Víctor se quedaba completamente callado, leyendo uno de sus libros de Julio Verne. Más tarde, después de bostezar sonoramente, se quedaba dormido como un tronco. Ambos estaban exhaustos.

Los días eran infernales y por las tardes el aire era denso como una sopa espesa. Había algunos fines de semana en los que jugaban juntos al ajedrez o a las cartas, pero Víctor enseguida acababa abatido y se iba a dormir.

Cada miembro de la familia vivía su vida y no había nadie con quien Amrita pudiese compartir confidencias o una cercana amistad. Las señoras estaban muy ocupadas todo el día en dar órdenes a los criados, cuidar de las labores de la casa y, sobre todo, procurando que las comidas estuviesen excelentemente cocinadas a gusto de los varones y listas para servir copiosamente a las horas determinadas.

Como de costumbre, el cielo lo dominaba todo, pero ya en pleno julio el clima caluroso se acercó de manera insana y se convirtió en una horrible barrera de fuego. Despedía ardor afanosamente y pronto aparecieron tormentas de arena que hacían que Amrita y Bibhu tuviesen

que volver a la casa corriendo con el caballete y demás utensilios de pintura. Ella se refugiaba en la lectura durante el resto del día, bajo un antiguo ventilador que daba indicios de agotamiento a cada giro de sus palas. Incluso cuando se entraba en las habitaciones de la casa, uno sentía que penetraba en la sofocante fragua de un herrero. Había que cambiarse de ropa a menudo a lo largo del día, ya que el sudor creaba una situación de total incomodidad que se agravaba con la sensación de picor por la arenilla que había en el aire.

Durante aquella estación del año, los campos estaban amarillos, la tierra agrietada y los animales domésticos exhaustos. Hasta los pavos reales, soberbios y caprichosos, se subían a los tejados lanzando agudos gritos. De vez en cuando se veían algunas de sus largas y bellas plumas verdes y azules en el suelo, como si hubiesen dejado desdeñosamente una tarjeta de visita. Apareció en sus vidas la desidia y la lentitud de una rutina monótona. Amrita empezó a caer en una depresión, pues no veía salida a la situación en la que se encontraban. Se dio cuenta de que Víctor cobraba muy poco, aunque más de lo estipulado, ya que le pagaban de más por ser familiar de Umrao, no por sus cualidades o la cantidad de trabajo que tenía. Por otra parte, en la casa todos colaboraban económicamente en los gastos, pero a ellos nunca les pidieron dinero, a pesar de que Amrita se dispuso a compartírselos desde un principio.

También estaba la cuestión de la comida. A ella no se le permitía cocinar. Cuando quiso hacer un plato húngaro para todos los familiares, notó por las miradas que la escrutaban un estado de malestar y disconformidad entre las numerosas mujeres jóvenes y no tan jóvenes de la casa, arraigadas en sus timoratas costumbres, como si al entrar en la cocina hubiese rebasado una línea de división de cuya existencia no se hubiera percatado al principio. Esta situación le causó un sentimiento de impotencia y, sobre todo, de dependencia, que le hacía recordar que la presencia de ambos era la de unos meros invitados temporales. “Pero ¿a dónde ir?”, se preguntaba.

Guarecida en su habitación, le venían a la cabeza sensaciones y emociones que el arte de la poesía evoca, pero por mucho que anhelase que la pena tuviese nobleza y el infinito forma, se daba cuenta de que la India no otorgaba dichos placeres. “La vida continúa al mismo ritmo aletargado de siempre y de nada sirve perder los nervios, ya que uno se desgasta y acaba frustrado”, recordó Amrita las palabras de su padre, y acabó dándose cuenta de cuánta razón tenía el viejo Umrao acerca de la vida diaria en la India.

Durante semanas, por uno u otro motivo, Amrita no podía pintar nada, ni tan solo coger un pincel. Aquel clima era como vivir en un montón de arena bajo un espejo ustorio. El paisaje tan humilde se volvió visiblemente monótono y tedioso. Hasta la comida tradicional de aquella zona, que antes tanto le entusiasmaba, ahora le resultaba intragable y la enervaba. Acabó quedándose encerrada todo el día dentro de la habitación. Su depresión se agravó hasta que Víctor admitió que la situación en la que vivían no era sana para ninguno de los dos, ni en los aspectos personales ni en los profesionales.

A mediados de agosto, el calor seguía igual de intenso y todos los miembros de la familia, preocupados tan solo por la cosecha, empezaron a escrutar diariamente el cielo a la espera de las primeras nubes del monzón. “Lo que más impera es el desconcierto cuando se ausenta el orden —escribió Amrita a Emily—, pero después vienen las dudas y este no saber qué camino escogeremos para llegar a buen puerto, ya que dudamos de que haya puertos donde atracar sin ser atracados”.

Finalmente, decidieron buscar un sitio al que mudarse. Hablaron de volver a Europa, a casa de Blanka, la madre de Víctor, pero tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Hungría se

había vuelto un país envilecido al verse implicada en el conflicto como aliada de los nazis y lo descartaron al darse cuenta de que la situación en Budapest estaba peor que cuando la dejaron. La única opción que vieron viable era la de mudarse a la ciudad de Lahore.

Como augurio de fertilidad a la decisión tomada, empezaron a caer las primeras gotas del maná celestial: había comenzado el monzón. Los niños se pusieron a cantar en el patio mientras daban brincos de un lado a otro y las mujeres empezaron a bailar, dejándose empapar las ropas mientras que en los hombres de la casa, que vivían pendientes de las necesidades de la tierra y las variaciones del cielo, aparecieron las sonrisas en medio de sus hirsutas barbas. En lugar de guarecerse, todo el clan participaba bajo la lluvia de aquella euforia. A semejanza del fuerte aguacero que caía, todos bailaban y reían a carcajadas.

Decidieron que Víctor, junto con el criado nepalí, iría en primer lugar a Lahore, llevándose consigo la mayor parte del equipaje, y miraría apartamentos que se adecuasen a sus intereses. Debían de tener no solo una residencia, sino un lugar cercano donde él pudiese practicar la medicina y otro sitio, habitación o anexo, donde Amrita pudiese instalar su estudio. Mientras Víctor buscaba hogar, se alojaría en casa de un amigo médico que practicaba en la zona.

Aprovechando que su hermana Indira y su marido acababan de llegar a Shimla para pasar una temporada y Marie Antoinette había regresado a París, Amrita decidió viajar hasta allí con el fin de quedarse hasta recibir noticias positivas de Víctor y, ya de paso, recoger las pertenencias que dejaron y que no pudieron llevarse consigo tras la última estancia. Al llegar a Shimla se llevó una gran decepción que la entristeció como si las viejas tensiones y animosidades hubiesen fermentado: Indira y su marido, siguiendo los consejos de Marie Antoinette, habían derribado el muro de su estudio, ampliando el salón, y habían construido dos habitaciones para futuros hijos. Intentó que esto no le hundiera el ánimo durante el tiempo que durase su estancia y decidió visitar a sus amigos y gente conocida de Shimla.

“Amrita no era ajena a la atención que causaba —recordaría Emily-Christine Kestenholtz Wilkinson—. Por ejemplo, en el restaurante más popular de Shimla en aquella época, llamado Davicos, solo su presencia en la entrada hacía callar todas las conversaciones. Los clientes se quedaban mirándola como hipnotizados, los camareros se apresuraban a encontrar una mesa libre e indicarle el camino, el *maitre* le aconsejaba qué comida era la mejor del día y le informaba, con tono de deferente confidencialidad y con ademanes de conspirador, que no pidiese tal o cual plato porque el alimento no era fresco. Todos se giraban para admirar a aquella mujer con un color de piel que, a primera vista, hacía dudar de si era india o no y que vestía con un sari del sur y con joyas de plata tibetanas, algo inusual, moderno, atrevido e inaudito en una mujer de la época. Además, había veces que se sentaba en la mesa a comer sola. Amrita era la personificación de una deidad rompiendo barreras sociales.

Resultaba verdaderamente cómica aquella disposición hacia ella en público, pero es que la admiraban no solo por su porte y carisma, sino por su amistad con las grandes personalidades del momento. Un día podía estar en el jardín sentada con el joven hijo de un maharajá llamando la atención en público mientras se tronchaban de risa por las ocurrencias joviales tan frecuentes en Amrita, como otro día tomaba el té con el más alto funcionario inglés de la zona y al siguiente se la podía ver comiendo un sándwich y bebiendo cerveza con el heredero de una de las más grandes fortunas de la India.

Cuando decidía tomar asiento en la terraza frente al jardín del patio trasero del restaurante con vistas a las montañas del Himalaya, los camareros llamaban a sirvientes para que se apresurasen a cubrirla con sombrillas que la protegieran del sol y un plumero para espantar a posibles moscas o insectos que pudiesen tener el atrevimiento y osadía de zumbear alrededor de aquella mujer exultante. Esta continua y frecuente actitud de deferencia y respeto hacia ella, cordialidad y servilismo, no la tenían con ninguna otra señora, lo que causaba irritación y envidia a las esposas de los oficiales y funcionarios británicos.

Me contaron la siguiente anécdota: un día fue a sentarse en una de esas sillas de hierro de la

terraza con el fin de enfrascarse en la lectura al amparo de unas plantas cuando aparecieron un grupo de *hijras*, la comunidad transgénero de la India. Ante tal presencia escandalosa, todos los británicos sentados afuera entraron al salón con prisas. Los sirvientes dejaron las sombrillas en el césped y también se volatilizaron del lugar. El *maître*, sintiéndose con el deber de mostrar públicamente coraje y determinación, les invitó a largarse con malos modales. Ellas, en respuesta, se levantaron las faldas enseñando su sexo ante el espanto de los presentes y los que miraban con asombro, perplejidad y a la vez intimidados desde las ventanas del interior del restaurante. Amrita no dejaba de reírse. Las conocía muy bien porque habían ido a su bungalow con asiduidad durante su estancia antes de marcharse a Europa. Incluso recuerdo que una vez, estando con Víctor en el jardín, Marie Antoinette, escandalizada por el ruido y algarabía que montaban mientras se acercaban a la casa, puso al criado nepalí en el camino de la entrada con una escopeta de Umrao que conservaba en su estudio. Desde entonces, no se atrevieron a pasar por la zona por miedo a que les disparasen.

Miembro de un tercer sexo, intermedio entre el género masculino y femenino, el cabeza de aquel grupo de eunucos con un círculo rojo ostentosamente grande en la frente, llamado *tilak* — que invoca al tercer ojo, el que sirve para ver más allá de las apariencias—, entró en el jardín del restaurante, se acercó sonriendo a Amrita y le tocó los pies, llevándose las manos a la frente en señal de respeto. Ella le dio una limosna. El hombre castrado, que vestía como una mujer, la bendijo poniendo la mano sobre su cabeza mientras musitaba una oración en sánscrito, posiblemente una plegaria a la diosa venerada por esta comunidad para que la protegiese de cualquier mal. Pero lo triste y veraz es que ni aquella diosa pudo evitar el final tan trágico de mi amiga”.

Desde su regreso, Amrita se codeaba con la gente importante e influyente de Shimla y era demandada no solo entre el círculo de intelectuales con sus interminables tertulias y exposiciones, sino también en las numerosas fiestas nocturnas. Esto irritaba y desagradaba a Indira, que carecía de la belleza y el carisma que tenía su hermana, así como del encanto personal y el rico conocimiento intelectual. Sentía por ella una mezcla de admiración y envidia.

En cambio, Amrita la quería mucho, pero no podía evitar que su matrimonio con su primo Víctor y los escándalos tanto en París como en la India la hubieran distanciado de su hermana. Indu —como cariñosamente la llamaba Amrita— vivía como una mujer acomodada, no le faltaban privilegios ni caprichos. Su marido indio era lo contrario de Víctor: lector de literatura clásica, hablaba perfectamente el inglés y era extrovertido, gracioso, siempre alegre y divertido pero, sobre todo, adinerado, pues tenía un puesto de trabajo seguro y fijo en una empresa en la que, tras los años, le iban ascendiendo en el escalafón, así como mejorando su salario. Además, provenía de una familia rica con grandes propiedades en Delhi. Indira se aprovechaba de la diferencia económica entre ambas para hacérselo notar y presumir ante su hermana mayor en cuanto se le presentaba la ocasión. Así empezaron a salir a la palestra disputas y rencillas, y se creó una atmósfera de tensiones y envidias entre ellas.

Amrita ignoraba los comentarios llenos de inquina de su hermana y no les daba importancia alguna, pensando que eran debidos a su falta de madurez por ser una mujer advenediza en aquella sociedad elitista en la ciudad de veraneo por antonomasia del Imperio británico. Quizá también por sus primeros años de matrimonio, pues la falta de hijos le estaría causando aquel carácter irritable e irascible contra ella, tan parecido al de Marie Antoinette. Por ello, aunque era una relación fría y tensa, Amrita no le replicaba e intentaba que no le socavase el ánimo.

Una noche, Indira dio una fiesta en casa para celebrar el regreso de su marido de un largo viaje de negocios. Todos eran indios excepto tres extranjeros que, al enterarse de la presencia de Amrita, no se alejaron de ella ni un solo instante, entablando juntos animadas conversaciones hasta bien acabada la fiesta. Los extranjeros, además, mostraron su interés por ver sus pinturas. Indira, que se sentía ninguneada por el magnetismo y la actividad social de su hermana, no pudo contener su colérico estado de animadversión hacia ella, acumulado desde tiempo atrás. Tras la fiesta, una vez que los invitados se hubieron marchado, Indira explotó y acusó a su hermana de querer siempre llamar la atención y de dejar a los demás en un secundario y despreciable plano.

—Si es así como tú lo sientes, si es así como verdaderamente crees que soy, pienso que es mejor que me vaya y no estar las dos bajo el mismo techo ni un momento más —espetó categóricamente Amrita mientras un rictus de odio se apoderaba del rostro de su hermana.

—Muy bien, fuera, lárgate. Lárgate de aquí. Fuera, ¡vete! —contestó Indira gritando, visiblemente nerviosa.

Sin subir a su habitación ni empacar sus pertenencias, Amrita salió por la puerta tal y como iba vestida para no volver nunca más a vivir en aquella casa. La noche todavía estaba oscura, pero ya había adquirido ese aspecto temporal que presagiaba su fin. Después de pasear durante horas por las calles extremadamente frías y desiertas, llamó aturdida a la puerta de su amiga Emily. “A mí no me extrañó nada que acabase la relación con su hermana de aquel modo.

Cuando la vi bajo el umbral de mi puerta... ¡Dios mío! Con el frío que hacía fuera. Y estaba ya amaneciendo... Yo creo que estábamos bajo cero. El frío en Shimla había empezado y la nieve pronto iba a caer. ¿Cómo es posible que la dejaran marchar vestida con tan solo un sari y un chal como abrigo? La administración, por entonces, no recomendaba salir de las casas por las noches y menos de madrugada o incluso muy temprano al amanecer, ya que fieros leopardos bajaban de las colinas y había habido muchos casos de ataques no solo a niños de las aldeas, sino también a adultos en las zonas residenciales. ¿Era posible que la hubieran dejado salir sola en la noche en aquellas condiciones esperando que ocurriese un accidente en las calles desiertas y así se desembarazaban de la oveja negra de la familia? Desde luego, mi marido y yo estuvimos encantados de que se quedase con nosotros durante el resto de su última estancia en Shimla.

Siempre me pareció que Marie Antoinette estaba ferozmente del lado de Indira, la hija pequeña. Incluso estoy segura de que utilizó la fama artística de Amrita para buscarle a ella un buen marido. Aunque sus pinturas no le habían reportado beneficios económicos, ya era admirada por los conocedores del arte, intelectuales y gente del mundo de la cultura de por entonces. Marie Antoinette envidiaba muchísimo el talento y la belleza de Amrita y, desde luego, era capaz de cualquier vileza con tal de lograr sus propósitos. Ella inducía incluso a su marido Umrao a que actuase del mismo modo: poniendo más atención en la hija pequeña. Aquella mujer tenía un poder de persuasión verdaderamente impresionante”.

“A pesar de que Amrita y yo éramos íntimas —recordaría su hermana Indira años más tarde—, tengo que confesar que siempre tuve celos. Intenté sobreponerme a esto, pero no lo conseguí. Es más, mis sentimientos de inferioridad crecieron a lo largo de los años. Por aquellos días me dejé llevar por un sentimiento aciago hacia mi vida personal de inutilidad absoluta, de vacío... Comparada con Amrita yo no era nadie y aquella disposición emocional de envidia me resultaba muy dolorosa. Pensaba que mi vida había fracasado, que pude ser alguien y no pude evitar ser nada. ¿Por qué? ¿Por qué el destino jugaba conmigo de ese modo? ¿Por qué yo? Estos pensamientos me corroían. Lo que sucedió en nuestra casa de Shimla no solo fue porque estaba pasando por una depresión en aquellos días, sino porque mi actitud fue agravada debido a una enfermedad que padecía entonces. Ahora me doy cuenta de que Amrita fue muy paciente conmigo, me aguantó muchísimo, no me respondía como me merecía. En aquel período de mi vida estaba sumida en un desánimo moral. Mi marido viajaba mucho, dejándome sola con mi hermana y, según el médico, yo tenía que pasar un tiempo de reposo. Estando en cama, desde mi habitación, podía oír a Amrita en el piso de abajo recibiendo a hombres a altas horas de la noche y de la madrugada; podía escuchar sus conversaciones, sus risas, incluso sus jadeos de placer cuando hacían el amor mientras yo contemplaba en silencio la pálida ventana en el suelo, pintada por la luz de la luna. Caí en tal estado de abandono que no puedo recordarlo sin sentir compasión de mí misma.

Durante el día, venía mucha gente a ver sus pinturas y entablar conversaciones con ella sobre arte y literatura. A pesar de que ella me subía la comida todos los días e insistía en quedarse para hacerme compañía leyéndome un libro, yo me mostraba huraña y la despedía sin mostrar interés. Para mí era más importante pensar que yo no existía para ninguno de aquellos visitantes y que mi presencia era ignorada. Como mi marido se encontraba entonces de viaje y yo estaba confinada en la habitación durante días, mi resentimiento y depresión fueron creciendo paulatinamente. Yo reconocía que eran sentimientos muy tontos y sin sentido, ¡hacia mi propia y

única hermana! Pero no podía evitar que siguiese incomodándome y corroyéndome la envidia tanto por su éxito social y con los hombres como por los resultados de su trabajo artístico, que yo no encontré en la música. Su presencia siempre me recordaba lo que yo nunca logré ser.

Cuando mi marido volvió de su viaje, hicimos una fiesta en casa. Se suponía que era *nuestra* fiesta, con *nuestros* amigos y con *nuestros* invitados, pero toda la atención se centraba en Amrita. Ese día estallé, sin control ni dominio de mí misma. Le dije a mi hermana que ni mi marido ni yo la queríamos en la casa. Nunca olvidaré su mirada de sorpresa al escuchar mis palabras. ¿Acaso no era también su casa? Guardó silencio todo el tiempo que duraron mi ira y los exabruptos que solté gritando aquella noche en el salón. Entonces abrió la puerta y salió. Se fue tal y como iba vestida. Consciente de que fuera hacía un frío tremendo, no evité que saliese, la dejé ir. Para mí fue un momento terrible, pues no debí permitir que mis emociones predominaran sobre mi razón.

El día que se marchó de Shimla, entró a casa, me dio un beso de despedida y se fue. Ya no la volví a ver con vida. Perdí la ocasión de pedirle perdón, perdí la ocasión de poder reconciliarme con mi propia hermana y este remordimiento me ha perseguido durante el resto de mi existencia”.

Pasaba el tiempo y Amrita no tenía noticias de su marido hasta que un día, desde Lahore, Víctor le escribió sugiriendo que quizá sería mejor volver al Punjab, que él prosiguiese su trabajo en la fábrica de azúcar y esperar allí hasta el final de la guerra para volver entonces a Europa. “Víctor se está dejando influir por alguien, no hay duda”, le dijo Amrita a Emily, incrédula tras leer su carta.

“¿Quién te está aconsejando que nos quedemos en el Punjab? —le escribió desde Shimla—. Si consideras oportuno quedarnos allí, no lo dudes y dímelo de una vez, pero sin circunloquios. Quiero que sepas que no volveré con los familiares de mi padre ni aunque te mejoren el salario en la fábrica. No soporto ese lugar. ¿Por qué demonios tenemos que esperar allí hasta que la guerra acabe? Me da la sensación de que tus ánimos para que continuase con la pintura fueron solo para mantenerme ocupada y no caer en el abatimiento de una vida monótona y aburrida, y no sinceramente por ver una nueva obra realizada por mí. Te pido que no fuerces esta actitud. ¿Por qué echarnos atrás ahora? Ya tomamos la decisión de establecernos en Lahore. Cuando hay que arrojar al agua no sirve de nada estar pensándose en la orilla”.

Víctor desistió de sus pretensiones y, finalmente, le notificó por telegrama urgente que había encontrado en Lahore el lugar perfecto para ellos. Pesimista y supersticiosa, Emily acompañó a Amrita a la estación. Tenía el presentimiento de que tras todos los infortunios que se habían sucedido en tan poco tiempo, algo le ocurriría a su querida amiga. Por el camino, el sol claro de octubre subía sin esplendor por detrás de los árboles. Entró la brisa mañanera en la estación, acompañada de la frescura de las montañas.

Con las escamas de colores vivos en sus alas, las mariposas revoloteaban impacientemente con su vuelo sinuoso al mismo tiempo que segregaban sus perfumes para atraer al sexo opuesto —la complejidad extrema y la gran precisión de sus dibujos hacen de estas mariposas animales bellísimos—. Tres ardillas cruzaron la senda y desaparecieron en lo alto de un árbol, y allí arriba, con sus chillidos, parecían ser los únicos animales en armonía con el infinito mientras que de lugares vecinos procedían sonidos más atractivos, como el de los pájaros, que aleteaban y chirriaban entre los árboles en busca de insectos o con la esperanza de encontrar seres de su comunidad. El elefante, con el andar soberbio y majestuoso propio de su especie, apareció cruzando las vías y sosteniendo una rama recién cortada entre los labios; sobre su lomo, sin importarle ni molestarle, colgaban baúles y cajas. Una vez que se acercó el mamífero a la entrada del andén, entre gritos y golpes, dándose órdenes los portadores unos a otros, empezaron a descargar el equipaje de Amrita para ir poniéndolo adecuadamente dentro del vagón estacionado.

—¿Cuántas veces te he dicho que no seas tan supersticiosa? —le dijo cariñosamente Amrita, cogiéndola de los brazos y besando sus mejillas. La India había desarrollado rasgos de su carácter, como la ternura y la complacencia, que durante su etapa europea no se había dado cuenta de que existían dentro de ella. Allí brotaban como un fuego interior. Emily se encontraba visiblemente preocupada por un sentimiento aciago hacia su amiga.

—Ya sé que la superstición es terrible, horrible... El mayor defecto de la India. Pero solo te digo que tengas precaución —respondió llevándose las manos al rostro conforme empezaron a

aparecer lágrimas en él—. No sigo al pie de la letra todo lo que augura, pero fue mi astrólogo quien predijo que una mujer de origen extranjero, mitad india, entraría en mi vida. Y aquí te tengo, querida... Pero tengo un presentimiento desde que me dijo que algo grave te pasaría. Estoy intranquila, Amrita —sentenció en tono apesadumbrado, con la voz empañada por la emoción.

—¡Ah! ¡Tonterías! Como el chiste de Freud: “Querida, si uno de los dos muere antes que el otro, creo que me iré a vivir a París”. ¡Ja, ja, ja! —rió Amrita con sorna.

—El chiste no me hace ninguna gracia —musitó Emily frunciendo el ceño.

—¡Oh! Vamos, querida, la India no progresará jamás si no se libra de las supersticiones, ya me lo dijo Nehru... Mira, todo va a mejorar, tengo que trabajar, tengo que trabajar rápido porque mi tiempo es corto y este sí que es un presentimiento que siempre he tenido. Pero... ¡no pongas esa cara! No somos dueños de nuestro destino, ni está escrito, aunque desde luego seamos responsables de nuestras acciones. Lo que tenga que pasar, pasará. Y no me pongas esa cara de pesadumbre... Además, tengo a Víctor a mi lado. ¿Qué mejor persona que él? No te olvides de venir a visitarnos, ¿eh?

El tren ya se ponía en marcha. Emily, viendo que su amiga y amante se alejaba, no disimuló su congoja y allí en el andén, en medio de un barullo de gente, no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro.

—¡Te mandaré la lista de pinturas que debes recoger del bungalow y enviármelas a Lahore! —gritó Amrita desde la ventanilla, sonriendo con cariño al ver el estado tan visible de pesadumbre y desazón que invadía a su amiga.

A medida que el tren circulaba por valles e inmensas llanuras, desprendía con su presencia una imagen de solidez y modernidad. Cruzaba vertiginosamente aquellos campos abiertos cuyas tierras estaban siendo hostilizadas desde hacía ya muchísimos años por un sistema de explotación que no contribuía a fortalecerla, sino que la conducía inexorablemente al agotamiento sin remedio. Campesinos, aldeanos, agricultores e incluso niños que corrían al oír su silbido largo y bronco admiraban maravillados el espectáculo tan portentoso que causaba presenciar ese largo gusano metálico echando humo por la chimenea y escuchar de cerca el hondo traqueteo sobre las vías, chirridos de herrumbres y atalajes tan mohosos como herrumbrosa se encontraba ya la colonia del Imperio británico.

Pasó la mañana y empezó la tarde. Desde el tren, con su formidable estrépito mientras bordeaba un corto tramo en el que descendía el río Yamuna a los llanos de los valles, se podía percibir cómo los árboles se abrían paso entre múltiples templos descuidados buscando luz, aire y vida con más fuerza que el hombre y sus obras religiosas. En sus ramas habitaban múltiples monos y pájaros. Todo a la vista era hermoso y complaciente.

Desde la ventanilla, Amrita percibió en aquellas aguas sagradas objetos enredados flotando con guirnalda de flores marchitas. “Qué río tan horrible y a la vez tan cautivador”, pensó. De repente, observó con atención a un hombre sentado en la orilla, contemplando el agua y absorto frente a las corrientes fluviales. “¿Qué hace mirando con tan atención correr el río? Qué simplicidad. ¿Quién será ese hombre, un sadhu, un gurú, un devoto filósofo o un loco?”. Le pareció ver que aquella persona se giraba hacia ella, la miraba y quería decirle algo, pero el tren cambió de dirección dejando en Amrita un súbito escalofrío ante aquella misteriosa imagen que pretendía comunicarse con ella. “¿Qué querría decirme?”.

El color del sol empezó a palpar y extenderse por detrás de la silueta de los árboles y más

allá del río, que ya iba quedando atrás y al otro lado de las vías debido al nuevo rumbo que tomaba la locomotora. La luz rojiza del sol, en su ocaso, allá en el horizonte, se hacía cada vez más intensa y profusamente llamativa. El cielo se encendía con violentos resplandores de incendio. Amrita, en estado de exaltación ante tan maravilloso espectáculo, admiraba con sumo placer aquel momento mágico de la naturaleza que duró tan solo unos minutos.

Era un edificio de tres plantas, situado en una zona privilegiada y afamada por sus residentes: abogados, intelectuales y compositores de música. No faltaba el agua corriente ni solía haber cortes de luz. Los juzgados estaban justo al lado y detrás del edificio solo había campo con búfalos, vacas, cerdos, perros y gallinas que iban de un lado a otro en medio de niños que jugaban con grandes aros de metal. Decidieron habilitar la segunda planta como vivienda para evitar las temperaturas extremas, ya que era muy amplia y soleada. En la primera planta haría mucho frío en invierno y, por el contrario, la tercera sería un auténtico horno de panadería durante el verano. De este modo, establecieron la clínica de Víctor en la planta baja, mientras que el estudio de Amrita lo instalaron en el último piso, utilizando también la terraza y el ático para tener más frescura y ventilación. Desde allí podía ver los campos y las casas de barro de los aldeanos con sus animales domésticos.

Al otro lado del edificio se encontraban los aglomerados juzgados llenos de gente y abogados con sus togas negras y camisas blancas, siempre caminando con prisa, con aire de aburrimiento y con carpetas rebosantes de papeles bajo el brazo, queriendo justificar por sus acicaladas apariencias que la justicia es un lujo al alcance de muy pocos: solo los que se pueden permitir pagarla. Abogados, muchos abogados, que en la India todo lo utilizan, enredan y confunden bajo las múltiples interpretaciones de las leyes inglesas.

Amrita sonreía viendo tan complejo y cómico espectáculo, en contraposición al calmado y pacífico paisaje de los aldeanos justo al otro lado: personas pacientes de rasgos suaves, trabajadores del campo, lo que algunos llamaban la India verdadera.

Durante los primeros días, vecinos, amigos, conocidos y curiosos les hacían visitas a cualquier hora y veían a la joven pareja vestida con ropas viejas llenas de pintura, que iba transportando escaleras arriba el forzado criado Bibhu en grandes cubos de metal. No quisieron contratar a ningún pintor local, preferían hacerlo todo ellos mismos. Los muebles se los regalaron algunos amigos y otros los compraron en mercadillos locales de segunda mano.

Finalmente, acabaron instalados en Lahore. Estaban entusiasmados. El colofón de tanta felicidad fue cuando un amigo de Víctor, que había sido destinado al extranjero y debía salir de la India debido a la guerra en Europa, decidió venderle a muy bajo precio su pequeño coche Ford, casi regalado. Víctor llegó tocando la bocina escandalosamente. Amrita se asomó con disgusto para ver quién era y, desde abajo, él le hizo ademanes para que saliese. El automóvil arrancó zumbando por una carretera de polvo construida a lo largo de campos de aspecto melancólico. El escenario, a diferencia de las montañas de Shimla, resultaba algo sombrío y los árboles de acacia bordeaban los caminos dando a entender que no admitían excelencia alguna. Dieron una vuelta por los alrededores de la ciudad ante la mirada perpleja de los viandantes, sorprendidos por las risas de la joven y llamativa pareja, y algunos atemorizados por la velocidad con la que circulaban.

El abogado Khushwant Singh, que por entonces ejercía en Lahore y vivía justo al otro lado de la calle, recordó cómo conoció a Amrita: “Su fama la precedía. La mayoría de la gente culta de aquella época había oído hablar de Amrita. Se había casado hacía un par de años con su primo

húngaro Víctor Egan, un doctor en medicina que quería instalar su clínica en Lahore. De Amrita decían que era muy promiscua y muy bella. Se hablaba de que incluso Pandit Nehru había sucumbido a sus encantos. Historias de su apetito sexual se narraban exageradamente con todo tipo de detalles de boca en boca. Decían que daba cita con antelación a sus amantes: tres o cuatro o cinco en un solo día, con un intervalo de dos horas. Llegaban, hacían su trabajo y se iban, así hasta la noche. Era insaciable, decían. Yo no sabía qué había de verdad en su fama de ninfómana pero, desde luego, sabiendo que vivía en el edificio que había justo enfrente de mi casa, me llenaba la curiosidad de verla y, por supuesto, ansiaba tener la oportunidad de conocerla.

Una tarde llegué a casa a comer. Aquel día mi esposa no estaba, se había marchado con nuestro hijo de visita a casa de un familiar. Al entrar al salón, vi en la mesa unas botellas de cerveza vacías y un bolso de mujer. Mientras pensaba en quién podía ser, pude apreciar que, quien fuese, sería una mujer que pretendía llamar la atención además de exquisita, ya que el salón olía fuertemente a perfume extranjero, desde luego no indio, quizá francés, extremadamente excitante, como el olor de un incienso estimulante. Entré en la cocina y pregunté a mi criado de entonces (que parecía que estaba imbuido en una anodina existencia) quién estaba en mi estudio.

—No lo sé, *sir*. No dijo su nombre. Es una señora muy elegante, vestida con un sari espectacular. Ella preguntó por usted. Le contesté que vendría para comer. Se dio una vuelta por la casa, se metió aquí en la cocina, se preparó algo de comer y cogió un par de cervezas... Ahora creo que está en el cuarto de baño de dentro del estudio.

No cabía duda de que era Amrita. Ninguna mujer era capaz de invadir la propiedad privada de un abogado como yo, al que no conocía, y de un modo tan soberanamente tranquilo y tan dueña de sí misma. Me había enfrentado con frialdad, dureza y determinación a gente de toda calaña en los juzgados: criminales, asesinos, ladrones y un larguísimo etcétera. Y aquí estaba yo, intimidado y tembloroso en el salón de mi casa, incapaz de entrar en mi propio estudio y enfrentarme con la joven artista de la que tanto había oído hablar. Ahí estaba yo, con el criado detrás de mí, comportándonos con un miedo infantil sin que ninguno de los dos tuviera el coraje necesario para entrar en una habitación de nuestra propia casa, como niños que tienen terror y pánico a toparse con un monstruo o con el lobo feroz de camino al cuarto de baño.

Ella debió de oírnos hablar, salió de mi estudio y se presentó. Cuando alzó su mirada hacia mí, me quedé sobrecogido, embrujado... Recuerdo que yo no podía mantener la mirada puesta en ella por mucho tiempo. Tenía una mirada atrevida, fuerte y muy dominante, que cuando la tenías cara a cara te hacía minusvalorar tu propia persona como por una fuerza extrañamente intimidadora. Enseguida comprendí por qué mi criado la había dejado entrar. Esto en una mujer de la época era algo único. Desde luego, pude darme cuenta de lo que decían de ella, que su presencia no dejaba a nadie indiferente.

Dijo lo que yo ya sabía, quién era y que se había mudado a un apartamento en el edificio de enfrente. El motivo de su inesperada visita era que quería saber si le podía recomendar carpinteros, ya que era nueva en el vecindario y le estaba siendo muy difícil encontrar trabajadores competentes por sí misma. Le recomendé el mejor ebanista de la zona, que recientemente me había instalado unas estanterías en mi estudio y me había cobrado muy barato; él y su ayudante eran unos auténticos maestros con la madera.

Le dije con timidez que había oído hablar de ella y, señalando algunos cuadros alegóricos que estaban colgados en la pared, representando no sé qué ensueño inspirado en la filosofía de

Platón, le comenté:

—Los ha pintado mi esposa —dije. Después de una breve pausa, como queriendo dar una explicación, continué con una leve sonrisa— Está aprendiendo...

—Eso es obvio —dijo de sopetón.

Desde luego, la finura no era una de sus virtudes, como pude advertir, pero esto hacía que me agradase más aún su presencia. No era consciente de que su sinceridad pudiera ser hiriente, ella decía lo que sentía, sin pensar que podía ofender o dañar a los que la rodeaban, pero no intentaba ser maleducada ni lo hacía con mala intención, ni con el propósito de molestar a los presentes, era su carácter, su personalidad: ella era simplemente genial. Había que saber conocerla y no todo el mundo tenía en aquellos años una mente abierta ni estaba predispuesto a conocer a personas con aquel tipo de carácter tan fuera de lo común, más bien diría que fuera de la época, ya que ella se comportaba como una joven del siglo XXI.

Ya no la volví a ver. Al cabo de unos meses, en ese mismo año de 1941, celebramos una comida en casa e invitamos a varios amigos, intelectuales reconocidos del mundo de la cultura de Lahore, y también a Amrita. Todos estábamos pasando un momento agradable. Las conversaciones eran acerca de política y cultura sin salirse de tono, todo muy tranquilo. Aquel apacible y coloquial ambiente se vio interrumpido cuando mi hijo pequeño apareció caminando por la alfombra; todos los invitados desviaron su atención hacia el chico y empezaron a cumplimentar a mi esposa y a mí por tener un niño tan guapo y alegre. La verdad es que, además de ser regordete y sonrosado como un melocotón, tenía unos rizos muy llamativos, unos ojos muy redondos y una cara muy bonita, con unos hoyuelos que le salían en los mofletes cuando se reía que hacía que su risa fuese contagiosa. Todos estaban riendo mientras las señoras decían: “Qué niño más gracioso”. Amrita dijo:

—¡Oh! Pero qué gordito churumbel, tan zalamero y simpático... Sin duda, ha salido tan entrometido como su madre.

Mi esposa interpretó una actitud de indiferencia y desprecio, pues pronunció aquellas palabras en hindi con un tono propio de un dialecto de las castas más bajas, como lanzando una pulla o queriéndose burlar de nuestros pudientes invitados. La verdad es que su forma de hablar no cayó demasiado bien, sobre todo a las amigas pedantes y esnobs de mi mujer, que utilizaron esta salida de tono para acuciar aún más los cotilleos que vertían sobre su vida personal. Todos los presentes se callaron avergonzados, como pensando: '¿Habremos oído bien?'. Yo, la verdad, no le di importancia alguna. Su comentario no me llamó la atención, no me pareció desdén alguno, pero recuerdo que mi mujer se quedó quieta en medio del salón, con el niño cogido de la mano y sin saber cómo reaccionar. Amrita siguió bebiendo sus cervezas tan tranquilamente, sin preocuparse por la situación que había causado. Más tarde pude saber que, a través de una criada, Amrita supo que mi esposa la había llamado 'jodida puta' y que ella, como respuesta, le dijo a su informadora que le daría una lección a esa mujer seduciendo a su marido. Desgraciadamente, ese día nunca ocurrió, porque mi esposa prohibió terminantemente su presencia a todo el personal de la casa. Ya no volvería a ver a tan carismática persona”.

“Una editorial me ha ofrecido escribir un libro sobre el arte contemporáneo de la India — escribió por aquellos días a su amigo Ravichandran, el crítico de arte de Bombay—. Es interesante y la paga es tentadora, porque la necesito... Aunque, la verdad, es un poco difícil este trabajo, ya que no hay pintores o escultores realmente merecedores de tal categoría. No les he respondido todavía ni sí ni no. Me cuesta tomar una decisión, ya que desde luego me haré más enemigos de los que tengo ahora escribiendo exactamente lo que pienso de sus vacías obras. Hay grandes pintores reconocidos que ya me odian, especialmente los de las generaciones anteriores. ¡Imagínate! Algunos de ellos claman que los 'horrores' que pinto son solo el resultado de mi incapacidad e ignorancia para saber dibujar incluso a lápiz y que lo que se considera bueno de mi obra durante mi etapa en París es porque mi profesor, Lucien Simon, lo dibujó. Incluso van más allá, pregonando la calumnia de que mis obras realizadas en Francia no fueron pintadas por mí. Pero, por fortuna, hay personas que piensan diferente, por ejemplo, la maravillosa persona que es el director del museo de Lahore, el señor Peter Kovacs, actualmente alistado en el Ejército, que me ha escrito desde Europa lo siguiente sobre ese tipo de personas: 'Ellos te odian porque saben que tú eres el futuro y ellos tan solo el pasado muerto. Sus obras son vulgares y anodinas, son una repetición del arquetipo ya creado'.

Estoy segura de que dentro de cien años, los críticos e historiadores pondrán las cosas en su punto y me harán justicia. Porque si Europa pertenece a Picasso, Matisse, Braque y muchos otros, la India me pertenece solo a mí.

Acabo de leer otra vez *Carta de una desconocida*, de Stefan Zweig. Tengo un gran apego y respeto por este gran escritor austriaco, que creía que las mujeres somos seres muy superiores a los hombres por nuestra capacidad de sentir, de amar, de emocionarnos con las cosas que deseamos. Este es un escritor comprometido y extremadamente sensible hacia el sentimiento femenino. Te mando un poema de otro de mis escritores predilectos, D. H. Lawrence:

Mientras vivimos somos transmisores de vida.
 Y cuando no logramos transmitir vida, la vida
 ya no logra fluir a través de nosotros.
 Es parte del misterio del sexo, es un flujo que avanza.
 Las gentes asexuadas jamás transmiten nada.

Y cuando al trabajar logramos transmitir vida a nuestro trabajo,
 la vida, ya más vida, corre a nosotros para compensarnos,
 para estar preparada
 y ondeamos vivientes a través de los días.

Ya sea una mujer haciendo un pastel de manzana

o un hombre un taburete,
si la vida penetra en el pastel, bueno será el pastel
y bueno el taburete,
contenta estará ella, ondeando de vida fresca,
contento estará él.

Da y te será dado,
esta es aún la verdad de la vida.
Pero dar vida no es tan fácil.
No significa dispensarla a cualquier necio
ni dejar que los muertos vivientes te devoren.
Significa encender el principio de vida allí donde no estaba,
incluso si es tan solo en la blancura de un pañuelo recién lavado.

Era finales de noviembre de 1941. Amrita había decidido realizar una exposición en Lahore y estaba preparando una nueva obra con la que estaba entusiasmada. Desde su estudio podía observar el atardecer: campesinos con sus aperos al hombro que volvían a sus chozas de adobe cubiertas de bálago; cerditos pequeños, grises y peludos que iban gruñendo de un lado a otro con su corto trotecillo nervioso mientras hociqueaban por los suelos; perros que ladraban y buscaban comida husmeando por la tierra mientras niños alegres y desenfadados jugaban correteando fuera de las casas, con ropas tan sucias que era difícil adivinar su color original... El olor del humo de la madera que salía de los infiernillos donde las mujeres preparaban la cena invadía su estudio, estimulando sus sentidos. Estaba pintando un cuadro que representaba a los aldeanos volviendo a sus casas, con sus turbantes de colores y pantalones anchos y holgados de bombacha sucios de fango.

Amrita se encontraba llena de satisfacción. Desde su estudio, más parco y sencillo que el que pudo disfrutar trabajando en Shimla, pensaba cómo los libros, todos los libros que había leído hasta entonces, no eran más que falacias: “¿Por qué nos gastamos en leerlos? Porque aquellas fuerzas de nuestra juventud pudieron haber sido empleadas en el amor y en la alegría, pero somos tan inocentes que ansiamos conocer mucho, saber, ser sabios. Y cuando llegamos a viejos, cuando los años ya han pasado secando nuestro cuerpo y mente, miramos atrás, ¿y qué vemos? Que los libros no nos han enseñado nada para mejorar ni ampliar de entusiasmo nuestra vida, y entonces... queremos, gritamos, exigimos, solicitamos, rogamos por la felicidad y el afecto apasionado hacia una persona, pero ya es tarde para nuestro agotado cuerpo, triste y cansado”.

Decidió realizar la exposición de sus pinturas en el salón del conocido *Punjab Literary League*, donde unos años atrás había realizado sus polémicos comentarios sobre el cine indio. Este centro cultural fue fundado en 1930 con el fin de servir de plataforma a jóvenes promesas. Pronto se convirtió en el lugar de encuentro para los artistas más importantes de la época. Sin discriminación de raza, casta o religión, los amantes de la cultura encontraban allí una hermandad llena de poetas, periodistas, escritores y artistas que colaboraban con sus escritos en

una revista literaria que la organización publicaba mensualmente. Los organizadores, además, habían pedido a Amrita que diese una charla y ella lo aceptó; se titularía “Los efectos de la guerra en el arte”.

Amrita escribió una lista a Emily para que le mandase unas pinturas que había dejado en casa de sus padres en Shimla. Ella, por su parte, quiso dar una sorpresa a su amiga viajando personalmente a Lahore con las obras. “Decidí viajar sin informar a nadie. Ya había hablado con el círculo de periodistas de Lahore para que se hiciesen eco de la exposición de Amrita y, además, llamé a mis conocidos y amigos para que asistiesen a la inauguración. Quería todo lo mejor para ella, se lo merecía.

Nada más llegar a la estación, mandé las cajas que contenían los cuadros al *Punyab Literary Leage*, donde se iba a celebrar la exposición la semana siguiente. Una vez hecho, fui a la dirección que me había escrito como remitente en su carta. Recuerdo que el aire era tonificante y fresco, el sol esparcía gran abundancia de luz, pero no de calor, y todo lo veía lozano y lleno de vida...

Al llegar, en el piso de abajo, vi la placa de la clínica de Víctor, toqué el timbre, pero no tuve respuesta. Después de esperar un tiempo, decidí subir las escaleras. Llamé a la puerta del apartamento, pero tampoco contestó nadie, bajé a la calle y miré hacia arriba; vi que las ventanas estaban abiertas y los blancos visillos finos ondeaban hacia fuera por el viento, pero alguien de repente las cerró. Grité su nombre: '¡Amrita! ¡Amrita!'. No tuve respuesta. Decidí subir otra vez y, cuando crucé otra vez el umbral del edificio, oí unos sollozos en el rellano. Me acerqué un poco temerosa en la oscuridad y vi que allí estaba Bibhu, el fiel criado de Amrita, llorando en cuclillas. Me entró un escalofrío por todo el cuerpo, algo había pasado, algo grave había pasado, de lo contrario aquel hombre que había sido tan fiero en la batalla, cometiendo atrocidades en el salvaje regimiento indio llamado *gurkha* donde, según me comentó en una ocasión Amrita, habían matado cruelmente con sus cuchillos a muchas personas en pueblos del interior de la India, no estaría ahora en tal situación por algo que no pudiera resolver. Le agarré de los hombros con determinación y lo zarandé, a la vez que grité: '¡Amrita!'. Le pregunté qué pasaba, dónde estaba Amrita. Le hablé en hindi y en inglés, incluso en nepalí, ya que había aprendido algunas palabras básicas gracias a una criada que venía a mi casa a limpiar. Pero él no contestaba. Enseguida se levantó entre sollozos, señaló con el dedo hacia arriba. Quiso decirme algo, pero los llozos se lo impedían. Yo no entendía sus palabras, hablaba en un inglés quebrado, supe que algo serio había sucedido y lo intenté tranquilizar, pero enseguida se puso a correr escaleras arriba. Yo le seguí. De la velocidad con la que iba y lo fuerte que era, echó abajo de un empujón la puerta principal del apartamento del segundo piso. ¿Qué vi? No se me olvidará jamás aquella imagen: de pie, con las manos y la camisa ensangrentadas, estaba Víctor, inmóvil, en estado de perturbación, perdido en sí. Lo primero que me dijo fue: 'Se está muriendo'.

Aun pasando por alto la razón de tanta sangre en la ropa de Víctor, dentro de mi ingenuidad, en un principio pensé en un accidente debido a la picadura de una serpiente o de una escolopendra, que podía ser tan venenosa como la de un escorpión, e incluso pensé que quizá habría sido víctima de un ataque de leopardo o tigre, ataques que recibían muy frecuentemente las personas que se aventuraban solas por el campo, como hacía Amrita, pasando todo el día en aquellos parajes solitarios, leyendo o pintando, o incluso que hubiese sido víctima de un

atropello...

En un primer momento me quedé quieta, sin saber cómo recorrer la distancia entre la puerta y la cama; respiré hondo mientras me daba cuenta de que Amrita no reaccionaba ante mi presencia. La habitación estaba en penumbra, olía fatal, como a productos químicos. Al no moverse, la sensación de nerviosismo que había comenzado a atenazarme se agudizó. La llamé entre sollozos con un cariñoso pero no menos lacónico 'Amrita', pero seguía con la cara hacia el techo, sin girarse... Entonces, presa del pánico, fui corriendo donde yacía su cuerpo inerte. Estaba... estaba completamente llena de sangre. Había sangre por todos lados. Me entró miedo, escalofríos. Pero ¿qué había pasado? No pude reaccionar. Víctor estaba como obnubilado, drogado, impotente, no decía nada; se quedó allí de pie, inmóvil, mirándome como si esperase que se me ocurriese a mí alguna solución. Entonces, cuando vi a Bibhu masajeando sus pies con una insistencia feroz, como dando calor a una persona con problemas de congelación, por su vehemente e impulsiva actitud me di cuenta de que no solo intentaba ayudar en la medida de lo posible a recuperar la circulación de la sangre en Amrita, sino que pensé con horror, por un instante, que pretendía devolverle la vida... Reaccioné con espanto, retrocediendo hacia la pared de la habitación, dándome cuenta de la gravedad de la situación, aún sin saber qué había pasado, si estaba viva o no y el porqué de tanta sangre. Le dije a Víctor que iba a buscar un doctor inglés amigo de mi marido. Al pronunciar el nombre, recuerdo que dijo algo así como: 'Sí, él lo solucionará'.

Cuando volví a entrar en la habitación con el mejor médico de Lahore, las sábanas estaban cambiadas y varios utensilios ensangrentados ya no estaban. Recuerdo que el doctor, después de examinarla, dijo textualmente:

—¡Dios mío! ¿Quién ha hecho esta barbaridad?

Poco podía hacer el mejor cirujano de Lahore o de la India entera o de todo el Imperio británico... ¡Era demasiado tarde! Según el doctor, los intestinos de Amrita habían sido perforados y la hemorragia interna le había llevado a la muerte. Tras su certificación, Bibhu saltó del suelo y agarró del cuello a Víctor, gritándole en su idioma nepalí:

—¡Asesino! ¡Asesino! Le dije de buscar a un doctor y usted siempre me contestaba que sabía lo que hacía. ¡La ha matado usted!

Pronto llegó gente corriendo y entre todos sostuvieron al criado, que no dejaba de repetir sus acusaciones contra él; lo habría matado allí mismo. Yo, la verdad, pensé que lo mataría, porque Víctor no oponía resistencia, estaba pálido. Yo lloraba inconsolablemente de impotencia, de tristeza, de dolor, de incredulidad... Grité, caí de rodillas al suelo y seguí gritando con todas mis fuerzas. Todo había sucedido tan rápido... Recuerdo incluso que cuando salí del edificio a buscar al doctor, la luz del día me pareció menos diáfana que al entrar. Tras el paso de los días siguientes perdí la noción del tiempo. Me sentía mareada, como si me hubiese levantado de madrugada hacía una semana o dos y aún no me hubiese acostado. Me sentía como si me estuviera aproximando a alguna región helada desconocida que hacía que toda mi existencia se entumeciese. Llegué a pensar que no había futuro para mí, que mi energía, que mi vida había acabado, que solo podría encontrar consuelo en la tumba. Durante mucho tiempo estuve sumida bajo una tremenda depresión de la que me costó recuperarme. En los meses siguientes, mi vida fue una auténtica zozobra. Ansiaba conservar los buenos recuerdos. Intentaba engañarme visitando el bungaló que entonces fue ocupado por sus padres y la familia de su hermana. Me sentaba sola en el jardín y rememoraba con ternura a Amrita, pensando inconscientemente que quizá apareciese de un momento a otro llamándome desde una ventana o viniese corriendo a mi

encuentro. Vivía el día a día con una sensación de enorme desconsuelo, como si todo el mundo a mi alrededor se hubiera convertido en una masa envolvente y agresiva. Veía enemigos por todas partes, incluso pensé que me iban a asesinar.

Me volví paranoica porque hubo conjeturas sobre un posible complot, causante del fallecimiento de Amrita. Por lo visto, el motivo político se vio alentado entre los más cercanos a Amrita porque justo el día en que el periódico *The Tribune* se hizo eco de su muerte, este publicó en la misma página una bella imagen de Amrita junto a una fotografía de Jawharlal Nehru que ilustraba la noticia de su salida de la cárcel tras haber sido apresado por los británicos debido a su iniciativa de desobediencia civil. Desde luego, yo creo que no hubo motivos políticos, y dudo que pudiese haber sido una confabulación de sus seguidores afines al partido político, pero Nehru, en las cartas a su hija Indira Gandhi, que se publicaron póstumamente, menciona que cuando salió de la cárcel y se enteró de la noticia, la muerte de su amiga le parecía 'rodeada de misterio'.

La sensación de pena y pérdida que tuve al principio se fue transformando en el reconocimiento poseído de desesperación, de todo aquello que había perdido en tan súbito tiempo; amistad y amor. ¿Qué me quedaba? Nada. Tan solo tenía aflicción y vacío. Viajé a mi pueblo natal en Suiza, Gstaad, pensando en no volver nunca más a la India, pero los recuerdos me vencieron. Cuando menos me lo esperaba, algún hecho relacionado con la India, alguna noticia, algún sonido musical, alguna imagen o palabra me traía a la mente a Amrita. Por aquellos días, por consejo de unos amigos, intenté sobreponerme incluso utilizando la hipnosis, pero no obtenía resultados positivos. Además, no lograba asentarme en un lugar determinado; vagaba de un lugar a otro llevando mi carga conmigo. No reconocía entonces que eran sentimientos egoístas que no quería compartir. Fue la persona que ignoré durante tanto tiempo en el pasado quien verdaderamente me ayudó a sobreponerme: mi marido confiaba en mí. Aquella persona de la que en los últimos tiempos me había apartado tanto, acudió en mi ayuda. Él me hizo entender que la pena que sufría me fortalecería, que mi aflicción contribuiría a que fuese más diligente y firme, que me daría el coraje para ser mejor, que aquella pérdida no podía ser una flaqueza sino una fuente de reciedumbre.

Mi marido y yo decidimos, después de la guerra, instalarnos definitivamente en Bristol, Inglaterra. Me di cuenta de que tenía no solo un marido, sino un amigo, un consejero. Obtuvimos en nuestras vidas algo bueno tras la tristeza que nos causó la pérdida de Amrita y que anteriormente asumíamos ciegamente que no existía entre nosotros: amistad y felicidad”.

Cuando se marchó el doctor, Víctor, sentado en el suelo, seguía llorando como un desconsolado en la habitación de al lado. Una suave y complaciente brisa entraba por las ventanas, que acompañaba al olor de los palillos de incienso que el criado nepalí quemaba en silencio en un rincón de la habitación mientras murmuraba unas oraciones incomprensibles. Las moscas pequeñas y negras se volvieron molestas, revoloteando por el cuerpo inerte.

Emily se apresuró a espantarlas manoteando violentamente. Observando la pintura inacabada sobre el caballete que Amrita había bajado de su estudio el día anterior, le vino a sus pensamientos cómo en general se cree que las llamadas 'cosas' superiores se hacen lentamente y que las llamadas 'inferiores' se hacen con rapidez. El sol, que pocas horas antes bañaba vivamente el edificio, se había ido debilitando; poco a poco, la ancha banda de luz disminuía paulatinamente. La poesía del atardecer, susurros del ramaje de las acacias bajo el último rayo solar, graznidos moribundos de cuervos, ladridos lejanos de perros y alguna bocina de un vehículo fatigado... Por la ventana abierta de par en par empezaba a entrar la claridad tenue de una noche serena.

Amrita se había llevado toda su belleza y la alegría del mundo al Paraíso. “¿Sentiste, querida amiga mía, venir la muerte justo a tiempo para mirarla cara a cara sonriendo? ¿Habrá un lugar en el más allá donde podremos volver a encontrarnos?”. Su creencia en la vida más allá de la muerte palidecía mientras pasaban las horas en aquella habitación hasta volverse simple esperanza. De repente, Emily se sintió presa de una sensación extraña: *esto ya lo había visto ella otra vez*. Tenía la profunda sensación de que aquellos momentos ya los había vivido. La emoción de aquel misterioso fenómeno le oprimió la garganta. “¿Cómo es posible que este momento lo haya experimentado antes?”. Amrita estaba allí, muerta ante sus ojos, y sin embargo ella la había visto ya. Y quiso rezar como mil veces había visto a su madre: “Padre nuestro que estás...”, repetía mentalmente sin darse cuenta de ello. El dulce Hipnos, el dios del sueño, saludable y bienhechor, que da tregua en las adversidades y en los dolores, embargaba a Emily en un estado de somnolencia después de tantas y tantas lágrimas vertidas. Suspendió la lucha por el momento; mañana continuaría, mañana el dolor y el sufrimiento volverían a afligirla.

Cuando empezó a soplar por la ventana la brisa del alba, tenía los ojos enrojecidos, el pelo en desorden y una fatiga que la sumía en un estado semejante a la catalepsia. La noche había gravitado sobre su existencia con un peso de muchos años. El silencio hacía renacer afuera el murmullo de la hojarasca. Una vez despierta, dirigió su mirada perdida hacia la ventana. El verde de los árboles, el amarillo del suelo, el cielo grisáceo... Todo le parecía en aquel momento algo difuso. Bajo el sol del invierno empezaba a sonreír la naturaleza: “¡Ciega! ¡Sorda! ¡Insensible! Que ignoras nuestra existencia y acoges indiferente la muerte de mi amada”, pensó Emily con desasosiego. Con los ojos enrojecidos y entre sollozos, besaba las manos frías de Amrita. Al ver a Umrao fuera de la habitación hablando con Víctor y oír a gente congregada en la entrada del edificio, sintió de repente una angustia por la amenaza próxima de tener que separarse para siempre del cuerpo físico de su amante. Apretó tan fuerte su fría mano que las venas de color violeta se hicieron más prominentes. Acarició con ternura y cariño el pelo negro, besó delicadamente su frente y comenzó a musitar palabras a su oído. Mientras tanto, la brisa

continuaba palpitando las cortinas.

Durante aquellos días, en un ambiente de incredulidad tras la muerte de la joven artista, se podía leer en medios escritos y escuchar entre aquellos que la conocieron personalmente diversos motivos y opiniones de cómo Amrita pudo morir. Las personas cercanas a ella argumentaron, en un primer momento, la teoría del asesinato, diciendo que era la más probable debido a intereses políticos por su *affaire* secreto con Jawaharlal Nehru; otras hablaban de intereses económicos; otras del odio que suscitaba en su madre la relación de su hija con Víctor y los escándalos sociales acerca de su sexualidad; y otras argumentaban que todo había sido una conjura entre Víctor y Marie Antoinette.

Desde hacía una semana, un empleado del Punyab Literary League visitaba todos los días el estudio de Amrita para catalogar sus obras y transportarlas bien embaladas hasta el salón de la exposición. Según su versión, Amrita se encontraba muy bien de salud e incluso de ánimo. Estaba pintando un nuevo paisaje que representaba la vista desde su ventana. Durante esos días, aquel empleado no encontró nada alarmante en su salud o carácter. Todo lo contrario, pues cada día la veía sentada ante su caballete y quedaba asombrado por el vigor en su trabajo y la vivacidad en su conversación. Pero el viernes, cuando llegó por la mañana temprano, la encontró tumbada y abrigada con una manta en el sofá de su estudio. Le dijo que se encontraba un poco mareada y que volviese al día siguiente. Cuando regresó el sábado, no la encontró y bajó al apartamento. El criado Bibhu, con gesto de estupor, le dijo que estaba muy enferma en su habitación y necesitaba guardar reposo. Bajó a la clínica de Víctor esperando una explicación y este le dijo, minimizando la situación, que sufría de disentería, que le había dado unas medicinas y que al día siguiente estaría mucho mejor. El domingo estaba muerta. ¿Qué pudo causarle la disentería? Por lo visto, un matrimonio inglés que era muy cercano a Marie Antoinette y Umrao los había invitado a su casa. El jueves, Víctor insistió a Amrita en ir. Días antes de una exposición siempre comía a deshoras debido al nerviosismo y esos días se encontraba algo intranquila por querer terminar a tiempo su última pintura. En la casa de los amigos de sus padres, con el té, sirvieron unos aperitivos llamados *pakorás* —verduras fritas envueltas en harina—. Según los presentes, Amrita comió en abundancia, lo que le produjo la disentería bacilar que le causó la muerte. De este modo, la mayoría de los amigos cercanos y conocidos de Amrita intuyeron la posibilidad de que hubiera sido envenenada. ¿Cómo fue posible que solo ella cayese enferma? Siendo el matrimonio que los había invitado de clase adinerada, ¿por qué sirvieron unos *snacks* realizados con tan abundante aceite frito, poco común en gente de su estatus social? ¿Qué tipo de ingredientes utilizaron? Si querían causar una buena imagen a los invitados al tomar el té, el ingrediente que alguien pudiente emplearía en los *pakorás* sería *paneer*, queso fresco o incluso berenjenas, que son alimentos sanos.

Amrita, que había viajado por toda la India y había comido con aldeanos en innumerables ocasiones, bebido innumerables veces té hecho de distinta forma e ingredientes, y servido tanto en vasos de barro como de metal, con y sin jengibre, con y sin especias, con diferente tipo de leche y agua, servido por señoras que trabajaban en el campo del Punyab y alimentada por familias de pescadores en lugares remotos del sur de la India, que había vivido en lugares de la India bajo distintas circunstancias y carencias... ¿murió tras comer verdura frita en la casa de unos amigos ricos de sus padres, cuando son ellos quienes toman precauciones extremas para prevenir cualquier tipo de enfermedad a través del agua o de los alimentos? Pero, por otro lado, ¿por qué Víctor, que era tan habilidoso en mezclar sueros y conocedor de las medicinas locales disponibles, pues había tratado a tantos trabajadores de la fábrica de azúcar, no pudo curar o

atajar debidamente un simple caso de infección abdominal?

El cirujano al que acudió Emily dijo que la muerte de Amrita se debió a una peritonitis y deshidratación causada porque se le había administrado sal de Epson —compuesto químico de sulfato de magnesio—. Pero, ¿por qué tenía los intestinos perforados? ¿Por qué Víctor, antes de que llegase el cirujano, limpió la habitación e hizo desaparecer sus ensangrentados instrumentos quirúrgicos?

Amrita tenía veintiocho años cuando murió el 6 de diciembre de 1941. Ese día, tras ser informados, Marie Antoinette y Umrao, que estaban entonces en la casa de Shimla porque habían huido recientemente de Europa, se apresuraron a viajar a Lahore de inmediato. La mañana había aparecido tenuemente fría y con el cielo grisáceo. Cuando fueron a sacar del apartamento la camilla con el cuerpo de Amrita envuelto en una mortaja blanca hacia el crematorio, el criado Bibhu se dio cuenta de que nadie había puesto flores sobre ella, como era la costumbre. Junto a Emily, se apresuró a ir detrás del edificio y arrancaron flores de aquel campo de agricultores que ella tanto quería immortalizar en su última e inacabada pintura. Diligentes, las depositaron sobre su inerte figura, mientras la comitiva seguía su camino por las calles y las nubes de polvo se movían titubeantes sobre la tierra amarillenta.

Como el rostro de una contemporánea Medea, sacerdotisa y arquetipo de hechicera que segó la vida de sus propios hijos, Marie Antoinette, con los ojos inundados por las lágrimas nunca derramadas y la conciencia cobarde como en Hamlet, no fue al entierro de Amrita. Se quedó en el apartamento con su cuerpo agotado por la vejez, la pesadumbre y, quizá, por el dolor del remordimiento. El lado oscuro del amor es la máscara del rechazo, del odio; es la máscara de la Gorgona, de Medusa, como la de Bernini, aquel maestro escultor con la piedra del barroco que la inmortalizó coronada con las serpientes venenosas de la culpa y la vergüenza.

En cuanto a Umrao, cuando llegó al apartamento y vio a Amrita, la mirada de espanto que le produjo fue como la de Iván el Terrible en el óleo del pintor ruso Ilía Repin, Iván el Terrible y su hijo, en profundo contraste con la expresión de serenidad de su hija. La tristeza ablanda el ánimo y hace buscar como una sombra refrescante la amistad de los humildes. Observando al criado nepalí disponer con sumo cuidado el cuerpo de Amrita sobre los troncos de madera y paja para su inminente cremación, Emily pudo apreciar el cariño y devoción que profesaba Bibhu hacia su amante y amiga. ¿No dicen que el afecto de un amigo es el mayor aliento en la desgracia? Como si su observación hubiera sido aplaudida por una divinidad, se escuchó la campana de un templo hindú de la vecindad. Emily se acercó a la pira y depositó una última flor recién arrancada sobre el cuerpo muerto de su amiga: “A ti, que tanto amaste la vida por sus sensualismos y bellezas. A ti, eterna conquistadora de cuanto encontrabas hermoso”.

Víctor, inerte, sin musitar palabra alguna, con el insomnio en sus ojos, tan solo hacía acopio de fuerzas para seguir manteniéndose en pie después de noches sin dormir.

Se recubrió con leña la pira hasta quedar la figura de Amrita completamente tapada con ramaje. Entonces, el empleado de la cremación derramó aceite entre la madera. Ya solo se veía un poco del blanco de la mortaja dentro de aquella jaula de leña de color oscuro.

Tras una breve y triste ceremonia religiosa según los ritos sijs, el cenecero Umrao, con su cuerpo abatido y una honda melancolía en sus ojos, encendió la pira funeraria. La hoguera prendió enseguida en medio de un crepitar de chispas. Bibhu tuvo que coger del brazo a Emily para hacerla retroceder y salvaguardarla de las próximas llamas. Ella se arrodilló con las manos recogidas junto al pecho, con la mirada fija en el fuego, con los ojos enrojecidos que no podían llorar.

Amrita era una mujer desmedida, una mujer ardiente y apasionada, una mujer que subyugaba

y de cuyo hechizo era imposible despegarse. Lo mismo que le sucedió a László Guttman, ninguno de los presentes conocería jamás a otra persona tan enigmática y maravillosa; la huella que dejó en ellos se mantuvo durante el resto de sus vidas.

El color seguiría existiendo, los movimientos de las hojas se prolongarían mientras hubiese una brisa. El agua se encerraría en las preñadas nubes y los truenos seguirían retumbando. Tras el amanecer, el olor fresco y dulce de la mañana continuaría en las montañas. El tiempo, sin compasión, persistiría en avanzar cada nuevo día con ardillas, pájaros, vacas, elefantes y almas vivientes, envejeciendo poco a poco el cuerpo moreno indostaní, el plomizo rosado angloindio y el del extranjero recién llegado. Esa mañana, en aquella zona descampada y reservada para las incineraciones al aire libre, se podía oír a lo lejos a una persona recitando versículos del Corán o quizá llamando a sus fieles a la oración. Más cerca, se distinguía un “Om... om... om...” salmodiado por un viejo sacerdote mientras la campana de su templo hindú tañía con aspereza. Más fuerte que la muerte es el amor que salta por todo y a todo se atreve. “Te amo. Jamás te olvidaré”, murmuró Emily entre sollozos.

Sus palabras ondearon por el aire para llegar a engrosar el enfebrecido ambiente de un país que se encontraba en su fase de incipiente ebullición. La India había comenzado a galvanizarse tras el concepto de resistencia no violenta y de desobediencia civil. Pocos años después, el 15 de agosto de 1947, obtuvo la independencia del dominio británico, pero con la violencia religiosa, terrorismo, clasismo e insurgencias de regiones separatistas, no consiguió que su crisol de razas y religiones se compenetrase en aquella realidad que soñaba Gandhi, la que Alonso Quijano encontró solo en su lecho de muerte, ya curado de sus fantasías: simplicidad y visión humilde de las cosas.

Días después de la muerte de Amrita, su madre señaló públicamente a Víctor como el responsable. Escribió numerosas cartas a periodistas y conocidos de la élite política y cultural, acusándolo de haber provocado la muerte de su hija, pero la teoría de Marie Antoniette contra su yerno cayó en saco roto. Umrao se disculpó por la actitud de su esposa, aludiendo a que estaba bajo los efectos de una crisis nerviosa y que en modo alguno acusaban de incompetencia médica ni de mala intención al marido de su difunta hija. Por iniciativa e influencia de los padres, se registró oficialmente el fallecimiento debido a una peritonitis. Y aquí también se abre otra contradicción, ya que los periódicos de la época publicaron que la causa de la muerte de Amrita fue una neumonía. ¿Hubo un intento mediático o conspiración para tapar lo que verdaderamente sucedió?

Años más tarde, surgió una nueva especulación sobre lo que pudo ocurrir: un aborto fallido y una clara imprudencia por parte de Víctor al intentar él mismo realizar la intervención. Víctor Egan declaró que Amrita estaba embarazada. Esto contradecía sus propias versiones, como que fue disentería, según dijo en un primer momento, o que falleció debido a su enfermedad venérea. Ahora añadía una nueva versión. Según él, Amrita tuvo un amante y quedó embarazada. Como ella no quería tener hijos, ocultó su estado y fue a un curandero de Lahore para que le practicara un aborto, pero este realizó una chapuza. Entonces Víctor, según su versión, hizo lo posible para curarla, pero Amrita insistió en querer seguir pintando en el ático del edificio y no hizo el reposo que le fue aconsejado, con lo cual su estado se agravó y le causó la muerte.

La versión del criado nepalí Bibhu lo contradice, ya que dijo que Amrita nunca fue a un curandero y que fue solo Víctor quien la trató. Según él, Víctor tenía miedo de llamar a otro doctor más experimentado y decidió acudir a un colega suyo, con quien estuvo discutiendo sobre una transfusión sanguínea que necesitaba Amrita. Su amigo se negó, diciendo que no podían realizar una transfusión sin saber el grupo sanguíneo de la paciente, y alarmado por lo que estaba siendo inevitable, se marchó del apartamento con prisa diciéndole que no quería verse envuelto en tal situación. Horas más tarde llegó Emily y vio las sábanas ensangrentadas y los instrumentos quirúrgicos encima de una mesa de la habitación. Según la ley británica, el aborto estaba totalmente prohibido, incluso penalizado con cárcel. Que un médico lo realizase, además, ponía en peligro su licencia para practicar la medicina de por vida. ¿Qué pudo suceder? Que Víctor, para no poner en peligro su licencia, llevase a Amrita a un curandero, sin la atención del precavido y fiel criado. El aborto que realizó fue una auténtica chapuza y Víctor, de regreso al apartamento, no pudo impedir que muriera debido a su ineptitud en este campo de la medicina. Pero esta versión también abre muchas preguntas que la ponen en cuestión. En primer lugar, Víctor era un médico que había estado practicando la medicina con éxito en zonas del campo donde los especialistas estaban a cientos de kilómetros. Él había atendido numerosos nacimientos y había realizado exitosamente operaciones en condiciones penosas y poco higiénicas. Era un médico experimentado y, además, no hubiera sido el primer aborto de Amrita que hubiese presenciado. En segundo lugar, ¿cómo fue posible que Amrita, en su sano juicio, decidiera abortar cuatro días antes de inaugurar su exposición, confirmada y programada con muchas semanas de antelación? Y, en tercer lugar, si tenía tanta confianza en su amiga Emily,

¿por qué no le hizo saber a ella su embarazo, como tantos otros secretos íntimos le revelaba y compartían?

De este modo, aun no descartando que Amrita estuviese embarazada, se hizo más sólida la versión de quienes aludían al asesinato tras el envenenamiento de la comida. Argumentaban los amigos cercanos de Amrita que todo había sucedido con la complacencia de Víctor. Los más próximos sentimentalmente a Amrita, y que conocían muy bien tanto a su familia como a Víctor, dieron a conocer los mismos argumentos que opinaba Emily al respecto: “Por lo visto, él no podía seguir viviendo en la India porque tenía nacionalidad húngara y esto lo convertía en un simpatizante nazi dentro de territorio británico, ya que Hungría no solo se alineó con la Alemania de Hitler, sino con las otras potencias del Eje, Italia y Japón. Su permanencia en la colonia pendía de un hilo. De hecho, un amigo mío de Lahore me comentó unas semanas antes que se le había notificado que debía permanecer en un campo de internamiento en la India por ser considerado prisionero político. Él tenía un miedo terrible a esta situación, incluso en verse forzado a tener que volver deportado a Hungría y no poder ejercer nunca más la medicina. Hablé con el círculo de amigos de Amrita y se inclinaron, ya desde un primer momento y ante mi absoluta incredulidad, por el argumento de que todo apuntaba a un contubernio entre Marie Antoinette y Víctor, antaño enemigos, que vieron la ocasión del inesperado embarazo de Amrita para dejarla morir tras un aborto forzado al ingerir algún veneno. Además, tras el ataque de los japoneses a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, un día después del fallecimiento de Amrita, Víctor fue finalmente deportado a un campo de detención como ciudadano de una nación hostil, pero fue liberado gracias a la influencia de la familia probritánica de Umrao. Tiempo más tarde, él y un miembro de la familia real de Kapurthala, íntimo amigo de Umrao, inauguraron con carácter póstumo la exposición en la que Amrita tanto deseaba participar”.

¿Pudo ser que Víctor, por cobardía, se dejara influir por Marie Antoinette para salvaguardar su propia vida y profesión? ¿Fue una farsa premeditada querer parecer que había perdido el juicio acusando a su yerno para crear una cortina de humo sobre las especulaciones que argumentaban los amigos cercanos de su hija sobre su muerte?

“En el *Quijote* hay despedidas inolvidables —escribiría Salvador sobre Amrita desde Argentina cuando supo de su fallecimiento, dos meses más tarde, a través de un periódico francés en el que le dedicaban una breve necrológica—. Hay algo en el arte de Cervantes que nos conmueve: las despedidas. En la vida, en cualquier vida, el despedirse, despedirse para emprender una aventura, un viaje, despedirse de un amigo, de un familiar o de un amante, decir adiós para acaso no verse nunca más, es algo que puede ir del dócil desánimo a la franca desesperación. Hay una deidad que se llama Cronos: es un dios que nadie ve y que todo el mundo siente. Acabo de enterarme del fallecimiento de mi amiga Amrita Sher-Gil. El invisible y terrible Cronos ha decidido que la vida de este ser querido entre en una nueva fase. Descarto retomar de nuevo mi propósito de volver a la India, ya que si vuelvo por aquellos parajes, que en otro tiempo iluminaron tanto mi existencia, ya no será lo mismo. Como don Miguel de Unamuno, a quien tuve el privilegio de conocer personalmente en Hendaya, al describir los paisajes castellanos, me sentía yo al contemplar aquellos maravillosos parajes indios de las montañas de Shimla. El bilbaíno decía: 'Conviene mirarlos a menudo en ayunas y aun con algo de sed'. Con la desaparición de Amrita, no volveré a ver ni sentir aquella luz que veía en la India; aquella luz brillante, enardecedora, compasiva, inspiradora, sugestiva, apaciguadora, confortable, provocadora, dulce, cariñosa... Aquella claridad se ha apagado, ya es oscura, pero aún perdura radiante en mi corazón porque, de todos los momentos de mi vida, que el tiempo ya

tiene en sus manos, no hay ninguno que, en retrospectiva, me haga sonreír tanto.

Amrita Sher-Gil guarda un lugar muy especial dentro de mi corazón donde, como escribió san Mateo, 'ni la polilla ni la herrumbre lo enmohecen, ni los ladrones pueden perforar las paredes y robarlo”.

Siete años después del fallecimiento de Amrita, la vida desengañada venció a su madre Marie Antoinette. El dolor que llevaba en su interior desde la muerte de su hija era un tormento que la afligía, que la martirizaba, que amargaba su existencia... Llevada por la inestabilidad mental, se suicidó con la escopeta de caza de su marido. Este golpe fue mortal para el alma ya ulcerada de Umrao; viejo, achacoso y sin amparo de nadie, se quedó viviendo en Shimla, acompañado de su hija Indira. Acumuladas las aflicciones, acabó sucumbido, renunciando a todo: al mundo, a sus libros, a sus recuerdos dilectos y a la vida. Tras la muerte de su esposa, su salud se debilitó drásticamente. Con aspecto desastrado y con sus barbas trágicas, fue perdiendo la memoria por un avanzado alzhéimer. Sus ojos, que en su día parecían estar forjados en bronce bruñido, se volvieron vidriosos y con una mirada ausente amaneció sin vida una mañana.

En cuanto a Víctor, volvió a la clínica de la fábrica de azúcar del Punjab, evitando su internamiento en el campo de prisioneros políticos. Unos seis años más tarde, tras la partición e independencia de la India en 1947, se casó con una mujer india y decidió quedarse allí para el resto de su vida, ya que no era su deseo volver a Hungría bajo el dominio comunista.

A Emily, su amor eterno dejó en su alma un sedimento voluptuoso, aun creyendo en un principio que Amrita seguiría viviendo en su memoria, sin darse cuenta de que el hecho de amar a los muertos incrementa su irrealidad y que cuanto más se añoran, más se apartan de nuestra mente.

Epílogo

Amrita había estado en el mundo sin preocuparse en absoluto de la situación sociopolítica tan convulsa que reinaba en la India por aquellos años. Estando viva, el mundo no presenció su existencia y la actualidad aún rehuía considerarla en el panteón de los grandes artistas, en alzarla al estatus de pintora importante en la historia. Sentada frente al ordenador en el estudio de su casa de Bristol, Emily entendía ahora el porqué.

Amrita Sher-Gil luchó por conseguir el éxito, pero no quería sentirse imprescindible como artista, complaciendo a críticos de arte o queriendo demostrar su valía a los más exigentes y detractores. Anteponía su desarrollo personal a su evolución artística. Deseaba vivir al máximo, según sus convicciones y criterios. Su estilo de vida fue un escándalo. A esto había que añadir su exhibicionismo, que por aquella época, según la mentalidad social, era algo característico de mentes enfermas. Amrita era consciente de la importancia de su trabajo. Siempre tuvo fe en sí misma. A pesar de que tuviera días de baja autoestima, no era indiferente a la importancia de su creación artística, porque ansiaba mejorar y seguir perfeccionando su devoción.

El gato saltó sobre el escritorio buscando atención y Emily lo acarició con ternura. El solícito animal ronroneó y se fue a tumbar al alféizar de la ventana, aprovechando lo que quedaba de sol en una ciudad donde el tiempo nublado y la lluvia eran lo más frecuente a lo largo del año. Emily encendió la lámpara del estudio. Alzó la mirada y observó a través de la ventana el fondo anaranjado de las nubes. Después de un instante, bajó la mirada hacia el teclado de su ordenador portátil y puso toda su atención en la escritura.

“Los antiguos lo definían como 'estado melancólico'. Ejemplos de ese temperamento biliar (melancólico significa ‘bilis negras’) fueron Durero, Rembrandt y no me extrañaría que también lo fuera Goya. Amrita quizá fuese de personalidad bipolar, como su madre. Los bipolares, según creo, se caracterizan por tener sus facultades hipersensibilizadas en estado de euforia y perciben 'a través de las paredes'. Son muy inteligentes y extremadamente sensibles, por lo que están especialmente dotados para la poesía, el arte y, en general, lo creativo. Pero en el aspecto negativo tienen como característica que su convivencia es imposible y propio de este trastorno es el exhibicionismo o la promiscuidad. Esta enfermedad o trastorno, según dicen, es genética y suele ser hereditaria, lo que en Amrita se confirma por su madre. Generalmente, cuando están en estado de euforia viven como en un sueño sin poderlo detener y se desnudan... Están dotados de una extrema agudeza y pueden dar en donde más daño hacen con gran facilidad, por la capacidad de penetración psicológica que tienen y la ausencia de empatía con el resto. Como cuando Amrita causó daño a Víctor viajando a Europa para casarse con él, estando embarazada de otro hombre. Al final son seres indefensos y muy vulnerables, por lo que es frecuente que mueran prematuramente y en situaciones poco claras... También, aunque no lo parezca, son personalidades muy dependientes y Amrita tenía una madre con otro trastorno mental, por lo tanto, su indefensión vital era superior”.

Emily se sintió alborozada. Se dio cuenta de que había caído en un excesivo tono autobiográfico. Presintió que se debía a su senectud. Solo tenía palabras de entusiasmo

desbordante hacia la vida de su amiga. Era consciente de que si Amrita siguiera con vida, desaprobaría que pusiera por escrito los momentos vividos juntas.

Su sobrina llegaba al día siguiente con su marido y sus tres hijos a pasar cuatro días con ella. Ejercía de profesora de arte en la Universidad de Cambridge y le donaría todo el material sobre Amrita. Igual que todas sus propiedades, además de dos cuadros pintados por Amrita que, hasta la fecha, nadie sabía que tenía bien guardados en el desván del ático. Así lo tenía escrito en su testamento. No iba a mandar todo el material a ninguna editorial. Sintió que las horas y los días dedicados a transcribir sus recuerdos y los de las personas que la conocieron en vida habían sido una traición póstuma hacia su amiga. Amrita estaría cargada de razón y convencida al desaprobar que ella escribiera un libro sobre su vida personal. Quien escribiera sobre Amrita tendría que ser alguien con una visión objetiva sobre su persona, con una visión y actitud distintas, no influida por recuerdos íntimos y personales.

Emily nunca le había mencionado a su sobrina su relación con Amrita, sería una auténtica revelación y sorpresa. Era consciente de que cuando ella falleciese y su sobrina supiese los hechos, le generaría tal interés que se convertiría en una auténtica experta en la obra y vida de Amrita Sher-Gil. Había revivido con mucha intensidad y desazón lo que había sentido años antes. En cierto modo, Gandhi tenía razón al decir que las civilizaciones iban y venían, convirtiéndose la historia en la gran constructora de ruinas. Sin pensárselo dos veces, movió el cursor hacia el lado superior derecho de la pantalla y clicó en 'seleccionar todo'. Resopló resignada, se encogió de hombros y pulsó el ratón. Guardó todo lo escrito en un fichero con el nombre de su sobrina, titulado 'Leer después de mi muerte'.

Aquella noche, lo último que pensó antes de quedarse dormida fue que se sentía la mujer más afortunada del mundo por toda la experiencia vivida en una India que nunca volvería a existir.

Nota del autor

Actualmente hay una calle en Nueva Delhi que lleva el nombre de Amrita Sher-Gil, pero como el autor de este libro ha presenciado, los conductores habituales de la parada de taxis, viandantes y la mayoría de los residentes de la zona, tanto extranjeros como indios, no saben exactamente quién fue Amrita. Piensan, en su ignorancia, que ese nombre de mujer con el que se denomina esa calle le fue dado porque debió de hacer *algo* importante en la historia, que pudo ser una gran política en el pasado durante aquellos años convulsos tras la independencia de los británicos. Otros opinan que fue una diplomática, otros dicen que periodista, otros una escritora, una deportista... Los hay que afirman con íntegra seguridad que fue la esposa de un ministro de Indira Gandhi. Cada cual dice lo que le parece porque, en verdad, les importa un ardite.

Ni el gobierno indio ni el húngaro han podido crear un museo dedicado a su obra. Hay pinturas de Amrita en paradero desconocido y la mayor parte de las ciento cuarenta pinturas que se conservan, sin incluir esbozos, está en posesión de descendientes de su hermana pequeña. El resto, unas cuantas que poseía su marido Víctor y algunas que tenía su padre, Umrao Singh Sher-Gil, fueron donadas a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi.

Hay que destacar que sus pinturas han sufrido deterioros debido al poco cuidado que se ha tenido al transportarlas de un sitio a otro y necesitan ser restauradas. La excusa común que se esgrime es que algunos lienzos y pigmentos de los colores utilizados originalmente eran de mala calidad, pero esto no les redime del descuido e impericia con que las procesan. También la ubicación de sus obras en la Galería Nacional de Arte Moderno ha distado mucho de la que debería ser asignada por las autoridades a una artista relevante en la India, como fue comprobado durante la investigación preliminar a la escritura de esta novela. Postergadas al fondo de una de las plantas y negándole un lugar meritorio, sus obras, como las que representan cuerpos desnudos, parecen escondidas para no provocar o, quizá, motivar un sentimiento de vergüenza en la mente del visitante e incluso evitar herir susceptibilidades religiosas.

Hoy en día, su obra pictórica es una de las más cotizadas de la India. No es habitual que sus obras se vendan en el mercado, pero cuando en raras ocasiones se ha puesto a la venta alguna de sus pinturas, han alcanzado precios astronómicos. Resulta irónico, pero al igual que Van Gogh —cuyas *Cartas a Theo* Amrita admiraba por su sencillez y belleza—, durante su corta vida no tuvo acceso ni a una sola porción del valor actual de su obra. Incluso hubo períodos en los que vivió en escasez. No se hubiese imaginado nunca que después de muerta, su vida y su trabajo se convertirían en leyenda. Aun así, si lo hubiese sabido, como su amigo László Guttman, no hubiese dudado en vivir y luchar por sobrevivir de la misma forma que hizo.

Según dicen, llegan más adentro en el espíritu y en la sensibilidad los hechos narrados limpiamente que los enojosos e inexpresivos superlativos. Paul Gauguin, rotundo y seguro de sí mismo, solía decir: “Soy un gran artista y lo sé”. Amrita, impertinentemente franca, predijo en vida: “Europa pertenece a Picasso, Matisse, Braque y muchos otros, pero la India me pertenece solo a mí”.

Agradecimientos

Este libro tiene sus orígenes en un encuentro que mantuve con el escritor Javier Moro en una cafetería de Khan Market en Nueva Delhi, junto con Priyanka Gandhi (hija de la política india de origen italiano Sonia Gandhi, que ejerció como presidenta del Partido del Congreso, uno de los más poderosos de la India) y su marido, Robert Vadra. Javier Moro fue el primero en animarme a escribir una historia y construir una trama narrativa. Con el transcurso del tiempo nació esta novela biográfica.

La apasionante y desconocida vida íntima y personal de Amrita Sher-Gil es una historia épica, exótica, trágica, intensa, política y única en todos los sentidos. Está basada en gran parte en hechos reales, pero también contiene una dosis de ficción. Me he reservado en todo momento el derecho de apelar a la invención de personajes, diálogos y circunstancias. Lo que más me ha importado en la consecución de una atmósfera y en la creación de unos personajes basados en amigos y amantes que Amrita mencionó en sus diarios y en las correspondencias a su padre, es que fueran cobrando cuerpo y alma.

Consulté diarios personales, correspondencias, artículos, libros y me entrevisté con periodistas y con la única persona con vida que hasta entonces trató personalmente con Amrita, Khushwant Singh, que me cedió una serie de informaciones que supusieron un regalo en el cielo. Otras personas me aportaron asesoramiento, ayuda, experiencias e incluso me sirvieron como guías en los interminables pasillos y recovecos burocráticos y administrativos de la India: su contribución merecen mi gratitud. Les doy las gracias ahora anónimamente, que es como ellos las prefieren. Sería un descuido de mi parte no mencionarlo.

Tengo un recuerdo muy especial para el antiguo miembro del Parlamento de la India, periodista y escritor Khushwant Singh, que nos dejó en marzo del 2014 con 99 años; sin él no hubiera podido escribir este libro o, más bien, hubiera podido ser algo muy distinto. La mayor parte de toda la información obtenida durante los largos años que duró mi investigación, fue gracias a su ayuda y generosidad. Khushwant Singh era hasta entonces considerado la única persona viva que conoció y trató a Amrita Sher-Gil. Echaré de menos la disponibilidad y generosidad que me brindó durante los días que me contó sus recuerdos llenos de anécdotas y sobre todo el placer de su amistad. Fue él quien me dijo: “Alfredo, debes pensar que para la época en la que le tocó vivir, Amrita era muy rebelde. Ella vivió por delante de su tiempo. Ella debería ser considerada como la Frida Kahlo de la India”. Esa frase quedó acuñada desde entonces, y posteriormente utilizada como reclamo por Suma de Letras-México en la publicación de una primera edición de esta novela. Lo dicho, su visión, amistad y extraordinaria dedicación a lo largo de mis muchas reuniones en su residencia de Sujjan Singh Park en Nueva Delhi, se hicieron tan esenciales para este libro como sus personajes.

Quiero expresar mi profunda gratitud a Rahul Singh, hijo de Khushwant Singh, por su ayuda inestimable y hospitalidad; sus recomendaciones me abrieron muchas puertas durante mi investigación. A Vivan Sundaram por su paciencia, colaboración y compartir el archivo familiar. Mi más sentido agradecimiento al escritor Ashokamitran por su apoyo. Gracias a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi.

En España, el autor desea expresar su agradecimiento a Nuria Ochoa por su fe e ingenio como

lectora y consejera, ayudándome a pulir el manuscrito. A Pilar Fernández, que persiguió fallos y erratas con sus ojos de águila; cualquier error o fallo tipográfico recae sobre mis hombros. Mi agradecimiento quedaría incompleto si no incluyese a mi amigo Fernando Moreno y su incansable actividad para divulgar y compartir Arte y Cultura en fórums literarios y cinematográficos; con su ejemplo ha mejorado al autor.